HISTORIA DE LA ANTIGÜEDAD

POR

MÁXIMO DUNCKER

VERTIDA DEL ALEMÁN POR

D. F. GARCÍA AYUSO

SEGUNDA EDICIÓN

TOMO XII

Comprende desde la batalla de Micala hasta la de Aurimedon

MADRID
LIBRERIA DE FRANCISCO IRAVEDRA
calle del Arenal, núm. 6

1897

I.

LA BATALLA DE MICALA.

Cuando en la primavera del año 480 antes de Jesucristo traspuso el rey Jerjes los puentes del Helesponto con su numeroso ejército, y revistó aquella interminable série de triereos entre los que se encontraban 290 pertenecientes á los helenos de Asia, se afirmó seguramente entre estos la creencia de que la Metrópoli sufriria muy luego la misma suerte que sus colonias de la costa cariana, ya que un ejército tan poderoso tenia por necesidad que hacer trizas cuantas fuerzas le opusiera la Grecia entera. Aquellos mismos helenos iban prontos á contribuir á ese resultado y no fueron, en verdad, los que peor combatieron contra sus hermanos en las jornadas de Artemisio, de Salamina y de Platea.

Así se comprende que la eficaz resistencia que opuso la Metrópoli á la invasion asiática, el giro inesperado de la campaña y, por último, la retirada de Jerjes, produjesen en las colonias greco-asiáticas una impresion tan profunda. Los griegos habian demostrado con hechos elocuentes que los persas no eran invencibles; y si se presentaba favorable ocasion de pasarse al campo del

vencedor con la segura esperanza de recibir auxilio de Grecia, tal vez no estaria lejos el momento de pagar á los persas todo lo que habian hecho sufrir á los griegos. Todas las medidas que adoptó el rey inmediatamente despues de su llegada á Sardes, ya bien entrado el otoño, á saber: la permanencia de toda la flota en un mismo punto durante el invierno; el acuartelamiento de un cuerpo de 60.000 hombres en las cercanias del Mileto y de otro no ménos importante en los alrededores de Sardes, así como el empeño que pusieron los persas en cortar las comunicaciones entre Grecia y la costa cariana, demuestran bien á las claras que se preveia y temia el ataque de los griegos y sobre todo que los medos no tenian confianza en los jónios. Al ver que en las Cicladas eran privados del mando los representantes del partido medo-persa, que en la costa de Tracia se levantaron Olinto y Potidea, era natural suponer que se despertaria tambien en los jónios el deseo de sacudir el yugo extranjero, como sucedió en efecto, muy particularmente en las islas de Chio y Samos. Por lo demás apenas podian abrigar alguna remota esperanza de recibir socorros de la Metrópoli, que ahora como antes miraria con indiferencia cualquier levantamiento de los jónios (1).

En efecto; hemos visto á Atenas prescindir de los valiosos servicios de Temístocles, con objeto de trasladar al continente las operaciones principales de la guerra; y en Esparta nadie se ocupaba de otra cosa que en averiguar si seria posible rechazar el ataque de Mardonio sin moverse del Istmo y si la armada persa llegaria á presentarse en las costas del Peloponeso. Así es que la flota helena, reunida en Egina al comenzar la primavera, recibió orden de mantenerse exclusivamente á la

(1) Herod. VIII, 132. IX, 96. 98. Diodor. XI, 38.

defensiva: su mision se limitaba á evitar que las naves enemigas hiciesen algun desembarco ó protegiesen de alguna manera á Mardonio; tampoco podia aspirar á otra cosa la flotilla de 110 triereos apostados en el punto expresado, fuerza á todas luces insuficiente para intentar un ataque contra la armada enemiga.

Encomendóse el mando de esta flota á Leotiquidas, rey de Esparta, el mismo que fué entregado en rehenes á los eginetas, que no habia tomado parte en la anterior campaña; Jantippo mandaba las naves atenienses que constituian la mitad próximamente de la armada. Habiendo enviado en la precedente campaña las islas de Ceos, Cythnos, Melos, Serifos y Sifnos sus naves á la escuadra helena era deber de los aliados socorrer ahora á estas islas, lo mismo que á las de Naxos y Tenos, cuyas naves se pasaron á los griegos antes de empezar la batalla de Salamina y á las demás Cicladas á las que por la fuerza de las armas se habia compelido á abrazar el partido nacional. Sin embargo, necesitábase un motivo más poderoso para obligar á los citados almirantes griegos á llevar sus triereos hasta Delos. Y ese motivo era que desde aquel punto, sin apartarse demasiado de las costas de la madre pátria, podian expiar mejor los movimientos de la armada enemiga, cuyas naves se reunieron en Samos en primavera, y vigilar sus operaciones más facilmente que desde las playas eginetas. Segun noticias recibidas de la costa asiática, la flota persa era tres veces mayor que la griega y por el mismo conducto supieron tambien que en las cercanias de Sardes y Mileto acampaban dos poderosos cuerpos de ejército (1).

La armada persa no se movió de su sitio; pero Mar-

(1) Herod. VIII, 130. 132. IX, 96.

donio penetró sin obstáculo en Atica y las naves de este país tuvieron que regresar apresuradamente de Delos para protejer la evacuacion del territorio y cubrir las costas de Salamina, cuya isla sirvió nuevamente de asilo á la poblacion ática. La presencia de las naves atenienses era indispensable para evitar que Mardonio realizase el antiguo proyecto de operar un desembarco en la expresada isla, valiéndose de almadias y lanchas, hecho lo cual hubiera podido prender fuego á los triereos que allí tenian desarmados los atenienses y causar incalculables daños á los fugitivos. Con un ejército tan numeroso érale facil intentar ese desembarco por diferentes puntos á un mismo tiempo si no se tenia en Salamina un numeroso contingente de naves dispuestas para rechazar al enemigo. La armada persa no supo sacar partido de la retirada de las naves áticas ancladas en Delos. Y es que en Sardes no se queria acometer operacion alguna hasta conocer el resultado de la campaña emprendida por Mardonio, en la que se fundaban grandes esperanzas; si aquel era favorable se emplearia la flota para quitar á los jónios la más remota esperanza de sacudir el yugo persa (1).

Si echamos una mirada retrospectiva recordaremos con qué valor y constancia habian peleado los chienses en el último levantamiento de los jónios, aprontando la respetable fuerza de 100 triereos y 4.000 hoplitas, y los males que luego sobrevinieron á la isla. Catorce años habian trascurrido desde que los persas, guarneciendo la isla con tropas de su confianza, en el verano del año 494, repusieron en el mando de la misma al tirano Strattis, el mismo que sirvió de guia á Dario en la expedicion del Danubio y que fué expulsado por los jefes del

(1) Véase tomo XI de esta obra.

gran levantamiento. En el invierno que siguió á la retirada de Jerjes, más vivo que nunca el deseo de sacudir el yugo de los persas y de abrazar el partido nacional, no sólo en las islas si que tambien en las costas de Anatolia se tramó una conjuracion que tenia por objeto asesinar al tirano y promover en la isla un levantamiento contra los persas. Pero el complot fué descubierto por uno de los conjurados y estos tuvieron que apelar á la fuga para salvarse. Encontrábanse en la primavera en Esparta á donde habian ido á pedir el envio de la armada helena á las costas de Anatolia, esperando que su valioso concurso remediaria ampliamente el fracaso de su conjuracion abortada, ya que en tal caso secundarian otras muchas ciudades el movimiento de Chio. Pero Esparta no accedió á los deseos de los chienses, que inmediatamente se presentaron á los estrategos de la armada anclada entonces en Egina, afin de moverles á secundar sus propósitos. Tampoco allí lograron su objeto, porque los capitanes hicieron ademan de creer que se hallaban tan lejos de Samos, como de las columnas de Hércules; no obstante á sus gestiones se debió el traslado de la flota á Delos (1).

*
* *

Despues que Pausanias, tras largas y vergonzosas vacilaciones, traspuso los collados del Citeron y las naves áticas, alejado ya el peligro que corrieron los suyos con el pátrio suelo, pudieron trasladarse tambien á Delos, se presentaron á los caudillos griegos tres mensajeros samiotas, que venian del cuartel general enemigo. Ocurria esto indudablemente en los primeros dias

(1) Herod. VIII, 132. Ya Nitzsch dió esta oportuna interpretacion al pasaje de Herodoto.

de Setiembre, época en que adoptaron los griegos la resolucion de tomar una actitud ofensiva con las naves, dado el breve plazo que luego media hasta la batalla naval de Micala.

Jerjes habia presenciado la animosa conducta de Theomestor en Salamina nombrándole príncipe de Samos en lugar de Eaces; pero ni su activa vigilancia, ni la misma presencia de la flota persa fueron parte á evitar que los samiotas Lampon, Atenágoras y Hegesístrato saliesen de la isla. Ya en la presencia de Leotiquidas, almirante de la armada helena, dijeron que iban en representacion del pueblo de Samos, á solicitar su concurso para sacudir el yugo de los medos. Los mensajeros conjuraron á los estrategos, por los dioses que todos adoraban, á librar de la servidumbre á Samos juntamente con todos los griegos de Asia, asegurándoles, que tan pronto como se mostrase la armada, todos los jónios se levantarian contra sus opresores. Hiciéronles ver cuán facil seria sorprender la flota enemiga en Samos y apoderarse de toda ella con la ayuda que les prestarian los samiotas desde tierra (1). Y en prueba de que no era su intencion tenderles un lazo al querer conducirles contra el enemigo, estaban prontos á permanecer ellos mismos como rehenes, á bordo de sus naves.

Los comisionados samiotas tuvieron habilidad para convencer á Leotiquidas de que un ataque bien dirigido contra la armada enemiga y protegido además por los samios, tenia grandes probabilidades de éxito. Y luego, ¿no era impolítico dejar perder el apoyo con que le brindaban samios y chienses? El mismo cuidado que les infundia el peligro que corria en aquella sazon la madre patria, sobre todo Atenas, pareció servirles de

(1) Herod. IX, 90.

aguijon, y para ahogar tales temores pensaron que un golpe afortunado en Asia ejerceria tambien desfavorable influencia en las tropas de Mardonio. Leotiquidas tomó en el acto una resolucion en extremo osada, diciendo á Hegesístrato que «aceptaba el buen agüero con que el cielo le convidaba en su mismo nombre de conductor del ejército.» Habiendo prometido los embajadores, en su calidad de representantes de Samos, que sus compatriotas pelearian con ánimo esforzado, los estrategos les admitieron en la Liga helena y acto contínuo prestaron aquellos el juramento acostumbrado (1).

Acordóse que Lampon y Atenágoras regresáran secretamente á Samos á fin de tomar allí las medidas oportunas, en tanto que Hegesístrato se quedaria con los estrategos para servir de guia á la armada. Tres dias despues de la partida de aquellos, viendo que los sacrificios les eran favorables levantó anclas la flota helena, dírigióse por el camino más recto á Samos y una vez en aquellas aguas se aprestó al combate formando su línea á la altura de los «Juncos,» frente al Hereon de Samos, en disposicion de atacar la armada enemiga que se hallaba anclada detrás del gran dique del puerto.

La aparicion de las naves griegas en aquellas aguas causó no pequeño espanto á los almirantes persas Artayntes é Ithamitres, que no pudieron imaginar siquiera semejante audacia. Y no les faltaba razon para temer á los guerreros de Salamina. Es verdad que disponian de 300 triereos, para 100 de los griegos, número á que habia quedado reducida la flota persa despues del licenciamiento de los contingentes fenicio y egipcio; pero aún hecha abstraccion de las naves equipadas por los hele-

(1) Herod. IX, 101. 91. Diod. II, 34. La relacion de Herodoto merece aquí entero crédito, por estar tomada de las tradiciones samiota y ateniense.

nos de las islas y del continente asiático, que no inspiraban confianza alguna, los almirantes persas abrigaban fundados temores de que sus soldados flaquearian en lo mejor del combate (1). Y entre todos los griegos de nadie desconfiaban tanto como de los samios. Habia llegado á su noticia el complot que se fraguaba en Chio, y tal vez tenian sospechas y fundados recelos de lo que se tramaba en Samos; en vista de lo cual no osaron medir sus armas con una escuadra la mitad de cuyos soldados podian pasarse al enemigo en medio del combate. Es verdad que una retirada en tales condiciones equivaldria á renunciar á la posesion de las islas que aún permanecian fieles á Persia; mas todavia les pareció menos peligroso evitar una segura derrota que pudiera envalentonar á los jónios que abandonar por algun tiempo las expresadas islas; por cuya razon Artayntes resolvió alejarse de la isla antes de la llegada de los griegos, y trasladar la flota al golfo de Mileto, donde estaria protegida por el poderoso ejército de tierra que acampaba en sus cercanías.

Esta retirada frustró el concierto establecido con los samios para atacar de improviso la armada persa; mas en cambio dejaba en completa libertad de accion á los habitantes de las islas. Sin embargo, esta ventaja era más aparente que real, toda vez que las naves enemigas volverian á someterlas tan pronto como se retirasen los griegos. Los estrategos helenos, una vez intentado este golpe de mano, pensaron, aunque con repugnancia, regresar á las costas de Grecia; pero detúvoles á refle-

(1) Los chipriotas, cilicios, pamfilios, licios y carios habian aprontado en la primavera del 480 unos 400 triereos; las ciudades griegas en junto 290. Es cosa averiguada que tambien los eolios dieron naves á la armada, como lo acreditan Diodoro, 11, 36 y Herodoto, IX, 106.

xionar la incertidumbre del giro que habian tomado los acontecimientos en la Metrópoli, donde tenian por casi seguro que Mardonio habria impuesto la ley á los griegos (1); por otra parte hallándose tan próximos á las costas de Asia y enfrente de una flota que rehusaba el combate, ocurrióseles de nuevo la idea de hacer una demostracion contra el Helesponto ya que cualquier ventaja obtenida en aquel punto seria más peligrosa para los persas que la toma de Samos. Pero despues de largas discusiones y de penosas dudas, adoptaron una resolucion muy distinta y de una osadía increible: seguir á la armada enemiga y atacarla en las playas asiáticas (2).

Animábales ante todo aquella irresolucion de los enemigos, muy superior á todo lo que ellos se habian imaginado. Al llegar cerca de la costa vieron que los persas habian sacado á tierra sus naves, al pie de la vertiente meridional del monte de Micala y las habian encerrado dentro de un vallado que formaron con piedra y fagina, alzando á más de esto una fuerte empalizada al rededor de la valla. Sin duda les movió á tomar tantas precauciones la consideracion de que las tropas que allí tenian apostadas se componian de contingentes de los pueblos anexionados ó tributarios, por haberse quedado con Mardonio gran parte de las tropas persas y medas y hallarse el resto en el campamento real de Sardes; no obstante los marinos de la armada, al mando de Mardontes, eran soldados medos y persas que constituian un respetable refuerzo para el ejército de Tigranes, no sólo por su número sí que tambien por su valor y fidelidad al rey.

(1) Herod. IX, 101.

(2) Herod. IX, 98. Que los griegos perdieron un tiempo precioso en estas vacilaciones, lo demuestra el vallado que construyeron los persas en ese intermedio para protejer sus naves.

En esta disposicion resolvieron los caudillos persas mantenerse á la espectativa y ver si los griegos osarian bajar á tierra en presencia de fuerzas tan respetables. Si tenian tal atrevimiento el ejército de tierra se encargaria de rechazarlos y lanzarlos al mar; en el caso menos favorable la empalizada les ofrecia seguro asilo. Los samios de la armada, que no inspiraban confianza á Tigranes ni á los almirantes, fueron desarmados; y los milesios, que se encontraban en igual caso, recibieron orden de alejarse del campamento y ocupar las alturas del monte de Micala.

Leotiquidas adoptó una resolucion por extremo osada; y es que la cobarde retirada de los almirantes persas y el manifiesto temor que mostraban de verse vendidos por los griegos de su armada, le llenaron de confianza, al mismo tiempo que le hicieron comprender que podia contar con el apoyo de sus compatriotas del campamento persa. El caudillo de la armada helena se mostró en esta ocasion tan valiente como cobarde apareció Pausanias en Beocia. Era un resultado de gran importancia para Grecia, especialmente para Esparta, alcanzar en las mismas costas asiáticas un triunfo equivalente al de Salamina, y Leotiquidas tenia un interés particular en salir airoso de la empresa, á fin de ganar en su favor la opinion de los espartanos y poder presentar una hazaña que le equiparase al admirado Temístocles. Resolvió, pues, operar el desembarco de sus tropas á la vista de fuerzas muchas veces superiores á las suyas, y si la operacion salia á medida de su deseo, dar la batalla con los 3.000 hoplitas de sus triereos y los remeros disponibles, que harian en junto unos 10.000 guerreros. Jamás general alguno habia hecho un ensayo más arriesgado. Respecto de Jantippo, se encontraba en una situacion bien anómala, viéndose obligado por la cor-

riente de los sucesos á conducir á sus atenienses al combate en la costa asiática, despues de haber quitado á Temístocles la direccion de la guerra para evitar aquel resultado. La cuestion, por lo demás, era de una gravedad suma, pues de aquella contienda dependia el dominio de las islas y del Helesponto (1).

*
* *

En los últimos dias de Setiembre del año 479, segun el cálculo expuesto anteriormente, emprendieron las naves helenas el movimiento de avance en direccion al campamento persa que se estendia al pie del Micala; veíase allí el numeroso ejército enemigo formado en orden de batalla al abrigo de la montaña y de una fuerte empalizada. Tan pronto como llegaron en buen orden cerca de la playa, lo primero que hizo Leotiquidas fué ir pasando por delante del enemigo, costeando en la nave almirante la tierra lo más cerca posible de la costa y hacer que su pregonero habláse en estos términos á los jónios del ejército contrario: «Amigos jónios, cuantos estais al alcance de mi voz, estad atentos á lo que voy á deciros: os encargo que, al cerrar nosotros con el enemigo tengais presente vuestra libertad y la de todos los griegos; lo segundo que os prevengo es que no os olvideis del nombre y seña, que es *Hebe*. Decirlo tambien á los que no pueden oirme.»

Los capitanes persas no hicieron nada para evitar que los griegos arribasen á la playa, echasen los puentes de desembarco y, saltando á tierra, formasen en orden de batalla: segun su costumbre, plantaron los escudos en tierra, delante de la línea de combate, para que les sirviesen de parapeto. Habia pasado ya la hora

(1) Herod. IX, 101.

del medio dia, cuando los hoplitas formaron en la playa y se disponian con sin igual audacia á entrar en combate. Componian el ala derecha de aquel pequeño ejército los espartanos, eginetas y megarenses; en el centro se hallaban los corintios, sicyonios y trecenios; los atenienses estaban solos en la izquierda. Acababa Leotiquidas de dar la señal de ataque cuando se difundió por todo el campo la fausta nueva de que los griegos habian vencido el ejército de Mardonio en Beocia, ya porque el mismo astuto Leotiquidas difundiese tal rumor para animar á sus tropas, ó bien porque se refiriese al primer triunfo parcial obtenido en Beocia, en el que encontró la muerte Masistio; ello es que el tal rumor llenó de valor á los griegos para acometer aquella empresa (1).

Despues de avanzar un corto trecho vió Leotiquidas que le cerraba el paso un arroyo, el Gaeson segun parece, que defendia el frente del enemigo, por lo que corrió sus tropas hácia la derecha á fin de buscar terreno más adecuado para el ataque. Entre tanto los atenienses y el centro, que encontraron libre el paso, continuaron avanzando y ya habian cerrado con el enemigo cuando la division lacedemonia iba dando aquel rodeo. Sin detenerse por la lluvia de flechas que caia sobre ellos llegaron hasta el parapeto de escudos, detrás del cual peleaban con ardor los persas. Mas los atenienses habian aprendido en Maraton la manera de conducirse con este enemigo; exhortáronse unos á otros á redoblar el ímpetu del ataque á fin de obtener por sí solos el triunfo sin dejar aquella gloria á los lacedemonios; y acometieron con tal denuedo que, roto el parapeto, empezó á mudar de semblante la accion. En compacta formacion avan-

(1) Herod. IX, 102. Diodoro XI, 35.

zaron los atenienses y sicyonios, pero el enemigo opuso enérgica resistencia. Allí cayeron Perilao jefe de los sicyonios y con él muchos atenienses. Por fin rompieron las filas enemigas y las atacaron con tal brio que los persas se refugiaron á sus trincheras; visto lo cual por los atenienses les persiguieron de cerca, penetrando con ellos dentro del campo atrincherado, al que se lanzaron igualmente los sicyonios, corintios y trecenios. Tan pronto como los desarmados samios vieron á los griegos dueños del campo se arrojaron tambien sobre los persas, ejemplo que siguieron los demás jónios y eolios que presenciaban armados el combate.

Al ver los asiáticos forzado su campamento y derribada la empalizada, y apercibiéndose de la general defeccion de sus aliados griegos, se entregaron á la fuga, sin que los generales lograsen reorganizar sus huestes, á pesar de los esfuerzos que hicieron para ello. Unicamente los soldados de nacionalidad persa, divididos en pequeños grupos, resistieron valerosamente á los griegos dentro de las trincheras. En esta encarnizada lucha encontraron la muerte Tigranes y Mardontes.

Aún duraba la pelea cuando llegó Leotiquidas con las tropas del ala derecha, y este refuerzo acabó de desconcertar al enemigo y puso fin á su resistencia. Al buscar los fugitivos asilo en las alturas del Micala encontraron allí su perdicion; porque los milesios, apostados en aquellos parajes, ocuparon los senderos que conducian á la cima y degollaron á todos los que cayeron en sus manos; cogidos así entre dos tiros opuestos sucumbieron muchos guerreros persas (1).

Sin embargo, los griegos no continuaron la persecucion más allá de la cima del Micala. Sacado el botin

(1) Diodor. 11, 36.

del campamento á la playa, pusieron fuego á las tiendas, á la valla y á las empalizadas con todas las naves que allí se encontraban; último resto de aquella poderosa flota que revistó el rey, ocho meses hacia, en las cercanías de Dorisco. La marina de guerra de los persas habia recibido un golpe mortal, que aniquiló casi por completo el más poderoso elemento que tenian para combatir á los griegos. Masistes, hermano de Jerjes y uno de los jefes de la division de Mileto, con Artayntes é Ithamitres jefes de la flota, condujeron á Sardes los restos del ejército de mar y tierra, acampado en Mileto, que se incorporaron á las fuerzas de la reserva que mandaba el rey en persona. Por lo demás hay una exajeracion manifiesta en la tradiccion helena que da 40.000 muertos á los persas en la accion de Micala (1).

Segun la expresion de Herodoto «la Jónia se habia separado por segunda vez de los persas,» y así era en efecto; los griegos tomaron sobre los persas en Micala cumplida revancha por la derrota que diez y siete años antes habian hecho sufrir á los jónios en Lada; ambas batallas se dieron en el golfo de Mileto: una al Norte y en su costa meridional la otra. Grecia, que se habia visto el año anterior al borde del abismo y que acababa de jugar el todo por el todo en los llanos de Beocia, habia derrotado á su poderoso enemigo en su propio suelo y aniquilado su armada; pero este resultado se debia muy particularmente al esfuerzo de las mismas colonias que, con su política egoista y poco previsora, habia abandonado entonces la Metrópoli á su propia suerte. Los jónios fueron los que llevaron allí la armada hele-

(1) Herod, IX, 106. Segun Ctesias (Pers. Ecl. 26), los persas perdieron en todos los combates de esta guerra, incluso el de Salamina, 120.000 hombres.

na; sus agentes, al prometer el valioso concurso de Chio y Samos y el eficaz apoyo de toda Jónia, los que decidieron á Leotiquidas á acometer tan osada empresa.

Sin la defeccion de Chio y Samos y el levantamiento unánime de los samios, milesios y demás griegos que militaban en el ejército persa contra sus opresores, en el acto mismo de la batalla, no hubieran sido suficientes para obtener tan brillante triunfo, ni el decidido arrojo de Leotiquidas, ni el valor de Jantippo y de sus hoplitas atenienses, á quienes esta vez no podia negarse el premio de la victoria. El triunfo de Micala dió desde luego la deseada libertad á los samios y chienses, ya que sus tiranos desaparecieron inmediatamente de la escena, sin que se tenga noticia de su paradero durante la jornada. Pero ¿cuál seria la suerte de Mileto y demás ciudades de la costa, cuyos guerreros habian contribuido de un modo tan directo á alcanzar aquel inesperado triunfo, que apenas tenia semejante en la historia? Leotiquidas se negó resueltamente á seguir probando fortuna en tierra firme y no le faltaban poderosas razones para ello: Jerjes podia presentarse en la costa con el ejército acampado en Sardes, en muy pocos dias; por cuya razon ordenó el reembarco inmediato y regresó nuevamente á Samos (1).

*
* *

Una vez en Samos celebró Leotiquidas consejo de jefes con los estrategos y los representantes de Jónia á fin de acordar lo que debian hacer por los jónios, con los que habian contraido compromisos muy sagrados. No solamente les debian el grandioso triunfo alcanzado en Micala, sino que el mismo Leotiquidas les habia ex-

(1) Eforo en Diodoro, 11, 36.

citado en persona á rebelarse contra Persia. Sin embargo, tanto éste caudillo como sus colegas peloponesios confesaron desde el primer momento que era dificilísimo si nó imposible evitar que las islas próximas á la costa y sobre todo las ciudades jónio-eólicas del continente volviesen á poder de los persas. Sostener en Jónia un ejército de ocupacion, era además de arriesgado, una carga onerosa en extremo que no podian tomar sobre sí los cantones aliados.

Mas por otra parte, al punto á que habian llegado las cosas, era un acto rayano á la traicion el abandonar á merced de tan poderoso enemigo las colonias jónio-eólicas, que empezaban á reponerse de la horrible postracion en que las sumieran los persas quince años hacia. La posesion de estas colonias aseguraba al comun enemigo los medios de restaurar su marina de guerra, sin lo cual no podian pensar en someter á su dominacion las islas. Estas consideraciones inspiraron á los peloponesios la idea de proponer la emigracion en masa de los jónios á quienes se entregarian las ciudades marítimas que se habian pasado al partido medo-persa, despues de expulsar de ellas á sus actuales moradores, los tesalios, malios y beocios principalmente. Inútil es advertir que semejante proyecto presupone el conocimiento de la derrota y muerte de Mardonio, sin la cual ni semejante propósito hubiera podido realizarse ni los griegos del partido nacional hubieran podido estar seguros en las expresadas poblaciones, que los persas no hubieran dejado de conservar á todo trance, ó de someterlas si un accidente tan desgraciado no se lo impidiera.

A este acuerdo se opusieron en primer término los atenienses, quienes opinaban que no era justo ni patriótico abandonar á los persas aquellas célebres y anti-

guas colonias griegas; que aun podia emplearse con éxito la marina para atacar á los persas y que Atenas no juzgaba demasiado pesada la carga que se imponia al adquirir el compromiso de defenderlas de tan poderoso enemigo. Además, no podian consentir que se perdiesen tan por completo los frutos de la victoria que acababan de alcanzar, y al voto de los peloponesios opusieron la declaracion de que «siendo colonias atenienses las ciudades jónicas no tenian los peloponesios derecho para tomar acuerdos sobre las mismas.» Por último convinieron seguir un término medio y acordaron recibir en la liga helena á Samos, Chio, Lesbos, Lemnos é Imbros con todas las demás islas cuyas tropas habian tomado parte en la batalla de Micala, como auxiliares del ejército heleno ó se habian agregado al mismo antes de tomar esta resolucion. Los representantes de las expresadas islas juraron permanecer siempre fieles á la liga, en la que no fueron admitidas las ciudades del continente; abandonadas estas á su destino viéronse precisadas á buscar el apoyo de las mismas islas ó á emigrar á ellas (1).

La diversidad de pareceres que se manifestó en el consejo de Samos, se hizo aún más ostensible en el trascurso de las operaciones. Habiéndosele reunido los trieréos que pudieron aprontar todavia las islas, zarpó Leotiquidas con rumbo al Helesponto; su propósito no era otro que ocupar los estrechos y cerrar el paso á los restos del ejército de Mardonio. Mas al trasponer el promontorio de Lekton, al Norte del golfo de Adramytion,

---

(1) Herod IX, 106. No cabe dudar que los datos de Herodoto sobre este particular son más fidedignos que los de Eforo (Diodoro, 11, 37). Por lo demás, es natural que en Eforo de Cumas se destaquen más los eólios que en Herodoto. Respecto de Lemnos é Imbros véase Kirchhoff, Delischer Bund, Hermes 11, p. 16.

fué detenida la escuadra por vientos contrarios y arribó al estrecho más tarde de lo que se esperaba. Este contratiempo y lo avanzado de la estacion movieron á Leotiquidas y á los estrategos peloponesios á navegar con rumbo á las playas de Grecia (1).

Los atenienses miraban esta cuestion bajo muy diferente punto de vista. No en vano habia pedido, el año anterior Temístocles, que los griegos ocupasen el Helesponto y se cortase de esta manera á los persas toda comunicacion con Europa; en realidad de verdad quedaban imposibilitados para mantener sus dominios occidentales, hasta el Olimpo, si una vez perdida la escuadra, se les arrebataban tambien los estrechos. La posesion de Sigeo habia dado á conocer á los atenienses la importancia estratégica del Helesponto, que les demostró asimismo Milciades el viejo con la fundacion de su principado del Quersoneso, legado por su sobrino hacia quince años á los atenienses. Era, pues, preciso arrebatar á los persas aquel estrecho, por lo menos la plaza de Sestos, que formaba la cabeza de uno de los puentes, en la costa de Europa.

Para lograr este resultado debia empezarse por promover una rebelion general contra los persas en las poblaciones del Helesponto, que ya dos veces, en 512 y 499 antes de Jesucristo, habian intentado sacudir su

---

(1) Tucid. 1, 89. Herodoto (IX, 106. 114), atribuye esta resolucion á otra causa y dice que Leotiquidas se dirigió al Helesponto con objeto de destruir los puentes que aún creia estaban en pié; pero como ya no encontrase rastro de ellos se dió á la vela para Grecia. Semejante suposicion es imposible, toda vez que segun el testimonio del mismo historiador ya estaban rotos los puentes en el otoño del año anterior; en ninguna parte dice que fuesen restaurados el año 479, obra de todo punto innecesaria y absurda, desde el momento que no se pensaba apostar allí una escuadra para su defensa.

yugo, y luego tratar de quitar á los bárbaros las ciudades que allí habian edificado los colonos atenienses para devolverlas á poder de la Metrópoli. Así sucedió que Jantippo no sólo se habia visto precisado á llevar la guerra, contra su voluntad explícita, á las playas asiáticas, sino que ahora tuvo que poner en ejecucion los planes de Temístocles, que con tanto empeño habia combatido, y emplear su esfuerzo y su direccion para conquistar los territorios que él y su partido no quisieron aceptar del magnánimo Milciades, del hombre para el que, por pretendidos desaciertos, habia pedido la pena de muerte, á quien efectivamente llevó á la tumba con su segunda acusacion. Claro está que á esto se vió obligado por la fuerza de las circunstancias, pero el mismo empeño y seriedad con que hizo suyos los planes de un adversario, disculpan algun tanto sus primeros yerros y abrillantan el mérito de sus hechos posteriores.

Segun hace notar Herodoto «los atenienses hicieron un ensayo para conquistar el Quersoneso; para lo cual pasando de Abydos á Sestos empezaron el asedio de esta plaza, que era la más fuerte de la citada provincia.» Tucidides ha hecho resaltar el apoyo que las colonias griegas prestaron á la Metrópoli en esta empresa: «los atenienses y aliados de Jónia y del Helesponto, que ya se habian rebelado contra el rey, pusieron sitio á Sestos, despues que Leotiquidas y sus aliados del Peloponeso regresaron á Grecia» (1).

*
* *

Entre tanto que esto ocurria en los mares asiáticos habíase suscitado entre los vencedores de Mardonio acalorada contienda sobre quién se habia portado mejor en

---

(1) Herod. IX, 114. 115. Tucid. I. 89.

la batalla. Los espartanos reclaman el premio, alegando que habian vencido á los cuerpos más distinguidos del ejército enemigo; los atenienses presentaron igual pretension, diciendo que habian ganado una victoria tan importante como la de los espartanos, y en cambio estos no habian sabido rechazar la caballería ni dar el asalto al campamento fortificado, cuya toma realizada en propiedad por ellos, constituia la verdadera accion decisiva, toda vez que dicho asalto habiá determinado la derrota decisiva del enemigo que, sin aquella sorpresa, hubiera podido reorganizar sus fuerzas; por tanto á ellos se debia muy principalmente el gran descalabro de los persas.

Como quiera que sea, no cabe duda que el valor y la inquebrantable constancia de los atenienses en los combates preliminares, enfrente de la actitud vacilante y la cobardía de Pausanias, habian puesto al ejército griego en condiciones de alcanzar el triunfo, por cuya razon les correspondia moralmente el premio de la victoria. Mas como los lacedemonios llegasen hasta negar á los atenienses la autorizacion para erigir un trofeo en el campo de batalla, se acaloraron de tal manera los ánimos que, segun el testimonio de Plutarco, estuvieron á punto de venir à las manos. Para apaciguar la contienda, Teogito, estratego de Megara, propuso que no se diese el primer premio ni á los atenienses ni á los espartanos; y Cleocrito, estratego de Corinto, propuso que se otorgase á los plateenses. Entonces Arístides influyó cerca de los caudillos áticos, especialmente cerca de Leocrates y Myronides, para que cediesen, votando á nombre de los atenienses la proposicion de Cleocrito, á la que acto contínuo se adhirieron Pausanias y los estrategos de los demás contingentes. Acordóse además que espartanos y atenienses erigiesen por sepa-

rado sus trofeos: habiéndole construido los primeros en las cercanías del templo de Céres, en el sitio mismo en que los persas habian emprendido la retirada, en tanto que un pequeño monumento de piedra levantado á orilla del camino que va de las Cabezas de las encinas a Tebas designaba el lugar en que habia sucumbido Mardonio (1).

Tebas era el canton que con más prontitud y agrado dió la tierra y el agua á los heraldos de Jerjes; y en su calidad de jefe de la liga beocia habia arrastrado á tomar igual resolucion á las demás ciudades de la comarca, fuera de Platea y Tespia. Desde la muerte de Leonidas habian trabajado los tebanos, con manifiesto celo, en favor de la causa del rey con el que hicieron estrecha alianza, y sus guerreros fueron los que con más ardor defendieron en Platea la causa de los medos. Pausanias, oido el parecer de los estrategos, tomó el sábio acuerdo de exigir la responsabilidad de esta conducta únicamente al partido gobernante, derribarle y poner al frente de la República al partido heleno. Resolvieron, pues, reclamar á los tebanos la entrega de los partidarios de los medos; y si se rehusaba su peticion, poner sitio á la ciudad, tomarla y ofrecerla con todos sus moradores al númen délfico, segun lo acordado en el consejo de los aliados.

El dia onceno despues de la batalla de Platea, se presentó el ejército heleno delante de los muros de Tebas; á pesar del cambio radical operado en Grecia, de la completa derrota de los persas y de las pérdidas que habia sufrido la ciudad en Platea, aun se sintió el partido allí dominante con fuerzas suficientes para rechazar la

(1) Plut. Aristid. 22. Pausanias vió todavía uno de estos trofeos (9, 2, 6), que estaba á quince estadios de la ciudad. Busolt. Los lacedemonios p. 459 sigs. Herodoto IX, 84. Pausan. 9, 2, 2.

exigencia de los aliados. Era cuestion de vida ó muerte. Estos entregaron la campiña al saqueo y formalizaron el sitio. Rodeaban la ciudad fuertes murallas y los víveres allí acumulados por Mardonio bastaban para sostener la poblacion durante algunos meses. Pero difícilmente podían esperar los persófilos mantener al pueblo en su obediencia si el asedio se prolongaba, faltándoles el apoyo de los numerosos partidarios que habian perdido en la accion; además era de todo punto imposible exigir al pueblo penosos sacrificios por la defensa de una política desprestigiada, que habia perdido su principal apoyo. A lo sumo podian esperar socorros de Asia que no hubieran llegado sino con gran retraso. Al cabo de veinte dias de asedio, Attagino y Timegenidas, jefes de los oligarcas persófilos, se declararon prontos á entrar en negociaciones con los sitiadores. Aún abrigaban esperanzas de poder sobornar á los griegos; á lo menos creian que podrian alejar el peligro sometiéndose al pago de una fuerte contribucion, como lo habian hecho el año anterior las Cicladas que militaron en el partido persa, á las que los mismos aliados señalaron la cuota con que cada uno podria rescatar aquella falta.

Pero Pausanias rechazó sus proposiciones y persistió en reclamar la entrega de los reos. La ciudad se sometió y resolvió abandonar á su suerte á los culpables. Attagino logró evadirse antes que se pusiera en ejecucion el convenio, pero Timegenidas, los hijos de Attagino y todos cuantos se habian señalado en la defensa de los persas cayeron en poder de Pausanias. Fuera de los hijos de Attagino á los que el general espartano dió libertad, «por cuanto los hijos no son responsables de los delitos de sus padres,» todos los demás presos fueron enviados al Istmo donde se les quitó la vida, á pesar de las esperanzas que hasta los últimos momentos

abrigaron de poder réscatarla. En realidad tenian bien merecido el castigo. Píndaro, como si respirase al ver alejado un peligro, exclama: «se han disipado los graves cuidados; un dios ha apartado de nuestras cabezas la piedra de Tántalo» (1). Tebas perdió de esta manera la posesion predominante que antes ocupaba á la cabeza de la liga beocia; no tan sólo Platea y Tespia, que se han levantado nuevamente de las ruinas, sí que tambien las demás poblaciones del canton se negaron á reconocer su heguemonia. La disolucion completa de esta liga se deduce tambien con entera claridad de los esfuerzos que hace más tarde Esparta para recuperar á Tebas el predominio perdido.

*
* *

Los trofeos tomados en Platea á los persas quedaron como propiedad de los Estados cuyas tropas los habian conquistado. Los atenienses consagraron á su númen del Erejtheo la coraza de oro de Masistio, un sable de Mardonio que valia 300 daricos de oro ó sea un talento de plata babilónico y un banquillo del mismo con pies de plata, que habian cogido en la tienda de aquel general, dentro del campamento (2). En el templo délfico consagraron varios escudos cogidos tambien al enemigo, con esta inscripcion: «de los medos y tebanos, cuando pelearon en contra de Grecia»; y los tegeatas consagra-

---

(1) Pind. Isthm. 8, 18-21.

(2) Demosth. in Timocrat. p. 741. Pausan. 1, 27, 1. No pretendo refutar aquí las dudas de Pausanias respecto de la autenticidad del expresado sable; indudablemente que en la tienda de Mardonio pudo encontrarse un sable de otro caudillo. Algunos suponen que el banquillo pertenecia á Jerjes (Harpocrat. argurópous difros), fundándose en la opinion de los que pretenden que el Rey dejó su tienda de campaña á Mardonio. Herod. IX, 82.

ron á la Athena Alea un pesebro de bronce artísticamente trabajado que habian cogido de las tiendas en Mardonio (1).

De todo el botin cogido en la batalla, á saber: armas, utensilios, adornos, oro, plata, mujeres y esclavos; caballos, camellos y animales de matadero, separaron el diezmo de su producto para los dioses, con arreglo al uso antiguo de los griegos; otra décima parte le correspondió á Pausanias, como general en jefe. Ascendia su valor á 80 talentos ó 1.875.000 reales próximamente (2). El resto se repartió entre todos los Estados que habian enviado tropas al ejército, segun el número de soldados. Por unánime acuerdo de los aliados, el diezmo destinado á los dioses se consagró á Júpiter Olímpico, al Neptuno ístmico y al númen délfico. De la parte que cupo á Neptuno se le erigió en el Istmo una estátua de bronce de siete varas de altura y Anaxagoras el egineta recibió el encargo de ejecutar la estátua, igualmente de bronce, de Júpiter Olímpico, que media diez varas de altura y se colocó en el Altis; en el pedestal se grabaron los nombres de los Estados cuyas tropas habian alcanzado la victoria de Platea (3).

Por último, en honor del Apolo délfico se erigió un trípode de oro, que descansaba sobre pedestal de bronce, formado por tres serpientes enroscadas una en otra y erguidas; cuyas cabezas, con las fauces abiertas, miraban á distinto lado, alcanzando en junto más de diez y seis pies de altura. Este voto se colocó junto al altar principal del nuevo templo (4). Pausanias mandó grabar en el pedestal esta pretenciosa inscripcion: «El ge-

(1) Aeschin. in Ctesiph. 116 Pausan. 10, 19, 4.
(2) Diodor 11, 33.
(3) Herod. IX, 81. Pausan. 5, 23, 1. 2. 3. Plut. Malign. 4.
(4) Herod. 9, 81.

neral en jefe de los helenos, Pausanias, consagró á Febo este monumento, despues de aniquilar el ejército de los medos.» Pero el gobierno espartano, á consecuencia de las quejas que presentaron los plateenses ante el consejo de los anficciones, hizo borrar aquellos versos y poner en su lugar: «Al Dios Apolo dedicaron este voto de los medos;» á cuya dedicatoria seguian los nombres de todos los cantones cuyas tropas pelearon en Platea. En las roscas de las serpientes del pedestal, que aún se conserva, están efectivamente grabados, con letras de mas de una pulgada, los nombres de aquellos treinta y un Estados, en igual número de líneas, y en el mismo orden en que están designados en el pedestal de la estátua de Júpiter Olímpico (1).

Van en primer lugar los lacedemonios; siguen los atenienses y corintios; á estos los tegeatas, sicyonios, eginetas, megarenses, epidaurios, orchomenios, fliusios, trecenios, hermioneses, tirintianos, plateenses, tespios y micenos; vienen luego los eretrios, calcidios y styreos de Eubea; los eleos, potideos, leucadios y anaktorios; y en último término los ambraciotas y lepreatas. Las islas de Ceos, Melos, Tenos, Naxos, Cythnos y Serifos ocupan respectivamente los lugares: de diez y siete á veinte, veintiocho y veintinueve. Los focenses no figuran en la lista, porque una parte de este canton envió sus tropas al ejército de Mardonio y el resto ó permaneció neutral ó no tomó parte en la batalla; sin embargo se hace mencion de los eleos que acudieron tarde al com-

---

(1) Tucid. 1, 132. 3, 57. Ps.—Demosth. in Neaeram p. 1378. Pausan. 5, 23, 1. 10, 13, 9 Segun Tucidides y Nepote (Paus. 1), el indicado cambio de la inscripcion debió tener lugar antes del año 476. Vid. O. Frick en el Anuario de Jahn, Supl. III p. 487 sig. Kirchhoff, Estudios, 3.ª ed. 144.

bate, favor que se negó á los mantineos, que se encontraban en igual caso (1).

Los cadáveres de los que sucumbieron en la pelea fueron sepultados junto á las puertas de Platea. Los espartanos abrieron tres fosas: una para los hoplitas, otra para los perioicos y la tercera para los hilotas. En el monumento funerario de los atenienses se puso esta inscripcion: «destruyendo el ejército de los persas, libraron los hijos de Atenas á su patria de pesada servidumbre» (2). Junto á estos se veian los sepulcros de los tegeatas, megarenses y demás contingentes. Los plateenses, segun el compromiso contraido, les ofrecian á todos anualmente las primicias de los frutos con las demás ofrendas propias de los muertos, y el diez y seis de Maemakterion celebraban en su honor el sacrificio de los muertos (3). Al rayar el alba de este dia daban las trompetas la señal de marcha y todos los habitantes salian al lugar donde se hallaban los sepulcros. Llevábase en la procesion el toro negro, al que seguian carros llenos de coronas y ramos de mirto y jovenes llevando jarros de vino y leche y tarros de unguentos. Ningun esclavo podia prestar servicio en esta solemnidad. Por último cerraba la marcha el arconte de Platea, con traje de púrpura, llevando en una mano la espada y en otra una vasija que se guardaba en la casa comunal de la ciudad. Una vez llegados á las tumbas sacaba agua de la fuente, lavaba con ella las columnas funerarias y las ungía; degollaba el toro ante el fuego sagrado y dirigia una plegaria al Júpiter y al Mercurio de la man-

(1) Así se deduce de Herodoto IX, 85; pero Pausanias no vió más que los sepulcros de los espartanos y atenienses y una fosa comun para todos los demás (9, 2, 5).

(2) Simonid. fragm. 102 Bergk. 2.ª

(3) Tucid. 3, 58.

sion subterránea, invitando á los valientes que habian dado su vida por Grecia á tomar parte en el banquete y en la ofrenda sangrienta. Llenaba luego la copa y derramaba el vino por el suelo diciendo: «bebo en honor de los hombres que han sucumbido defendiendo la libertad de los griegos» (1).

Cerca de las tumbas, en direccion á la ciudad, se levantó un altar á «Júpiter Libertador,» hecho de marmol blanco, con una inscripcion que decia: «Los helenos erigieron este altar á Júpiter Libertador, al que venera toda Grecia, en recuerdo del triunfo que les dió Ares cuando, confiando en el osado valor del alma, arrojaron del país á los persas» (2). En este altar se celebraban cada cuatro años las eleutherias, en las que se otorgaba el principal premio á aquel que llegaba primero al altar de Júpiter en la carrera de los armados (3).

La parte del botin que, como distincion especial, recibieron los plateenses, la dedicaron, lo mismo que el botin cogido en Maraton, á la reconstruccion del templo de la Athena Areia ó la guerrera, que habia en su ciudad. En el pedestal de la estátua que se erigió al númen, de dimensiones colosales, veíase á Arimnesto, el caudillo que condujo á la victoria á los hoplitas de Platea en Maraton y en las cercanías de las ruinas de su ciudad natal (4).

*
* *

Los anficciones que habian permanecido inactivos durante la invasion persa ó que la habian favorecido

(1) Plut. Aristid. 21.
(2) Pausan. 9, 2, 6, 7. Plut. Malign. 42.
(3) Pausan. 9, 2, 6. Strab. p. 412.
(4) Plut. Aristid. 20. Pausan. 9, 4, 1. 2.

puesto que la mayor parte de los Estados que formaban esta liga se habian pasado al enemigo, empezaron á dar señales de vida tan pronto como se convencieron de que el peligro habia pasado. Por su orden se erigió en Delfos una estátua á Scyllias de Scione, el caudillo que se pasó á los griegos y llevó á Artemisio la noticia de las desvastaciones que habian hecho las tormentas en la armada enemiga; luego pusieron á precio la cabeza de Epialtes que sirvió de guía á Hydarnes a través del Oeta (1). A su vez los atenienses, por solemne acuerdo, declararon enemigo del pueblo ático y de los aliados, al mismo tiempo que fuera de la ley á aquel Arzmio de Zelea que llevó al Peloponeso sumas de dinero para sobornar, de parte de Mardonio, á los griegos, cuyas sumas entregaron los peloponesios á los atenienses, á lo que parece como indemnizacion de daños y perjuicios; el expresado acuerdo se mandó grabar en bronce y se expuso en la ciudadela (2).

Los mismos anficciones mandaron erigir monumentos en el campo de batalla á los espartanos y á todos los peloponesios que habian combatido con Leonidas en los desfiladeros. En honor de Leonidas y de sus espartanos se puso esta inscripcion: «Ve á los lacedemonios, extranjero, y diles que yacemos aquí por obedecer sus mandatos.» Y en el monumento de los peloponesios se puso esta otra: «Contra tres millones pelearon solos en este sitio cuatro mil peloponesios.» Sobre la colina del desfiladero, en la que sucumbió Leonidas con los últimos héroes de su pequeño ejército, se colocó en honor

(1) Pausan. 10, 19, 1. Tambien á Fayllos se le erigió una estátua en Delfos. Pausan. 10, 9, 2.

(2) Diodor. 11, 28. Demosth. fals. leg. p. 428; in Philipp. 3 p. 121-B.

suyo, y como recuerdo especial de su valor y de su nombre un leon de piedra (1).

En la misma ciudad de Esparta se levantó, cerca del mercado, una columna en la que se grabaron los nombres de los trescientos escogidos que sucumbieron con Leonidas, juntamente con los de sus padres. Cuarenta años despues se practicó en las Termópilas un reconocimiento para buscar los huesos del caudillo y habiéndolos encontrado, al parecer á lo menos, fueron trasladados á Esparta, donde se les dió honrosa sepultura. Delante de aquella tumba se celebraba todos los años un pujilato en el que sólo podian tomar parte lacedemonios, y se pronunciaban oraciones fúnebres. Con parte del botin cogido en Platea se levantó igualmente, en el mercado de Esparta, el «pórtico persa,» en el que se veian las estátuas de los héroes griegos y á su lado las de los caudillos persas: Mardonio y Artemisia (2).

Los tespios, restaurada su ciudad con ayuda de los atenienses, levantaron en ella á sus compatriotas muertos en las Termópilas, un monumento conmemorativo con la inscripcion siguiente: «estos hombres habitaron en otro tiempo sobre la cumbre del Helicon; la anchurosa Tespia se gloria de sus nobles sentimientos (3). A los locrenses que sucumbieron en las Termópilas les dedicaron sus conciudadanos esta inscripcion: «la capital de los honrados locrenses llora la muerte de estos, que perecieron por Grecia luchando con los medos» (4).

Segun la expresion de Pindaro en Artemisio habian puesto los atenienses la esplendorosa piedra fundamen-

(1) Herod. VII. 228, 225.

(2) Pausan. 3, 14, 1, 3. 11, 3. Kirchhoff, Entstehungszeit p 52 siguientes.

(3) Herodot. VIII, 75. Anthol Palat. Append. 94.

(4) Estrabon p. 425.

tal de la libertad»; en aquel punto erigió Atenas un monumento triunfal, con la inscripcion siguiente: «Los hijos de Atenas vencieron en estos mares, en combate naval, á numerosas huestes procedentes de las comarcas asiáticas. Despues de la destruccion del ejército de los medos, erigieron este monumento á la vírgen Artemis» (1). Los corintios enterraron á sus guerreros muertos en Salamina cerca de la ciudad del mismo nombre; la inscripcion del monumento decia: «Extranjero; en otro tiempo fuimos habitantes de Corintio, la ciudad rica en aguas; pero ahora nos cobija la isla de Aias Salamina; aquí tomamos, en defensa de Grecia, naves fenicias y cogimos prisioneros soldados persas y medos.»

La inscripcion conmemorativa de los corintios que sucumbieron en el Istmo decia: «Cuando la Grecia entera se encontraba próxima á ser aherrojada con cadenas la hemos librado con nuestra vida de la servidumbre. A los persas les hemos causado grandes daños, signo de la rudeza del combate: Salamina encierra nuestros huesos, y nuestra ciudad natal Corintio erigió este monumento á nuestra benemérita conducta.» Adimanto, jefe de los buques corintios en Artemisio y Salamina, mostró lo mucho que estimaba sus propios méritos en los nombres que dió á sus hijas: «Triunfo del mar», «Primicias del botin», «Baluarte contra la fuerza», y á su hijo: «Optimo». En su propio sepulcro se colocó esta inscripcion: «este es el sepulcro de aquel Adimanto, por cuyo consejo alcanzó Grecia la palma de la libertad (2).

Tambien las mujeres de Corinto levantaron estátuas de bronce en el templo que tenia Venus en la Acroco-

(1) Plut. Themist. 9.

(2) Simonid. fragm. 101. 103 Bergk. 2.ª edicion.

rinto, como testimonio de que el númen habia escuchado sus plegarias no permitiendo que la Acrópolis de Grecia cayese en poder de los medos. El cenotafio que levantaron los megarenses á sus muertos, en el puerto de Nisea contenia la inscripcion siguiente: «Para que amaneciese á Grecia y á los megarenses el dia de la libertad, nos hemos sometido voluntariamente á la muerte: los unos en las empinadas cumbres de Eubea, en el lugar donde está el Santuario de Diana, la que lleva el arco; los otros en la montaña de Micala; estos en las playas de Salamina, donde destruyeron las guerreras naves fenicias; aquellos que osaron entrar en combate con apuestos ginetes, en los campos de Beocia. Nuestros conciudadanos nos han dedicado este monumento en medio del anchuroso mercado de Nisea» (1).

*
* *

Jantippo encontró en el Quersoneso una resistencia con que no habia contado. Su gobernador Artayktes, que residia en Sestos, al ver presentarse en el Helesponto la flota helena, reconcentró en dicha plaza las guarniciones de Eleunte y Kardia, resuelto á defender hasta el último extremo aquella clave de los dominios persas en Europa (2). La guarnicion de Sestos era suficiente para defender la plaza, aún en el caso de que la poblacion helena hiciese alguna demostracion en favor de sus compatriotas; faltaban sin embargo víveres en la plaza porque el gobernador, sorprendido por la escuadra enemiga, no habia tenido tiempo para aprovisionarla en cantidad suficiente.

---

(1) Plut. Malign. 39. Böckh Corp. I. Gr. Num. 1051. Simonid. fragm. 110, Bergk. 2.ª

(2) Herod. IX. 115, 118. Compár. Tucid. 8, 62,

Aunque el ejército de Jantippo compuesto, á su llegada, de las naves atenienses y de los triereos aprontados por los jónios, recibió allí refuerzos de los quersonesios y de otras colonias helespontias, se limitó, segun parece, al asedio de la plaza. Corrian los últimos dias de Noviembre, cuando llegó Artabazo con los restos del gran ejército de Mardonio á las fronteras del Quersoneso. Tratar de conservar aquel pedazo del imperio persa era sin duda el primero de sus deberes, y por consecuencia romper el asedio que sufrian los defensores de Sestos, único modo de mantener expeditas las comunicaciones con la costa de Tracia y Macedonia. Al parecer la empresa no ofrecia grandes dificultades por cuanto las fuerzas de los griegos, aún contando los contingentes que últimamente se les habian agregado en Samos, Chio, Lesbos y en el mismo Quersoneso, no podian ser muy numerosas; mas la consideracion de que, aún logrando levantar el asedio de la plaza, quedaban los griegos con su escuadra dueños del estrecho hubo de determinar á Artabazo á tomar otro rumbo y, dejando á un lado la península seguir el camino del Bósforo que era mucho más largo. En efecto; el paso de Bizancio estaba todavia libre y su conservacion ofrecia menos dificultades; hé aquí por qué se dirigió á aquel punto, por donde verificó el trasbordo de las tropas al Asia.

La retirada de este caudillo del teatro de la guerra hizo perder á Artayktes el último resto de esperanza; á pesar de lo cual continuó defendiendo la plaza; pero su constancia se estrelló contra la tenacidad de los griegos. Es verdad que al aproximarse el invierno empezaron á perder los atenienses la paciencia y pidieron el regreso á la Metrópoli. Era la primera vez que las tropas griegas pasaban un invierno en campaña y en una region apartada de su patria. Pero Jantippo les manifestó su

firme resolucion de pasar allí el invierno y más tiempo si era necesario para dar cima á la empresa de tomar la plaza, á no ser que se lo impidiese una resolucion contraria del pueblo ático. Entre tanto como la falta de víveres hubiese llegado en Sestos al extremo de tener que cocer los sitiados para su alimento las correas de sus camillas y lechos, pensó seriamente Artayktes en salvar la guarnicion de una muerte segura; y aprovechándose de las tinieblas de la noche salió dicho jefe con sus oficiales y tropas descolgándose por el lugar de la fortaleza menos guardado y cubierto por los griegos, logrando atravesar sin ser vistos la línea de los sitiadores. Apenas amaneció, cuando los habitantes, dando desde las torres aviso de lo sucedido á los atenienses, les abrieron las puertas de la plaza; con lo cual unos fueron en persecucion de los fugitivos, dándoles alcance poco más allá del rio de la Cabra ó Egos-Potamos, y los demás se apoderaron de la plaza (1).

A pesar de una empeñada resistencia por parte de los medos, fueron estos vencidos y reducido á prision el mismo Artayktes con su hijo. Habíase este caudillo atraido el odio y la animadversion de los quersonesios, muy particularmente de los habitantes de Eleunte. No solamente habia robado todas sus riquezas y ofrendas al númen Protesilao, saqueando el Santuario que tenia cerca de Eleunte, sino que además habia convertido en prados y campos de cultivo la campiña que le estaba consagrada y deshonrado dentro del Santuario mismo á las hijas de los eleuntinos. Todos pidieron la muerte del malvado. En vano ofreció Artayktes cien talentos en pago de las riquezas que habia robado al ídolo y doscientos más á los atenienses por su rescate y el de su

(1) Tucid. l. c.

hijo. Jantippo creyó que debia castigar sus crímenes y llevándole á la orilla del mar, al punto en que terminaba uno de los puentes de barcas, le hizo subir á un cerro que domina la ciudad de Madito y allí le mandó clavar en una cruz sujeta al suelo, despues de hacer morir á pedradas al hijo á la vista del infortunado padre.

El caudillo ateniense permaneció en Sestos durante la estacion cruda; en la primavera del año siguiente de 478, despedidos los aliados jónios, emprendió el regreso á la madre patria, coronado de gloria y cargadas sus naves con el botin de Micala; pero el más honroso de sus trofeos fueron los grandes cables y pertrechos que habian servido para la construccion de los puentes de Jerjes, que se hallaban depositados en Sestos (1).

Una breve campaña habiá puesto el Helesponto en manos de los griegos; si estos lograban en la inmediata apoderarse de Bizancio, quedaban completamente cortadas las comunicaciones de los persas con Europa, con lo cual seria cuestion de tiempo la toma de las plazas fuertes de Dorisco y Eion y podia darse por terminada su dominacion en la costa de Tracia y en Macedonia.

(1) Herod. IX, 121.

II.

GUERRAS DE SICILIA.

Desde el principio del siglo sexto hicieron los cartagineses tenaz oposicion á los constantes progresos de las colonias griegas de Occidente. Es verdad que no lograron estorbar la fundacion de Massalia ni evitar su gran desarrollo, pero hicieron fracasar los repetidos ensayos que realizaron los helenos para fundar la colonia de Libeo en la costa occidental de Sicilia. Unidos con los tirrenos habian obligado á los focenses á evacuar su factoria de Alalia y abandonar por completo la Córcega; adelantáronse á los griegos en la ocupacion de Cerdeña y á los colonos de Cirene y Barca les impusieron la dura condicion de no estender sus establecimientos en la costa septentrional africana á Occidente de la gran Syrte. Reunidas bajo su heguemonia las antiguas colonias fenicio-sicilianas de Motye, Soloeis y Panormo, trasformaron toda la region occidental de dicha isla en provincia cartaginesa, con lo que les fué fácil hacer fracasar los ensayos de Dorieo para establecer factorias griegas en el lugar de la costa africana llamado Cinyps y en el Eryx de Sicilia.

A esta concentracion de fuerzas oponen tambien los griegos nuevos Estados que, bajo una administracion vigorosa, adquieren notable desarrollo: el de Theron de Agrigento y aún en mayor escala el de Gelon de Gela, que logran reunir bajo su cetro las poblaciones griegas del Mediodía y del Este de Sicilia. Aunque por medios harto tiránicos, segun vimos anteriormente, logró Gelon hacer de Siracusa una gran capital, á costa de las demás poblaciones que perdieron toda su importancia; y con las gabelas de los siciliotas sometidos y las rentas de las aduanas y mercados de la capital, se halló en condiciones de sostener un ejército permanente y una escuadra considerable, siendo de esta manera el primer príncipe heleno que creó un Estado verdaderamente respetable, que no se circunscribia ni en su organizacion ni en su estension territorial á los estrechos límites de un municipio.

Pero cuanto más crecia el poderío de estos dos príncipes helenos tanto más se encendia el odio con que les miraban los cartagineses, que les consideraban como una vecindad harto peligrosa. Era, pues, dudosc que los griegos pudiesen hacer frente á tan terrible enemigo. Aun habia en Sicilia ciudades helenas que no reconocian la autoridad de los mencionados caudillos. Manteníanse independientes: las dos poblaciones griegas más próximas á la provincia cartaginesa: la dórica Selinunte, situada en la costa meridional y la jónica Himera que lo estaba en la septentrional, lo mismo que el pueblo de Mesenia fundado ó colonizado con indivíduos de este canton en la islita de Zancle por Anaxilao, señor de Region.

Pero aun más que los cartagineses creíanse amenazados por el creciente poderío de Theron y Gelon las ciudades mencionadas: los selinuntios, cuyos tiranos se

sucedian con extraordinaria rapidez en el poder, temian la ambicion de su vecino el príncipe de Agrigento; Terillo de Himera se creia á cada momento amenazado por el mismo Theron, en tanto que Anaxilao temia que Gelon codiciase la posesion de Messana. A la manera que Gelon y Theron afirmaron su poder uniéndose con los lazos de la amistad y del parentesco, de la misma manera trataron Terillo y Anaxilao de robustecer por la union sus fuerzas; y al efecto Anaxilao se casó con Cydippe, hija de Terillo (1).

Así como en Grecia la division de los cantones, el antagonismo de tesalios y focenses, de beocios y atenienses, de argivos y espartanos por ejemplo; y las pretensiones de los tiranos destronados de Atenas y Lacedemonia, fueron en extremo provechosas á los medos, de la misma manera en Sicilia los cartagineses sacaron provecho de las disensiones que surgieron entre los grandes y los pequeños Estados; ya que, como era de esperar, estos buscaron el apoyo del comun enemigo para poder rechazar los ataques de los primeros. En ninguno de los Estados helenos tenia el sentimiento nacional fuerza suficiente para hacer comprender que el primero de los deberes que el patriotismo impone es evitar hechos de esa naturaleza.

Gelon habia hecho ya la guerra á los cartagineses, cuando Theron el agrigentino se apoderó de Himera. Terillo huyó á Cartago para solicitar su concurso á fin de recuperar el poder, lo mismo que Hippias y Demarato solicitaron con análogo objeto el auxilio de Persia. Anaxilao temiendo que le alcanzase el mismo destino que á Terillo si le atacaba Gelon pidió el apoyo de Cartago, enviando á esta República como prenda de su fidelidad

(1) Herod. VII, 164.

sus dos hijos, á la vez nietos de Terillo. El mismo camino hubo de seguir Selinunte, buscando tambien la alianza de los cartagineses, sin cuyo hecho no se comprenderia que Amilcar ordenase á los selinuntios que le enviasen sus ginetes.

Desde luego se comprende que Cartago no desperdiciaria tan favorables coyunturas. Selinunte, Messana y Region, al reconocer su soberanía, ponian á su disposicion sus fuerzas para combatir á sus rivales Gelon y Theron; Cartago vió llegado el momento de acabar con el poderío de estos dos príncipes, que eran un obstáculo á su propio engrandecimiento, y se aprestó á la lucha. Así estaban las cosas cuando en el otoño del año 481 llegó á Siracusa aquella embajada espartano-ateniense á pedir á Gelon su apoyo en la lucha que Grecia iba á emprender contra los persas; ambos príncipes estaban amenazados, en primera ó en segunda línea, de un ataque formal por parte de los cartagineses.

A este propósito cuenta Herodoto que Gelon despachó en la primavera á un comisionado, provisto de considerables sumas de dinero, con encargo de dirigirse á Delfos y en el caso de que venciesen los persas anunciar á Jerjes su sumision á la soberanía de Persia y entregarle el dinero en calidad de tributo; de lo contrario debia regresar sin hacer demostracion alguna; pero este relato tiene todas las trazas de una novela. En efecto; en la primavera y verano del 480 tenia Gelon bastante que hacer dentro de casa y habia menester de todos sus recursos para tener preparado un ejército en prevision de una guerra con Cartago. Segun el testimonio de otros historiadores, las damas de Siracusa se despojan de sus adornos á fin de reunir dinero para la guerra (1); y Da-

(1) Pollux, I. c. IX, 85.

marete reduce á moneda con igual objeto hasta el regalo que le hacen los cartagineses, todo lo cual prueba que no estaba el príncipe tan sobrado de numerario (1).

***

No tan solo la peticion reunida de Terillo, de Anaxilao y de los selinuntios es lo que movió á los cartagineses á declarar la guerra á los dos príncipes aliados; por informes recibidos de Tiro y Sidon conocian perfectamente los grandes armamentos que se hacian en Persia para atacar á los griegos, la numerosa escuadra que se equipaba y, en general, el poderosísimo ejército que dicha nacion se disponia á poner en campaña. En tales circunstancias los príncipes siciliotas no podian esperar socorro alguno de la Metrópoli, cuya escuadra era harto debil para resistir á la numerosa flota que llegaría á reunir Jerjes y tendria la misma suerte que la de los jónios en Lada; ofrecíase, pues, á los cartagineses excelente ocasion para atacar á sus rivales de Sicilia, totalmente abandonados á sus propias fuerzas, y dar así el golpe mortal al pueblo que habia arrojado del mar Negro y del Egeo á los fenicios, que habia osado plantar su bandera en Chipre y en la africana costa, que cada vez robustecia más su poder en Sicilia y se mostraba más pujante en las costas tirrenas y ligurias; á lo menos podrian cerrarle el paso á las regiones occidentales

(1) La expresada historia pudo tener por objeto enaltecer las virtudes del enviado Cadmo y haberla tomado Herodoto de las tradiciones de Halicarnaso. Su padre Scithes obtuvo de los persas el gobierno de Kos, que su hijo hubo de renunciar voluntariamente; pero puesto que acompañó á los fugitivos samios y milesios que pasaron á Zancle, es posible que le obligase á resignar el levantamiento de los jónios; por lo demás, no pudo dirigirse á Siracusa sino huyendo de Anaxilao.

del Mediterráneo. Para mejor asegurar el éxito de la empresa, disponíase Cartago á atacar á los príncipes helenos de Sicilia simultáneamente por mar y tierra, á fin de poder arrasar sus poblaciones; de esta manera podria hacer de Sicilia una verdadera provincia cartaginesa, como lo habia hecho con Cerdeña.

Síguese de aquí que las aspiraciones del imperio medo-persa venian á coincidir con las aspiraciones de los fenicios del Este y del Oeste: los proyectos de acrecentamiento de los dominios del Rey serian secundados por los grandes establecimientos marítimo-comerciales de Siria y del Norte de Africa que aspiraban simultáneamente á ensanchar el campo de sus operaciones mercantiles. Así como en otro tiempo concurrieron en Barka las huestes de Dario y de Cartago, con el comun propósito de atacar á los griegos, del propio modo ahora el ataque simultáneo de los griegos de la Península por los persas y de los de Sicilia por los cartagineses, partiendo de puntos opuestos, convergian en el pensamiento comun de aniquilar el poder de los helemos. Tenemos, pues, aquí una verdadera coalicion de los arios orientales con los semitas de Africa, contra los arios de Occidente, constituida sin que mediasen negociaciones ni prévia inteligencia.

Por lo demás, segun digimos anteriormente (1), la pretendida alianza de Jerjes y Cartago es una ficcion de los griegos siciliotas, que con ella creyeron rebatir mejor la inculpacion que les dirigieron sus compatriotas de no haber acudido en ayuda de la Metrópoli en los momentos de mayor peligro. Eforo acude al ingenioso expediente de suponer que á un mismo tiempo partieron los embajadores de Jerjes á Cartago y los de los

(1) Tomo XI, cap. 7.

griegos á Siracusa; noticia que parece hallarse confirmada por los escolios á Pindaro en los que se dice (1), que los persas y fenicios pidieron á los cartagineses que atacasen á los griegos de Sicilia y, una vez sometidos estos, partiesen con sus fuerzas al Peloponeso; que Gelon, acudiendo al patriótico llamamiento de los griegos, tenia dispuestas 200 naves, 10.000 hombres y 200 ginetes, cuando recibió el aviso de que la escuadra cartaginesa navegaba con rumbo á Sicilia; y por último, que venciendo esta armada no solamente libertó á los siciliotas sino tambien á la Grecia entera.

Al decir de Diodoro despachó Jerjes embajadores á Cartago, pidiéndola que atacase á los griegos de Italia y de Sicilia al mismo tiempo que él hacia la guerra á la Metrópoli (2), y supone que los cartagineses emplearon el mismo tiempo que los persas, tres años, en hacer los preparativos para aquella campaña; lo que es á todas luces exagerado, aunque fuese realmente muy considerables las fuerzas que pusieron en campaña, lo que se deduce de las razones anteriormente expuestas.

No cabe negar que los persas habian puesto ya los ojos en Libia y en Cartago. Segun Herodoto el mismo Cambises tuvo ya sus miras sobre esta ciudad, á cuyas cercanias llevó Dario las fronteras de su imperio con la toma de Barca, y Jerjes encomendó á Sataspes la mision de atravesar con sus naves las columnas de Hércules y hacer un viaje de circunnavegacion al rededor del Africa (3). Por último, creemos que está demostrado tambien que Dario entabló negociaciones con Cartago, por más que no sea de todo punto exacta la relacion de

---

(1) Pind. Pyth. I, 146.

(2) Diodor. 11, 1. 20.

(3) Herod. IV, 43.

Justino (1). Por tanto, tan posible es que Jerjes enviase una embajada á Cartago como que esta obrase por excitacion de los fenicios de Siria, por más que ninguna de las dos cosas es indispensable para explicar la marcha de los acontecimientos, ya que Jerjes tenia motivos suficientes para esperar de sus solas fuerzas el éxito favorable de la empresa, sin necesidad de solicitar la cooperacion de Cartago. Lo que desde luego puede ponerse en tela de juicio, es que los persas cometiesen la torpeza de invitar á los cartagineses á ir con sus fuerzas al Peloponeso, segun pretende Eforo.

*
* *

Sea de esto lo que quiera, al mismo tiempo que los reyes Tetramnesto de Sidon, Mapen de Tiro y Merbaal de Arados abandonaron las costas de Siria para dirigirse con 300 triereos fenicios á las de Eubea, zarpó tambien una poderosa escuadra del puerto de Cartago; compuesta de 200 triremes, más una gran flota de trasportes en la que se embarcaron fuerzas considerables con rumbo á Sicilia. Al decir de Herodoto estaban formadas estas por fenicios y libios, sardos y corsos, ligurios y elisicios, procedentes asimismo de las costas del mar de Liguria; y segun Diodoro pasaban de 3.000 las galeras de trasporte en las que se embarcaron sobre 300.000 hombres. Jefe de todas estas fuerzas era Amilcar ó Abd-Melkart, hijo de Haknon, á quien Herodoto apellida rey de los cartagineses, diciendo que su valor solamente le habia elevado á tan gran altura, en tanto que Diodoro se limita á decir que, gozando Amilcar de gran

(1) Meltzer (cartagineses, p. 207) trata de justificarla diciendo que el no cubrir con tierra los cadáveres, es un uso conforme á las creencias árias, pero en cambio se opone á ellas el decreto de Dario mandando á los cartagineses quemar los muertos.

reputacion entre los cartagineses, fué por eso elegido caudillo del ejército. El objeto inmediato de la expedicion fué restablecer á Terillo en el principado de Himera, en calidad de vasallo de los cartagineses (1).

Los príncipes griegos de Sicilia no tenian que luchar con las casi insuperables dificultades que se oponian en Grecia á la union de todos los cantones en una aspiracion comun, que sólo en parte lograron vencer en los momentos de mayor peligro el noble patriotismo y la heróica abnegacion de algunos repúblicos y de sus conciudadanos. Aunque tambien se pasaron algunas ciudades griegas al campo enemigo, sin embargo, casi todas las fuerzas helenas de dicha isla estaban concentradas en las manos de los dos mencionados príncipes, que obraban de comun acuerdo. Tenian preparado numeroso ejército y fuerte escuadra, además de la fuerza que posee un pueblo obediente á la voz de sus jefes; así Gelon disponia de un ejército permanente de 15.000 hombres, á los que en tiempo de guerra se agregaban de 20 á 30.000 hoplitas que podian armar Siracusa y las demás poblaciones del Estado.

La pericia militar de los dos príncipes era notoria. Gelon despues de darse á conocer en el ejército de Hippocrates, principalmente como jefe de la caballería en la batalla de Heloros, habia subido de victoria en victoria al elevado puesto que á la sazon ocupaba con el valioso apoyo de sus tres hermanos Hieron, Polycelo y Trasibulo, tambien muy entendidos en el arte de la guerra.

Por lo demás, tanto en Siracusa como en Agrigento estaban terminados los preparativos para la campaña y

---

(1) Segun Justino, 19. 1, Amilcar es hijo de Mago, quién, como sus hijos y nietos, dirigió los asuntos de Cartago.

en uno y otro punto se habia desplegado gran actividad. Damarete, hija de Theron y esposa de Gelon, se habia despojado de sus joyas á fin de allegar con ellas dinero para los gastos de la guerra; y su ejemplo fué imitado por casi todas las damas siracusanas. Con el producto de dichas joyas se acuñaron monedas que, en recuerdo de la donante, se llamaron «damaretia» (1); segun Diodoro eran piezas de diez dracmas, á que los siciliotas designaron con el nombre de «pentekontalitros.» Corrian en Sicilia monedas de cobre de los antiguos sistemas de Italia que se habian amoldado al sistema griego haciendo que diez libras de cobre (*litrai*) fuesen equivalentes á dos dracmas áticas; por consiguiente, diez dracmas áticas equivalian á cincuenta libras de cobre.

Es natural suponer que los adornos de que se despojaron las señoras fuesen de oro, y aunque el uso corriente exigia el cambio del oro por plata, que era el metal precioso empleado en la moneda (2), sin embargo, de las precisas afirmaciones de Simonides, que hace mencion del «oro damarético» y de Diodoro, que sostenia que la corona de oro de Damarete se trasformó en moneda, se deduce que entonces se acuñó moneda de oro probablemente por vez primera; Böckh supone que la nueva moneda equivalia en peso á una dracma ática y su valor era el de diez dracmas de plata (3). Como quiera que sea, por este medio se obtuvieron recursos para el sostenimiento de un ejército respetable, al fren-

(1) Pollux 9, 85.

(2) Segun Mommsen, Monedas romanas, p. 79, tanto las piezas de diez dracmas como los pentekontalitros de Diodoro eran de plata.

(3) Böckh, Metrología p. 305.

te del cual esperó Theron, cerca de Himera, recientemente conquistada, el ataque de los cartagineses.

Amilcar desembarcó en los dominios cartagineses de la costa septentrional, por el puerto de Panormo que apenas distaba dos jornadas de Himera, en direccion á Occidente. Durante la travesia asaltó una tormenta la escuadra y destruyó las naves que conducian la caballería y los carros de combate de los libios. El general cartaginés se puso inmediatamente en marcha para Himera, siguiéndole la escuadra á lo largo de la costa. Hallábase situada la ciudad cerca de la embocadura del rio de su nombre, en su margen derecha ú oriental, sobre una meseta roquiza que se alzaba 300 pies sobre la corriente del rio. Amilcar sentó su campamento á la vista de la plaza sobre la margen izquierda del rio y, despues de descargar las provisiones, despachó las naves de trasporte en busca de víveres para el ejército.

Hecho esto emprendió la marcha con tropas escogidas y atacó á las de Theron con tal denuedo, que las venció y persiguió hasta los muros de la plaza. El príncipe heleno perdió mucha gente en la refriega; encerróse en Himera, hizo tapiar las puertas para mayor seguridad y envió un mensaje á Gelon pidiéndole que acudiese inmediatamente á su socorro. A marchas forzadas corrió Gelon en ayuda de sus compatriotas con 50.000 hombres y 5.000 ginetes, y acampó delante de la ciudad, cuyo asedio no habia sin duda formalizado Amilcar, ante el temor de ser cortado por el aliado de Theron, esperando para ello acabar con los dos ejércitos (1).

(1) Estas cifras son superiores á las que da Herodoto; pero hay que tener en cuenta que Diodoro, 11, 21 habla del ejército levantado expresamente para esta guerra y Herodoto VII, 158, de las tropas que Gelon prometió enviar en auxilio de los griegos de la Metrópoli bajo ciertas condiciones.

Ahora comprendió Amilcar que la empresa ofrecia serias dificultades; su primer cuidado fue fortificar el campamento, establecido en una serie de colinas que se alzaban á Occidente de la ciudad. A seguida mandó sacar á tierra todas las naves de su escuadra, á excepcion de veinte que debian permanecer á flote, y las rodeó tambien de empalizada.

Gelon hizo sentir muy pronto al caudillo cartaginés las ventajas que le daba sobre él la caballería: tan pronto como esta divisaba un peloton enemigo que se arriesgaba á salir del campamento para ir en busca de agua ó leña, le atacaba y sus indivíduos ó eran dispersados ó caian prisioneros. Para obviar tan grave inconveniente despachó Amilcar un correo á los selinuntios ordenándoles que le enviasen sin pérdida de tiempo su caballería; aquellos contestaron por escrito indicando el dia en que los ginetes llegarian al campamento de los cartagineses; pero el mensaje cayó en manos de Gelon, quien acordó, en vista de la noticia, adelantar el ataque, introduciendo, además, en su plan, una modificacion importante. Dispuso que una seccion de caballería saliese del campamento y dando un rodeo, se dirigiese por el camino de Selinunte y en el dia señalado al campamento de los cartagineses á fin de que estos les tomasen por la caballería selinuntia. Al dia siguiente de su llegada al campamento emprenderia él el ataque, y una vez trabado éste debian poner fuego á las naves enemigas. La estratagema dió el resultado que se buscaba: los cartagineses recibieron á los ginetes de Gelon como amigos, sin sospechar siquiera el lazo que se les tendia.

Segun Aristóteles se dió la batalla de Himera el mismo dia que la de Salamina, aunque Diodoro afirma que coincidió con la caida de Leonidas (1). Lo cierto es

(1) Claro está que esta rara coincidencia es una ficcion de los

que Gelon emprendió el ataque muy de mañana, y que los cartagineses opusieron tenaz resistencia, á pesar del terror que debia inspirarles el siniestro fulgor que subia de sus naves y del valor que esas mismas llamas debian infundir á sus adversarios. Empezaba ya á cerrar la noche, «tan largo quieren que fuese el combate,» cuando se declaró definitivamente la victoria en favor de los griegos.

«Respecto de Amilcar, una vez terminada la batalla en que fué vencido, desapareció de todo punto, no habiendo parecido ni vivo ni muerto en parte alguna, á pesar de las diligencias que hizo Gelon para buscarle. Mas los cartagineses, por su parte, guiados por una congetura razonable, cuentan el caso diciendo que la batalla empezó muy de madrugada y duró hasta el cerrar la noche; que Amilcar, entre tanto, estábase en sus reales ofreciendo sacrificios, para obtener buen agüero y quemando en holocausto sobre una gran pira las víctimas; hasta que al ver la derrota de los suyos se arrojó sobre el fuego y desapareció allí consumido y abrasado. Lo cierto es que, ora desapareciese Amilcar del modo que dicen los fenicios ó como suponen los siracusanos es tenido entre los suyos por héroe á quien ofrecen sacrificios y á cuya memoria no sólo en las colonias cartaginesas se han erigido monumentos, sí que tambien en la misma Cartago se le edificó uno grandísimo.

Tambien Diodoro supone que perece Amilcar en su campamento al lado del fuego, pero le hace morir á manos de los ginetes de Gelon; es indudable que la relacion de Herodoto merece la preferencia, por estar en perfecta armonía con las tradiciones religiosas de los cartagineses. En efecto; para aplacar la cólera del ter-

griegos, que son, como se sabe, muy aficionados á esta clase de sutilezas.

rible Baal Moloch, acostumbraban éstos á ofrecerle, en los casos de mayor necesidad ó peligro los objetos ó seres más queridos y preciosos, como los hijos de los más nobles patricios y el mismo primogénito del Rey; así Creso subió á la pira á fin de apartar de su reino el adverso destino. De la misma manera pudo ofrecerse Amilcar en sacrificio expiatorio, al ver que sus víctimas no daban el triunfo á los suyos, á fin de obtener el favor del númen de la guerra para sus tropas y su patria. Por lo demás, la noticia de que se erigiesen en todas las ciudades monumentos y uno grandísimo en Cartago, parece indicar que se ha confundido este personaje llamado Abd-Melkart ó siervo de Melkart, con este mismo númen, á quien principalmente adoraban los cartagineses y á quien estaban consagrados santuarios en todas sus ciudades, como el gran templo de Cartago.

*
* *

Los griegos han exagerado segun su costumbre, las pérdidas del ejército cartaginés en esta batalla. Aseguran que habiéndose retirado un destacamento á una eminencia, rechazó los ataques del enemigo hasta que, acosados por la sed y el hambre, vióse tambien precisado á rendirse y entregar á los griegos las armas. De los 20 trieros que se mantuvieron á flote, cuentan que habiéndose llenado de fugitivos se fueron tambien á pique; y en cuanto á los soldados de Amilcar que se refugiaron en el interior de la isla, cayeron tambien en poder de Theron; en suma, tan considerable fué el número de prisioneros que, segun la expresion hiperbólica de Diodoro podia decirse que Sicilia habia cogido prisionera á toda la Libia; y este escritor hace subir á 150.000 el número de prisioneros cartagineses, de los

que sólo se salvaron algunos en un bote, siendo próximamente iguales los cálculos de Plutarco (1).

Descartadas las exageraciones de los griegos, el golpe fué terrible para los cartagineses. El nombre de Terillo quedó relegado á justo olvido y su ciudad Himera incorporada definitivamente á los dominios de Theron; en cuanto á Anaxilao, sin acordarse de los hijos que tenia en Cartago, se apresuró á reconocer la soberanía de Gelon. Este le impuso las condiciones siguientes: dar la mano de su hija á Hieron, hermano del mismo Gelon y prohibir á los cartagineses y tirrenos, sus aliados, la navegacion y tránsito por el estrecho de Mesina, en cuyo lado opuesto se hallaba situada Region. Anaxilao aceptó las condiciones, y aunque nada se dice expresamente, los selinuntios se someterian tambien á la voluntad del vencedor.

Habíanse frustrado por completo las esperanzas de la orgullosa Cartago que se proponia acabar de un golpe con los griegos de Sicilia; muy al contrario, tuvo que discurrir la manera de evitar que, trocados los papeles, fuesen los griegos los que pusieran término á la dominacion fenicia en la isla. Sin embargo, importábales sobre manera conservar sus antiguas colonias de Panormo, Motuy, Soloeis y Egesta; y, perdida la confianza en las armas, entablaron negociaciones con los príncipes griegos á fin de evitar la continuacion de las hostilidades. Como pueblo comerciante y rico estaban dispuestos á comprar á subido precio la paz, con tal de alejar el peligro. Los dos príncipes helenos consintieron en dejarles sus dominios de Sicilia mediante una contribucion de 2.000 talentos de plata ó sea unos 47.160.000 reales, y la entrega de los hijos de Anaxilao. Los car-

(1) Plut. Sera num. vind. 6. Schol. Pin. Pyth. 2, 3

tagineses aceptaron las condiciones, satisfechos sin duda de conservar á este precio sus hermosas posesiones de Sicila.

Habiendo apoyado sus gestiones de paz Damarete, esposa de Gelon, la regalaron los cartagineses una corona de oro. Los griegos emplearon la cuantiosa contribucion de guerra en acuñar monedas de plata de nueva ley y gran tamaño que en honor de la misma princesa se llamaron «Damaretia», como ya lo habian hecho antes de estallar la guerra. De todo punto improbable es que se destinase al mismo objeto la mencionada corona, segun pretende Diodoro, como es improbable que el valor de esta subiese á 100 talentos de oro ó mil de plata, ya que no cabe suponer que los cartagineses hiciesen tan cuantioso regalo despues de pagar 2.000 talentos (1).

Como quiera que sea conocemos perfectamente las piezas áticas de diez dracmas, que llevan grabada una cabeza de mujer coronada de laurel, con pendientes y collar, rodeada de cuatro delfines, y la inscripcion «el siracusano.» En el reverso lleva un carro de triple tiro con su auriga, sobre el cual se vé una Nike; debajo de la carroza hay un leon, símbolo del vencido Melkart ó del Africa humillada por los griegos (2).

Con los trofeos cogidos en la batalla, adornó Gelon los templos de su capital, tan hermoseada ya y tan bien fortificada por este príncipe, haciendo lo propio Theron con los santuarios de Himera y Agrigento. Envió además á Olimpia tres corazas de lino y mandó levantar

(1) Tal vez deba entenderse en peso siciliano de plata, equivalente á 100 talentos ó 21 libras de oro, en cuyo caso el regalo es quizás demasiado modesto pero menos exagerado; su valor equivaldria entonces á 94.500 reales próximamente.

(2) Leake, Numism. Hellen. Sicily p. 71. Supl. p. 172.

allí una casa para guardar sus donativos. Con el producto del diezmo del botin que correspondia á los dioses, hizo erigir en Siracusa dos magníficos templos á Céres Core, de las cuales era sacerdote por derecho de su familia, y otro las consagró en el Etna; en Olimpia levantó una gran estátua de Júpiter y otra de oro en Delfos al númen de la victoria (1); con el diezmo de la misma porcion de botin mandó fabricar una trípode de oro que consagró al númen délfico en su nombre y en el de sus tres hermanos; sobre la que se grabó la siguiente inscripcion redactada por Simonides: «hago saber que los hijos de Deinomenes: Gelon, Hieron, Polyzelo y Trasibulo han consagrado esta trípode de 50 talentos y 100 litros de oro damarético, del décimo del diezmo, despues de haber vencido á los bárbaros y alargado su poderosa mano á los griegos, para ir en ayuda de la libertad» (2).

De la misma manera que el botin, se repartieron los dos mencionados príncipes, segun Diodoro, los prisio-

---

(1) Diodor. 11, 26. Pausan. 6, 19, 7. Teopompo y Fanias en Ateneo, p. 231.

(2) Simonid. fragm. 142 Bergk. 2.ª ed. Diodoro da 16 talentos de peso á la trípode, pero su testimonio apenas merece tomarse en consideracion comparado con el del mencionado epígrama. En lugar de *hecs* creo con Hultsch que debe leerse *ecs*. Los 50 talentos y cinco sextos de plata siciliana en peso, dan 10 2/3 libras de oro con un valor equivalente, en la proporcion de 1 á 10 de 3.200 ó de 1 á 13 1/3 de 63.990 reales; síguese de aquí que el diezmo total del botin importaba unos 639.900 reales, y la parte total que le correspondió á Gelon 6.399.000 reales próximamente, suma demasiado pequeña, aun teniendo en cuenta la diferencia entre el valor real y el nominal ó de cambio. La Nike no entra en este cálculo, por no haberse hecho con el décimo del diezmo. Para apreciar la importancia de la expresada suma precisa, además, tener en cuenta que Gelon y Theron recibieron cada uno la mitad de todo el botin cogido al enemigo, sin atender al número de sus respectivos combatientes.

neros, pero en proporcion al número de combatientes. El número de estos prisioneros fué tan considerable que en Agrigento, habiendo aumentado despues con los fugitivos que se cogieron en el interior del pais, hubo ciudadano que compró 500 en calidad de esclavos. Empleábaseles en el cultivo del olivo y de la vid, aunque Theron destinó gran número de ellos á picar piedra para las grandes construcciones que llevó á cabo, especialmente el grandioso templo de la capital, un vasto estanque para peces y canales subterráneos de desagüe. Segun la expresion de Pindaro, vista desde la meseta roquiza que se levanta en la orilla del mar, desde la ciudadela ó desde cualquiera de los templos de Júpiter Atabyrio, de Júpiter Polieo y de Minerva presentaba Agrigento el aspecto de «la ciudad más hermosa de los mortales» (1).

*
* *

Es indudable que el poder de Cartago sufrió un terrible golpe en Sicilia, del que no volveria á levantarse tan pronto; que las condiciones impuestas por Gelon á Anaxilao, eran altamente favorables al desarrollo del comercio de los griegos y de sus colonias, aún en sus relaciones con los tirrenos, aliados de los cartagineses, puesto que en su virtud cerró Anaxilao el estrecho por medio de una fortaleza que levantó sobre la roca de Scilla, llamada por eso Scileo, y de barcos guarda-costas que apostó en sus cercanías (2); que tanto Siracusa como

(1) Diodoro 11, 25. Pind. Pyth. 1, 12. Esta oda proviene del año 474.

(2) Diodoro 11, 66. Estrab. p. 257. Schol. Pind. Pyth. 2, 34. 112. Estas obras de defensa no pudieron llevarse á cabo antes de ajustarse la paz entre Gelon y Anaxilao, ya que no cabe suponer que tuviese el propósito de cerrar aquella vía á sus aliados los cartagineses, que le prestaban apoyo.

Agrigento tuvieron un desarrollo grandioso y el poder de los griegos sicilianos, en general, se afirmó en términos que les colocó en condiciones de prestar eficaz auxilio á las poblaciones helenas de la Baja Italia; pero los dos príncipes vencedores cometieron una insigne torpeza que habia de acarrear grandes males á los Estados greco-sicilianos. Despues del triunfo de Himera pudieron facilmente anexionarse todos los dominios cartagineses de Sicilia; sin embargo, teniendo á su disposicion un poderoso ejército, ya que no enviaron socorro alguno á los griegos de la Metrópoli que peleaban desesperadamente contra Mardonio; por un puñado de oro dejaron á los cartagineses en pacífica posesion del resto de sus dominios, tocando más tarde todos los pueblos de Sicilia las consecuencias de tan torpe convenio.

III.

LOS RESULTADOS DE LA GUERRA.

«Refulgente y excelsa Atenas, coronada de violetas, escudo de Grecia, noble premio de los cantos poéticos, ciudad habitada por los dioses, tus hijos fueron los primeros que en Artemisio pusieron la esplendorosa piedra fundamental de la libertad, y los que la afirmaron en Salamina, en Micala y en Platea con garfios de acero.» «Doy á los atenienses el premio de Salamina; en Esparta celebro el combate del Citeron en el que los medos se hundieron con el arco encorvado, y en las orillas del caudaloso Himera completo mi cancion á los hijos de Deinomenes, ganada por su valor al derribar á los enemigos» (1). Tal es el juicio que emite Pindaro sobre la conducta de los diferentes cantones griegos en esta guerra.

«Si los atenienses, hace notar Herodoto, espantados de ver sobre sí el peligro, hubiesen desamparado su país, ó si quedándose en él, se hubieran entregado á Jerjes no se hallara seguramente nacion alguna que, por mar, se hubiese atrevido á oponerse al Rey. Y siendo así creo

(1) Pind. fragm. 76. 77 Bergk. 49. Pind. Pyth. 1, 146-155.

que, por tierra, no hubiera podido menos de suceder que, por más baluartes que cubriesen el Istmo, los peloponesios, al verse desamparados por los lacedemonios sus aliados y sus ciudades tomadas, una tras otra, por la armada enemiga, aunque hubieran recibido á los persas con las armas en la mano, al fin, haciendo prodigios de valor quedáran todos en el palenque. De suerte que, por necesaria consecuencia ó hubieran acabado de este modo los lacedemonios, ó viendo antes de llegar á tal extremo que todos los demás griegos se pasaban al partido de los persas, hubieran ellos tambien capitulado con Jerjes, y de esta manera quedara la Grecia entera en poder de los medos; pues no alcanzo á comprender de qué hubieran servido las fortificaciones construidas en el Istmo si el Rey hubiese logrado hacerse superior en el mar. Por eso están en lo cierto los que afirman que los atenienses fueron los salvadores de Grecia, ya que su situacion era tal que la fortuna debia acompañar á cualquier partido á que ellos se inclinasen; por cuya razon habiendo elegido el partido que aspiraba á mantener la libertad de Grecia, ellos fueron sin duda los que impidieron la esclavitud de los que no se habian entregado á los persas y los que en propiedad arrojaron de la patria al enemigo; en lo que mostraron gran valor, no pudiendo recabar de ellos los oráculos terroríficos que de Delfos se les enviaron, que abandonasen los intereses de Grecia, resueltos á hacer frente al enemigo y quedarse firmes en su patria» (1).

Segun Tucidides, los embajadores atenienses recordaron á los espartanos y á sus aliados que ellos habian peleado solos en Maraton contra los bárbaros: «y cuando luego volvió y reconocimos nuestra impotencia para

(1) Herod. VII, 139.

rechazar por tierra sus ataques, llevamos todos nuestros guerreros á las naves para tomar parte en el combate de Salamina. De esta manera evitamos que los bárbaros llevasen su escuadra al Peloponeso y destruyesen una tras otra sus ciudades que no se hallaban en estado de prestarse mútuo apoyo contra una armada tan numerosa. El bárbaro mismo nos ha suministrado la prueba de esto, ya que una vez derrotado por mar, retrocedió con la mayor parte de su ejército, por no considerar ya igual la lucha. Si, pues, la marcha misma de los sucesos evidencia que la suerte de Grecia dependia de sus fuerzas marítimas, resulta probado que nosotros hemos aportado á la comun defensa las tres cosas más indispensables: el mayor número de naves, el caudillo más inteligente y un valor á toda prueba; de las 400 naves de la escuadra casi dos terceras partes eran nuestras; por jefe tuvimos á Temístocles, cuya actitud enérgica logró que se diese la batalla en el estrecho á lo que evidentemente se debió nuestra salvacion, por lo que vosotros mismos le habeis tributado más altos honores que á ningun otro extranjero. Por último demostramos un arrojo sin semejante en el mero hecho de que, cuando nadie acudia á nuestro socorro por tierra y ya todos, menos nosotros, se hallaban sometidos al yugo del bárbaro, destruido todo cuanto poseíamos y abandonada la capital, en vez de dejar en la estacada á nuestros aliados, sin prestrarles socorro alguno, armamos nuestras naves y nos arriesgamos á aceptar el combate, sin mostrar resentimiento de que no hubieseis acudido á tiempo oportuno á nuestra ayuda. Por donde se ve con cuanta razon podemos afirmar que los servicios que os hemos prestado son tan eminentes como los que de vosotros hemos recibido. Más atentos á vuestra salvacion que á la nuestra, habeis venido en nuestra ayuda, cuando

vuestras ciudades estaban en pie á fin de conservar su posesion; dejándonos abandonados en tanto que pudimos sostenernos; por el contrario, nosotros nos lanzamos á la pelea por una ciudad que ya no existia y de cuya restauracion no teniamos sino efímeras esperanzas, contribuyendo de esta manera tanto á vuestra salvacion como á la nuestra. Si antes, temiendo la ruina de nuestro pais, hubiésemos huido, como otros muchos, delante del medo, ó dándonos más tarde por perdidos no hubiésemos tenido el valor de embarcarnos, tampoco hubieseis podido pelear vosotros, no teniendo suficiente número de naves, de suerte que, sin gran esfuerzo por su parte, todo le hubiera salido al bárbaro á medida de su deseo» (1).

Segun se hace notar en uno de los diálogos platónicos, «los que en Maraton hicieron frente al poder de los extranjeros y, quebrantando el orgullo de toda el Asia, levantaron el primer monumento de la victoria alcanzada sobre los bárbaros, fueron tambien los maestros de todos los griegos, mostrándoles que no es invencible el poder de los persas y que lo mismo la multitud de combatientes que el oro, son inferiores al valor y á la destreza. Por tanto, aquellos hombres no tan solo son nuestros progenitores segun la carne, sí que tambien son los padres de la libertad de todos los que habitan en este continente. En efecto; movidos por el ejemplo de su hazaña, osaron luego los griegos combatir por su propia salvacion, como buenos discípulos de los héroes de Maraton. A ellos, pues, es á quienes corresponde el primer premio de la victoria, debiendo otorgarse el segundo á los que lucharon y vencieron en Artemisio y Salamina. Los guerreros de Maraton hicieron compren-

---

(1) Tucid. I, 73. 74.

der á los griegos que era posible hacer frente á los bárbaros por tierra, aún luchando pocos contra muchos; en tanto que por mar era eso aún más incierto, ya que estaba arraigada la creencia de que los persas eran invencibles en ese punto, por sus fuerzas numéricas, sus recursos, su destreza y todos los cuantiosos medios de que disponian. Tambien cumple á los atenienses la gloria de haber desvanecido el temor que embargaba á los griegos, ante la inmensa multitud de naves y de tropas que presentaba el enemigo. Por donde se vé que los guerreros que combatieron en Maraton y Salamina, enseñaron á los helenos y les acostumbraron á no temer á los bárbaros. La tercera accion importante realizada para salvar la Grecia, por el número y el valor de los combatientes es la de Platea, en que juntos lucharon atenienses y espartanos» (1).

Veamos lo que se dice sobre el mismo asunto en los libros de las leyes: «muchas cosas desagradables podrian anunciarse de aquella guerra y, por de pronto, no estaria en lo justo el que dijera que Grecia se aprestó en aquella ocasion á la defensa; porque si la accion comun de atenienses y espartanos no hubiera evitado la servidumbre con que se amenazaba á todos los griegos, ahora vivirian confundidas entre sí las tribus helenas, éstas con los bárbaros y los bárbaros con los helenos, á la manera que los pueblos dominados por los persas viven mezclados y de mala manera confundidos» (2).

---

(1) Plat. Menex. p. 240. 241. No incumbe á nuestro propósito discutir aquí la cuestion de si este diálogo es obra de Platon ó de uno de sus más inmediatos discípulos. Lo cierto es que Aristóteles le menciona dos veces (Retór. 1, 9, 30. 3, 14, 11), y cualquiera sea su objeto, ridiculizar los pomposos discursos á la sazon en boga ú otro (Plut. Pericl. 24), reproduce las opiniones que predominaban en Atenas sobre los hechos enunciados, en los primeros decenios del siglo IV, antes de la era cristiana.

(2) Ley. p 692. 693 Hoy está bien demostrado que esta obra,

*
* *

Por una singular coincidencia fueron derrotados y rechazados á un mismo tiempo los enemigos que, viniendo de Oriente, atacaron á los griegos despues de arrebatarles toda la costa de Anatolia y las islas del Egeo y de establecer un firme punto de apoyo en el corazon de la Metrópoli, al pie del Olimpo, y los que les atacaron en Sicilia, despues de contener los progresos de sus colonias en la costa septentrional africana.

De esta manera tuvo lugar uno de los cambios más admirables que registra la historia. El colosal imperio que reunió bajo un solo cetro las diferentes civilizaciones de Oriente, que congregó bajo la bandera de una tribu guerrera todos los pueblos desparramados por las inmensas regiones asiáticas que se estienden desde Indo al Helesponto y desde el curso medio del Nilo hasta el Cáucaso, á pesar de haber puesto á contribucion todas sus fuerzas y de haber hecho gigantescos preparativos, sufrió un terrible descalabro en lucha con un pueblo poco numeroso y bisoño en el arte de la guerra. Habíase desbaratado la gran coalicion de los arios y semitas; en Grecia venció la República al gran Rey; en Sicilia derrotaron los dinastas á los republicanos; allí el *selfgovernment* de los municipios se sobrepone al poder absoluto, aquí el principio monárquico triunfa sobre el democrático. En uno y otro punto la joven civilizacion de Occidente se sobrepone á la civilizacion vieja de Oriente.

Los griegos defendieron de un modo tan inesperado como brillante su territorio, su independencia y, como

aunque redactada con poco acierto á veces, por Filipo de Opunte, se compuso con materiales procedentes de Platon. Publicadas las Leyes inmediatamente despues de la muerte del filósofo (Isocrat. Philipp. 11) las tuvo ya á la vista Aristóteles en la misma forma en que han llegado á nosotros (Arist. Pol. 2, 3, 2. 2, 3, 8. 9).

natural consecuencia, conservaron su peculiar manera de ser y todos los gérmenes de cultura que encerraba. El más vasto poder material conocido, sucumbió en desigual lucha al empuje de la fuerza moral que habian creado entre los griegos por un lado la educacion personal del individuo, por otro el individualismo de sus nacionalidades; el valor libre y consciente de hombres que defendian sus más preciados bienes, sus dioses y su patria, sus propiedades, su derecho y sus costumbres, sostenidos por una conviccion profunda, con resolucion firme pero mesurada, habia alcanzado triunfos inesperados sobre enormes masas arrastradas por la voluntad de un déspota; la federacion libre de varios cantones griegos triunfó sobre innumerables pueblos reunidos por la fuerza bruta, el individualismo sobre las masas aglomeradas, el patriotismo, en fin, sobre el despotismo.

El triunfo era tanto más sorprendente, cuanto que los griegos habian exagerado, bajo la influencia del temor, las proporciones del ejército enemigo y la magnitud del poderío de los persas; cuanto que sólo un pequeño número de los cantones helenos tomaron parte en la defensa de la patria, pasando el resto á engrosar las filas enemigas. Y esta enorme desigualdad de fuerzas se hizo más sensible á consecuencia de la multitud de traidores que, ya de una manera franca ó solapadamente, buscaban la ruina de Grecia, pues no tan solo se hallaban en el campamento de Jerjes los pretendientes de Atenas y Esparta, ayudando con su consejo y su partido al enemigo; peleaban en contra de los griegos algunos de los más poderosos cantones como Tesalia y Beocia, en tanto que otros, como Argos, favorecian en secreto la invasion extranjera; de suerte que apenas empuñó las armas en defensa de la causa nacional una

tercera parte de los Estados helenos. Agréguese á esto que los preparativos fueron harto deficientes, como hechos á última hora, sin la reflexion necesaria; que la union y la armonía de los mismos cantones confederados dejaban mucho que desear, que ni aun las relaciones de los dos Estados que marchaban á la cabeza del movimiento patriótico eran cordiales y que casi todos sus generales demostraron en los momentos críticos una irresolucion que rayaba en cobardía, y se podrá formar cabal idea de las excepcionales circunstancias que abrillantan el triunfo de los griegos.

¿Cómo se explica, en medio de tantas y tan grandes desventajas, una victoria tan completa? Circunstancias especialísimas les favorecieron y vinieron en su auxilio en los momentos más críticos. El levantamiento de los jonios, la batalla de Maraton y la rebelion de los egipcios trastornaron primero los planes de Dario y retardaron el comienzo de la campaña. Bajo el sabio gobierno de este príncipe habia adquirido este imperio una estension tan considerable que sólo un monarca inteligente á la vez que animoso era capaz de ensanchar aún sus dominios, siquiera no se necesitase más que una administracion prudente para conservar la herencia de aquel monarca, gracias á la excelente organizacion que este Rey dió á su vasto imperio.

Mas no se trataba sólo de conservar lo existente; proyectábase la conquista de paises situados á enorme distancia del centro del imperio, con el que eran harto difíciles y lentas las comunicaciones, á pesar de las excelentes vías militares, y de los correos de estafeta introducidos por Dario. La disposicion del ejército persa, organizada en masas numerosísimas, segun el modelo de los antiguos ejércitos de Asiria y Babilonia, y arrastrando en pos de sí una impedimenta llevada hasta la

exageracion; la dificultad de establecer una base sólida para emprender desde ella el ataque á Grecia, ya que no podia llevarse más allá del Helesponto, desde cuyo punto era preciso establecer una larga línea de comunicaciones harto insegura, como que tenia á su izquierda el mar con las colonias griegas que acechaban una ocasion propicia para sacudir el yugo persa, y á la derecha tribus levantiscas, la mayor parte en actitud amenazadora, y la imposibilidad de aprovisionar por mucho tiempo un ejército tan numeroso con los recursos de aquellas comarcas, hizo necesaria primero la creacion de grandes depósitos de granos á lo largo de la costa, y en segundo lugar fué preciso mantener constantemente expeditas las comunicaciones con la escuadra, resultando de aquí una dependencia embarazosa.

El completo dominio del Egeo era otra condicion precisa para emprender con éxito la conquista de Grecia. Mas como quiera que Persia, careciese de marina propia, tuvo que formarla con las escuadras parciales de los pueblos vasallos, cuya inmensa mayoría emprendia aquella guerra arrastrada por la necesidad, ó por el espíritu de rivalidad, como sucedia con los fenicios y en cierto sentido con los mismos jónios; motivos á todas luces insuficientes para producir héroes. Y sin embargo, el éxito de la campaña dependia de la posesion ó dominio del mar Egeo, siendo imposible alcanzar ventajas duraderas por tierra, si el enemigo lograba sobreponerse por mar y apoderarse del Helesponto, base principal de las operaciones, lo que podian realizar facilmente los griegos con el apoyo de sus colonias que formaban un inmenso cordon al rededor de aquellos mares.

A la desventaja resultante de la heterogénea composicion de su marina, hay que añadir otra que afectaba particularmente al ejército de tierra. La caballería

el arma en que particularmente se fundaba la superioridad de los persas, no pudo maniobrar libremente en un pais tan montañoso como Grecia y aún la mayor parte de la infantería, compuesta de tropas acostumbradas á pelear de lejos, con arco y flechas, no reunia condiciones para resistir el empuje de masas bien organizadas, libres en sus movimientos y armadas de lanzas que manejaban con singular maestria. Los estrechos, gargantas y desfiladeros que tanto abundan en Grecia, facilitaron sobremanera á los helenos la defensa de su territorio. Al comenzar las operaciones cometieron los generales persas la insigne torpeza de no separar la escuadra de las costas y aceptar las batallas en los golfos y estrechos en que se las ofrecieron los griegos, renunciando así á la ventaja numérica de su armada y á la superioridad de sus marinos en el manejo de las naves, siéndoles en algunos casos hasta perjudicial el excesivo número de buques.

*
* *

En el campo de los griegos nada contribuyó tanto á robustecer sus fuerzas y comunicar impulso á la defensa de la patria como la firme resolución que desde un principio mostraron algunos cantones, como los de Tespia, Platea y Atenas, que con su actitud enérgica arrastraron en pos de sí á otros menos animosos. Si Atenas, en parte obligada por los manejos de los pisistratidas en el campamento enemigo, no hubiera dado á todos ejemplo de patriotismo al oponerse en primera fila á los invasores, si sus señalados triunfos no hubiesen levantado el decaido espíritu de sus bisoños soldados, que acababan de cambiar los útiles de la labranza por los de la guerra; si la necesidad de hacer frente á los eginetas no hubiese hecho surgir el pensamiento de aumentar su

escuadra, principal medio de defensa de Grecia, tal vez hubiera sido muy distinto el éxito de la campaña. En realidad de verdad, la nueva organizacion que dió Temístocles á las milicias de Atenas y las 200 naves con que dotó á su patria, fueron los principales factores que contribuyeron al triunfo de los griegos. Para asegurar la cooperacion de esta armada se resolvieron los espartanos á salir de sus trincheras del Istmo; pero todo esto hubiera sido insuficiente para librar á Grecia del inminente peligro que corria, sin la sabia direccion de Milciades primero y sin la prevision, la constancia y la osadia de Temístocles más tarde. Atenas fué, por consiguiente, la que llevó á los griegos á los gloriosos combates de Artemisio y Salamina que prepararon la brillante jornada de Platea en la que, además, tuvo una parte muy principal, si nó la más importante y decisiva.

Pero en realidad de verdad, Grecia debia sus triunfos sobre el imperio persa, más que á sí misma, á la patriótica conducta de las ciudades y colonias de las islas de la costa de Asia, del Quersoneso y del Helesponto, á sus hermanos de Oriente, á quienes quince años antes abandonó cobardemente en desigual lucha con los mismos persas. Como habian quedado las cosas, Jerjes no podia emprender una nueva campaña contra Grecia sin reparar una parte siquiera de los daños sufridos; sin restaurar la escuadra casi completamente aniquilada; sin recuperar el Helesponto con la plaza de Sestos, y sin restablecer la comunicacion con las guarniciones del Nestos y del Strimon. Con la seguridad y confianza que les daban sus triunfos, se aprestaron los griegos á una resistencia enérgica, y comprendiendo, por fin, que prestando eficaz apoyo á los jónios del Asia cerraban á os persas el camino á la Metrópoli, dispusiéronse tam-

bien á impedir que estos volviesen á imponer á las primeras el yugo de su dominacion.

Los cantones aliados que, arrostrando peligros sin cuento, habian rechazado la invasion extranjera, llevaron á Grecia por nuevos derroteros y despertaron en ella un nuevo espíritu que habia de dar ópimos frutos. Si los griegos de Sicilia teniendo que habérselas solamente con las asalariadas tropas de los cartagineses, menos aguerridas que las de Ciro y Dario, elevaron á gran altura el poder de sus Estados, ¡cuánto más importantes serian las consecuencias de la guerra sostenida por los griegos de la Península, en circunstancias mucho más difíciles y bajo condiciones incomparablemente más desfavorables! En realidad, no perdieron el fruto de sus esfuerzos. El poder de los griegos en Sicilia no estaba fundado sobre base verdaderamente sólida, como en la Península, y por su parte los príncipes de Agrigento y Siracusa no tuvieron habilidad ó resolucion para recojer todo el fruto de sus triunfos, siquiera les hubiera bastado estender la mano, para lograrlo; y en el mero hecho de no llevar á feliz término una empresa que constituia la base moral de su poder, renunciaron á la principal condicion de subsistencia para el Estado, no obstante la situacion brillante que alcanzó entonces, y á pesar de los elogios que le tributa Píndaro.

Con más inteligencia y habilidad recogió los copiosos frutos de la victoria el Estado que en Grecia marchó á la cabeza de los cantones aliados. Con esa resolucion y confianza que inspira el triunfo, acometió primeramente la ardua empresa de libertar á los griegos de Oriente y, al dar cima á tan difícil cometido, no descuida la gloriosa tarea de elevar en su propio suelo la civilizacion y el arte griegos á un alto grado de desarrollo. La firme resolucion con que se lanzó por la senda que

él mismo se habia abierto, era la mejor garantía de que llegaria á la meta; sin embargo, eran muchos los obstáculos que podian oponerse en su camino antes de conseguir el noble propósito de trasformar un simple canton republicano, un municipio heleno en un Estado bien organizado, con su gobierno popular, regido por sabias instituciones.

IV.

DISENSIONES DE LOS GRIEGOS. CONTINUACION DE LA GUERRA

Segun acabamos de ver, los griegos habian alcanzado triunfos inesperados con los que paralizaron los progresos de sus más temibles enemigos: los persas y los fenicio-cartagineses. Pero quedaban en pie estas naciones y con ellas la duda de si el triunfo habia sido definitivo ó si no se habia hecho otra cosa que contener por un tiempo más ó ménos largo su marcha en direccion á la Península helena, al cabo del cual tendrian que armarse de nuevo los cantones aliados para la comun defensa; la duda de si, por fin, habia llegado el tiempo en que los griegos pudiesen recuperar, de una manera definitiva, lo que les arrebatára en Oriente el imperio medo-persa y los cartagineses en Occidente.

Segun hemos tenido ocasion de ver anteriormente no estaba asentada sobre muy sólidas bases la amistad de los cantones de la Península helena que tomaron las armas para rechazar la invasion persa; pues á pesar de que la alianza espartano-ateniense se habia ajustado sobre la base de una perfecta igualdad de derechos, no se hubiera mantenido la concordia sin la noble conduc-

ta de Atenas que reconoció la jefatura de Esparta, aún despues de verse abandonada dos veces y entregada en manos del enemigo por el más egoista de los Estados helenos, en la forma que hemos visto. Bien claramente habia dejado traslucir Esparta su propósito de limitar la defensa al Peloponeso, sacrificando el Ática á su egoismo y á su rivalidad; y era evidente que sólo la imperiosa necesidad de conservar el apoyo de los triereos áticos movió á los espartanos á ocupar, tras largas vacilaciones, el Olimpo y las Termópilas y á emprender aquella tardia marcha en direccion al Citeron.

La misma situacion independiente de Ática, su poderosa armada, su patriotismo y el valor de sus tropas daban á esta República una preponderancia manifiesta en la cuestion que se ventilaba con los persas. Pero si estos renovaban las hostilidades, volveria á quedar reducida á sus propias fuerzas; y aun en el caso de que la batalla de Micala, librada al finar el Otoño del 479 antes de Jesucristo, hubiese alejado á un plazo muy remoto los temores de nueva invasion enemiga, no desconocia Atenas que tenia implacables enemigos á sus mismas puertas, entre sus compatriotas, que podian colocarla en situacion apurada si estallaba su mal contenido encono antes que restaurase las murallas de la capital, casi totalmente destruidas por los persas (1). Si la enemiga de los tebanos apenas ofrecia peligro despues de la destruccion de su liga por los aliados, en cambio se habia manifestado harto ostensible la antigua animosidad de Egina y la reciente rivalidad de Corinto aún en los momentos de peligro para todos: de suerte que una vez rota la inteligencia con Esparta, podia contar Atenas con la oposicion más ó menos viva de Egina y de todos los peloponesios aliados de Laconia.

(1) Tucid, 1, 89.

En la misma constitucion y manera de ser de los dos principales Estados helenos estaba encarnado su antagonismo, que se acentuó mucho más despues que la reforma de Temístocles trasformó á Atenas en potencia marítima, dándola una organizacion esencialmente militar, con lo que á las diferencias emanadas de la aristocracia y democracia, añadió aquel hombre de Estado la oposicion de intereses que proviene del mayor ó menor desarrollo del poder marítimo ó terrestre. Manifestóse ya esta oposicion en las deliberaciones que tuvieron los estrategos para tratar de la admision de los griegos de Jónia en la federacion patriótica; y en el presente estado de cosas cabia suponer que Esparta tratase de oponerse al desarrollo del poder marítimo-comercial de Atenas, bajo tan buenos auspicios comenzado, y aprovechándose de la preponderancia que la dieron su parte en el triunfo de Platea y en el de Micala por el arrojo de Leotiquidas, pretendiese anular las ventajas que veintiocho años antes obtuvieron los atenienses de Cleomenes por la fuerza de las armas, mantenidas hasta la fecha enfrente de la coalicion de Esparta, Beocia, Eubea y Egina.

Aun suponiendo que estos temores fuesen infundados, todavia existian otros peligros más inmediatos para Atenas. Esparta interpretó la entrada de Atenas en la federacion contra los persas como un simple ingreso en su propia liga; en cuyo caso era de temer que tratase á esta República como uno de los más ínfimos miembros de la simaquia, imponiéndola condiciones análogas á las que estableció para los parrasios y figaleos, que tratándose de Atenas, hubieran tenido un caracter humillante en sumo grado. Las ventajas que podia reportar Esparta estendiendo su heguemonia sobre Atenas, y por consecuencia sobre todo el Norte de Gre-

cia, estaban bien manifiestas; y en tanto que permaneciesen derruidos los muros de Atenas, una simple manifestacion militar por parte de Esparta y de sus aliados bastaria para obligar á los atenienses á entrar en su liga, lo que equivaldria, por otra parte, á renunciar á su independencia, á una política propia, y tendria que renunciar á tan preciados derechos precisamente, porque, en aras de su patriotismo, habia solicitado la alianza de Esparta, á fin de oponerse mejor á la invasion extranjera.

*
* *

Difíciles por extremo eran las tareas que se presentaron á los guerreros áticos que regresaron del sitio de Tebas en el Otoño del 479 y á los fugitivos que volvian de Salamina cargados con los exíguos restos de su fortuna. Lo mismo la capital que la campiña habian sido entregadas á horrible saqueo, los árboles y los viñedos yacian por el suelo, los campos estaban eriales, y la miseria se cernia sobre todos, lo mismo labradores, que industriales y comerciantes. Era preciso pensar en el restablecimiento de toda la economía agrícola y comercial, en sus diversas ramas, al mismo tiempo que en la restauracion de los templos de los dioses y viviendas de los habitantes. Y sin embargo, una parte de los mejores brazos se hallaba ausente, al pie de los muros de Sestos, y á todas estas imperiosas necesidades se agregaba la obligacion que habia contraido Atenas de socorrer á sus hermanos de allende el Egeo, que tan eficazmente contribuyeron al triunfo de Micala y á los que era necesario prestar auxilio si no se queria ver aparecer de nuevo, en no lejano plazo, la escuadra persa en las costas de Grecia. No eran estos los únicos problemas cuya difícil solucion reclamaba el concurso de todos los pa-

triotas áticos; habia otros de caracter interior que podian suscitar aún más graves dificultades al gobierno de Atenas.

Poco despues de la batalla de Salamina habian logrado Arístides y Jantippo derribar á Temístocles, haciendo creer al pueblo que encomendando la defensa de la patria al ejército terrestre, se cerraria el paso á los invasores y no se veria Ática expuesta por segunda vez á las devastaciones y al saqueo de los persas. Mas aquellos pronósticos no se habian realizado y Temístocles podia muy bien asegurar, en presencia de los triunfos obtenidos en Jonia, que ya hacia un año se hubieran alcanzado los brillantes resultados de que todos se alegraban, si se hubiera seguido su consejo. Si fueron estas ú otras las causas que pusieron nuevamente el poder en manos de Temístocles lo ignoramos; lo cierto es que en la primavera del año 478 se hallaba al frente de los negocios de la República. Diodoro dice, bajo la autoridad de Éforo, que Temístocles era el hombre que gozaba entonces de más sólida reputacion en Atenas, segun claramente lo indican los inmediatos sucesos (1). Así como catorce años antes de la invasion persa comprendió perfectamente el giro que llevarian los acontecimientos y realizó con singular energía la construccion de la escuadra siete años antes de la batalla de Salamina, así tambien reconoció ahora los elementos en que debia fundar Atenas su poderío y á los que debia apelar para mantener su independencia. Si Atica queria desenvolver una política propiamente nacional, sin ingerencias extrañas, no tenia más remedio que ponerse inmediatamente en condiciones de poder rechazar cualquier agresion de Esparta y de sus aliados, levantando ante

(1) Diodoro 11, 39.

todo las obras de defensa necesarias. La misma actividad que habia desarrollado Atenas para crear una escuadra capaz de rechazar cualquier agresion por mar, la imponia ahora la obligacion de no ceder ante las amenazas de Esparta, ya que la defensa del país por tierra ofrecia incomparablemente mayores facilidades que por mar. Hé aquí por qué los atenienses no debian limitarse á la reconstruccion de sus viviendas y al arreglo de los destrozos causados en el país por los invasores, sino que debian muy especialmente atender á su defensa, como que de ese modo aseguraban su independencia y á la República un porvenir brillante.

Temístocles defendió la conveniencia de llevar á cabo la fortificacion de Atenas en mucha mayor escala que antes y sin pérdida de tiempo; las nuevas obras de defensa debian tener la estension suficiente para contener en su recinto á todos los habitantes del canton, en caso de invasion enemiga, á fin de evitar los gravísimos perjuicios inherentes á una emigracion en masa. Ante el temor de un ataque exterior propuso Temístocles que la reconstruccion de las viviendas y de los templos se llevase á efecto al mismo tiempo que las grandes obras de fortificacion que debian trasformar á Atenas en una plaza de primer orden á la vez que arsenal capaz de suministrar asilo á toda la poblacion del canton.

Indudablemente adquirió un título de gloria el pueblo ático al imponerse este sacrificio en aras del amor patrio, al tiempo que emprendia la difícil tarea de restaurar sus viviendas, los templos de sus dioses y todos sus cultivos y plantaciones, destruidos por el enemigo. La nueva muralla comprendia un circuito mucho más estenso que la anterior, puesto que media 60 estadíos ó 1 1|2 milla alemana, dándosela el mayor ensanche á lo que parece en los costados Norte y Este.

Partiendo del lado occidental arrancaba la nueva muralla de la cima roquiza del Museon corriendo en direccion Norte, de manera que el Pnyx, las antiguas construcciones de las rocas de Melite, y el barrio de este nombre quedaban dentro del circuito; en este barrio se hallaba la casa de Temístocles, de nueva construccion, que, como la residencia de los filaidas, no se distinguia de las viviendas de los demás ciudadanos. A lo largo de este trozo de muralla, á partir de la puerta melítica, se encontraban las tumbas de los filaidas, entre las que se veian la de Cimon el viejo junto al lugar mismo donde yacian sus caballos tres veces vencedores en la carrera, y la de su hijo Milciades; más al Norte estaba el Barathron, la gran fosa á la que eran precipitados los criminales condenados á muerte (1). Desde este punto seguia el costado occidental del muro la direccion Norte, lo mismo que anteriormente, hasta el Dipylon, lugar situado más arriba de la puerta del Pireo, cerca del cual estaba el Cerámico exterior donde se enterraban los guerreros que morian en el campo de batalla; de esta puerta arrancaban dos caminos: el de la derecha conducia á la Academia, el de la izquierda á Eleusis.

Pasada la puerta torcia la muralla, formando suaves ondulaciones reentrantes en direccion á Oriente, para cerrar el circuito por el Norte, en cuyo centro se abrió la puerta, que daba paso al camino de Acarnae (2).

(1) Respecto del circuito de la nueva muralla véase Tucid. 2, 13 y los Escolios; Diodoro 13, 72, donde es seguro que debe leerse n' por n'. En efecto; 7.000 hoplitas de frente, dando tres pies y 1/8 á cada hombre con escudo, y descontados los intervalos que ocurren en una formacion de fuerzas regulares, ocupan 40 estadios. La exposicion detallada de este asunto en Wachsmuth, Atenas p. 338 siguientes. Sobre las casas de Temístocles y de los filaidas: Demosth. in Aristocr. p. 689 R. Pausan. 1, 25, 8.

(2) Curtius, Attische Studien, 1, 70.

En la puerta de diomea arrancaba el costado oriental; esta puerta así llamada de la vecina comarca de Diomea, se hallaba situada enfrente del Dipylon, antes mencionado. Desde aquí torcia el muro hacia el Sur, formando un arco saliente que volvia á reentrar cerca del Ilisso. La puerta de este flanco, llamada de Diojares, daba paso al Cynosarges, lugar de la vertiente meridional del Lycabetto, junto al Ilisso (1). No lejos de la fuente Calirroe, torcia nuevamente la muralla hácia Poniente, para cerrar el costado meridional y, costeando primero el Ilisso, pasaba luego junto al templo del Apolo pítico, más allá del cual se abria la puerta itónica, por la que atravesaba la vía del Falero, y por último, á la altura del Museon se unian los dos extremos, cerrando el circuito.

En muchos puntos fué preciso abrir los cimientos de la muralla sobre la roca viva; no obstante, la obra hizo tales progresos que ya en la primavera del año 478 llamó la atencion de los megarenses, corintios y eginetas, ó sea de los cantones que confinaban con el de Atica. Por lo que hace á estos últimos, no habian depuesto su enemiga contra Atenas; muy al contrario, los últimos sucesos, que tan de relieve pusieron las ventajas de la marina ateniense y las excelentes condiciones de sus tropas, los triunfos de Temístocles y el extraordinario desarrollo de sus fuerzas navales, no hicieron más que avivar su antigua rivalidad, y despertar nuevos recelos respecto al porvenir de su comercio marítimo. Los corintios, que veinte años antes habian ayudado á los atenienses en contra de Egina, les declaran la guerra desde el punto y hora que tuvieron una poderosa escuadra, muy superior á la suya; así es que en la campaña

---

(1) Estrab. p. 396. Curtius, Estudios áticos, 1, 67.

del 480 nadie se opuso á los planes del caudillo ateniense con más tenacidad y violencia que el estratego corintio.

Despues de los terribles golpes que habia sufrido Atica, de dos invasiones que arruinaron por completo la ciudad y la campiña y paralizaron todas las ramas de su actividad, creyeron Egina y Corinto que su rival no podria levantar la cabeza en muchos años; mas en lugar de un pueblo abatido y arruinado vieron surgir de aquella inmensa ruina una República más animosa que nunca, que al mismo tiempo que levanta sus templos y sus viviendas, construye grandiosas obras de defensa. Esto parecia revelar intenciones poco conciliadoras, y Egina se propuso desde luego estorbar la ejecucion de un proyecto que podia acarrearla serios perjuicios, ya que estas fortificaciones, unidas á su poderosa escuadra, ponian á Atenas en condiciones de sostener con ventaja una guerra con la diminuta República; tratóse, pues, de evitar á tiempo esta contingencia, para lo cual Egina, Megara y Corinto acudieron á la cabeza de la confederacion, solicitando que se prohibiese á los atenienses continuar la muralla.

*
* *

En realidad de verdad no necesitaba Esparta de estas escitaciones, para oponerse á los progresos de un Estado cuyo poder la inspiraba ya recelos y desconfianzas, antes de robustecer sus fuerzas con las fortificaciones en proyecto. Aún en el caso de verificarse una nueva invasion extranjera era más ventajoso para Esparta obligar á los atenienses á buscar un asilo en el Peloponeso que salir de sus trincheras del Istmo para ayudarlos á sostener un sitio dentro de la fortificada Atenas.

Pero los lacones tenian otros motivos de distinta in-

dole para mirar con desconfianza y aún con temor la fortificacion de Atenas. Realizadas las nuevas obras de defensa corria Esparta peligro de perder la influyente posicion que habia conquistado en el trascurso de la guerra, aún respecto de Atenas, ya que esta se hallaría en condiciones de obrar con entera independencia y desenvolver una política propia, tal vez opuesta á los intereses de Esparta; cuando menos podria estorbar la accion preponderante de este canton en el Norte de la península helena, y segun era notorio tenia un interés especialísimo en estender á aquellas comarcas su influencia, sin verse obligada á salir del Istmo.

Estas consideraciones hubieron de mover á los espartanos á despachar una embajada, que expuso á los atenienses la voluntad Esparta en estos ó parecidos términos: «no es posible permitir la construccion de fortificaciones al Norte del Istmo, con las cuales no se haria más que poner en manos de los bárbaros puntos de apoyo para nuevas invasiones. Así en la última campaña las fortificaciones de Tebas prestaron excelentes servicios á los persas, y ha sido preciso ponerla asedio para arrebatar al enemigo ese baluarte; por el contrario el Peloponeso ofrece á todos los Estados griegos, situados fuera de sus límites, no solamente un asilo seguro sino tambien magníficos puntos de apoyo para rechazar al enemigo.»

Esta embajada pudo llegar á Atenas al tiempo que regresaba la escuadra de las playas de Micala y que tenia lugar la toma de Sestos. Inútil es advertir que semejante mensaje colocó á los atenienses en una posicion por extremo penosa. En efecto; ¿estaba Ática en el caso de recibir órdenes de Esparta y sobre todo de obedecerlas? En hora buena que el Rey mandase demoler los muros de sus ciudades á los thasios ó á otros vasallos

suyos; pero Atenas se encontraba en muy diferente caso; y luego no habia jugado el todo por el todo para someterse á los mandatos de Esparta, que no habia sido capaz siquiera de poner en frente del invasor á todos sus aliados; los espartanos podian dictar sus imperiosas órdenes á los tegeatas y orchomenios, mas no á los vencedores de Salamina, de Micala y de Sestos; no á la patria de Teseo y de Solon, de Milciades y Temístocles que estaba en el pleno goce de su autonomía y de su territorio. Cualquiera que fuese la forma en que Esparta, aguijoneada por Egina y Corinto, expusiera sus deseos, no era posible acceder á ellos si no se queria sacrificar, con el decoro nacional, el porvenir y la independencia de Atenas, sometiéndose para siempre al yugo de la soberanía espartana; porqué si ahora se cedia á las indicadas pretensiones era seguro que Esparta no se detendria en ellas, antes bien, trataria de realizar el plan que no pudo llevar á cabo Cleomenes, lo que intentó en vano treinta años antes la coalicion de los peloponesios, beocios, eginetas y calcidios en lucha con Atenas. La dificultad estaba en saber si esta República, despues de tan largas y costosas guerras, en medio de la penuria y necesidad á que la habian dejado reducida los persas y de los enormes sacrificios que ella misma se impuso para restaurar lo destruido, se arriesgaria á ponerse en frente de Esparta y de su Simaquia, que podian levantar un ejército de hoplitas tres veces mayor que el suyo; y suponiendo que osára embarcarse en tan arriesgada empresa ¿qué seria entre tanto de las islas y ciudades jónicas admitidas en la liga helena, á cuya evacuacion se habian opuesto resueltamente los estrategos atenienses, lo mismo que de las colonias helespontias que, despues de sacudir el yugo persa habian tomado parte en el asedio de Sestos? ¡Y qué espectáculo

darian á los persas los vencedores, si venian á las manos unos con otros, allanándoles el camino para renovar con ventaja el ataque!

Nadie estaba menos dispuesto que Temístocles á sacrificar á la vanidad espartana la obra comenzada bajo su iniciativa y con ella todo el presente y porvenir de Atenas. Seguramente no habia aconsejado la alianza con Esparta ni la habia sometido á las órdenes de los generales laconios en la guerra para hacer á los atenienses vasallos de los espartanos. De todos modos aún esperaba poder conjurar la guerra; pero en cualquier caso, bien fuese que estallase al fin aquella ó que se llegase á un arreglo amistoso era indispensable, á su juicio, ganar tiempo; para el caso de guerra, á fin de que las murallas alcanzasen la altura necesaria para impedir una sorpresa, y para el de un convenio amistoso á fin de poner á los espartanos en la precision de aceptar los hechos consumados. Una vez edificada la muralla hasta la altura indispensable para poder rechazar un asalto y puesta, por consecuencia, Atenas en condiciones de defensa era casi seguro que Esparta no insistiria en imponerla su voluntad con las armas en la mano. Para ganar tiempo se propuso Temístocles explotar el prestigio de que gozaba en Esparta, que poco antes le habia arrebatado de las manos el mando de las tropas en la última campaña.

Por consejo de tan entendido caudillo se contestó á los embajadores espartanos que Atenas enviaria la respuesta á los éforos por medio de una embajada especial, como ella misma lo habia hecho; por consiguiente los embajadores no tenian que esperar más tiempo en Atenas. De esta manera logró Temístocles su doble propósito de ganar tiempo y de sustraer á las miradas de los representantes de Laconia los progresos que hacian

las obras de la muralla, cortando así de un golpe las comunicaciones oficiales que de otro modo se hubieran cambiado entre ambos gobiernos.

*
* *

Dado con tan buen acierto este primer paso hizo que se le encomendase á él la mision de llevar á los espartanos la indicada respuesta, dejando advertido que los otros dos representantes de Atenas: Arístides y Abronijo, hijo de Lisicles, el mismo que mandaba el aviso agregado al ejército de Leonidas en las Termópilas, no saliesen de la ciudad hasta tanto que las murallas tuviesen la altura suficiente para poder rechazar un asalto. Mas para lograr este resultado en el más breve plazo posible, fué preciso emplear en las obras á todas las personas útiles para el trabajo: hombres y mujeres, niños y ancianos, libres y esclavos, ciudadanos atenienses y domiciliados, destinando á las mismas cuantos materiales se tuviesen á mano, sin perdonar los ya preparados para la construccion de edificios, fuesen públicos ó privados. El mismo Temístocles se encargó de proveer á todo lo demás.

Una vez en Esparta no se dió prisa Temístocles á presentarse á las autoridades, excusando su tardanza unas veces con un pretexto y otras con otro. Si algun funcionario público osaba preguntarle por qué razon no anunciaba al gobierno su llegada, solia responder que estaba esperando á sus compañeros de embajada, que se hallaban detenidos por asuntos públicos pero que debian llegar de un momento para otro, y que hasta se admiraba de que no estuviesen ya en Esparta. El gran prestigio de que gozaba en esta capital Temístocles, hacia que se prestase fé á sus palabras Mas al cabo de algun tiempo llegaron á la misma viajeros proce-

dentes del Norte diciendo, como cosa perfectamente segura, que las obras de la muralla continuaban y hasta indicaban la altura que á la sazon tenia.

Estos anuncios se repitieron con tal insistencia que ya no se dudó en Esparta de su certeza, sobre todo despues de la misiva que les enviaron los eginetas por medio de Poliarjo, asegurándoles lo mismo (1); pero Temístocles se hallaba tambien preparado para este caso que no podia menos de llegar, y rogó á los espartanos que, sin dejarse alucinar por envidiosas insinuaciones, enviasen á Atenas una comision, compuesta de hombres fidedignos que se enterasen del asunto sobre el terreno. Con esto lograria el doble objeto de ganar mas tiempo y de poner en manos de los atenienses rehenes espartanos que respondiesen de la seguridad de los embajadores de Atenas, cuando llegase el momento de dar explicaciones categóricas, ya que convencidos los lacones del lazo que se les habia tendido, tal vez tratarian de tomar venganza en Temístocles y sus dos compañeros, peligro que se evitaba si Esparta enviaba la comision expresada.

Esta salió efectivamento para Atenas y con ella llegó á los atenienses un mensaje secreto de Temístocles ordenándoles que no dejasen en libertad á los diputados espartanos, hasta tanto que él y sus compañeros Arístides y Abronijo estuviesen en lugar seguro. Tan pronto como Temístocles supo que los embajadores espartanos se hallaban en Atenas, arrojó la máscara y, sin ambajes ni rodeos, reivindicó para Atenas los mismos derechos que reclamaba para sí Esparta, haciendo ante el consejo de esta República la declaracion siguiente: «ó se establece la ley de que ninguno de los aliados

(1) Plut. Themist. 19.

pueda levantar fortificaciones ó Esparta reconoce á los atenienses el derecho de proveer á la seguridad de su capital con murallas. Estas habian alcanzado ya una altura suficiente para proteger de cualquier ataque á sus moradores. Al enviar Esparta y los aliados embajadores á los atenienses, debian estar convencidos de que estos habian examinado de antemano lo que más les convenia á ellos y á todos los helenos. Sin aquella embajada habrian resuelto los atenienses abandonar su país y refugiarse en las naves; y cuando despues celebraron consejo con los espartanos y los aliados, nunca se quedó el voto de los atenienses detrás del de los demás aliados. Mas ahora han juzgado más conveniente, tanto para su provecho como para el bien de todos los confederados, rodear la capital de fortificaciones, ya que sin estar armados de la misma manera no pueden los aliados tener idéntica autoridad y prestigio en el comun consejo» (1).

Esparta vió con sorpresa que se trataba de un hecho consumado; puesto que hallándose ya Atenas á cubierto de un ataque hubiera sido preciso apelar á la fuerza para lograr la suspension de unas obras que ya casi tocaban á su término. Sin duda se tendria tambien en cuenta que aun estaba en pié la guerra con los persas, en la que no se podia prescindir del concurso de Atenas, dado que los hechos de Micala y las operaciones subsiguientes no permitian ya adoptar una actitud pasiva ni limitarse á la defensa de la Península, antes por el contrario era preciso acudir en auxilio de las islas, y apoyar el levantamiento de los griegos en Asia si se queria evitar una nueva invasion extranjera é impedir nuevos triunfos de los persas en la costa asiática; si no se queria

(1) Tucid. I, 91. Schol. Aristoph. Eqq. 814.

ver repetidas las escenas que habian asolado y ensangrentado por dos veces el suelo de Grecia. ¿Acaso podia consentir Esparta que los atenienses se llevasen por sí solos la gloria de haber dado libertad á los jónios, quedando oscurecida su propia fama; ó si Atenas sucumbia en la demanda y vencian los persas exponerse á una nueva invasion para tener que comprar á más alto precio el apoyo de aquella República? Segun la observacion de Tucidides, «los espartanos se mostraron todavía propicios con los atenienses á causa del valor que habian desplegado en las guerras medicas.»

Como quiera que sea, el gobierno de Esparta resolvió aceptar los hechos consumados y poner á mal tiempo buena cara. Sin que estallara conflicto alguno regresaron á sus respectivos puntos de partida las dos embajadas, pero los espartanos guardaron en secreto profundo rencor á los atenienses, y jamás perdonaron á Temístocles el golpe que habia dado á Esparta y el lazo que tendió á la orgullosa República para impedir su exaltacion inmoderada. Es verdad que no tenian razon para guardar aquel rencor bajo el punto de vista heleno, pero si le tenian considerado sólo el porvenir de Esparta (1).

***

Temístocles prestó de esta manera un nuevo servi-

(1) La noticia trasmitida por Teopompo de que Temístocles venció la resistencia de Esparta sobornando á los éforos, es una de las muchas fábulas con que los escritores griegos han exornado la vida de este caudillo, á quien se atribuyen numerosos hechos de esta naturaleza; el esplícito testimonio de Tucídides contradice tal suposicion y Diodoro, como Éforo, ha seguido la exposicion de aquel historiador, aunque dando mayor colorido al altercado entre espartanos y atenienses. Plut. Themist. 19.

cio á su patria librándola del yugo que pretendia imponerla Esparta, con lo que al mismo tiempo allanó á la Grecia entera el camino para desenvolver con total independencia sus instituciones. Por tan ingenioso acto político completó el engrandecimiento de Atenas, comenzado con la creacion de su magnífica escuadra, pudiendo gloriarse de haber realizado estos fines sin romper la amistad con Esparta ni paralizar las operaciones de la guerra con Pérsia.

Así como en la campaña del año 480 el pueblo ático se entregó con absoluta confianza en manos de Temístocles, cuya energía y prevision le sacaron de una crisis por extremo dificil, de la misma manera secundó en la ocasioa presente sus bien concertados planes, levantando en cuatro semanas próximamente una muralla que comprendia milla y media de circuito. Es verdad que, segun hace notar Tucídides, el aspecto exterior de la muralla evidenciaba la premura con que se llevaron á cabo los trabajos: empleáronse en su construccion piedras y bloques de diversas clases, talladas unas al natural y mal acopladas otras, tal como se encontraron á mano, con no pocas losas sepulcrales.

La perfecta exactitud de estos datos se halla demostrada por los restos de los muros en cuestion. Las piedras sepulcrales de las numerosas tumbas que habia cerca de todas las puertas de la ciudad, constituian uno de los materiales más accesibles; por cuya razon se ven en dichos restos gran número de columnas funerarias y losas sepulcrales con inscripciones, que sin este singular empleo, dificilmente hubieran sobrevivido á la accion devastadora de los siglos (1).

(1) Tucidides dice que se terminó «en poco tiempo» 1. 93. El ejército ático ejecutó en seis dias las fortificaciones de Pilos, pero en una forma harto incompleta y defectuosa. Tucid. 4, 4. 4, 5.

Asegurada, por el momento al menos, la paz entre los dos Estados más poderosos de Grecia, al mismo tiempo que la autonomía de Atenas, podian aunar sus fuerzas para proseguir la guerra contra los persas, por cuya continuacion harian sin duda vivas gestiones los griegos asiáticos, que en la anterior campaña lograron sacudir su yugo y ansiaban librar á todos los jónios de la opresion extranjera. Indudablemente los representantes de las islas, que en el invierno siguiente á la batalla de Salamina solicitaron el envio de la escuadra helena á las playas de Chio y Samos y á la costa asiática, harian ahora declaraciones análogas en el consejo de los aliados, insistiendo sobre todo en la necesidad de acudir en auxilio de las ciudades helespontias que habian sacudido el yugo de los persas. Atenas tenia especialísimos intereses que defender en aquellas comarcas, ya que la toma de Sestos era el primer paso para la reconquista del Quersoneso, que en otro tiempo la ofreció Milciades, donde imperaban, como en Sigeo, colonos áticos.

Año y medio hacia que los estrategos se habian opuesto á los planes de Temístocles, cuando este propuso la conquista del Helesponto por la escuadra aliada; y en tan breve espacio de tiempo se habia levantado el abatido espíritu de los griegos hasta el punto de tomar la ofensiva contra los persas. El triunfo de Micala parecia dar á Leotiquidas cierto derecho al mando de la escuadra destinada á realizar la proyectada conquista; pero la gloria de la gran victoria de Platea oscureció el hecho heróico de Leotiquidas, y el mando de la escuadra se confirió á Pausanias, que desempeñaba la regencia durante la minoria del hijo de Leonidas, y en tal concepto compartia el trono de Esparta con Leotiquidas. Despues de la batalla de Micala llegaron sin duda á Es-

partía peticiones de diferentes ciudades y colonias griegas hasta de la isla de Chipre solicitando el concurso de la Metrópoli para recobrar su independencia; habíales dado ya ejemplo Timocreonte de Jaliso y tal vez otros caudillos despues de la jornada de Salamina. Unos veinte años antes se habian adherido los griegos chipriotas al levantamiento de los jónios, y estos lucharon con sus naves en el mar de Pamfilia en favor de los primeros; del segundo levantamiento de los jónios y sus resultados acabamos de hablar.

Inútil es advertir que Pausanias, desechada ya la actitud pusilánime en que le hemos visto hasta el momento mismo de darse la batalla de Platea, se proponia sobrepujar el arrojo de Leotiquidas y asestar nuevos golpes al ejército persa en su propio suelo. Su plan de campaña abrazaba una serie de operaciones tan difíciles como importantes: atendiendo en primer término á los intereses de Atenas trataria de asegurar la posesion de Sestos y demás ciudades griegas del Helesponto, de arrebatar á los persas el Bósforo, cuya conquista tenia á la sazon doble importancia para los atenienses que necesitaban los granos procedentes del Ponto. Una vez tomados los estrechos se cerraba á los persas el camino á Europa y por consiguiente se les cortaban las comunicaciones con sus dominios de la costa de Tracia, cuyas colonias griegas no dejarian de secundar las operaciones de sus compatriotas; y á este general movimiento se unirian igualmente los macedonios y tesaliotas.

Pero Pausanias se proponia herir al imperio persa en otro punto más sensible. Segun vimos antes, despues de la batalla de Salamina se reunieron los restos de la escuadra persa en la costa del Asia Menor, saliendo de aquí las naves fenicias para su patria en tanto que los demás contingentes invernaron en Cumas. Esta flo-

ta, en union con el ejército de tierra que acampaba en las cercanías, tenia el encargo de mantener en la obediencia á los jónios, mas por lo que que toca á los griegos de Chipre, únicamente los triereos fenicios eran capaces de tenerlos á raya (1).

La seccion más importante de la armada real estaba compuesta de aquellos marinos que más aversion sentian hácia los griegos, siendo tambien los más entendidos en el arte de la navegacion; y sus naves quedaban desterradas del mar Egeo tan pronto como recobrasen la libertad las poblaciones griegas de Chipre y pudiesen vigilar desembarazadamente los movimientos de los triereos fenicios, cuyos puertos tenian casi á la vista. Pues bien; Pausanias se proponia dirigir primeramente sus naves á Chipre y una vez arrojados de ella los persas, navegar hácia el Helesponto y el Bósforo, hiriendo así al imperio persa en dos puntos distantes pero de importancia suma. Porque los estrechos eran la llave del Ponto y de la vía que enlaza con el Bósforo, por la que Artabazo condujo, al finar el otoño, los restos del gran ejército que peleó en Platea; el dueño de esta vía lo era tambien de las comunicaciones del Oriente con Tracia, Macedonia y Tesalia.

Para llevar á cabo un plan tan vasto y tan atrevido á la vez que tan beneficioso para los griegos, salió Pausanias de las costas de Grecia en el verano del 478, con

(1) Con dificultad podria presentarse otra razon en que fundar el licenciamiento de la mejor parte de la armada persa, en tanto que se obligaba á los contingentes helenos á permanecer en la costa del Asia Menor. Por motivos análogos se explica el envio de las naves egipcias á su país, despues de cambiar sus dotaciones por otras compuestas de marinos persas y medos, pasando aquellos á engrosar las filas del ejército. Aquemenes fué el encargado de mantener sumisa aquella revoltosa provincia.

una pequeña escuadra, perteneciente á los Estados de la liga (1).

El Peloponeso, que no habia sufrido nada durante la última campaña y la invasion de los persas y cuyos cantones marítimos, Corinto y Egina, disponian de 150 triereos por lo menos, sólo armó para esta empresa 20 naves; Atenas, tan castigada en las dos campañas de los persas, aprontó por sí sola más galeras que toda la liga espartana, armando 30 naves al mando de Arístides, que á su vez debia obedecer las órdenes del general en jefe Pausanias. Las islas, en cuyo provecho principalmente se emprendia aquella expedicion, completaron el contingente de la escuadra aliada; sabian muy bien sus habitantes que su porvenir dependia del resultado de aquella campaña y no omitirian esfuerzo ni

(1) De lo que dice Tucidides, 1 93, se deduce con entera claridad que la cuestion relativa á las fortificaciones de Atenas se ventiló en la primavera del año 478; de lo contrario no hubiera podido Arístides formar parte de la embajada enviada á Esparta y salir despues mandando la escuadra ateniense; síguese, pues, que la armada de Pausanias no pudo abandonar las playas de Grecia antes de mediar el verano del año expresado. Por otra parte Atenas no pudo tener preparado su contingente sino despues del regreso de las naves que al mando de Jantippo pusieron asedío á Sestos, cuyo regreso tuvo lugar en la primavera del año expresado 478, y despues de terminado el incidente de las fortificaciones que la obligó á tener reunidas todas sus fuerzas para el caso de un rompimiento con Esparta. Luego no cabe suponer que estas dos Repúblicas emprendiesen una expedicion comun, hallándose complicadas en una negociacion enojosa que podia tener un desenlace desagradable. Y si de esto se pretende deducir, fundándose tambien en cierto pasaje de Diodoro (11, 41. 44), que la expedicion coincide con el año 477, las palabras de este escritor sólo prueban que Bizancio cayó en poder de los griegos en dicho año, pero habiendo reinado Pausanias en la capital expresada, el principio de la campaña tuvo lugar en 478, lo que tambien se deduce de la marcha general de los acontecimientos.

sacrificio para reforzar la escuadra helena, ya que cualquier paso dado para alcanzar ó afianzar la independencia de sus compatriotas de Oriente era una nueva garantía de seguridad para ellos; por eso algunas islas como Samos, Chios y Lesbos, aportaron un respetable contingente á la flota (1). El primer cuidado de los expedicionarios fué asegurar la independencia y libertad de accion de los puertos más avanzados de los griegos, ó sea de las ciudades situadas enfrente de la costa de Siria, arrebatando á los persas los excelentes puntos de apoyo que tenian en Chipre y sus inmediaciones, para lo cual, les bastaba realmente derribar á los jefes del partido medo-persa y entregar las riendas del gobierno en todas las poblaciones helenas á personas de ideas patrióticas.

Ignoramos los hechos que llevaron á los griegos al término de sus aspiraciones; sólo sabemos que realizaron en todas sus partes el expresado plan de campaña. Tucidides nos da á conocer tan importante suceso con un laconismo casi irritante: «Pausanias sometió la mayor parte de la isla de Chipre,» y Diodoro añade, completando esta noticia, que «Pausanias libertó las ciudades de las islas que aún tenian guarniciones persas.» Estas ciudades no fueron admitidas en la liga helena, antes bien, quedaron relegadas á sus propias fuerzas; mas por lo que hace a Chipre, aunque segun se deduce del citado pasaje de Tucidides una pequeña porcion de sus ciuda-

(1) Segun Tucidides, la mayor parte de la armada se componía de los contingentes aportados por los antiguos aliados, y Diodoro hace subir á 50 el número de naves peloponesias, cifra exagerada, que contradice el aserto de Tucidides (1, 94). No solamente su propia conveniencia, si que tambien el explícito testimonio de Plutarco (Aristid. 23) prueban que las expresadas islas aportaron un respetable contingente de triereos.

des y territorios permanecieron en la obediencia de los persas, el apoyo que dispensó Pausanias al resto para que reconquistara su autonomía, tuvo para los griegos la inapreciable ventaja de que en más de diez años no pudo el Monarca persa aprovecharse de los triereos fenicios que de ordinario prestaban servicio en el Egeo.

El ensayo que por los años 450 á 449 hizo Cimon para llegar al mismo resultado que Pausanias, fué mucho menos brillante; además, la campaña del general lacedemonio allanó á Euagoras de Salamina el camino para realizar una nueva demostracion contra los persas.

Con éxito completo llevó tambien á cabo Pausanias la segunda parte de su programa. Desde la costa de Siria condujo sus naves al Helesponto, donde Jantippo habia hecho ya la conquista de Sestos y el Bósforo, verificando su entrada en los estrechos en la próxima Primavera, aunque algunos suponen que llegó á su destino en el mismo Otoño.

El dominio del Bósforo dependia de la posesion de Bizancio. Los persas tenian en esta capital una guarnicion numerosa que habia dejado en ella Artabazo al retirarse con los restos del ejército de Mardonio, si es que no habia engrosado la que existia ya anteriormente; y Jerges habia enviado desde Sardes varios príncipes de la casa real y «comensales de la misma», ó sea hombres elevados á la categoría de príncipes, ya del orden civil ó del militar, para que defendiesen aquella importante plaza, llave de los estrechos y, despues de la toma de Sestos y la consiguiente defeccion de los helespontios, único centro de comunicacion con Tracia y Macedonia. No obstante la ciudad tuvo que capitular, segun parece, despues de un encuentro desgraciado de la guarnicion con los sitiadores. En efecto, segun Diodoro «los bárbaros ó fueron degollados, ó cogidos prisioneros den-

tro de Bizancio, quedando la ciudad rescatada; entre los prisioneros se encontraban muchos nobles persas.» Y al decir de Tucidides, «bajo la direccion del mismo general tuvo el sitio feliz coronamiento.»

Segun todas las probabilidades Pausanias se apoderó de la ciudad durante el verano del año 477. Entre los prisioneros cogidos en ella, los habia, segun Tucidides, de orígen medo y egipcio. Estos últimos, á juzgar por la relacion de Herodoto, serian los soldados de la marina egipcia que se incorporaron al ejército de Mardonio.

Diodoro pone la expedicion de Pausanias en el ejercicio de 477/476, que corresponde al gobierno de Adimanto, y como quiera que la escuadra aliada no pudo darse á la vela sino despues de terminado el conflicto promovido á consecuencia de las fortificaciones de Atenas, ó sea ya mediado el verano del año 478, y la expedicion á Chipre ocuparia algunas semanas, tal vez meses: teniendo, además, en cuenta que los persas se hallaban preparados para el asedio, resulta que la toma de la plaza no pudo efectuarse antes del verano de 477.

De esta manera pasó Bizancio al exclusivo dominio de sus primitivos dueños los griegos. Dos veces la habian conquistado los persas desde que Dario condujo su gran ejército por el Bósforo en direccion al Danubio; mas tan pronto como sus habitantes tuvieron noticia del descalabro de dicho príncipe en la region de los escitas le negaron la obediencia y más tarde se adhirieron tambien al levantamiento de los jónios. Una vez en el pleno goce de su autonomía derribáronse los túmulos de piedra que Dario habia hecho erigir á las puertas de la ciudad, no lejos del templo de Dioniso, para perpetuar la memoria de su paso por ella, y se emplearon en la construccion del altar que se consagró á la Artemis

Orthosia en el interior de la poblacion, quedando una sola piedra cerca del expresado templo (1). La estrella de la fortuna seguia brillando para los griegos y eran tan importantes los triunfos de Pausanías en Oriente que los persas apenas podian sufrir pérdidas más sensibles que las del Bósforo y de la isla de Chipre.

(1) Herodoto IV, 87.

IV.

EL CAMPAMENTO DE SARDES, Y LA DISOLUCION DE LA LIGA HELENA.

Cuando despues de la batalla de Salamina operó Jerjes la retirada al Helesponto con el grueso del ejército, como para demostrar á los pueblos de su vasto imperio la falsedad de los rumores que podian haber corrido sobre su destruccion más ó menos completa, habia reforzado las guarniciones de las ciudades macedonias y tracias, con objeto de poner mejor á cubierto los almacenes y de mantener en la obediencia las poblaciones anexionadas (1). El mando de las principales plazas y de los importantes pasos del Estrimon, del Hebro y del Helesponto, se encomendó á los más entendidos caudillos del ejército medo-persa: Boges fué nombrado comandante de Eion, Mascames de Dorisco y Artayctes obtuvo la comandancia de Sestos. Adoptadas estas disposiciones mandó Jerjes concentrar la flota en Sa-

(1) Dedúcese esto de la enérgica resistencia que opusieron Boges y Mascames á las tropas de Alejandro de Macedonia y del gran número de prisioneros que hizo este príncipe en todas las ciudades de su reino y de la inmediata costa de Tracia.

mos al mando de Artayntes, dió el del ejército acampado en Mileto á Tigranes y, acuarteladas las reservas en Sardes, su residencia provisional, despachó las naves fenicias y egipcias que mandaba su hermano Aquemenes con la mision de mantener en la obediencia el Egipto y la isla de Chipre, cuya fidelidad no muy probada podia facilmente quebrantarse una vez conocidos los descalabros del ejército Real en Pérsia. Así las cosas esperó en Sardes, abrigando casi completa seguridad de que los triunfos de Mardonio le harian entrar al fin como vencedor en Grecia. Afirmóle en esta creencia la agradable nueva de la segunda invasion del Ática por sus tropas, que llegó á dicha capital al mediar el verano del 479; pero en el Otoño se presentó de improviso la escuadra helena en Samos; y con breves intervalos se sucedieron los descalabros de Micala y de Platea; la defeccion de las islas de Samos, Lesbos y Chios con la de Mileto que dió la señal de un nuevo levantamiento general de las ciudades de Jonia; por último, la aparicion de la escuadra griega en el Helesponto y la toma de Sestos, sin que tan poderoso imperio tuviese medios para oponerse á los progresos de un corto número de triereos helenos, ya que su escuadra quedó totalmente destruida en Micala.

Los exíguos restos del ejército de Tigranes y de las dotaciones de la flota de Artayntes se retiraron á Sardes, no sin sufrir nuevas pérdidas en los combates que sostuvieron con los guerreros helenos qne les salieron al paso, procedentes de las ciudades griegas del interior (1). Como suele acontecer en tales casos, durante la retirada estallaron graves conflictos entre los jefes persas, que se llenaron mútuamente de reproches. Tigra-

(1) Diodoro 11, 36.

nes y Mardontes, hijo de Bagaeo, sucumbieron como valientes en la defensa de la trinchera; y Masistes, hermano carnal de Jerjes, que mandó antes con Mardonio el ala izquierda del ejército invasor, y despues de regresar en compañía del Rey, obtuvo el mando de una parte del ejército de Micala, en union con Tigranes, agobió ahora de reproches al almirante Artayntes, que al retirar las naves á tierra privó al ejército de su eficaz concurso, siendo, además, causa de que sus tripulaciones secundasen á los griegos atacando al enemigo comun por la espalda (1). Despues de amenazarle con los durísimos castigos á que se habia hecho acreedor por los enormes perjuicios ocasionados á la causa del Rey por su descuido, le dirigió el más grave insulto que, en opinion de los persas, puede hacerse á un hombre, diciéndole que se habia conducido con más cobardía que una mujer.

Las amenazas del príncipe hicieron comprender al caudillo persa que en breve plazo le esperaba la perdicion y la muerte, y no queriendo verse, además, expuesto á la deshonra, ciego de cólera, desenvainó el sable y se lanzó sobre Masistes. Al ver su ademan Xenagoras, oriundo de Halicarnaso, se lanzó sobre él y cogiéndole por la espalda le arrojó al suelo, dando tiempo á que rodease al príncipe su guardia. El hermano de Jerjes debia, pues, la vida á un griego y, segun la constante costumbre de los Monarcas persas, actos de esta naturaleza obtenian siempre brillante recompensa, á fin de asegurar con el ejemplo la fidelidad harto vacilante de las poblaciones griegas; siquiera el nombramiento de Teomestor para el gobierno de Samos, en recompensa del valor que desplegara en Salamina, no

(1) Herod. IX, 107.

fuese parte á impedir la defeccion de los samiotas. El temor de que en Chipre ocurriese un hecho análogo obligó al Rey á concentrar las naves fenicias en Siria; si á pesar de esta precaucion ocurria en dicha isla un levantamiento, bien fuese expontáneo ó promovido por los griegos de la Península, las fuerzas encargadas de reprimir tal movimiento, debian partir de Cilicia, segun lo demóstró la experiencia 28 años antes; Jerjes nombró al salvador de su hermano gobernador de dicha provincia, en la que se reconcentraron numerosos cuerpos de tropas (1).

*
* *

Un débil rayo de luz asomó todavia en el horizonte del imperio persa al finar este fatal Otoño: un año despues de la llegada del Rey á Sardes, arribó Artabazo á las playas asiáticas con los restos del ejército de Mardonio. El hecho de no haber intentado levantar el asedío de Sestos no le hizo perder la gracia del Soberano, quien debió comprender que aún logrado aquel propósito los triereos atenienses hubieran cerrado al general persa el paso del Helesponto, y forzado este hubiera encontrado la escuadra ática en el Bósforo; en cambio Jerjes vió con agrado que Artabazo reforzase la guarnicion de Bizancio con tropas escogidas, entre las que se contaban varias compañías de soldados egipcios de la casta guerrera (2); él mismo designó la persona de su confianza que debia encargarse del mando de tan importante plaza, cuya posesion era indispensable para la defensa y conservacion de sus dominios de Tracia y Macedonia.

(1) Herod. IX, 107.

(2) Despues de la conquista de Bizancio tomó Pausanias soldados egipcios y medos á sueldo (Tucidides, 1, 138); que seguramente formaban parte de la guarnicion de la plaza.

No obstante el año 478 empezó bajo tan desfavorables auspicios para el imperio persa como el que habia terminado: los griegos le inauguraron con la toma de Sestos. Desde que tomaron la ofensiva habian abierto los griegos profundas heridas á la Monarquía de Jerjes, apoderándose de las plazas más importantes del imperio. A la caida de Sestos siguió en el Verano y Otoño la pérdida de Chipre, cuya importancia se comprenderá sabiendo que esta sola isla aprontó 150 galeras para la guerra con Grecia. Y sin embargo, esta pérdida traia consigo otra consecuencia aun más fatal para Jerjes: perdida la marina jónica, la emancipacion de las ciudades chipriotas paralizaba los movimientos de las escuadras fenicia y cilicia, impidiendolas salir de sus costas. Por otra parte la pérdida de Chipre podia repercutir en el interior del reino propagando á los pueblos anexionados el movimiento insurreccional comenzado en Siria.

La caida de Bizancio en el verano del año 477, puso feliz coronamiento á las conquistas de los griegos y, dedejando aisladas las guarniciones de Tracia y Macedonia, preparó la defensa de las ciudades griegas de Tracia y la emancipacion del Rey de Macedonia. Segun todas las probabilidades, la flota de Pausanias, cerrando el paso del Bósforo y de la Propontide, impidió que Megabates, gobernador de la Satapria de Frigia, que tenia su residencia en Dascaleo, frente á Bizancio (1), acudiese en auxilio de la guarnicion de esta ciudad; como quiera que sea, gran número de nobles persas, «comensales y parientes del Rey», príncipes de la sangre y varones eminentes que habian obtenido este título en re-

(1) Este Megabates es el mismo que dirigió la expedicion á Naxos en union con Aristágoras.

compensa de sus servicios, tuvieron que rendir las armas á los griegos.

Un suceso de todo punto inesperado vino á interrumpir esta série de triunfos de los helenos y descalabros de los persas. Poco despues de la toma de Bizancio se presentó en Sardes un mensajero del general en jefe de los griegos diciendo que llevaba una comision secreta para el Rey. El mensajero no era otro que Gongylo de Eretria, confidente de Pausanias, encargado de conducir á Sardes á los nobles persas que habian caido prisioneros en Bizancio y Chipre y de entregar al Rey una carta del tenor siguiente: «Pausanias, general de los espartanos, te envia estos (prisioneros de Bizancio) que ha cogido con la lanza, á fin de prestarte un servicio. Soy gustoso, si á tí te agrada, en casarme con tu hija (1), y someter á tu obediencia Esparta con todo el

(1) Jerjes tenia dos hijas, jóvenes y solteras. Por lo que hace á Pausanias es probable que ya estuviese casado, aunque no se sabe con certeza. Sábese únicamente que dejó tres hijos: Pleistoanax, Cleomenes y Aristocles (Tucidid. 5, 16), el mayor de los cuales aun no habia llegado á la mayor edad cuando tomó las riendas del gobierno en 458 (Diodor. 13, 75); por lo que se encargó de conducir el ejército por él, su tio Nicomedes, hermano de Pausanias, y Tucidides afirma tambien que Pleistoanax era todavia jóven en 458. Si, por tanto, le damos 20 años, resulta que nació en 478, hecho que de todos modos no pudo ocurrir mucho antes, por cuanto no murió hasta el 408. Tambien ignoramos el año en que los espartanos empezaban á contar la mayor edad de sus Monarcas. Por otra parte Pleistoanax no pudo nacer despues del año 470, por cuanto tuvo dos hermanos menores, y Pausanias dejó de existir el 466, como veremos despues. En 446 se puso ya Pleistoanax al frente del ejército espartano (Tucid. 1, 114; 2, 21); de suerte que si entonces contaba 30 años, que era probablemente la edad marcada para la mayoría de los reyes espartanos, Pleistoanax vino al mundo en 476. Aeliano (Var. H. 12, 34) hace notar que Pausanias amaba apasionadamente á su esposa, lo que no se compagina bien con la historia de Cleonico, que más bien debe referirse á su nieto, que tenia el mismo nombre.

resto de Grecia, obrando de acuerdo contigo; creo tener suficiente poder para lograr ese objeto. Si mi proposicion te agrada, envia un hombre de confianza á la costa á fin de que podamos llegar á un acuerdo.»

Si Pausanias hacia en sério los indicados ofrecimientos y la peticion de la princesa, segun parecia demostrarlo la entrega de los prisioneros, los acontecimientos tomaban un giro de todo punto inesperado para los persas. Mas era preciso ante todo esclarecer los hechos. Artabazo que en el consejo de Mardonio defendió la opinion de emplear el soborno antes que apelar á las armas y que conocia á fondo el carácter y las costumbres de los griegos, recibió orden de trasladarse inmediatamente á Daskileo y tomar el mando de la Satrapia en lugar de Megabates. Dicha poblacion ofrecia excelentes condiciones para mantener rápidas y secretas comunicaciones con Bizancio; habia, además, disponible un numeroso cuerpo de tropas que podia aumentarse con refuerzos sacados de otros puntos de la Satrapia. Artabazo llevaba el encargo de remitir inmediatamente á Pausanias un escrito del Rey mostrándole el sello que acreditaba su autenticidad.

Jerjes no hizo mencion en su respuesta de la pretension de Pausanias á la mano de su hija, pero le dió seguridades de su agradecimiento y puso desde luego á su disposicion las tropas y el dinero de que hubiese menester, sin limitacion de ninguna clase. Hé aqui el texto de la carta de Jerjes: «Esto dice el Rey Jerjes á Pausanias: El servicio que me has prestado conservando la vida á los hombres que me has enviado desde Bizancio, del otro lado del mar, vivirá eternamente en la memoria de nuestra familia; y lo que me comunicas es de mi agrado. Trabaja dia y noche para poner en ejecucion lo que me prometes y no te sirva de obstáculo la falta

de oro, de plata ó de tropas, si has menester de ello. Arregla con Artabazo, que es persona de toda mi confianza, tus asuntos y los mios, del modo que creas más ventajoso y mejor para los dos.» Las negociaciones siguieron su curso.

Desde este momento podia el Rey esperar con más tranquilidad la marcha de los acontecimientos. Sofocados los conatos de rebelion de Mileto y demás ciudades jónicas no habia que temer ataques ni desembarcos de los griegos por este punto; y por lo que hace á las guarniciones del otro lado de los estrechos quedaba conjurado el peligro desde el momento en que se abrieron las negociaciones con Pausanias, por lo que tampoco era ya necesaria la presencia del Rey en las comarcas Occidentales del imperio. Jerjes celebró con una fiesta de familia la conclusion de su residencia en Sardes.

Estaba casado el Monarca persa con Amestris, oriunda de la familia de Otanes, uno de los seis príncipes de la sangre; era hija de Anafes, que tuvo por padre á aquel Otanes que, segun Herodoto, fué el verdadero autor de la caida del falso Smerdis, que en Cikathauvatis permaneció al lado del Rey y más tarde se apoderó de Samos (1). En la campaña de Grecia mandó Anafes la division de los elamitas. Amestris habia dado á Jerjes tres hijos, el mayor de los cuales, que llevaba el nombre de su abuelo Dario, cumplia ahora precisamente 20 años. Jerjes le casó con la hija de su hermano Masistes y acto contínuo, en el Otoño del 477, emprendió el regreso á Susa.

(1) Sobre la casa de Otanes: Herod. VII, 61. 62. Amestris y Anafes llevan en Ctesias los nombres de Amytis y Onofes. Mas como, segun Herodoto, una hija de Otanes habia ingresado ya en el harem de Cambises, Amestris podia ser hija de Anafes y por consiguiente nieta de Otanes.

Cuatro años hacia que Jerjes vivia alejado de la capital y del centro de su reino y tomó precisamente la resolucion de regresar á ella en el momento crítico de poder evitar una rebelion que hubiera tenido fatales consecuencias. Los descalabros de Grecia y de la costa asiática, y sobre todo la aparicion de la escuadra griega en Chipre y los triunfos que alcanzó en esta isla tuvieron resonancia hasta en las orillas del Eufrates. Era á la sazon gobernador de Babilonia Zopiro, hijo de Megabizo, que en un momento crítico conservó aquella ciudad á Dario, por lo que este le entregó en recompensa el gobierno de la provincia. Hacia cuarenta años que se hallaba Zopiro al frente de dicha Satrapia, cuando se rebelaron los babilonios contra la dominacion de Pérsia y degollaron al gobernador (1).

*
* *

Pausanías, nieto de Anaxandridas, sobrino de Cleomenes, de Dorieo y de Leonidas, hijo de Cleombroto, no era un hombre de talentos vulgares ó adocenado. Herodoto cuenta de él rasgos que revelan un carácter noble y aspiraciones levantadas, cual lo demuestra tam-

(1) Herod. IX, 108. Es imposible saber si la indicacion que hace Esquilo en los persas (584. 680), ó sea en el año 472: «á consecuencia de las derrotas que sufre Jerjes en Grecia le niegan la obediencia las provincias,» se refiere á la defeccion de las islas, de la costa de Tracia, de Chipre ó á la rebelion de los babilonios. Segun Ctesias (Pers. 21) marcha Jerjes á Ecbatana y allí recibe la noticia de la sublevacion de Babilonia. Diodoro sólo habla del regreso de Jerjes al Asia; y Ctesias pone dicha sublevacion antes de la campaña de Grecia, aunque no pueden competir en veracidad los datos de este escritor con los de Herodoto, sobre todo teniendo en cuenta que no hace mencion del levantamiento de los egipcios, y que Arriano coloca la destruccion de Bit Saggatu por Jerjes despues de su regreso de Grecia, Anab. 7, 17. De esta sublevacion hablaremos despues.

bien en su oposicion á los hijos de Attagino, caudillo del partido medo-persa de Tebas, así como en el trato que sostiene con hombres eminentes, como el poeta Simonides. Por lo demás dominábale el orgullo propio de los espartanos y el peculiar á un príncipe que pretendia descender del mismísimo Hércules. Despues de todo pocos podian vanagloriarse de contar entre sus predecesores reyes legendarios como Teleclos, Alcamenes y Polidoro, ó héroes como Dorieo y Leonidas; y pocos tambien podian gloriarse de haber realizado hazañas como las que él mismo habia ejecutado; sus vacilaciones antes de la batalla de Platea podian explicarse como una consecuencia de la egoista política espartana, ya que una vez trabada la batalla pareció cambiado en otro hombre y desde entonces su valor y su pericia se elevaron á tan gran altura como sus triunfos. Incensado y alabado en todas partes como salvador de Grecia empezó á creerse muy superior á los más altos genios de la leyenda helena. Fuese él ú otro el que trazó el plan de la campaña de Chipre y de los estrechos, él se la apropió y la llevó á cabo de una manera brillante; sus nuevos triunfos afirmaron y acrecentaron en él la conciencia de su grandeza, al propio tiempo que la parte respetable que le cupo en suerte del botin cogido en Platea, Chipre y Bizancio le proporcionaron una fortuna superior á las de las casas más poderosas de Grecia.

Pero aquella grandeza á la que de pronto se vió encumbrado, formaba extraño contraste con las trabas y limitaciones que la constitucion espartana ponian al ejercicio de la autoridad soberana, así como la pobreza y ruindad de la vida en Esparta contrastaba con la riqueza y magnificencia de los príncipes y caudillos persas, que por primera vez tuvo ocasion de admirar en el campamento de Mardonio. Despues de la série de triun-

fos y conquistas que acababa de realizar, parecióle un sacrificio horrible, una humillacion superior á sus fuerzas volver á abrazar la vida de estrecheces y nimiedades que se imponia á los mismos Reyes de Esparta, á sentarse en consejo en medio de los 28 ancianos, recojer los acuerdos de los linajes nobles, vivir bajo la estrecha vigilancia de los éforos y escuchar á cada paso sus malhumorados reparos. Recordaria sin duda el precedente de Dorieo y Cleomenes que no habian querido someterse á un yugo que se dejaron imponer sus débiles predecesores, y resolvió sacudir aquella pesada carga con tanto más motivo, cuanto que se juzgaba superior á todos. ¿Quién seria capaz de imponer leyes al vencedor de Platea, de Chipre y de Bizancio? ¿Y qué poder habria en Grecia que osára oponérsele con los medios y recursos de que él disponia?

La sumision y respeto que guardaban los persas hácia sus jefes, le pareció si nó el ideal de las relaciones que deben existir entre el príncipe y su pueblo, á lo menos mucho más próximo á ese ideal que las costumbres que regularizaban las relaciones entre los príncipes de Esparta y sus vasallos; por eso pensó desde luego reglamentar su ejército acostumbrándole á una obediencia que realzase más la grandeza de su persona. Con arreglo á la nueva disciplina, todos debian obedecer ciegamente como los persas y todos debian hacerse cargo de la distancia que les separaba del caudillo y comprender la altura en que se encontraba respecto de ellos. Si las leyes espartanas exigian del soldado en campaña ciega obediencia á sus jefes, esa misma obligacion debia hacerse extensiva á las demás divisiones del ejército heleno, para lo cual era preciso establecer para ellas una disciplina especial, que se aplicase con particular rigor á los jónios, tratados por Pausanias con el orgullo ca-

racterístico de los dorios, como si hubiese olvidado ya los inapreciables servicios que habian prestado en la última guerra (1). Afirmada su autoridad absoluta en el ejército se proponia hacer que la Grecia entera le reconociese como único soberano, sin trabas ni cortapisas.

Al decir de Plutarco «á nadie era lícito recojer heno para el lecho, provisiones ó agua antes que hubiesen hecho su acopio los espartanos; y el que osaba infringir ese precepto era rechazado á latigazos por los capitanes, prebostes de Pausanías. A los marinos que incurrian en una falta se les obligaba á permanecer un dia en pié con un áncora de hierro á la espalda ó se les aplicaba la bastonada, segun las órdenes terminantes de Pausanías. Trataba con dureza y rudas maneras á los jefes de las tropas aliadas, y como en una ocasion Arístides le representase la inconveniencia de su conducta, arrugó el entrecejo y se alejó pretextando no tener tiempo para escucharle» (2). Y segun Tucídides «no solamente era muy poco accesible, sino que trataba á todos sin excepcion, con tal dureza que nadie tenia en él confianza; su conducta parecia más propia de uno que aspira á la tiranía que de un caudillo del ejército» (3).

Y así era en efecto. En vano le hizo notar Simonides, al oirle ponderar sus hazañas: «no olvides que eres

(1) En el voto levantado en el Ponto se llama simplemente: «lacedemonio.»

(2) Aristid. 23. En el discurso del ateniense á los espartanos, que da Tucídides, se confirman los datos de Plutarco: «si de nuevo os conducís como en el breve tiempo que tuvisteis el mando del ejército contra los medos, pronto perderíais el cariño de todos: vuestras costumbres no se amoldan al trato con los demás y cuando sale cualquiera de vosotros no respeta las de ninguno de los otros griegos: 1, 77.

(3) Tucid. 1, 95.

hombre»; la gloria le deslumbraba (1). Con el diezmo del botin cogido en Bizancio, mandó Pausanias fundir una gigantesca taza de bronce qne consagró á Poseidon en el Santuario levantado al númen del mar cerca de la desembocadura del Bósforo en el Ponto. Conservábase aún en el mismo sitio en el siglo III antes de Jesucristo, donde la vió Herodoto, quien la da una cabida de 2.300 cuartos ó 100 ánforas, lo que equivale próximamente á 85 1[5 piés cúbicos. La inscripcion del colosal receptáculo decia: «Al Rey Poseidon consagró en el Ponto este recuerdo de sus heróicas hazañas Pausanias, hijo de Cleombroto, lacedemonio de origen, oriundo de la raza de Hércules y Señor (*arjôn*) de toda la Grecia» (2).

Si la inscripcion del expresado monumento no revelase bien á las claras que Pausanías se creia ya investido con la soberanía sobre toda la Grecia, nos lo probaria este otro pasaje de Tucídides: «Pausanias aspiraba al dominio de toda la Grecia, y una vez tomada Bizancio se puso á realizar su proyecto» (3). Su primer cuidado fué formar un cuerpo de ejército propio, sostenido por su cuenta y enteramente adicto á su persona, com-

---

(1) Plut. Consol. ad Apoll. 6 Aelian. Var. H. 9, 41. Esta frase puede ser cierta sin necesidad de admitir el final del relato que parece tomado de la leyenda de Creso.

(2) Sobre el Santuario de Neptuno en el Ponto: Scyl. Peripl. 67. Polib. 4, 39. Estrab. 319; respecto de la Concha Herod. 4, 81. Nimfis para halagar á los bizantinos, pretende que la Concha fué obra suya y que únicamente la inscripcion proviene de Pausanías (fragm. 15 M.); Herodoto, que vivió próximo á la época en que se erigió el monumento, pudo suministrar noticias más seguras y exáctas, segun claramente se deduce de la descripcion que hace del Ponto y más aún de las minuciosas noticias que da respecto de los túmulos conmemorativos de Dario. Por lo demás, la inscripcion basta para dar á conocer las intenciones de Pausanías.

(3) Tucid. I, 128.

puesto de prisioneros persas y de voluntarios griegos. Para no despertar recelos esparció el rumor de que las expresadas fuerzas estaban destinadas á guarnecer Bizancio y las plazas de este lado del Bósforo y de la Propontide á fin de ponerlas en estado de defensa, Comandante de Bizancio nombró á Gongylo de Eretria, que era persona de toda su confianza (1).

No obstante el pomposo anuncio de la indicada inscripcion, y á pesar del prestigio que entre los griegos le dieron sus repetidos triunfos, no se ocultaban á Pausanías las dificultades con que tenia que luchar para llegar al logro de sus aspiraciones. Por eso creyó indispensable asegurarse antes el apoyo de Persia, cuyo soberano, dando fé á sus promesas, creyó que el salvador de Grecia podia muy bien disponer de las personas, y de los bienes que habia salvado. El, á su vez, no queria ser en Occidente menos que Jerjes en Oriente, objeto que pretendia lograr mejor pidiendo nada menos que la mano de una hija del Gran Rey.

Es verdad que no podia contar con el apoyo de Persia sino mediante la promesa de someter á su soberanía la Grecia entera; pero las circunstancias dirian luego lo que de semejante oferta podia rebajarse; un tributo análogo al que pagaba Alejandro de Macedonia podia muy bien aceptarse á cambio de la soberanía sobre todos los griegos; por lo demás, la idea de que con tan descabellados planes borraba de un golpe la gloria de Platea, que al entregar la patria al enemigo sembraba la discordia entre los diversos cantones y causaba la ruina de todos, no pareció preocuparle gran cosa. Atento sólo á conseguir su objeto, encomendó á Gongylo la

(1) Tucid. 1, 128; lo mismo Diodoro 11, 44. Que Gongylo desempeñó papel muy principal en esta cuestion, lo demuestran las recompensas con que Jerjes les premió á él y á su hermano.

mision de sacar en secreto de la ciudad los prisioneros persas «de la casa real» y llevarlos á Sardes, entregándolos al Rey como garantía de la sinceridad de Pausanías, juntamente con el escrito de que hemos hablado. En Bizancio se hizo correr la especie de que los nobles persas habian logrado evadirse de la prision (1).

*
* *

La respuesta del Rey, si bien pasaba en silencio la peticion de la mano de la princesa, llenó de esperanzas á Pausanías, que en la promesa de eterna gratitud y de incondicionado apoyo, y en el nombramiento del nuevo embajador de Frigia con plenos poderes para arreglar con él los detalles del asunto vió una garantía segura del cumplimiento de sus deseos. No pudiendo ya ocultar sus propósitos se proclama en la citada inscripcion Señor de toda Grecia, dejando traslucir con harta claridad la manera con que pensaba ejercer el poder soberano. «No pudiendo ocultar sus instintos dejó traslucir en las cosas pequeñas los grandes planes que en su cabeza maduraba» (2). Del cuerpo de tropas asalariadas de que hicimos mencion anteriormente, formó

---

(1) Herodoto trata de realzar las buenas cualidades de Pausanías y de cubrir sus faltas; atribuyéndole únicamente exceso de orgullo (VIII, 3): despues de lo cual añade: «Pausanías se casó con la hija de Megabates, si son ciertos los rumores que corren, por haber concebido la idea de hacerse tirano de Grecia.» Aristóteles guarda completo silencio acerca de la traicion del caudillo espartano, diciendo tan sólo que, segun aseguran los lacedemonios, trató de derribar el Eforado. Polit. 5, 1, 5, y 7, 13, 13: «un Estado que sabe enseñar á sus ciudadanos á ser vencedores, no debe maravillarse que los que obtengan la corona del triunfo aspiren á la soberanía, cosa que reprochan los lacones á Pausanías, por más que ya ocupaba una posicion muy elevada.»

(2) Tucidides 1, 130.

una seccion escogida de medos y egipcios que le sirvieron de guardia personal, y le acompañaban «en sus expediciones por Tracia; él mismo se vistió el traje de los medos y arregló tambien su mesa conforme á la costumbre de los persas» (1). Por donde se ve que el caudillo espartano lejos de dormirse sobre sus laureles, emprendia expediciones á Tracia, en las que tomaba parte la escuadra, que no podian tener otro objeto que el de arrebatar á los persas la ciudades helenas situadas en la costa septentrional de la Propóntide, á cuyo frente pondria sin duda hombres de su devocion.

Pausanías cometió una gran imprudencia al oprimir al ejército; la severa disciplina que trató de imponerle, disgustó á casi todos los cuerpos, especialmente á los de Samos y Chios, que ya en otra ocasion se rebelaron contra las medidas de severidad adoptadas por Dionisio el focense, como casi toda la flota jónica; y no fué menor su ligereza al herir el amor propio de los estrategos y adoptar las costumbres de los persas, como si estuviera impaciente por revelar sus designios. A consecuencia de todo esto «los jónios, tanto de las islas como los que acababan de sacudir el yugo persa, (en los que iban incluidos los que habitaban en los Estrechos y en la Propóntide), ofendidos de la dureza de Pausanías, se dirigieron á los atenienses suplicándolos que, como hijos de una misma raza, se pusieran á la cabeza de las tropas jónicas y no cediesen á la voluntad de Pausanías, aunque apelase á la fuerza. Aceptaron los atenienses tan honroso cargo y persiguieron con firmeza el propósito de no abandonar á los jónios, arreglando las cosas de la manera más conveniente» (2).

Tambien Diodoro hace notar que Pausanías imitó

(1) Tucid. 1, 130.
(2) Tucidides 1, 95.

la pompa de los persas y se condujo tiránicamente con sus subordinados, lo que hirió vivamente á los estrategos; por lo que, congregadas las tropas por tribus y municipios, expusieron sentidas quejas sobre la dureza de Pausanías. Entonces Arístides, aprovechando el momento oportuno, alentó en las reuniones ulteriores, con su acostumbrada prudencia, aquella resistencia pasiva, para atraerlos más y más hácia Atenas (1).

Al decir de Plutarco pusiéronse al frente de la oposicion las estrategos de Samos, Chios y Lesbos, quienes dirigiéndose á Arístides, jefe de los atenienses, le rogaron que se encargase del mando de las tropas aliadas, que ansiaban verse libres de los espartanos, y las agrupasen al rededor de los atenienses. A tal proposicion contestó Arístides que reconocia la necesidad y la justicia de atender sus deseos: pero necesitaba un hecho evidente ó una manifestacion tal que no permitiese más á las tropas retroceder en el camino emprendido. Oido lo cual pusiéronse de acuerdo Uliades y Antagoras, estrategos de Samos y Chios, y al entrar un dia Pausanías en el puerto de Bizancio al frente de sus naves, hicieron chocar intencionadamente las suyas contra el triereo almirante. Irritado Pausanías, que no pudo menos de comprender su osadía, prorumpió en amenazas diciendo que muy luego les haria entender que no era su nave la que habian dañado, sino á sus propios paises; ellos entonces se unieron á los atenienses (2). Pero segun Tucidides la chispa que hizo estallar el incendio fué precisamente el medio mismo á que apelaron los espartanos para calmar la excitacion.

(1) Dioloro pretende, además, que los peloponesios se fueron á sus casas; pero semejante suposicion contradice abiertamete el relato de Tucídides que nos merece más crédito.

(1) Plut. Aristid. 32.

Indudablemente el proceder altanero de los dorios para con los jónios, la preferencia que se dada á los espartanos en los campamentos y las demás causas anteriormente apuntadas contribuyeron no poco á producir en todos los contingentes de raza jónica, y en sus respectivos pueblos, gran aversion hácia los espartanos, operándose un movimiento contrario con respecto á los atenienses. Pero con dificultad fueron estas las causas decisivas. En realidad de verdad no eran los cantones del Peloponeso que un año antes habian propuesto el traslado de los jónios á la Península, que habian rehusado admitir en la liga las poblaciones de la costa asiática, y dar sus naves para la expedicion al Helesponto, los llamados á prestar eficaz apoyo á las islas lo mismo que á las ciudades del Helesponto y del Bósforo; muy al contrario, correspondia esa mision al Estado que se opuso enérgicamente á dichos propósitos, ligado por sus propios intereses á la cuenca del Egeo y á los estrechos donde acababa de reconquistar importantes dominios y que, además, se hallaba en posesion de la escuadra más poderosa de Grecia; este y no otro era el Estado que podia inspirar confianza á los jónios. En efecto, ¿cómo habian de encomendar sus intereses los griegos de las islas y de Oriente á un Estado que no tenia en aquellas regiones ningun interés permanente, cuyas costumbres, organizacion y relaciones le ligaban de una manera precisa al Peloponeso? Por donde se vé que todo concurria á obligar á los jónios á estrechar sus relaciones con Atenas, uniendo sus intereses á los de esta República en la lucha con Persia.

*
* *

Hacia diez y ocho años que Milciades trató de llevar á Atenas por análogos derroteros, proponiéndola que

apoyase el levantamiento de los jónios y acudiese á la defensa del Helesponto á cambio de la posesion del Quersoneso, de Lemnos y de Imbros; ahora los mismos jónics la ofrecen la heguemonia de toda su raza para obligarla de ese modo á prestar apoyo á los que vivian en más inmediato roce con los persas. Consideraciones de esta clase fueron sin duda las que movieron á los mencionados estrategos, aparte de la injusta conducta de Pausanías, á rehusar la jefatura de Esparta y solicitar la de Atenas, aún para el caso en que fuese necesario apelar á la fuerza de las armas.

Atenas debió este honroso ofrecimiento al prestigio que la daba su poderosa flota, la creacion de Temístocles, no menos que á la firmeza y prudencia de Arístides, que aceptó, sin vacilacion, la pesada carga con todos los deberes anejos, aun dada la posibilidad de que la escuadra tuviese que emprender todos los años una expedicion al Asia, con la contingencia de vivir en guerra permanente con Persia y sin retroceder ante la eventualidad de una ruptura de relaciones con Esparta y de un conflicto con todo el Peloponeso. Así como Jantippo, lejos de rehuir los deberes que le impuso el desarrollo natural de la campaña del año 479, por más que estaban en abierta oposicion con la política que durante mucho tiempo habia sustentado, se impuso la obligacion de cumplirlos, sin economizar esfuerzos ni sacrificios, del propio modo Arístides no tuvo reparo en conducir ahora la nave del Estado por un derrotero al que no le llevaron sus propias aficiones, aunque para ello tuviese que contraer graves responsabilidades. Los testimonios de Plutarco y de Eforo, con los que está conforme Tucídides, prueban que las habia contraido, en el mero hecho de alentar las aspiraciones de los jónios y animarles á la resistencia.

Arístides dió. por consiguiente, un paso en extremo arriesgado. Si llegaba á realizarse la evolucion de los aliados jónios de Laconia al partido de Atenas, si desconocian abiertamente la jefatura de aquel Estado, surgiria inevitablemente un conflicto entre las dos Repúblicas del que era él único responsable. Es verdad que podia alegarse que sólo se trataba de formar una liga, unida por estrechos lazos á Atenas, dentro de la confe deracion cuyas bases se concertaron en el Istmo, en el Otoño del año 481; pero de todos modos era harto problemático que Esparta consintiese en la constitucion de aquella liga especial y que diera su asentimiento para que saliesen de su Simaquia pueblos admitidos en ella por Leotiquidas mediante la prestacion del juramento acostumbrado; más bien podia ver en el asunto una palmaria infraccion de las bases de la primera liga, y del juramento prestado, un pretexto para salir Atenas de la Simaquia espartana. Y en realidad Atenas, una vez aceptada la jefatura de cierto número de Estados, no podia continuar formando parte de dicha Simaquia; ya que Esparta no se resignaria á prestar su concurso para la ejecucion de empresas de las que no tenia la iniciativa. En el sentido más favorable, al aceptar Ática las proposiciones de los jónios, renunciaba á la alianza contraida con Esparta en el momento de anunciarse la invasion persa. Si á consecuencia de este paso los lacones declaraban la guerra á la esquilmada República ateniense, veríase esta en gravísimo apuro, empeñada á la vez en fratricida lucha con el Peloponeso y en una guerra tenaz con Persia.

V.

LA NUEVA LIGA.

Conocidas son ya de nuestros lectores las causas que obligaron á Esparta á aprobar el proyecto de fortificaciones de Atenas. Mas aquella República buscó otros medios para asegurar su predominio, á pesar de dichas fortificaciones, y estender su decisiva influencia dentro y fuera del Peloponeso. Con tal objeto pensó Esparta aprovecharse de la antigua solemnidad religiosa que, antes de la época de las emigraciones, habia reunido á las tríbus del Nordeste de Grecia para rendir culto á Céres en las Termópilas, que continuaron celebrando luego en su nueva patria del Cefiso, lo mismo que los arneos despues de su traslado á Beócia y más tarde los tesalios. Esta Asociacion político-religiosa adquirió nueva importancia cuando, al comenzar el octavo siglo, se agregó al sacrificio ofrecido á Céres en Antela la fiesta panhelénica del Apolo délfico y los anficciones se declararon protectores de su templo. La creciente importancia que fué adquiriendo el pretendido oráculo, hizo que al comenzar la séptima centuria se duplicasen los doce votos de la primitiva Anficcionia, á consecuencia

de lo cual obtuvieron asiento en el consejo de los Anficciones los atenienses lo mismo que los dorios del Peloponeso, los argivos, corintios y lacedemonios y con él la obligacion de contribuir á la defensa de los Santuarios de Antela y Delfos, y el derecho de tomar parte en la celebracion del comun sacrificio, en el certámen de los cantones y en la gran fiesta anual del Apolo délfico.

La amplitud que se dió á la Asociacion anficciónica contribuyó á levantar el espíritu nacional y el sentimiento patrio, pero los anficciones sólo intervinieron una vez en favor del Santuario délfico ocasionando la destruccion de Crisa, despues de la cual se estableció el uso de repetir cada cuatro años el gran sacrificio pítico y se fundaron los juegos hípicos y gímnicos que dieron mayor realce al antiguo certámen de los himnodas. En tanto que duraron las aciagas circunstancias por que atravesó Grecia desde los comienzos del siglo V, no dió ninguna señal de vida esta Asociacion, que comprendia la mayor parte de los Estados helenos, ni mucho ménos salió de su seno un solo pensamiento que avivase el sentimiento nacional, á pesar de que los hieromnemones y pilagoras de los asociados se reunian en sesion todos los años. Ni aun al verificarse la invasion de Jerjes tomaron los anficciones medida alguna para cumplir su obligacion de proteger los santuarios de Antela y Delfos. Los tesalios, con las tribus puestas bajo su obediencia, y los beocios se pasaron al campo de los persas. Sólo cuando hubo cesado el peligro, despues de las batallas de Platea y de Micala, se despertaron sentimientos nacionales en la mayoría de los anficciones; y aunque la mayor parte de los Estados que tenian representacion en la anficcionia habian combatido al lado de los persas ó les habian apoyado, la Asociacion mandó

levantar en Delfos una estátua á Scillias de Scione, que se pasó á los griegos antes de la batalla de Artemisio, llevándoles la noticia de los estragos que hizo la tormenta en la escuadra enemiga; puso precio á la cabeza de Epialtes, el traidor que condujo las tropas de Hydarnes á través del Oeta, el cual habiéndose refugiado en Tesalia por temor de los lacedemonios, fué despues asesinado por un campesino; erigió un monumento á la memoria de los «peloponesios» que sucumbieron en las Termópilas, con una inscripcion muy honrosa, y otro á los espartanos que pelearon con Leonidas, en el que grabaron una inscripcion digna de su heróica hazaña (1).

Si Esparta lograba asegurarse mayoría de votos en el consejo de los anficciones, tenia en él un poderoso auxiliar de caracter político-religioso para dirigir los negocios al Norte del Istmo con arreglo á sus propios intereses y oponerse con éxito á los Estados rebeldes; de suerte que las Asambleas de las Termópilas y Delfos fuesen, en tal caso, dóciles instrumentos de su política que afirmasen igualmente su predominio en las comarcas situadas al Norte del Istmo. La opinion de los asociados les era entonces favorable, pero podia cambiarse de un momento á otro, sobre todo cuando se fuese apagando el eco de los pasados hechos. Mas para conservar aquella mayoría acudió Esparta á un recurso decisivo: los Estados que antes se unieron al medo, convertidos á la causa nacional bajo la presion de las circunstancias, fueron ahora objetivo de la egoista política espartana.

En la inmediata sesion presentó Esparta la siguiente proposicion de caracter eminentemente nacional y de grandísima importancia; «Los Estados que no han pe-

---

(1) Herod. VII. 213. 228. Pausan. 10, 19, 1.

leado contra los persas, quedan excluidos de la Asociacion anficciónica.» Aprobada esta mocion quedaban excluidos de la liga los tesalios, ptiotes, magnetes, perrebes, oetanos, aenianos, dolopes y beocios, además de los argivos que tenian derecho á emitir uno de los votos reservados á los dorios. Por lo que toca á los focenses unos habian peleado por Grecia y otros por Persia; de los locrenses únicamente los de Opunte pelearon contra los persas, y de los dos votos de Beocia á lo sumo quedaria uno para Tespia y Platea.

Hecha la exclusion indicada, Esparta quedaba en plena libertad para dirigir á su capricho las deliberaciones de la Asamblea. Como es natural, la pérdida del voto en el consejo de los anficciones llevaba consigo la exclusion de la Asociacion religiosa de Delfos y casi equivaldria á ser excluido de la comunion de los griegos. Por lo menos los excluidos perdian la proteccion que por juramento solemne se garantizaba á los asociados, con arreglo á este artículo de la ordenanza anficciónica: «á ninguno de los coligados es lícito destruir un pueblo de la anficcionia, ni cortarle el agua corriente, ya sea en la guerra ó en la paz, y si alguno hiciere tal cosa, los demás anficciones saldrán contra él á campaña y destruirán sus pueblos.»

En el caso presente la exclusion podia llevar consigo, además, el castigo de todos los cantones que se habian unido á los persas, particularmente de los tesalios y argivos, para lo que ya se habia dado ejemplo en Tebas; sin que el excluido tuviese derecho á reclamar el auxilio de ningun otro Estado, ya que, muy al contrario, podia ser declarado proscripto y condenado á la destruccion, como aconteció con Crisa, aniquilada por un acuerdo de la anficcionia. Inútil es advertir que la mayor ó menor severidad de Esparta en la ejecucion

de este plan dependeria de la actitud que adoptasen para con ella los cantones proscriptos.

Bajo el punto de vista de los intereses nacionales helenos, nada podia objetarse contra la proposicion de Esparta. En efecto; ¿por qué razon, Estados que en la hora crítica del peligro habian hecho traicion á la patria, y podian hacer lo propio en ocasion análoga, habrian de tener un puesto en la representacion nacional contra la que habian combatido? ¿Por qué no habia de castigarse aquella traicion á la patria?

Pero llegada la hora de la votacion ocurrió un cambio tan extraño como inesperado. Precisamente el hombre que más habia trabajado para realizar la union de los griegos contra Persia, el primer campeon de aquella titánica lucha, el verdadero salvador de Grecia salió ahora á la defensa de los persófilos, y por su iniciativa se declaró Atenas protectora de los Estados que iban á ser excluidos de la anficcionia. Esparta habia demostrado con harta rudeza sus intenciones respecto de Atenas en el asunto de las fortificaciones; Temístocles comprendió perfectamente toda la importancia del paso que ahora pretendia dar aquella República, y no se le ocultaba que la aprobacion del indicado proyecto daria por resultado el establecimiento de la soberanía de Esparta sobre la Grecia entera. En la Asamblea de Delfos, las circunstancias impusieron, pues, á Atenas el papel de mediadora; si votaba por el proyecto quedaba, para lo porvenir, privada de todo aliado en la Península, y por consiguiente sometida á la voluntad de su rival.

*
* *

En realidad si no injusto en absoluto era, á lo ménos, harto inconveniente y nada equitativo que Esparta, despues de haber negado todo apoyo en la pasada

campaña á los cantones del Norte, insistiese ahora en castigar á las poblaciones de aquella region que, faltas en su mayoria de auxilio, se sometieron á los persas. Si Atenas lograba hacer fracasar este acuerdo, saliendo á la defensa de los dorios á quienes se pretendia castigar por la indicada falta, tenia asegurada la formacion de una respetable liga bajo su jefatura, por cuyo medio se volvia contra Esparta el golpe que esta trataba de descargar sobre Atenas.

Al decir de Plutarco, «temia el citado caudillo ateniense que una vez excluidos de la anficcionia los argivos, tesalios y beocios, dominarian la Asamblea los lacedemonios que impondrian siempre su voluntad á los demás.» ¿Mas cómo osarian oponerse á tan poderoso Estado las pequeñas tribus del Norte: los aqueos y los malios, los príncipes y la nobleza de Tesalia, los argivos, con Platea y Micala? No lograrian otra cosa que atraerse la cólera de Esparta; sin embargo Temístocles se encargó de alentarles á la resistencia. En su calidad de representante de Atenas expuso en la Asamblea anficciónica que si se llevaba á cabo el intento de aniquilar los Estados que no habian tomado parte activa contra los persas, se causaria más daño á Grecia que el que podrian hacerla los persas, triunfando de los helenos (1).

Segun hace notar Plutarco, hablando en favor de los tesalios, beocios y argivos, observó que sólo habian tomado parte en la guerra treinta y un municipios, en su mayor parte pequeños, por cuya razon no era equitativo excluir de la comunion helena á casi toda la Grecia dejando todos sus asuntos, aun los más graves, en manos de dos ó tres Estados. Sus razones hicieron gran mella en el ánimo de los pilagores, con lo que vieron

---

(1) Schol. Thucyd. I, 136.

los proscriptos que no se encontraban solos en frente de Esparta y que, por tanto, no serian para ellos mortales las consecuencias de un voto negativo. La proposicion de Esparta no obtuvo mayoría (1).

Temístocles hizo sufrir, de esta manera un sensible fracaso á la política espartana, desbaratando su proyecto de reorganizacion de la anficcionia délfica, por cuyo medio alentó á los argivos, eternos rivales de Laconia en el Peloponeso. Su penetrante mirada, su prevision y su energía, unidas al prestigio ilimitado de que gozaba en Atenas, lograron que un plan ideado para perjudicar á esta República, mediante un cambio de frente operado con rapidez y energía, se volviese contra su autor, resultando beneficioso en extremo para los atenienses que, de un modo inesperado, ganaron las simpatías de la mayor parte de los Estados griegos.

El paso que daba Atenas era tanto más laudable cuanto que en apariencia llevaba el sello odioso de un acto antipatriótico. ¿Pero qué podia importar esto á la República que tan elocuentes pruebas acababa de dar de patriotismo y que marchó siempre á la cabeza de los enemigos de Persia? No tardaria en demostrar á los que pudieran abrigar dudas cuán distante se hallaba de querer hacer paces con los bárbaros. Respecto de Argos, que despues de la jornada de Platea tenia sobrados motivos para temer la cólera de la irritable Esparta, fué el cambio operado por Atenas un acto salvador, lo mismo que para los aleuadas que, no teniendo que esperar ya nada de Persia, estaban amenazados de un castigo semejante al de Tebas.

---

(1) Las deliberaciones relativas á la reorganizacion de la anficcionia tuvieron sin duda lugar el año 477, toda vez que despues se verificó la expedicion contra los aleuadas que, segun veremos despues coincide con el ejercicio de 476 á 475.

El fracaso que sufrió su proposicion no hizo desistir á Esparta del proyecto de someter á su autoridad el Norte del Peloponeso, incluso Atenas. La expedicion contra Tebas no sólo tuvo por objeto castigar á los persófilos sí que tambien quitar al enemigo el punto de apoyo que el ejército persa habia encontrado en dicho país. Los aliados no prosiguieron las operaciones más allá de Beocia, sin duda porque los triunfos ulteriores de los griegos desvanecieron los temores de una nueva invasion, y por otra parte era preciso conocer antes la actitud de Torax y del príncipe de Macedonia que podia prestarle apoyo. El rey Alejandro siguió como siempre la corriente de los hechos y su primer cuidado, una vez conocidos los descalabros de los persas, fué atacar las guarniciones de las ciudades marítimas; por lo que hace á Torax otra hubiera sido su suerte si prevalecen los planes de Esparta sobre la reorganizacion de la anficcionia.

En realidad de verdad no habia motivos justos en que fundar el castigo de los tésalos. La nobleza tesaliota, declarándose en abierta oposicion con su príncipe, invitó á los griegos reunidos en el Istmo á destacar un cuerpo de tropas hasta el Olimpo, á fin de ocupar sus desfiladeros, para lo que puso sus fuerzas á disposicion de los aliados. En esta actitud permanecieron hasta tanto que la defeccion de los beocios y de los pueblos vasallos de los mismos tesaliotas por un lado y la retirada del ejército aliado por otro, arrastró á la nobleza tésala al partido de los persas. Eso no obstánte, los intereses de la patria y el sentimiento nacional reclamaban de consuno el castigo de Torax, que no habia rehusado sus servicios á Persia, por cuya razon se consideró como un acto patriótico el destronamiento de la dinastía aleuada en su representante Torax. De esta

manera se proponia Esparta atraer á su partido á la gran mayoría de la nobleza tesalia, conocida por su destreza en la guerra, y se unia con fuertes lazos á la aristocracia del Peneo con la del Eurotas, ya que para contrarestar la influencia de los partidarios de la dinastía aleuada, la nobleza tesalia se veria obligada á buscar el apoyo de Esparta. Esta obtendria entonces una compensacion en el Norte de Grecia equivalente, en cierto modo, á lo que la hizo perder la oposicion de Atenas, adquiriendo allí sin riesgo alguno una influencia y un predominio que redundaria en perjuicio de su rival. Y por añadidura ganaba la gloria de libertar á un pueblo esclavizado por la tiranía.

*
* *

Sin embargo, la noticia de los sucesos del Bósforo vino á estorbar por algun tiempo la ejecucion de los planes de Esparta. La agradable impresion que produjeron las noticias de los brillantes triunfos de Pausanías hizo que fuese más penosa la que causaron los inesperados rumores que empezaron á correr en Laconia por el Otoño del año 477, á cerca del descontento y de la excitacion que la tiránica conducta de Pausanías produjo en el ejército aliado y de las fundadas sospechas que despertaban sus marcadas aficiones persófilas. Nadie sabia darse razon en Esparta de cómo un regente de la Monarquía se rodeaba de una guardia compuesta de medos y egipcios, en vez de formarla de los 300 jóvenes lacedemonios escogidos; ni se comprendia por qué habia de cambiar el tribon de lana espartano por el candy de púrpura, y la negra sopa por los regalos de la mesa de los persas. Por la actitud de Arístides y de los jónios comprendió Esparta el peligro que corria de perder la heguemonia si estallaba un rompimiento con

Atenas y sus aliados, precisamente en el momento en que trataba de estender su predominio fuera del Peloponeso. En vista de cuyos hechos se aplazó la expedicion á Tesalia, por temor de que la presencia de un ejército peloponesio en el Norte acelerase el rompimiento que se temia. Para prevenir el peligro y evitar la disolucion de la liga, no halló el pueblo espartano más medio que desaprobar la conducta de su general y Regente, exigiéndole cuenta de sus actos.

Harto graves eran los cargos que se hacian á Pausanías: habia renegado de las costumbres y del caracter de espartano, ofendido con sus repulsivas maneras á los estrategos de los aliados y maltratado á las tropas de su mando; habíase rodeado de una guardia de asalariados y conducido, en suma, como tirano más bien que como caudillo del ejército. Y si por tales medios habia causado grandes perjuicios á los intereses del Estado, aún era más grave la acusacion que se le imputaba de hallarse en connivencia con los persas, connivencia que, segun Tucídides, «estaba perfectamente probada.» Sobreexcitado como se hallaba entonces el sentimiento nacional, no podia el primer Estado heleno patrocinar una traicion tan manifiesta á la causa de Grecia, ni los demás pueblos de la Península consentirian por un momento que el Regente de Esparta mantuviera en los Estrechos secretas relaciones con los persas.

Pausanías fué llamado á Esparta. Aguijoneado por la impaciencia y arrastrado por un orgullo desmesurado que le inspiró la idea de equipararse al gran Rey, no tuvo tiempo de realizar sus antipatrióticos planes, en razon á que los persas no tenian á la sazon escuadra que pudiera oponerse á la de los griegos, y siendo esta abiertamente hostil á los planes de Pausanías, las tropas de Artabazo se veian imposibilitadas para trasponer

los Estrechos. Pero en cambio esperaba Pausanías aprovechar su estancia en Esparta para adoptar disposiciones y ajustar pactos que le pusieran en condiciones de dar á la política lacedemonia la direccion que convenia á sus planes; tan completa seguridad tenia de que el fallo del pueblo le seria favorable. Era de prever que nadie osara sostener una denuncia formal contra él y aun en el caso de que esta prevaleciese, medios sobrados tenia para contrarestar sus efectos; y si salia absuelto y era restablecido en el mando, podia impunemente arrojar la máscara á fin de lograr lo que no habian alcanzado todas las fuerzas de Persia reunidas. Entre tanto le guardaba la espalda su confidente Gongylo con los asalariados de Bizancio y continuaba las negociaciones con el gobernador persa de Dascileo. Corria la segunda mitad del Otoño del año 477, cuando Pausanías se presentó en Esparta, hecho que no pudo ocurrir antes, toda vez que en el Verano del propio año cayó Bizancio en poder de los griegos y acto contínuo realiza el general espartano su expedicion á la costa de Tracia.

Por lo demás, no es cierto que este abandonara sus proyectos al salir para Esparta, suposicion que contradice, en primer término, la citada inscripcion del voto de Platea, que se acabó, segun parece, durante su ausencia y con más claridad aún su propia conducta (1).

«Habiendo comparecido Pausanías ante el Supremo Tribunal de la nacion, fué declarado inocente...; aunque se le exigió responsabilidad por ofensas inferidas á algunos, en lo esencial fué absuelto» (2). Semejante fallo se explica solamente suponiendo que los jueces no

(1) El autor del libro sobre la malignidad de Herodoto, observa respecto de aquella inscripcion: «imaginando ya proyectos tiránicos.»

(2) Tucídid. 1, 95. 1, 128.

osaron condenar á un hombre que tenia un partido numeroso y fuerte y al que nadie en Esparta igualaba por la fama y el prestigio; porque en realidad existian pruebas fehacientes y en gran número de que habia abusado de su autoridad, que se habia extralimitado en sus facultades y de que muchos de sus actos eran ocasionados á despertar recelos, sobre todo la creacion de una guardia personal compuesta de extranjeros.

La Constitucion espartana ofrecia indudablemente medios para proceder contra Pausanías, y el pueblo estaba predispuesto á sancionar cuanto se hiciera en ese sentido: por una miserable sospecha fué destronado Demarato y desterrado del reino, y Leotiquidas fué entregado á los eginetas por traspasar los límites de un poder mal definido. Pero los mismos que pidieron reparacion de los perjuicios que con su intemperancia habia ocasionado á los intereses de Lacedemonia, llegado el momento de obrar tuvieron respeto á sus gloriosos hechos y temieron á sus partidarios. Recordáronse sin duda los inminentes peligros que corrió la patria cuando se trató de exigir responsabilidad á Cleomenes, los que produjo la contienda entre este príncipe y Dorieo y la humillacion porque tuvo que pasar la patria para separarle de la alianza de Arcadia. En el caso presente se ignoraba si Leotiquidas era opuesto ó favorable á los planes de Pausanías, por lo que, todo bien considerado, no era lícito exponer el Estado á tales peligros, sobre todo en un momento en que aparecian síntomas de oposicion en los antiguos aliados, especialmente en las tribus arcadias, y manifiesta animosidad contra Esparta en los nuevos (1). Para conjurar la tormenta y dar alguna

(1) Leotiquidas tuvo que huir en 475 á Tegea, donde no hubiera encontrado asilo ni apoyo si este municipio hubiese estado en buena armonía con Esparta.

satisfaccion á los atenienses y jónios, se retiró á Pausanías el mando del ejército aliado, que se confió á un espartano de menos elevada alcurnia: el paso era digno de tener en cuenta tratándose del vencedor de Platea.

***

Mas á pesar de esta concesion importante no se apaciguó la discordia. Los atenienses y los jónios rehusaron la obediencia á Dorcis enviado al Bósforo en sustitucion de Pausanías; por consiguiente, la separacion de este caudillo, en vez de evitar el rompimiento, produjo un efecto contrario, porque los separatistas aprovecharon la ausencia del general para llevar á término sus planes. «Ocurrió que, llamado á Esparta Pausanias, los aliados se pasaron á los atenienses movidos no tan sólo por la conducta del príncipe, si que tambien por la aversion que le tenian» (1).

Esparta tuvo que consolarse con ver regresar á sus playas las naves que habia enviado al Bósforo con su nuevo general Dorcis, y pasar por la humillacion de ver que el jefe, ó la palanca á lo ménos, de todo aquel movimiento era el estratego ateniense. No obstante aún faltaba saber lo que haria Atenas en presencia de un insulto lanzado al rostro del Estado más poderoso de Grecia, de una infraccion tan manifiesta del convenio que en su dia juraron todos los aliados; si aprobaria, en suma, ó desaprobaria la conducta de su estratego. De esperar era que la pequeña República desautorizaria el proceder de su caudillo, que implicaba una palmaria infraccion de un solemne tratado.

En vista de la viva animosidad que mostraron contra él los espartanos por no haber podido evitar la cons-

(2) Tucidides, 1, 95. 130.

truccion de las murallas de Atenas y por la oposicion que hizo á su proyecto de reorganizacion de la anficcionia, Temístocles comunicó nuevo impulso á las obras de restauracion, embellecimiento y fortificacion de la capital (1), vigorizando, además, su situacion con alianzas. En la prevision de que Tebas se recuperaria pronto del golpe que la habian hecho sufrir los aliados, buscó la alianza de una ciudad beocia, que con Platea contrarestase las fuerzas de Tebas. Los persas habian destruido Tespia, sin que se la hubiese hecho como á Platea un donativo especial para su restauracion. A propuesta de Temístocles prestó Atenas auxilio á los tespios á fin de que pudiesen recuperar las pérdidas que sufrieron durante la guerra, especialmente en las Termópilas y en Platea; y cuando con ese objeto los tespios admitieron en su pais emigrados, concedieron el derecho de ciudadanía á Sicinno, el esclavo de Temístocles que tan á maravilla comunicó á Jerjes su ingenioso mensaje (2).

La proteccion que dispensó Temístocles á los jónios dió el resultado que buscaba; aún despues del cambio radical que experimentó la situacion de Atenas, se mantuvieron los tespios fieles á su protectora (3).

Entre tanto, terminados los muros de Atenas se empezó á pensar en la ornamentacion de la ciudad; y segun una observacion de los «mármoles pários,» correspondiente al arcontado de Adimanto, ejercicio de 477/476, se repusieron las estátuas de Harmodio y Aristógiton, obra de Antenor, que se habian llevado los

(1) Plut. Themist. 20. Cimon 16.

(2) Herod. VIII, 75. La leyenda que hace á Tespio hijo de Erejtheo, se refiere sin duda á la antigua poblacion jónica de Beocia. Her. V, 23. Diodor. 4, 29. Pausan. 9, 26, 6.

(3) Tucidid. IV, 76. 4, 133. 6, 95.

persas (1); cuyo trabajo se encomendó á los escultores Critio y Nesiotes. Mas Temístocles propuso nuevamente que se acometiese la fortificacion del Pireo y de las ensenadas de Zea y de Muniquia (2), con arreglo al plan que él mismo trazara diez y seis años antes, siendo primer arconte, como lo acreditaba la estátua de Hermes erigida entonces en aquel punto. La invasion de Datis y Artafernes interrumpió los trabajos que se reanudaron al estallar de nuevo la guerra con Egina; pero el plan de las obras era tan vasto que sobrepujaba las fuerzas de Atenas, aunque se ignora si se incluyeron ya entonces en el circuito fortificado la bahia y la altura de Muniquia, siendo más probable que sólo se proyectasen entonces muros sencillos de piedra á lo largo de la playa. Tampoco se conoce el estado en que se encontraban las obras al verificarse la invasion de Jerjes, pero se supone fundadamente que las derruirian los persas, á lo menos en su mayor parte; quedando en pié únicamente los diques que cerraban la entrada en el Pireo y tal vez la de Muniquia, no tanto porque les faltasen deseos como porque no tuvieron medios ni tiempo.

Ahora pidió Temístocles que se llevasen á efecto las fortificaciones en toda la amplitud de sesenta y seis estadios que marcaba el plan primitivo, y por razones muy distintas de las que le inspiraron el mismo pensamiento al comenzar la construccion de la escuadra, que, segun vimos antes, no fué otro que el proporcionar á la nacion puertos seguros y arsenales. Tenia casi completa certeza de que no se repetiria la invasion persa, pero la misma penetrante mirada que le hizo prever entonces la marcha de los sucesos y aún el éxito de la

(1) Marmor. par. ep. 54. Plin. Hist. N. 34. 8 Detl. Arrian. Exp. Al 3, 16; 7, 19. Pausan. 1, 8, 5. Lucian. Rhet. praec. 9; Philos. 18.
(2) Diodor. 11, 41.

campaña, de acuerdo con la base de operaciones por él propuesta, le dió á entender ahora que, si Atenas seguia su política y sus inspiraciones, era inevitable el conflicto con Esparta, y por consecuencia con los antiguos aliados peloponesios de esta nacion. La primera. mision de los políticos atenienses era, por consecuencia, poner la República en estado de defensa y suministrar á la escuadra medios de contrarestar las fuerzas terrestres de los peloponesios; Temístocles encontró al pueblo ático dispuesto á secundar sus planes.

En efecto; «por su iniciativa reanudaron los atenienses las interrumpidas obras del Pireo... Considerando más ventajosa la posicion del Pireo que la de Atenas, creyó que la poblacion, si se veia acosada por tierra podia refugiarse en el Pireo y defenderse aquí más facilmente con el apoyo de la flota... Para eso propuso que se diese á las murallas una altura considerable á fin de que pudieran defenderlas un corto número de guerreros y los hombres inútiles para el combate en campo raso, quedando disponibles los demás para las dotaciones de las naves... De acuerdo con su proyecto se dió á la muralla un espesor tal que podian pasar por encima dos carruajes. Para la union de las piedras no se empleó cal ni mortero, sino que se hallaban meramente superpuestas, acopladas en las esquinas y sujetas en el exterior con grandes abrazaderas de hierro y con plomo; pero los muros sólo alcanzaron la mitad de la altura propuesta por Temístocles» (1). Tampoco la ejecucion de las obras de fortificacion que cerraban, en el espacio de milla y media, las entradas de los tres puertos anteriormente mencionados, se llevó á cabo con sujecion al plan trazado por Temístocles. De trecho en trecho, es-

(1) Tucid. 1, 93. Platon, Georgias p. 455.

pecialmente en los puntos más accesibles al enemigo, estaba la muralla flanqueada por torreones y su altura no dejaba nada que desear, puesto que, á juzgar por los restos, variaba de doce á quince pies; pero únicamente los frentes se construyeron de piedra silleria ó labrada, de dos pies y medio de grueso próximamente, llenándose el espacio comprendido entre los costados con piedras sueltas y cascajo.

Trabajábase con ahínco en las fortificaciones de los puertos, cuando se vió Atenas complicada en una de las crisis más laboriosas porque jamás habia pasado (1): la ratificacion del acto llevado á cabo por Arístides y los jónios en el Bósforo tendria por consecuencia inevitable la perdida de la amistad de Esparta y la ruptura del tratado que la garantizaba; pero gracias á la admirable prevision de Temístocles, que dió á su patria una poderosa escuadra y grandes fortificaciones, se encontraba Atenas en disposicion de elegir libremente el partido que mejor la conviniera, ya que sin esos medios de defensa no hubiera osado hacer frente á los lacedemonios.

*
* *

La ofrecida heguemonia de los jónios estaba en perfecto acuerdo con los planes políticos de Temístocles, por lo que nadie trabajaria tanto como él para llevar á feliz término la obra comenzada por Arístides; y en realidad, despues del paso dado por Atenas en favor de los cantones persófilos de la Península, no podia sin cometer una injusticia negar su eficaz apoyo á los jónios que, alentados por esa esperanza, habian declarado la

(1) Diodoro, 11, 41, 44, supone que tanto la proposicion de Temístocles, relativa á la construccion del puerto del Pireo, como la formacion de la liga jónio-ateniense coinciden con el mandato de Adimanto, ó sea con el ejercicio de 477 á 476

guerra á los persas; por tanto, aquí era donde se ofrecia ocasion excelente de mostrar, con hechos prácticos, los grados que cada uno tenia de patriotismo; no en la esteril lucha iniciada por Esparta contra los cantones adictos á Persia. Desde luego era seguro que el autor de todos los grandes proyectos que habian elevado el prestigio de Atenas á tan gran altura y aumentado de tan extraordinario modo su poderío, dentro y fuera de la Península, no dejaria escapar de la mano la ocasion que se ofrecia de llegar al término de tantos esfuerzos, y de conquistar de un solo golpe el predominio del Egeo, aconsejando á sus conciudadanos la ratificacion incondicionada de los primeros pasos dados para la formacion de la nueva liga. Como es natural haria notar que dicha ratificacion traeria consigo la guerra con Esparta, por lo que era preciso hallarse preparados para cualquier evento, y que este era el medio más seguro para evitarla. Y si la perspectiva de una guerra con los peloponesios imponia á los atenienses el deber de fortificarse por tierra, la necesidad de hacer frente á las escuadras de Corinto y Egina, como en un dia no lejano á la de los persas, les ponia en la ineludible precision de aumentar la suya, único medio tambien de poder cumplir los compromisos que contraia al aceptar la jefatura de la nueva liga.

En Atenas no se dudó un momento cual era la resolucion que convenia tomar en este asunto: los dos partidos, capitaneados respectivamente por Temístocles y por Jantippo, estaban de acuerdo, y el último no podia consentir la caida de su amigo Arístides. Este fué el encargado de redactar las bases para la organizacion de la liga, sobre cuyo asunto sólo tenemos vagas noticias. «Despues que los atenienses hubieron rechazado los persas, haciendo la guerra en el país enemigo, to

maron por pretexto la altanera conducta de Pausanías, para quitar la direccion de los aliados á los lacedemonios,» es todo lo que dice Herodoto. Tucidides, hablando de la cuestion, pone en boca de Eufemo estas palabras: «Tuvimos necesidad de ver la manera de sacudir lo más completamente posible el yugo de los lacedemonios, por cuya razon aceptamos el apoyo de aquellos que antes se le habian prestado á los persas, á fin de alcanzar el poder necesario para defendernos de los peloponesios» (1).

Causa verdadero asombro ver que un pequeño país que acababa de vencer una crisis peligrosísima y de sufrir daños sin cuento, en medio de los cuidados y sacrificios que exigia su restauracion, emprende la colosal tarea de fortificarse y no retrocede ante la perspectiva de una desigual lucha con un enemigo tan poderoso como Persia y de otra guerra simultánea con todos los Estados del Peloponeso. Y sin embargo, apenas podia contar con la fidelidad de sus nuevos aliados, que facilmente podia quebrantarse al verse á un mismo tiempo amenazados por los persas y los peloponesios aliados de Esparta.

La realidad de estos temores está perfectamente demostrada por estas palabras de Diodoro: «los atenienses, amenazados de una peligrosa guerra, aumentaron su escuadra y levantaron dinero» (2). Convencido Temístocles de que Atenas no se hallaba en posesion de las fuerzas necesarias para sostener aquella doble lucha renovó la proposicion que habia presentado y hecho pasar diez años antes, con motivo de la segunda guerra con Egina, en virtud de la cual debian construirse 20 trie-

(1) Herod. VIII, 3. Tucid. 6, 82. 83. 87.
(2) Diodoro 11, 50.

reos todos los años. La proposicion fué aprobada (1). A pesar de la falta de numerario y de las enormes sumas que las expresadas obras absorbian, propuso, además, la supresion del impuesto anual que abonaban los metóicos avecindados en Atica, así como la del que pagaban los operarios ó artesanos extranjeros que trabajaban temporalmente en Atenas, por cuyo medio, segun el testimonio de Diodoro, se proponia atraer á la capital el mayor número posible de brazos, para acelerar la conclusion de los trabajos.» Estos brazos eran, además, necesarios para cubrir las bajas que habia ocasionado la guerra y evitar así la natural decadencia de todas las ramas de la riqueza pública. La reedificacion de los templos y de las viviendas; la construccion de las murallas y de la armada exigian numerosa falanje de obrercs y de artistas. La formacion de marinos inteligentes reclamaba como condicion prévia y precisa la restauracion del comercio marítimo, ya que en la armada mercante se adiestraban aquellos, y el comercio, desprovisto á la sazon de los recursos naturales que no podia suministrar un suelo devastado por dos invasiones, tenia que acudir á los productos de la industria para alimentar su exportacion, antes sostenida por los aceites y frutas.

Por otra parte la afluencia de capitales era un segundo factor indispensable para el renacimiento de las operaciones mercantiles; para acrecentar los recursos del país empleó Temístocles en mayor escala el procedimiento ideado por Solon, Pisístrato y Clistenes, que consistia en fomentar la produccion y la industria, facilitando la inmigracion extranjera y mejorando la situacion de los perioicos. Lo mismo en la paz que en la

(1) Segun Diodoro, 11, 43, tuvo lugar su aprobacion bajo el mandato de Adimanto, ó sea en el ejercicio de 477/476.

guerra, Atenas sacaria provecho de este aumento de poblacion: en la primera para aumentar el número de contribuyentes que sostuviesen las cargas públicas, cuyo concurso necesitaria Atenas para mantener la posicion nuevamente conquistada; en la segunda la era indispensable acrecentar su poblacion, á fin de poder equipar y conservar su escuadra. Temístocles acometió la empresa que en dias más pacíficos habia iniciado Pisístrato, trasformando la capital de Ática en una poblacion esencialmente industrial y mercantil, con el caracter adicional de plaza fuerte, venciendo la oposicion del poderoso partido que defendia la conveniencia de conservar el predominio del elemento agrícola y de mantener á toda costa las tradiciones agrarias que servian de fundamento al culto nacional. A los eminentes servicios que habia prestado Temístocles á su patria añadió ahora el de dar á la capital nuevos elementos de vida, en la industria y el comercio, que seguramente no son los que menos contribuyeron á afirmar su predominio político. Aunque más tarde se abolieron las medidas excepcionales que entonces adoptó este distinguido repúblico, siempre se conservaron aquellas que tendian á mejorar la condiciones de los perioicos ó naturalizados.

*
* *

«En diversas épocas ha alcanzado Atenas gran explendor, pero nunca llegó á tanta prosperidad como bajo la direccion de Temístocles» (1). Parecia llegado el momento de recojer el fruto de una campaña de veinte años empleados en labrar la felicidad de su patria. Es verdad que aun estaban al frente de un numeroso

(1) Polibio, VI, 44. Diodoro, 11, 42. Herod. VIII, 79.

partido, que defendia principios opuestos á los suyos, Arístides y Jantippo; pero estos grandes hombres parecian excederse en ver quien prestaba mayores servicios á la patria. Así vemos que en Micala, Sestos y Bizancio, Jantippo y Arístides se apropian el pensamiento de Temístocles y le llevan al terreno de la práctica, á la manera que en Salamina los dos últimos se unen para la realizacion de una misma idea.

Mediante la cooperacion de sus mismos adversarios, despues de verse honrado en sus propios amigos, tuvo ahora Temístocles el placer y la gloria de recibir brillantes muestras y testimonios del agradecimiento de la patria, honrosa compensacion del premio que los estrategos le negaron en el Istmo.

El poeta Simónides que figuraba en el número de sus admiradores; el mismo que llamaron á Atenas los pisistratidas cincuenta años antes, que cantó los amores de Harmodio y Aristógiton y glorificó en la ofrenda del botin el triunfo de los atenienses sobre los beocios y calcidios; que hizo en una elegía el panegírico de los que sucumbieron en Maratón y compuso, por encargo de Milciades, el epígrama que figuraba al pie de la estátua de Pan; y que tambien cantó las gloriosas jornadas de Artemisio y Salamina, regresó por este tiempo, ya muy entrado en años, á Atenas, despues de una larga residencia en Siracusa, donde celebró el triunfo de Himera y sirvió de mediador para impedir que estallase la guerra entre Hieron, sucesor de Gelon, y Theron de Agrigento. Habia ganado el premio en el certámen de los coros cíclicos la tribu de Antioquis que dió á Simónides el coro; para el trípode que se dió por premio, compuso el poeta una inscripcion recordando los hono-

res que se le tributaron, bajo el arcontado de Adimanto, cuando tenia ochenta años (1).

Los cantos dionisiacos, de que surgió en tiempo de Pisístrato el drama lírico, que á partir de dicha época se ejecutaba en las leneas de Enero y en las dionisiacas de Marzo, no se limitaban ya á cantar los mitos del númen de la vid, sino que abrazaban otras fábulas religiosas y leyendas de los tiempos pasados que se entrelazaban con las del regocijado Baco. Hacia diez y ocho años que el poeta Frínico tomó por asunto de su composicion para la fiesta dionisiaca un hecho de verdadera actualidad: la toma de Mileto por los persas; mas no mereció premio sino castigo su obra por haber puesto en evidencia las torpezas de la política que ocasionó aquella desgracia. Ahora escogió un asunto análogo para representarle en escena, aunque destinado á producir una impresion muy distinta en el público ateniense: la batalla de Salamina. Si como se cree tuvo Temístocles alguna parte en la eleccion de la toma de Mileto para asunto del poema lírico de Frínico, el vencedor de Salamina fué quien suministró de su propia tribu, la leontida, el coro para el nuevo drama. Teniendo presente que en dicha accion pelearon en frente de los atenienses las mejores naves persas, cuya derrota decidió la jornada, aparecen en la escena coros de príncipes persas y damas fenicias que representan ante los ojos de los atenienses el terrible golpe que en dicho dia hicieron sufrir al poderío de Jerjes, los enemigos que en la pelea sucumbieron y la desolacion que la pequeña República sembró en los vastos dominios del gran Rey, en Siria principalmente. De las exíguas noticias que tenemos de

(1) Schol. Aristoph. Vesp. 1410. Plut. Themistocl. V. 15. Simonid. fragm. 147 Bergk. P. L. 4. Marmor. Par. ep. 54.

las «Fenicias» de Frinico se deduce que la accion tenia lugar en el palacio real de Susa, á orillas del Joaspes y del Euleo.

Abre la accion un eunuco del palacio que se ocupa en tender las alfombras para la reunion del consejo del reino, que va á deliberar sobre la triste nueva que acaba de recibirse de la gran derrota de las tropas reales; aparece inmediatamente el coro de los altos funcionarios del Estado, que vestirian los ricos trajes cogidos en el botin de Platea, Micala, Sestos y Bizancio, y describe en una introduccion coral la inmensa desgracia que ha caido sobre Persia. Reunido el consejo, preséntase ante él un grupo de damas fenicias, lamentándose de la pérdida de los séres más queridos: padres, esposos é hijos, en un coro que empezaba: «en medio de cantos corales, con acompañamiento de la cítara, salimos de Sidon, de Arados humedecido por el rocío y de Tiro, coronada por las ondas.»

La composicion patriótica de Frínico alcanzó el premio. Fué indudablemente dia de satisfaccion y de orgullo para Temístocles aquel, sea del mes de Enero ó de Marzo del 476, en que se otorgó dicho premio (1); y para perpetuar su memoria levantó una lápida con esta sencilla inscripcion: «Temístocles de Frearrioi puso el coro y Frínico le instruyó, siendo arconte Adimanto.» Los «cantos sidónios» y los «cantos ambrosiacos» de Frínico, segun los llama Aristófanes, fueron por mucho tiempo las canciones favoritas del pueblo ateniense; y en la época de la guerra del Peloponeso eran las «fenicias» el tema predilecto de que sacaban sns cantos los ancianos (2).

(1) Argum. Aesch. Pers. Schol. Aristoph. Vesp. 220. Hesych. Glükerô Sidônîô. Ateneo p. 635.

(2) Plut. Themist. 5. Aristoph. Vesp. 220. 264-270; Aves 750; Thesmoph. 164.

*
* *

Por primera vez despues de los grandes triunfos que labraron su independencia, viéronse reunidos los griegos en Olimpia, para rendir homenaje al más popular de sus dioses y celebrar los acostumbrados juegos y certámenes. Un lesbio, natural de Mitilene, alcanzó el premio de la carrera y en el Pancracio venció un atleta de Thasos, isla que en aquel entonces rompia las cadenas de la servidumbre (1). Apenas habria á la sazon un griego que no conociese el nombre del caudillo que más habia contribuido á conquistar su libertad. Este hombre, Temístocles atrajo en Olimpia las miradas de todos, mucho más que los atletas y que los hellanodices. Ni la deslumbradora fama del príncipe siciliano Theron, cuyos corceles vencieron en la carrera de las cuadrigas, á pesar de los inmoderados elogios de Píndaro, fueron parte á oscurecer las hazañas y los méritos de Temístocles.

Theron y Gelon, libre ya la patria siciliana del peligro, enviaron tambien representantes al sacrificio religioso y á los juegos, para dar testimonio de las conquistas con que habian enriquecido el patrimonio de los griegos, que á su vez les debian tambien agradecimiento, ya que respecto de la campaña de Jerjes, por lo menos, se vió demostrada con evidencia la imposibilidad en que estuvieron de acudir en auxilio de la Metrópoli. Segun vimos anteriormente se habian erigido ya en Olimpia las estátuas de Gelon y las de sus cuatro caballos vencedores; despues de la batalla de Himera habia consagrado al númen délfico una trípode y una estátua de oro á Nike, y en Olimpia una gran estátua del mismo precioso metal á Júpiter con una casa especial para

(1) Diodoro 11, 48. Pausan. 6, 11, 4.

guardar la parte del botin cogido á los cartagineses que consagró á los dioses, la que impropiamente recibió el nombre de «casa-tesorería de los cartagineses.» Píndaro celebró, con su acostumbrada maestria, el triunfo de la cuadriga de Theron, con cuya familia mantenia estrechas relaciones, al mismo tiempo que cantó el de Asopijo, jóven de Orjomenos que venció en la carrera de los muchachos, sobre cuyo triunfo dice que «el Eco descienda á la negra morada de Proserpina, á llevar á Cleodamo su padre, la alegre nueva de que su hijo ha adornado en la llanura de Pisa el juvenil cabello con la guirnalda de los alegres juegos» (1).

Aseguran algunos que Temístocles pronunció en Olimpia un discurso excitando á los griegos á derribar la magnífica tienda de Hieron y á no permitir que sus caballos tomasen parte en las carreras (2). Y aunque Plutarco no dice cual fuese el resultado de su peroracion, Eliano hace notar que el caudillo ateniense impidió á Hieron tomar parte con su cuadriga en el certámen de Olimpia, alegando que no debia ser admitido á las grandes fiestas helénicas el que en los grandes peligros habia rehusado todo socorro á los griegos, cuya observacion arrancó aplausos al numeroso auditorio (3).

(1) Pind. Isthm. 2, 49.

(2) Eliano, Var. H. 5, 9.

(3) En realidad no es cierto que los príncipes siracusanos Hieron, Gelon y Theron huyesen de los grandes peligros; en el trípode procedente del botin de Himera se leia el nombre de Hieron. Tal afirmacion tendria sólo algun fundamento con respecto á la campaña del 479. Mas los príncipes de Agrigento, Gela y Siracusa habian frecuentado con asiduidad los juegos panhelénicos, á partir del año 494 ó del 490; y Jenocrates, hermano de Theron de Agrigento habia alcanzado el triunfo de la cuadriga en Piton, en el Istmo, en Olimpia y aun en las panatheneas: el mismo Hieron venció ya el 488 en Olimpia con la suya y su yegua Ferenicos alcanzó el premio en Piton los

Sin embargo, está probado que Hieron no fué excluido nunca de los juegos olímpicos, lo que no se opone á que Temístocles fingiese al pueblo alguna excitacion en el expresado sentido, cosa que no pudo tener lugar más que en el año 476, en razon á que en 472 ya habia perdido el caudillo ateniense gran parte de su anterior prestigio. Por otra parte la mocion de Temístocles sólo podia fundarse en la negativa de los príncipes siracusanos á prestar su concurso para la campaña del Otoño de 479, si es que no tomó por pretexto el abandono en que dejaron en 472 á las ciudades de Tarento y Region, atacadas por los yapijes.

Como quiera que sea, el inmortal cantor de las Olimpiadas no hace la más lijera mencion de la victoria de Himera ni de los cartagineses, si no se toma en tal sen-

---

años 486 y 482: Pausan. 8, 42, 8. 9 6, 12, 1; Böckh Expl. Pind 254 sigs. En 474 obtuvo la palma en Piton la cuadriga de Hieron, y su caballo venció el 472 en las carreras de Olimpia, donde alcanzó el premio de la cuadriga en 468. Ahora bien; ¿cómo se explica que habiendo tomado parte en los certámenes de Olimpia antes y despues del 476 fuese excluido de ellos en este año precisamente, ya que, figurando Hieron en las listas de los vencedores de los años 472 y 468 en Olimpia, la expresada exclusion sólo puede referirse á las olimpiadas del 476? Y ¿cómo explicar, además la exclusion de Hieron á raiz de la brillante victoria de Himera y precisamente en una fiesta en la que triunfa la cuadriga de Theron, su pariente y aliado? En efecto; la misma razon habia para excluir á uno que á otro. En vista de cuyos hechos supone Arnoldo Schäfer (Philol. 18, 178) que los escritores que han trasmitido la noticia de la exclusion de dicho príncipe le han confundido con Dionisio de Siracusa, á quien por instigacion de Lisias se opusieron dificultades en Olimpia, ó bien han trasladado al primero hechos que se refieren al segundo. (Dionys. de Lys. 29. Diod. 14, 109). Por lo demás es perfectamente admisible que Temístocles no viese con buenos ojos el creciente poderío de Siracusa en Occidente, por los perjuicios que algun dia podia ocasionar al comercio ateniense en las costas de la Baja Italia.

tido el título de «baluarte de Agrigento» con que se designa á Theron. Pregunta el poeta á los «Himnos,» á los «Reyes de la Forminje,» á qué dios, á qué héroe, ó á qué mortal ha de celebrar en sus cantos; y la respuesta dice que «á Theron es á quien corresponde este honor por su victoriosa cuadriga, al vástago de padres célebres, que ha levantado su ciudad, al baluarte de Agrigento, al protector de la hospitalidad» (1). Y en la segunda oda que Píndaro consagra á este hecho dice: «con júbilo ensalzo á Agrigento, celebrando el triunfo olímpico de Theron, de sus corceles veloces como el rayo.» «El ánimo me impulsa á dar á Theron, á las eumenides (á la familia de Theron) la gloria que les han concedido los tindaridas, por cuanto ellas son, entre todos los mortales, las que más han honrado con su hospitalidad á los dioscuros y las que con intencion piadosa conservan los votos de los dioses.»

Despues de afirmar en la primera oda que, en el trascurso de un siglo, ninguna ciudad helena habia producido un hombre como Theron, á quien, por tanto, coloca Pindaro muy por encima de Temístocles, dice en la segunda: «Si el agua es el mejor bien y el oro el más precioso, Theron ha alcanzado el fin más alto, la extrema columna de Hércules, por las virtudes propias de su familia. Lo que hay más allá es innaccesible, lo mismo á los sábios que á los ignorantes; y seria yo un necio si fuese más lejos» (2).

Sin embargo, el poeta llevó demasiado lejos su adulacion haciéndola llegar hasta las columnas de Hércules. El mismo Theron se encargó de dar un solemne mentís á sus exageraciones, en la ferocidad con que castigó á los himereses que se levantaron contra su do-

(1) Pind. Olymp. 2, 2-7.
(2) Olymp. 2, 2-7. 3, 1-4. 2, 92-95. 3, 38-45. P. L. B. 4.

minacion. Pero ni el más celebrado de los vates helenos fué capaz de oscurecer, con sus inmoderados elogios á Theron, la justa fama de Temístocles, ni mucho menos de ahogar el sentimiento de gratitud que llenaba los corazones de todos los griegos. Así lo da á entender Plutarco cuando dice, que «los griegos no miraban á los combatientes y carreristas, sino que todo el dia tuvieron fijas las miradas en Temístocles, aplaudiéndole con las manos. Esto le agradó en términos que, volviéndose á sus amigos, les dijo que aquel dia recogia el fruto de lo mucho que habia trabajado por Grecia (1).

*
* *

En el mismo estío del año 476, en que Temístocles recibia esta general demostracion de homenaje, estuvo Arístides ocupado en organizar la confederacion jónio-ateniense. Desde la mitad del sexto siglo habia estado Esparta á la cabeza de todos los cantones griegos. Ya conocemos los Estados que formaron la liga patriótica al comenzar la guerra, las condiciones bajo las cuales se unieron y los sacrificios y concesiones que tuvo que hacer Atenas para no romper con Laconia. A pesar de las irritantes pretensiones de los espartanos, en particular de sus caudillos, no rompió Atenas formalmente su alianza con Esparta, ni aún cuando se vió obligada á dar ese paso por la expresa voluntad de una parte de los confederados. Entonces, al aceptar la direccion de la nueva simaquia, adquirió el compromiso de proteger á sus aliados y de continuar la guerra con Persia.

La nueva confederacion se fundó sobre bases tan sabias como bien meditadas. Ignoramos á quién corresponda el mérito de haberlas ideado, pero indudable-

(3) Diodoro 11, 30. Plut. Them. 17. Pausan. 8, 50, 3. Ael. Var. H. 13, 43.

mente Arístides tuvo la gloria de aplicarlas con sin igual equidad y prudencia. Fundamento y punto de partida de la ordenanza federal, fué el mantenimiento de la autonomía de los Estados que libremente y por iniciativa propia se unieron á Atenas para formar bajo su direccion una liga ofensiva y defensiva contra Persia (1). La nueva federacion tomó el nombre de «Liga de los helenos,» que habia adoptado la simaquía espartana al reorganizarse para emprender la guerra con Persia; denominacion pretenciosa si se atiende al número de los coligados, pero que estaba en armonía con los altos fines que estos se proponian. Por ella se dió á entender que Atenas se hallaba pronta á llevar adelante la causa de los griegos y á representarlos á todos en la lucha con Persia; mas al propio tiempo significaba que la nueva liga estaba destinada á recibir en su seno á todos los pueblos helenos. Hasta entonces sólo se habia empleado el nombre de «hellanodices» en Olimpia, ó sea para una solemnidad en la que tomaban parte todos los cantones griegos; en la nueva liga se dió á los tesoreros la denominacion de «tesoreros de toda Grecia» ó «hellenotamios.»

Los estatutos de la federacion ática estaban tomados de la ordenanza por que se regia la simaquia espartana contra Persia. De la misma manera que en esta debian tener representacion en el consejo de los estrategos y en la Asamblea federal todos los Estados de la liga (2); y así como Esparta era allí la depositaria de los caudales destinados á los gastos de la guerra, del propio modo estaba á cargo de Atenas la administracion de la caja militar, por más que no se guardaba en dicha ca-

(1) Discurso de Hermocrates reproducido por Tucídides 6, 76.

(2) Tucid. 1, 97, y el discurso de los mitileneos en Olimpia 428; ibid. 3, 10. 3, 11.

pital. Si Ática contrajo el compromiso de protejer á los Estados débiles, estos á su vez quedaban obligados á contribuir con todas sus fuerzas y recursos al cumplimiento de un compromiso que redundaba en beneficio propio. Por esa razon todos contribuian á cubrir los gastos comunes en la medida de sus facultades y la equidad en el reparto de las cargas era una de las principales bases sobre las que se estableció la nueva liga y primera condicion de su prosperidad futura.

Los confederados tuvieron la feliz ocurrencia de establecer la residencia de la liga en la isla sagrada de Apolo, en la que desde tiempo inmemorial se reunian los jónios en primavera para celebrar un sacrificio al númen de la luz; en la que unos 250 años hacía cantó su himno el ciego bardo de Chios y que fué purificada por Atenas en tiempo de Pisístrato; el mismo santuario del númen sirvió para guardar la caja militar. De esta manera se puso la confederacion bajo la especial proteccion del ídolo más popular de la raza jónica y Atenas dió una prueba palpable de su propósito de no consentir que el Egeo volviese á poder de los persas y de su firme resolucion de defender las Cicladas, al mismo tiempo que los confederados adquirian el compromiso de defender la posesion del expresado mar, á una de cuyas islas habian confiado el tesoro comun. La designacion de Delos para residencia oficial de la liga era así mismo firme garantía de la justa inversion de los fondos allí depositados, de la autonomía de los Estados de la confederacion y de la independencia de la misma Delos.

Segun Eforo y Dinarjo fué Arístides el autor de este pensamiento: «Arístides propuso á la Asamblea de los confederados el establecimiento de la caja federal en Delos, donde efectivamente se depositaban los subsidios comunes, y bajo su iniciativa se acordó que cada mu

nicipio pagase un tributo proporcionado á su riqueza para los gastos de la guerra» (1). «En consonancia con un acuerdo tomado libremente, Arístides impuso y cobró á los griegos los tributos convenidos» (2).

*
* *

La confederacion formada por Arístides en la primavera y estío del año expresado, se componia de las siguientes ciudades: Calcis, Eretria y Styra de Eubea, no habiendo entrado en ella, segun parece, Caristo. De las Cicladas: Delos, Naxos, Paros, Miconos, Siros y Sifnos, con las islas de Lemnos, Imbros, Lesbos, Samos y Chios y algunas poblaciones del Helesponto y de la Propóntide que habian sacudido ya entonces el yugo de los persas (3).

Que la formacion definitiva de la liga tuvo lugar en la época expresada, se deduce de lo que indica Diodoro, que la coloca en el ejercicio de 477 á 476; de la fecha en que se verificó la toma de Bizancio y la campaña de la Propóntide, que coincide con el Verano y Otoño del 477 y del testimonio de Demóstenes que hace durar el poder marítimo de Ática 73 años, ó sea desde el 403 al 476, con lo que en realidad está conforme el de otros escritores que, como Lisias é Isócrates, le dan en cifra redonda una duracion de 70 años. Por otra parte se sabe que la batalla de Eion contra Boges, primer hecho notorio de la liga, tuvo lugar bajo el mandato de Fedon, ó sea en el Otoño del 476 (1).

Por más que no entraron en la federacion las islas co-

---

(1) Diodoro 11, 46.

(2) Dinarch. c. Demosth. 37.

(3) Kirchhoff, La liga de Delos; Hermes 11, págs. 11 y 31.

(4) Diodoro 11, 41. Demosth. in Philip. 3 p. 116 R. Lysias Orat. fun. 55. Isocrat. Paneg. 30.

lonizadas por la raza dórica: Thera, Melos, Sicino y Folegandros, comprendia casi todas las fuerzas marítimas de las islas situadas entre Eubea y Samos. Las bases generales para la organizacion de la liga, propuestas por Arístides, fueron recibidas con aplauso por los coligados y desde luego aceptadas, segun se deduce de autorizados testimonios. «Luego que los atenienses, por expresa voluntad de los confederados y á causa de la aversion que estos sentian hácia Pausanías, obtuvieron la jefatura de la Liga, determinaron la suma con que cada municipio debia contribuir y las naves que debia aprontar para la guerra contra los bárbaros. El objeto de la confederacion era precaverse para lo porvenir de los males sufridos, y causar daño en los dominios del Rey. Entonces tuvo lugar la creacion de los hellenotamios, encargados de la cobranza de los subsidios; mas la tesorería se estableció en Delos y las Asambleas se reunian en el Santuario» (1). «Los helenos, confederados bajo la jefatura de los lacedemonios, habian pagado ciertos subsidios para la guerra; mas con objeto de que las cargas se repartiesen equitativamente entre los respectivos municipios, pidieron á los atenienses que les enviasen á Arístides, para que, inspeccionando el país y sus rentas, fijase los subsidios con arreglo á la riqueza de cada uno. Investido de plenos poderes llevó Arístides á cabo el catastro, no solamente de una manera incorruptible y justa sino tambien equitativa y agradable á todo el mundo» (2).

Respecto á la organizacion de la Liga son harto incompletas las noticias que tenemos, ya que se ignora si la cabeza de la federacion tenia el derecho, en casos apremiantes, de levantar tropas y equipar naves sin

(1) Plut. Cim. 9. Tucid. 1, 96.
(2) Plut. Aristid. 24. 25.

preciso acuerdo del consejo federal; desconócense las facultades que dicha cabeza tenia para obligar á los confederados al cumplimiento de sus compromisos y deberes, en el caso de que faltasen á ellos. Sólo sabemos que todos los coligados pagaban anualmente un impuesto de guerra con arreglo á una matrícula determinada, y que los que poseian marina debian aprontar cierto número de triereos.

Desde luego se comprende que no todos los años se ponian en pie de guerra los contingentes completos de los confederados; antes bien parece natural suponer que para los casos ordinarios se estableciese un cupo determinado de naves y soldados. Seis años despues de su fundacion levanta la liga un ejército numeroso para el que Atenas equipa igual número de naves que todos los demás confederados, y poco despues vemos que Lesbos y Chios dan cada una 25 triereos para la escuadra federal, número que seguramente correspondió tambien á Samos (1). Segun parece la obligacion de dar tropas para el ejército de tierra, era tambien comun á todos los coligados, y el número se fijaba con arreglo á una norma préviamente convenida, segun se deduce de la frase *hôs hékastoi* que emplea con frecuencia Tucídides (2); de esta manera se estableció una verdadera mancomunidad, en la que cada uno de los confederados ponia sus hoplitas, en caso necesario, al servicio de los otros.

*
* *

Segun atestigua el monumento triunfal que erigieron en Olimpia, los espartanos disputaron el botin de Tana-

(1) Tucid. 2, 56. 6, 43 46.

(2) Tucid. 1, 107. 1, 113.

gra «á los atenienses y á los jónios» (1); y el número de hoplitas del ejército federal no bajaria de 3.000 en dicha accion, á pesar de lo cual Ática tenia ocupado un cuerpo de estas tropas en el asedio de Egina, y más de 100 triereos en la campaña de Egipto. En igual proporcion se repartió el cupo para la formacion del ejército que opera poco despues en Sicilia (2).

Son varios los testimonios que acreditan que todos los confederados, sin excluir los que tenian el deber de equipar buques, daban para el ejército federal hoplitas además de los epibates (3); y cuando Tucídides dice que «acordaron las ciudades que debian aprontar naves y las que debian dar dinero para la guerra contra los bárbaros» (4), parece dar á entender que desde un principio se estableció entre los coligados una distincion que más tarde aparece con carácter permanente y bien definido, en virtud de la cual la formacion de la escuadra corria á cargo de Chios, Samos y Lesbos solamente, en tanto que los demás coligados suministraban dinero y tropas de infantería (5); hácia el año 454 se habia operado ya este cambio en la constitucion de la liga, á virtud del cual quedaron exentos del *Foros* los Estados que formaban la escuadra (6), modificacion que, segun veremos luego, coincide con el traslado de la residencia federal á Atenas; sin embargo, todos los datos que tenemos acerca del foros de Arístides dan por supuesto que

(1) Segun se desprende tambien del pasaje citado de Tucídides 1, 107.

(2) Tucid. 6, 43. 7, 42.

(3) Como estos versos de Eupolis: «háute Xíos kalê pólis pempei gar humin naús makrás, ándras d'hótan deèsè, kaí t'álla peizarjeî kalôs a'plèktos hôsper híppos.» Schol. Aristoph. Aves 881.

(4) Tucidid. 1, 96.

(5) Tucid. 2, 9.

(6) Tucid. 6, 85. 7, 57.

la obligacion del tributo en metálico comprendia á todos los miembros de la liga, y la índole misma de las cosas nos obliga á creer que todos debian contribuir con dinero al sostenimiento de las fuerzas federales; no obstante Kirchhoff pretende que se dejó en libertad á los coligados de hacer efectivo el tributo en metálico ó en naves (1).

Lo que no cabe suponer es que cada Estado cuidase del mantenimiento de sus tropas, en tanto que se hallaban incorporadas al ejército federal, ya que este era un asunto que exigia perfecta uniformidad y cuya direccion sólo podia partir del mismo teatro de la guerra; donde se conocian las necesidades del ejército, sus movimientos, el término de las operaciones, los recursos del país, los medios de trasporte y otras circunstancias cuyo conocimiento es indispensable para subvenir oportunamente á las necesidades de un ejército en campaña. Nadie mejor que el Estado que llevaba la direccion de la Liga se hallaba en condiciones de cumplir debidamente este cometido, para lo cual, lo mismo que para sufragar los gastos ya permanentes, ya eventuales, de embajadas, adquisicion de armamentos y provisiones, trasportes, etc., debia tener á su disposicion una parte de los fondos comunes. Infiérese de aquí la necesidad de imponer á cada Estado una contribucion ó foros para sufragar los gastos de carácter comun; y de ese tributo más los productos del análôma se formó sin duda el fó-

(1) Pero Tucídides da por razon de las defecciones que ocurren más tarde: «hai tôn fórôn kaí neôn ékdeiai;» y Plutarco dice que *«hoí sümmajoi tous fórous men etéloun ándras de kai naus hôs etájzesan ou pareijon;»* Cimon 11. Tampoco da á entender Tucídides que los coligados pudiesen sustituir el foros con buques, cuando dice: *«jrêmata eta'xanto antí tôn neôn tohiknoúmenon análôma ferein;»* 1, 99.

ros tal como aparece en las listas tributarias del año 454. Más tarde, cuando se estableció la redencion del servicio marítimo, se creyó cumplir un deber de equidad eximiendo del fóros á los fundadores de la liga, los lesbios, samios y chienses, de cuyo privilegio gozaba anteriormente Atenas, en razon á que estos Estados sostenian todo el peso de la guerra.

*
* *

La perspectiva de un conflicto inmediato con Esparta imponia á Atenas el deber de no inspirar recelos á sus nuevos aliados con excesivas exigencias y pesadas cargas, sino más bien de afianzar su amistad por todos los medios posibles (1); tal era el fin capital de la política conciliadora de Arístides. Los ingresos del tesoro federal, segun los cálculos más prudentes, apenas llegaban entonces á 100 talentos ó sea 2.198.000 reales (2).

Al ingresar los jónios en la liga helena, despues de la batalla de Micala, prestaron en manos de Leotiquidas el acostumbrado juramento de fidelidad y adhesion á sus instituciones; de la misma manera, una vez arreglada la organizacion de la nueva liga, fijados ya los cupos y las cuotas que correspondian á cada Estado, prestaron en manos de Arístides juramento solemne de permanecer fieles á lo pactado, lanzando terribles imprecaciones contra los infractores; y con un juramento análogo se obligó el mencionado caudillo, á nombre de

(1) Diodoro 11, 50.

(2) Los excelentes cálculos hechos por Kirchhoff en el Hermes 11 p. 31 sigs. evidencian el progresivo crecimiento de los ingresos del tesoro federal, debido principalmente á que hasta despues de la batalla de Eurymedon se mantuvo en vigor el tributo en naves al mismo tiempo que el fóros.

Atenas al cumplimiento de los deberes contraidos para con sus aliados. Prestado el juramento arrojáronse al mar grandes trozos de hierro, haciendo todos promesa de observarle hasta tanto que el mar elevase los bloques á la superficie y repitiendo las maldiciones que debian caer sobre los contraventores, tan pronto como faltasen á su juramento.

Ya en aquel entonces y mucho despues, se tributaron grandes elogios á Arístides por la equidad, el acierto y la singular prudencia con que llevó á feliz término una obra, que le conquistó imperecedera fama. Antes de la formacion de la liga habia dicho sobre él Timocreonte: «si tú alabas á Pausanías, á Jantippo ó á Leotiquidas, yo canto las alabanzas de Arístides, sin comparacion el mejor ciudadano que jamás salió de la venerable Atenas» (1); y á esta fama debió el honor de que se le encomendase la organizacion de la liga. Diodoro y Plutarco refieren que los aliados de Atenas recordaban la época del mando de Arístides como un período feliz, comparable á la edad de Kronos. Y sólo así se explica que medio siglo despues de la creacion de la liga volviesen á su seno aliados que se habian separado de ella y aceptasen con gusto los aumentos que en el período de su separacion se habian introducido en la cuota federal, pagando sin el menor reparo «el tributo de Arístides» (2).

Era un hecho de la más alta importancia la formacion de una liga especial de los Estados marítimos

(1) Plut. Themíst. 21. En el mero hecho de citarse con el de Arístides los nombres de Leotiquidas y Pausanías, se deduce que aun no se habia descubierto, ó á lo menos probado, la traicion del último; por consiguiente, Leotiquidas no podia hallarse todavia en Tegea.

(2) Tucíd. 5, 18.

para contrarestar las ambiciones de Esparta y sostener en Oriente la lucha contra Persia, aun cuando no fuese posible continuar la obra de la total emancipacion de los griegos de la costa asiática. Si estallaba la guerra con Esparta y el Peloponeso, no era poco lo que se ganaba manteniendo la liga en su estado presente; bien podia decirse que con sólo conservar lo creado por Temístocles, recuperaban Jantippo y Arístides lo que con su abstencion habian dejado perder veinte años antes, al verificarse el levantamiento de los jónios; en todo caso quedaba por los griegos el dominio del Egeo, que Atenas sabria mantener con la poderosa escuadra aliada (1). Para Atenas era un acto de suma trascendencia el conservar la posicion influyente en que la habia colocado el inteligente esfuerzo de su caudillo, en particular de Temístocles. Y teniendo en cuenta lo que habia realizado con medios y recursos incomparablemente menores, sus triunfos sobre los persas, los calcidios y los eginetas, debia esperarse fundadamente que la formacion de la nueva liga abria para ella, y para la raza jónica en general, una nueva era; esta raza que, arrojada de su verdadera patria por otras tribus en la época de las grandes emigraciones, se habia adelantado en su nuevo asiento á los demás griegos en todas las esferas de la actividad humana: en la navegacion y el comercio, en

(1) Las ciudades jónicas que se declararon independientes con motivo de la victoria de Micala y á cuya admision en la liga helena se opusieron los peloponesios, volvieron á ser sometidas poco despues, lo mismo que Sestos y Bizancio, aunque no esté bien probada la certeza de las devastaciones que hizo en ellas Jerjes, cuyos datos parecen más bien referirse á hechos análogos realizados por Dario. Por lo demás, el hecho en sí está bien probado por el traslado de Pausanías á Colonea y las noticias de Tucídides y Plutarco sobre la fuga de Temístocles.

la poesía y el arte, en la industria y en la ciencia. Despues de los enormes quebrantos que habia sufrido bajo los reinados de Ciro y de Dario, se propone ahora levantarse de tanto desastre con el valioso concurso y bajo la direccion de Atenas; por eso la nueva liga abriria tambien á los jónios una era de prosperidad y progreso, siempre que lograse mantenerse en frente de Persia y de Esparta.

VI.

ESPARTA RENUNCIA SUS DERECHOS.

A pesar de la oposicion manifiesta de Laconia habia realizado Atenas sus atrevidos planes de fortificacion y roto la confederacion helena contra Persia para formar una nueva con los pueblos que se habian emancipado del extranjero yugo bajo la direccion de los caudillos espartanos. Si Esparta habia tenido algun fundamento para aplazar la expedicion contra los aleuadas en tanto que pudo esperar que Atenas, desautorizando el paso dado por Arístides, evitaria la escision, ese fundamento desapareció cuando en la primavera del 476 empezó dicho caudillo la organizacion de la nueva liga; Esparta se vió obligada á emprender sin dilacion, una campaña por cuyo medio esperaba levantar en su favor la opinion de los griegos que Pausanías se habia enajenado en el Bósforo; en la imposibilidad de evitar el conflicto con Atenas trató de afirmar su posicion para resolverle con ventaja; el castigo de los aleuadas que habian hecha traicion á la patria en la guerra con Persia, la ofrecia ocasion de acometer una empresa eminentemente nacional, que pudiendo llevarse á cabo por tierra, no la

obligaba á ponerse frente á frente de la poderosa escuadra ática; de esta manera podia, sin peligro, estender su influencia por el Norte de la Península y, logrado este propósito, adquirir tal vez el poder necesario para hacer que, cambiando de rumbo la política ateniense, abandonase esta República sus propósitos separatistas; de lo contrario quedaria rodeada de poderosos enemigos que la amenazaban por el Norte y por el Peloponeso, cuyas fuerzas, como es notorio, se hallaban á disposicion de Esparta.

Son muchas las expediciones que se emprendieron durante este período en Grecia con fines análogos á los que motivaron la campaña de Leotiquidas contra los aleuadas.

Nicomedes dirigió una en 458 para prestar auxilio á los dorios del Parnaso que sostenian guerra con los focenses y apartar á los beocios de la alianza de Atenas; aquí debemos citar igualmente la expedicion que se emprende el año 448 en favor de los délfios contra los focenses y el auxilio que se presta á los dorios del Norte contra los oetanos en 426, fundándose la ciudad de Heraclea en Traquis; lo mismo que el ensayo realizado por Brasidas para separar á Tesalia y Macedonia del partido de Atenas y la expedicion de Agis contra los oetanos en el invierno del 413. Las causas que motivan la del año 476, son evidentemente las mismas.

En el verano del año 476, segun todas las probabilidades, partieron para Tesalia las fuerzas espartano-peloponesias al mando del vencedor de Micala (1). Las noticias que tenemos de esta expedicion son casi nulas,

(1) Puesto que, segun Diodoro, la muerte de Leotiquidas, ó mejor dicho, el fin de su reinado en Esparta y su fuga á Tegea ocurrió el año 476 á 475, el principio de la campaña no pudo ser posterior á la expresada fecha.

viéndonos reducidos á indicaciones inconexas y á simples conjeturas deducidas de la marcha general de los acontecimientos. Lo mismo que se hizo con los hoplitas de Temístocles y de Euaneto cuatro años antes, se trasportaron las tropas de Leotiquidas por mar á la bahía de Pagasas, en Tesalia, sin duda en los triereos megarenses, corintios y eginetas. Escogióse esta ruta porque, dada la tirantez de relaciones entre Laconia y Atenas, la marcha de un ejército peloponesio por tierra en direccion á Tesalia, podia despertar recelos en la segunda y precipitar el rompimiento antes que Esparta afirmara su posicion en el Norte. No era facil prever la conducta que adoptaria Atenas en presencia de aquel acto de su rival, pero habia motivos para temer que cerrase á los lacones la retirada por tierra. Eran, pues, varios los motivos que aconsejaban el traslado de las tropas por mar, cuya vía ofrecia, además, la ventaja de que si los aleuadas ocupaban las Termópilas, podia verificarse el desembarco á espaldas de los desfiladeros en la bahía de Pagasas que pertenecia á los aqueos, desde donde, á breves jornadas, se trasladaria el ejército á Larissa, residencia de los aleuadas.

Herodoto se limita á consignar que «Leotiquidas condujo el ejército á Tesalia, cuyo país quedó en poco tiempo sometido á su dominacion,» y Pausanías dice únicamente que «enviado á Tesalia para castigar á los aleuadas, sometió el rey Leotiquidas todo el país, por haber salido triunfante en todos los combates;» con análogo laconismo dice el autor del libro de la malignidad de Herodoto, que Leotiquidas derribó en Tesalia el gobierno de los dinastas Aristomedes y Angelos (1).

Pero se ignora donde y de qué manera ejercian el

(1) Herod. VI, 72. Pausan. 3, 7, 8. Malignit. Herod. 21.

mando estos dinastas, y qué actitud adoptó la nobleza en la contienda; de noticias aisladas podemos deducir únicamente que la guerra no terminó en 476, y por otros testimonios se sabe que la empresa fracasó en última instancia, porque Leotiquidas antes que recojer el fruto de sus triunfos prefirió enriquecerse con el oro de los aleuadas, á la manera que Pausanías manchó sus manos con el oro de los persas. «Leotiquidas fué cogido en flagrante delito, pór habérsele visto sentado en el campamento sobre un saco de dinero.» Como quiera que sea, está bien probado que la empresa no dió el resultado que se buscaba; muy al contrario, los aleuadas continuaron gobernando en Tesalia y los nobles del país, lejos de unirse con Esparta hicieron alianza con Atenas que, además de no mirar con buenos ojos la expedicion de Leotiquidas, les habia evitado la vergüenza de ser excluidos del consejo anficciónico; de esta manera se reanudaron las amistosas relaciones que habian existido entre Tesalia y la República ateniense, en tiempo de los pisistratidas (1); y así fracasó el tercer ensayo que hizo Esparta para estender su dominacion por el Norte de la Península helena, obteniendo un resultado completamente contrario al fin que se proponia. No obstante pudo darse por satisfecha la orgullosa República con

---

(1) Despues de este hecho, aparecen reinando en Tesalia Ejecratides, de la familia aleuada y su hijo Orestes que le sucede en el trono. Tucid. 1, 111. La alianza de Tesalia y Atenas se halla atestiguada no sólo por el mismo Tucídides 2, 21, sí que tambien por otros hechos no menos significativos, como la proteccion que Cimon dispensó á unos comerciantes tésalos atacados por Sciros, el nombre de Tésalos que dió á su tercer hijo, y más claramente aun el convenio del año 461, la union de tropas tesaliotas al ejército ateniense en 458 (Tucid. 1, 107) y la expedicion de Atenas para reinstalar á Orestes en el trono.

haber escapado de un peligro cuya gravedad no comprendió entonces.

***

La expedicion de Esparta contra Tesalia tuvo por necesidad que despertar recelos en Atenas, donde se la miraria como una empresa dirigida muy particularmente á estorbar la organizacion de la liga de Delos; por consecuencia no pudo ocultarse á los entendidos repúblicos atenienses que la expedicion no tanto iba dirigida contra los aleuadas como contra Atenas, así como no se les ocultaria el peligro que para su patria habia de resultar de una alianza de la nobleza tesalia con la de Esparta, ó en general del establecimiento de su dominacion en el Norte, donde poseia ya varios puntos de apoyo, particularmente en Delfos y en los pueblos dóricos de la montaña. Nadie se haria cargo de la situacion en Atenas como Temístocles, y dada la firmeza conque habia tratado de evitar que su patria cayese bajo la dominacion de Esparta, no dejaria de trabajar ahora para impedir que esta orgullosa República alcanzase, por el indicado medio, lo que Atenas habia estorbado en la Asamblea anficciónica; para lo cual se valió de los mismos aleuadas, segun vamos á ver.

Para nadie y menos para Temístocles era un misterio en Atenas que los lacedemonios jamás aprobarian la creacion de una liga á cuya cabeza figurase Atenas; por tanto, dicho acto provocaria un antagonismo difícil de contrarestar de otra manera que por la fuerza de las armas. La expedicion contra los aleuadas no era más que el preludio de una guerra formal entre los dos principales Estados de Grecia. Al emprender la lucha contra Tesalia no pudo ocultar Esparta sus intenciones hostiles hácia Atenas. Visto lo cual por Temístocles, y te-

niendo en cuenta los primeros triunfos de Leotiquidas en dicho país, concibió el pensamiento de estorbar á todo trance los planes de Esparta en el Norte, rompiendo desde luego las hostilidades, en el mismo invierno del año 476 al 475, con un ataque inesperado á las tropas peloponesias.

Pero el éxito de semejante empresa exigia una gran reserva, por lo que no podia discutirse el asunto ni en el consejo de los quinientos, ni mucho menos en la Asamblea popular; por cuya razon, segun hace notar Plutarco, se presentó el caudillo á dicha Asamblea diciendo: que tenia precision de proponer un asunto de gran utilidad y provecho; pero no era posible discutir la cuestion ante un concurso tan numeroso. Oido lo cual, acordó el pueblo que Temístocles comunicase el asunto á Arístides, y si este se hallaba conforme, se pondria en ejecucion inmediatamente.

Organizada ya la liga, hallábase Cimon á la cabeza de las tropas confederadas guerreando con los persas en las orillas del Estrimon; el ejército estaba, por consiguiente, preparado. De acuerdo con lo convenido comunicó Temístocles su plan á Arístides, quien manifestó al pueblo que no podia haber cosa más ventajosa que el proyecto de Temístocles, pero tampoco más injusta; en su consecuencia la Asamblea popular resolvió no consentir su ejecucion. Con mucha oportunidad observa sobre esto Ciceron que «los atenienses no tuvieron por útil una sola vez lo que en sí era deshonroso».

La campaña de Leotiquidas no terminó en el Otoño del año 476; los triereos que trasportaron las tropas á la bahía de Pagasas recibieron orden de invernar allí ante el temor de que Atenas tomase las armas para cortar la retirada á los peloponesios. Noticioso de estos hechos, concibió Temístocles el proyecto de sorprender la escua-

drilla peloponesia de trasportes, poner fuego á las naves y cortar al ejército la retirada por tierra. Esto equivalia evidentemente á romper las hostilidades contra una nacion amiga, sin prévia declaracion de guerra, por medio de un ataque imprevisto. Las ventajas que de semejante plan podian sacarse eran incontestables; cuando ménos se destruiria parte de la escuadra egineta, sin darla tiempo para presentarse en el Pireo cuyas fortificaciones no estaban aún terminadas, y, en general, se mermarian las fuerzas marítimas de los peloponesios.

Ciceron (1) está conforme con la indicada relacion del suceso, diciendo que Temístocles, «despues de salir victorioso en la guerra contra los persas,» manifestó á Arístides que podia ponerse fuego á la flota lacedemonia que estaba amarrada en Githeo, por cuyo medio se daria un terrible golpe al poder de Esparta. Valerio Máximo coloca así mismo el suceso en la expresada fecha, despues de la retirada de Jerjes; es decir, «despues de haber puesto las cosas de la patria en el estado que tenian anteriormente y de afirmar su poder con ocultos planes,» en ocasion en que la flota lacedemonia estaba en Githeo.

Plutarco narra el suceso dos veces. En la vida de Arístides atribuye á Temístocles el pensamiento de «quemar la armada helena..., por cuyo medio llegarian á alcanzar los atenienses un poder superior al de todos los griegos;» y en la de Temístocles expone que, obligado Jerjes á emprender la retirada, se estacionó la escuadra helena en la bahía de Pagasas, donde pasó el invierno; entonces presentó Temístocles la proposicion indicada (2).

---

(1) De offic. 3, 11.

(2) Temíst. Arist. 22. Themist. 20.

Diodoro no hace mencion de este suceso; pero en cambio supone que, una vez reconstruida la capital, defendió Temístocles la conveniencia de fortificar el Pireo, cuyas obras debian llevarse á cabo en secreto por temor á los espartanos; encargados Jantippo y Arístides de examinar el proyecto, le aprueban; pero su dictámen no venció la resistencia del pueblo, por lo que se vió precisado Temístocles á exponer su proyecto al consejo, que informó tambien favorablemente, despues de lo cual obtuvo el eminente repúblico autorizacion para inaugurar las obras (1).

*
* *

Si comparamos estas noticias con la marcha de los sucesos, veremos que se han trasladado acontecimientos posteriores, particularmente la expedicion de Tolmides, que puso fuego á las balsas de Githeo el año 456, á los tiempos de Salamina, Platea y Micala (2), en los que no pudo ocurrir el hecho en cuestion, segun pretende Ciceron; toda vez que los lacedemonios no poseian en 480 más de 15 triereos, cuya pérdida no podia quebrantar su poder de una manera ostensible. Por otra parte no se comprende que Temístocles provocase de tan insolente manera á los espartanos antes de terminar la fortificacion de Atenas, cuando en todos sus actos demuestra el deseo de evitar un rompimiento, á raiz de los triunfos de Salamina y Micala. Plutarco habla de la escuadra de los helenos, siendo así que no podia estar com-

---

(1) Diodor. 11, 42. 43. Segun parece, este autor traslada á las fortificaciones del Pireo el procedimiento empleado para la construccion de la muralla de Atenas. De todo esto, lo que parece indudable es que el pueblo nombró á Jantippo y Arístides jueces para informar sobre un plan secreto de Temístocles.

(2) Tucíd. 1, 108; Diodoro 11, 84.

prendida en el plan de Temístocles la de Atenas, que era su creacion más preciada. Y luego un hecho de esta naturaleza no pudo ocurrir sino en una época en que se hubiese acentuado marcadamente la oposicion entre los dos Estados rivales y en que no pudiesen quedar comprendidas en la sentencia las naves de Atenas y sus aliados.

El invierno inmediato á la retirada de Jerjes no se estacionó la escuadra en Pagasas. El testimonio de Herodoto no deja lugar á duda que á raiz de la batalla de Salamina se puso cerco á Andros; acto contínuo regresó la escuadra al Istmo para hacer el reparto de los premios, y despues de retirarse cada contingente á su país, volvieron á reunirse en la próxima primavera cerca de Egina. Aun suponiendo que Plutarco aluda al invierno que siguió á la batalla de Micala, está averiguado que Jantippo le pasó con las naves áticas delante de Sestos y no hay motivo para creer que Leotiquidas llevase las naves peloponesias desde el Helesponto á Pagasas, en lugar de despacharlas á sus respectivos puertos; ni tiempo tuvo siquiera para lo primero. De todo lo cual se infiere que la tradicion no supo coordinar los acontecimientos, conservando tan sólo el recuerdo de que el suceso tuvo lugar á raiz del triunfo alcanzado sobre los persas. Por otra parte, tampoco existe entre Esparta y Atenas, en los diez años que siguieron á la batalla de Salamina, un antagonismo tan marcado como el que supone el proyecto de Temístocles y que surgió despues de la creacion de la liga ática. Hay que tener asimismo en cuenta que la escuadra peloponesia se componia principalmente de naves corintias y eginetas, que no estarian comprendidas en el proyecto de Temístocles, y que no pudieron invernar en Pagasas sino con el indicado objeto de atacar á los aleuadas. Tambien fué trasporta-

do por mar á Pagasas el ejército ático espartano que ocupó el paso de Tempe en 480 en marcha contra los aleuadas, y allí permació la escuadra para asegurar la retirada á las tropas. La expedicion que en 458 condujo Nicomedes á Beocia, compuesta de 1.500 espartanos y 10.000 peloponesios atravesó el golfo de Crisa. Rerpecto de la fecha, no puede ser posterior al año 476 ó principios del 475 en que tuvo fin el reinado de Leotiquidas en Esparta. Si Timocreonte se refiere á la organizacion de la liga de Delos en estas palabras de su sátira contra Temístocles: «ensalza tú á Pausanías, tú á Jantippo, tú á Leotiquidas; yo alabo á Arístides, el mejor hombre que jamás ha dado Atenas,» podríamos deducir de ellas que la traicion y la fuga de Leotiquidas coinciden con el año 475; pero Timocreonte compuso estos versos poco despues de la toma de Sestos en 478 y en el Otoño del 477 ya habia ocurrido el rompimiento entre Arístides y Pausanías y habia sido llamado este á Esparta.

El que la noticia del proyecto de Temístocles haya llegado á nosotros, débese en primer término al empeño con que los retóricos griegos han tratado de contrastar el proceder inconsiderado de Temístocles con los sentimientos equitativos y el caracter incorruptible de Arístides. Y sin embargo, como hace notar Teofrasto, cuyo testimonio se halla confirmado por otros datos, la moral de Arístides no siempre se desentendió de los intereses del Estado (1); así en realidad no tuvo nada de leal el medio de que se valió para sembrar y afirmar la discordia en el ejército aliado del Bósforo. De suerte que la divergencia de los dos repúblicos en esta cuestion, fué más política que moral y se referia á la distinta manera de apreciar la actitud que debia observar Atenas para con Esparta.

(1) Plut. Arístid. 25.

***

Al comenzar el movimiento invasor de los persas Temístocles figura á la cabeza de los que trabajan para realizar la union de los griegos y á él principalmente se debe la aproximacion de Atenas á Esparta; pero, rechazada la invasion enemiga, y habiendo dado á conocer Esparta sus intenciones poco conciliadoras respecto de Atenas en la cuestion de la liga jónica, fué Temístocles el más decidido adversario de aquel Estado y resuelto partidario de una guerra que podia dar á su patria el primer puesto entre todos los pueblos de la Península, desapareciendo así un dualismo que se oponia al engrandecimiento de Grecia. Pero Arístides no debió considerar la dominacion de Esparta en Tesalia tan perjudicial como la pintaba Temístocles, y creyó que era más conveniente una política de espectacion ó de ver venir que, unida á una actitud conciliadora hácia Esparta, pudiera mover á esta á reconocer la legalidad de la nueva liga (1).

Aunque el proyecto de Temístocles no se llevó á cabo, la venalidad de su Rey y caudillo desbarató los planes de Esparta; la expedicion no dió resultado y los acontecimientos que siguieron á este fracaso en las orillas del Eurotas parecian dar la razon á los que opinaban que eso bastaria para hacer desistir á los lacedemonios de todo acto de hostilidad contra Atenas.

Habiendo regresado Leotiquidas en la primavera del año 475, sin dar cima á la empresa que se le habia en-

(1) Esta actitud de Temístocles está conforme con toda su política, ya que la construccion de las murallas de la capital y de las fortificaciones del Pireo, no tenian más objeto que prevenir un ataque de los peloponesios por el lado de tierra. Por eso trataron los espartanos de perderle; avivando el odio de Cimon hácia el eminente repúblico.

comendado, fué sometido á los tribunales, como ya lo habia sido en otra ocasion. Pero si entonces pudo ser entregado á los eginetas, no sucedia lo propio ahora, sino que, muy al contrario, logró evadirse, lo que no impidió que se le declarase reo de alta traicion, y que el pueblo, irritado contra él, demoliese su casa.

Una vez traspasada la frontera de Esparta buscó asilo en el templo de la Athena Alea en Tegea, cuyos habitantes se negaron á entregarle. El hecho no carecia de importancia y era un síntoma harto grave aquella resistencia de uno de los más importantes y más antiguos miembros de su Simaquia. La situacion podia empeorarse si Leotiquidas, siguiendo la senda de Cleomenes que le habia colocado en el trono, unia á todos los cantones de Arcadia en una accion comun contra Esparta, cosa no muy difícil por cierto.

Diodoro pone la muerte de Leotiquidas en el año primero de la Olimpiada 70, ó sea del 476 á 475, en cuyo ejercicio desempeñaba Fedon el arcontado de Atenas. Pero esta fecha es demasiado prematura, por cuanto su nieto y sucesor Archidamo, reinó 42 años y falleció el 427, por más que Diodoro coloca su muerte en 434 ó sea ocho años antes de la verdadera fecha, sobre cuyo punto no cabe la menor duda (1). Por consecuencia, Archidamo empezó á reinar el 468, contados los años primero y último de su reinado. Dedúcese esto mismo del hecho de haber reinado Leotiquidas 22 años, que empiezan á contarse, segun vimos antes, en 491. De donde se infiere que Diodoro ha tomado como fecha de la muerte de Leotiquidas el ejercicio de 476 á 475 en que ocurre su destronamiento, siendo así que aquella tuvo lugar en Tegea del 469 al 467 (2).

(1) Diodoro 11. 48. 12, 35.
(2) Herod. VI, 72.

Dejó Leotiquidas un hijo por nombre Zeuxidamo que murió antes que él, dejando otro por nombre Archidamo. Despues de la muerte de su hijo se casó nuevamente Leotiquidas, de cuyo matrimonio tuvo una hija, Lampito, que dió en matrimonio á su nieto Archidamo; hecho que debió tener lugar antes de su destierro ó del año 475; por consiguiente dicho príncipe contaba unos 20 años hácia el 480, y la muerte de Zeuxidamo es anterior á la subida de Leotiquidas al trono ó al 491.

Es verdad que Pausanías afirma que Archidamo empuñó las riendas del gobierno despues de la fuga del padre (1); pero esto se halla en contradiccion con todos los datos cronológicos que acabamos de exponer. Y luego no cabe la suposicion siquiera de que los espartanos colocasen en el trono al nieto inmediatamente despues de la traicion y fuga del abuelo, con quien en la mayor edad hubiera podido mantener peligrosas relaciones. Lo natural es suponer que el trono permaneció algun tiempo vacante, máxime si se tiene en cuenta que el regente Pausanías no sólo inspiraba tambien sérios recelos y fundadas desconfianzas, sino que igualmente se habia ausentado del país, antes del proceso de Leotiquidas, en actitud manifiestamente rebelde.

*
* *

En tales condiciones, la situacion de Esparta no tenia nada de envidiable: vacante el trono de la rama de los proclidas, por la traicion de su propietario, el regente, durante la menor edad del agida Pleistarjo, se encontraba lejos de la patria fraguando los medios de aherrojarla con las cadenas de la tiranía; sin duda el ver frustradas sus esperanzas de obtener nuevamente el mando

(1) Paus. 3, 7, 20.

del ejército del Bósforo, y de salir plenamente absuelto en la causa que se le formara, habia encendido la cólera de Pausanía, y avivado sus ambiciones; en su desmesurado orgullo, nunca creyó el vencedor de Platea, de Chipre y de Bizancio encontrar en Esparta un partido bastante poderoso para arrebatarle un puesto desde el que, por tan fácil modo, podia llegar al logro de sus planes. Pero lo que no se le concedia de buen grado, podia tal vez tomarlo por la fuerza. No en vano habia entablado ya negociaciones con los persas, allanado el camino para echar allí los fundamentos de su poderío, dominar por completo los estrechos para cerrar el paso á los griegos y ponerse en condiciones de oprimir la Grecia, y por último recibir auxilios de Persia á fin de imponer su voluntad, á Esparta primero y luego al resto de la Península. No le faltaban medios para realizar tan vastos planes. Bizancio y otras plazas fuertes de la costa se hallaban en poder de sus asalariados medos y egipcios al mando de su fiel Gongilo; disponia de los cuantiosos recursos en hombres y dinero ofrecidos por el Rey de Persia y en Dascileo, á pocas millas de Bizancio, residia el gobernador, enviado expresamente por Jerjes para prestarle cuanta ayuda hubiese menester para la ejecucion de sus planes.

Segun parece, al emprender la partida, dejó instrucciones á sus amigos para que esparciesen por Esparta el rumor de que salia nuevamente para los estrechos á fin de vengar el ultraje inferido á la patria por los atenienses, al rehusar el reconocimiento de la hegemonia espartana; que sus fuerzas bastarian probablemente para castigar la audacia de los jónios; si bien pudiera ocurrir que le fuese necesario implorar el auxilio de los persas, en cuyo caso no debia el pueblo escandalizarse, pues así convenia al bien comun. Al mismo

tiempo pudo decir á Artabazo, para congraciarse con el Rey, que el primer paso para someter á los griegos á la dominacion persa estaba dado y á él se debia aquel importante servicio: habíase roto la unidad de los cantones griegos y estaba disuelta la liga nacional formada contra Persia.

Cualquiera que fuese el resultado de la empresa, pensaria Pausanías, quedábale el recurso de Bizancio, cuyo gobierno podia muy bien trocarse por el de Esparta y cuya posesion conservaria facilmente con ayuda de Artabazo y de las guarniciones persas de la Propóntide. Despues de todo, érale tambien fácil dar un colorido patriótico á la traicion, haciendo ver que sus tiros iban dirigidos principalmente contra Atenas y sus nuevos aliados; de suerte que no tuvo siquiera necesidad de recurrir á la regencia, antes bien, se valió de ella para dar mayor autoridad á sus disposiciones, lo mismo ahora de lejos que más tarde sobre el terreno.

Como quiera que sea, á pesar del acuerdo por el que se le privaba del mando de las tropas y con palmaria infraccion de sus deberes de regente, salió Pausanías de Esparta, por cuyo acto arbitrario perdió no sólo el derecho que nunca tuvo de llamarse jefe de los helenos, sí que tambien de apellidarse caudillo de Esparta, no obstante las pretenciosas inscripciones que mandó grabar en los votos anteriormente mencionados. Para realizar este viaje fletó un triereo en Hermiona, ciudad perteneciente á la Simaquia espartana, con el que hizo la travesia á los estrechos en el invierno del año 477 ó á principios del 476, «segun decia, para continuar la guerra por la independencia de la patria, aunque en realidad lo hizo para dar cima á sus negociaciones con los persas,» como hace notar Tucídides.

La irritacion que produjeron las expresadas inscrip-

ciones de Pausanías entre los cantones que habian contribuido á la derrota de los persas, particularmente atenienses y tegeatas que tanta parte tuvieron en el triunfo de Platea, no se apaciguó sino haciendo desaparecer aquel motivo de escándalo: á propuesta de los plateenses, que se quejaron de semejante injusticia ante el consejo anficciónico, se puso en los votos, en lugar del nombre de Pausanías, el de todos los cantones que pelearon contra los persas; aparecia en primer término el de los lacedemonios y sucesivamente el de los atenienses, corintios y tegeatas (1). Imposible parece que Esparta dejase impune un acto como el que acababa de ejecutar el regente Pausanías, del que pudieron resultar graves complicaciones; lo menos que podia hacer para desagraviar á los Estados á quienes alcanzó la injuria era privarle de la regencia, único modo, además, de echar de sí la responsabilidad de sus actos; pero no se siguió este procedimiento, tan natural como sencillo.

Dada la actitud que habia adoptado Pausanías, la conducta que con él observase el pueblo espartano, estaba en íntima relacion con la política que se proponia seguir respecto de la nueva liga ática. Ya conocemos los pasos que dió para imponer su voluntad á los atenienses; el triunfo de la política de Temístocles y las causas que impulsaron á los griegos de las islas y del Helesponto á buscar la alianza de Atenas. Esta República, sin arredrarse por los triunfos que alcanzó Espar-

---

(1) El reparto del botin de Platea, su reduccion á numerario y la reduccion del diezmo eran operaciones harto complicadas que exigian tiempo, lo mismo que la ejecucion de los mencionados objetos artísticos. Estando grabada la inscripcion en los mismos cuerpos de las serpientes, es evidente que no pudo esculpirse sino despues de terminada la obra, lo que no pudo tener lugar antes del Verano del año 477.

ta en los comienzos de la campaña contra los aleuadas, prosiguió la organizacion de su simaquia, y la traicion de Leotiquidas hizó pasar á manos de Atenas el predominio que con las armas trató de conquistar Esparta en el Norte de Grecia, como la de Pausanías la puso en condiciones de formar una liga en oposicion á la Simaquía espartana, privando á esta República de la direccion de las tropas helenas. Y en realidad no era insignificante la pérdida de dos caudillos tan inteligentes y reputados como Pausanías y Leotiquidas, ya que seguramente ni la mayoría de los espartanos ni sus aliados seguirian con la misma confianza á un heraclida que á otro general cualquiera. Tales eran las complicaciones en que de improviso se vió envuelta la orgullosa República aristocrática.

*
* *

Segun Diodoro, en el ejercicio de 475 á 474, siendo primer arconte de Atenas Dromoclides, se mostraron altamente ofendidos los espartanos por la defeccion de sus antiguos aliados, amenazándoles con severos castigos. Convocóse la Guerusia para resolver si debia declararse la guerra á Atenas. Los jóvenes y con ellos la mayoría del pueblo votaron afirmativamente, en razon á que, segun ellos, una vez reconquistada la jefatura de todos los cantones helenos, afluirian á Esparta mayores bienes que antes y seria mayor su poderío, de donde resultaria tambien aumento de bienestar á los habitantes del país. Con tal motivo recordóse un oráculo por el que el númen délfico les ordenaba que «no dejasen aflojar las riendas de la heguemonia,» el cual se referia á la situacion presente, toda vez que las riendas se aflojaban en el mero hecho de aspirar sólo á la direccion de las fuer-

zas terrestres y no aspirar tambien á la de las marítimas (1).

«Como quiera que casi todos se declarasen decididos partidarios de esta opinion, no se creyó que nadie osára levantarse en la Guerusia con una proposicion contraria. Mas cierto Hetœmaridas, de la familia heraclida, que por su inteligencia gozaba de gran prestigio entre los ciudadanos, se atrevió á proponer que se dejase á los atenienses la heguemonia del mar, pues no tenian los espartanos verdadero interés en disputársela. Aunque la proposicion era de todo punto inesperada, defendióla con tantos y tan razonables argumentos que, contra toda esperanza convenció primero á la Guerusia y luego á toda la Asamblea del pueblo. Con lo cual, convencidos los lacedemonios de la bondad del consejo de Hetœmaridas, desistieron de su propósito de hacer la guerra á Atenas» (2).

Desgraciadamente Diodoro no expone una sola de las razones de que se valió Hetoemaridas para convencer á los espartanos y Tucídides no entra en más detalles sobre este punto. Despues de exponer cómo los jónios recusaron prestar obediencia á Dorcis, prosigue: «Los lacedemonios no volvieron á enviar nuevos generales por temor de que hiciesen traicion á la patria como Pausanías, y porque deseaban verse libres de la guerra con los medos, al mismo tiempo que juzgaban á los atenienses capaces de ejercer el mando y les miraban como útiles aliados en la situacion presente..., por cuya razon, aunque se apercibieron perfectamente del en-

(1) Más tarde, cuando se trató de colocar en el trono al hijo segundo de Archidamo, en lugar del hijo del segundo Agida, su sobrino, se refirió este antiguo oráculo á la «flojedad» del prestigio monárquico. Plut. Agesil. 3, 30.

(2) Diodoro, 11, 50.

grandecimiento de Atenas apenas estorbaron sus progresos. No mostraron impaciencia por entrar en guerra con esta República á no verse obligados á ello, y en aquel entonces se hallaban además comprometidos en luchas intestinas» (1).

Con cierto enfatismo repite Plutarco el primer motivo que atribuye Tucídides á los lacedemonios: «Esparta adoptó en esta ocasion una conducta verdaderamente admirable; pues cuando se apercibieron de que la plenitud del poder corrompia á sus regentes, renunciaron voluntariamente á la heguemonia y no volvieron á enviar al teatro de la guerra más generales, por tener en más estima la moderacion y moralidad de sus ciudadanos que la soberania sobre la Grecia entera» (2). Pero si tan celosa era Esparta de la moralidad y de la honradez de sus príncipes y caudillos, no se comprende cómo no castigó la corrupcion que «observó en Pausanías,» cómo no hizo en él un escarmiento que apartase á otros de semejante camino; la impunidad de tan desleal caudillo serviria más bien para alentar á otros á imitarle.

Lo cierto y seguro es que Esparta tenia sobradas razones, de carácter moral y político, para no tomar sobre sí la direccion de las fuerzas marítimas de los griegos. En primer lugar no se necesitaba ser un lince para comprender que un pais dedicadc exclusivamente á la agricultura, que hasta cerraba á sus nobles todos los caminos para dedicarse á ocupaciones mercantiles ó industriales, que no ejercia la navegacion ni poseia escuadra, estaba incapacitado para empuñar el cetro de los mares y marchar á la cabeza de los Estados marítimos. Imponíase, además, la conviccion de que Esparta, que por sus tradiciones, por su misma constitucion, por la

(1) Tucíd. 1, 95. 1, 118.
(2) Plut. Aristid. 23.

posesion en que se hallaba colocada la aristocracia con respecto á los perioicos é hilotas, por la organizacion de sus milicias, la instruccion que daba á la juventud y la disciplina á que sometia á todos los hombres, se hallaba reducida al dominio de su propio territorio, á lo sumo podia aspirar á ejercer alguna preponderancia sobre sus más inmediatos vecinos; y luego el carácter de las leyes morales que imperaban en Esparta, sólo producia una caballería apegada al suelo de la patria, por lo que hubiera sido preciso cambiar de raiz la constitucion de la República para convertirla en potencia marítima.

*
* *

Pero estas consideraciones no fueron las únicas que influyeron en el animo de los espartanos; razon de más peso fué seguramente la que apunta como de pasada Tucídides, al decir que los lacedemonios deseaban verse libres de la guerra contra los medos; por lo que no querian empeñarse en una contienda, sin una precision absoluta y sus intestinas discordias les impedian, además, oponerse al engrandecimiento de Atenas. Despues de los pasos que esta República habia dado era evidente que sólo obligada por la fuerza de las armas renunciaria á la jefatura de la nueva liga.

Es verdad que, segun hace notar Diodoro, predominaba en Esparta el espíritu bélico; pero un lijero exámen de la cuestion haria ver que una declaracion de guerra á Atenas en aquellos momentos, equivalia á invitar al Rey de Persia á verificar una segunda invasion en Grecia y allanarle el camino para vencer á los griegos que acababan de ser libertados del yugo persa. Y si este argumento no era decisivo, seríalo la consideracion de que todas las naves peloponesias no eran ni con mucho suficientes para hacer frente á la poderosa escuadra

ateniense; porque si bien podia contar Esparta con el valioso concurso de Corinto y Egina, que miraban aún con más recelo y con peores ojos el engrandecimiento marítimo comercial de Atenas, esta podia disponer de las escuadras de Samos, Chios y Lesbos y de caudillos como Temístocles cuya fama valia por un ejército. Quedábala el recurso de intentar por tierra lo que no era asequible por mar, y ya tenia un desengaño en el reciente fracaso de la expedicion á Tesalia. Por otro lado, aun admitida la posibilidad de vencer á los afamados guerreros de Maraton, de Platea y Micala en campal batalla, no existia la misma posibilidad de derrotarlos al abrigo de las casi inexpugnables fortificaciones de la capital y del Pireo.

Si todas estas consideraciones dejaban alguna duda sobre el éxito de una guerra con Atenas y sus nuevos aliados, habia otros motivos más poderosos que aconsejaban á Esparta á desistir de medir sus armas con aquella República. En efecto; algunos de sus antiguos aliados del Peloponeso no ofrecian entera confianza y su concurso podia faltarla en el momento más crítico; tales eran los cantones de Arcadia, cuya amistad tenia por base el tratado impuesto por los lacedemonios á Tegea hacia el año 555; roto ese convenio era segura la defeccion de los cantones arcadios, que en el asunto del Rey Cleomenes, hácia el año 487, dieron claramente á entender que no era difícil reunirles para combatir á su aliada Esparta (1).

La enemiga de Arcadia no se apagó con la muerte de Cleomenes; así vemos que el principal de sus cantones, Tegea, se hallaba enemistado, sino en guerra abierta con Laconia, pocos años antes de la invasion de Jer-

(1) Tucid. 5. 32.

jes (1). Es verdad que luego se reanudaron amistosas relaciones entre las dos Repúblicas; en el Otoño del 481 aparece Jileo de Tegea apoyando la accion de Temístocles en el Istmo para apaciguar las discordias que se suscitan entre los aliados y en el verano del 479 le vemos trabajando en Esparta para vencer las vacilaciones de esta República y obligarla á cumplir sus sagrados compromisos respecto de Atenas. Los cantones de Arcadia fueron los que más mumerosos contingentes suministraron al pequeño ejército de Leonidas, habiendo peleado en las Termópilas 2.200 hoplitas arcadios, de los cuales 500 eran tegeatas y otros tantos mantineos. Pero Esparta no cumplió su promesa de enviar socorros á aquellos valientes y esta perfidia produjo gran descontento en los valles de Arcadia; de suerte que para la inmediata campaña sólo dieron soldados Tegea y Orcomenos, 1.500 y 600 respectivamente, por haber llegado tarde los hoplitas de Mantinea.

Despues de la expulsion de los persas surgieron nuevas diferencias entre Esparta y los tegeatas que con tanta gloria pelearon en Platea, adelantándose á todos en el ataque y en la persecucion del enemigo. Ignóranse las causas que motivaron este nuevo rompimiento; aunque se supone que pudieron provocarle por un lado la tiranía de Esparta, por otro las sujestiones de Argos que desde entonces precisamente estrecha sus relaciones con Tegea. Pues bien: esta cuestion vino á empeorar ahora la situacion de Laconia; porque si rompia abiertamente con Tegea podia salirle al encuentro Argos y todos los cantones de Arcadia; si, por el contrario, sufria en silencio la provocacion de los tegeatas para declarar la guerra á Atenas, era casi seguro, que tanto Argos como Tegea se pasarian al partido de la República que

(1) Herod. IX, 37.

en la cuestion de la anficcionia habia prestado á la primera un servicio de gran valia y que, por consecuencia veia ya en Atenas un contrapeso á las exageradas pretensiones de Esparta. De todo lo cual se infiere que los políticos espartanos, comprendiendo los gravísimos peligros que podian resultar de una complicacion con Ática, se limitarian á mantener su posicion influyente en el Peloponeso, que por entonces no corria peligro.

Síguese, pues, que Esparta aceptó los hechos consumados por Atenas y renunció á la jefatura de las fuerzas marítimas de los helenos por la imposibilidad en que se encontraba de anular los primeros y de mantener la segunda con las armas, teniendo en frente á los argivos y tegeatas y teniendo la eventualidad de que Atenas se aliase con sus enemigos del mismo Peloponeso. En tal sentido dice Tucídides que «los atenienses eran, en aquellos momentos útiles á los espartanos,» ya que les hubieran causado gran perjuicio aliándose francamente con sus adversarios. Por cuya razon tuvo Esparta que poner á mal tiempo buena cara, á fin de asegurarse de la neutralidad de Atenas, si estallaba la guerra en el Peloponeso.

Pero, además, los espartanos estaban deseosos de poner fin á la guerra con los persas; no tan solo por echar de sí aquella carga, si que tambien por lanzar sobre Atenas los enormes perjuicios inherentes á una guerra casi permanente con Persia, ya que esta nacion no se resignaria á perder los Estrechos y á dejar en poder de los griegos sus recientes conquistas. Obligada Ática á hacer tan prolongados esfuerzos y sacrificios, privada del apoyo de los peloponesios que los espartanos tendrian buen cuidado de ganar para su casa, no era difícil que la pequeña República agotase en la desigual contienda todas sus fuerzas.

Aun la actitud meramente pasiva que aconsejaron algunos podia dar buenos resultados para los lacedemonios. Es verdad que Egina y Corinto no eran partidarias de la abstencion; pero los triunfos y progresos de Atenas, aumentando sus cuidados y recelos, no harian más que estrechar sus lazos de amistad con Esparta; por último, cuando Atenas hubiese agotado sus fuerzas, seria el momento oportuno de hacerla pagar caro su audacia y de cobrarse los perjuicios de la disolucion de la liga.

Habia en Esparta un tercer partido que iba más allá en sus conjeturas. De la lucha con Persia podia resultar la ruina de Atenas, pero tambien su engrandecimiento; en este caso, permaneciendo neutral, podia ocurrir que el Rey de Persia solicitase su alianza para combatir al comun enemigo; por donde se vé que al pensamiento de la neutralidad se asoció, como natural secuela, el de la alianza con Persia. Si llegaba este caso podia ser de gran utilidad la poderosa mediacion de Pausanías. Es indudable que al dilucidarse, en el Verano del año 475, la cuestion de si seria más conveniente para Esparta declarar la guerra á Atenas ó renunciar á la jefatura de las milicias griegas, se sabia ya en dicha capital que Pausanías ejercia el mando en Bizancio. A los lacedemonios y sus aliados no les pareció mal que se disputase á los atenienses la posesion de un punto estratégico de la importancia de Bizancio que era la llave del Bósforo; y entre los parciales de Pausanías habia un partido que no retrocedia ante la odiosa contingencia de tener que combatir á los atenienses con ayuda de los persas; que todavia contaba con fuerzas suficientes para impedir que se privase de la regencia á Pausanías y evitar que se fiscalizasen y reprobasen en debida forma sus odiosos manejos en los Estrechos. En vista de lo cual se

acordó esperar el curso de los sucesos; en último término, si su conducta comprometia á Esparta, siempre se estaba á tiempo de reprobarla (1).

(1) Véanse las pruebas que acreditan la verdad de esta suposicion en mi «Proceso de Pausanías,» Memorias de la Academia de Ciencias de Berlin, 1883, p. 1125 sigs.

VII.

PRIMERAS CAMPAÑAS DE LA LIGA ÁTICA.

Los fuertes destacamentos de tropas persas que guarnecian las plazas y pasos de los rios y aún la presencia de la poderosa columna movible de Artabazo no fueron capaces de impedir en las ciudades helenas de la costa de Tracia vigorosos levantamientos contra la dominacion persa, inmediatamente despues de la retirada de Jerjes, Olinto y Potidea fueron las primeras en tomar las armas; tras empeñada resistencia logró Artabazo someter á la primera; pero los defensores de la segunda rechazaron todos sus ataques y los hoplitas de Potidea se le opusieron nuevamente en el valle del Ásopo, cerca de Platea. Cuando se supo que á pesar de sus descalabros y tremendas derrotas, no obstante la pérdida de las grandes plazas de los estrechos, Jerjes no retiraba las guarniciones de Tracia, las ciudades helenas de esta region pidieron el auxilio de los confederados para arrojar las tropas persas y sacudir el yugo extranjero que pesaba sobre la numerosa série de poblaciones griegas situadas en aquella costa. Defender la independencia de los pueblos helenos era precisamente uno de los princi-

pales fines de la nueva liga y la noble aspiracion de Atenas (1); por otra parte su poderío aumentaria de un modo notable con el ingreso en la confederacion de tan importantes poblaciones y de las islas inmediatas á la costa de Tracia. Atenas, á su vez, tenia razones especiales para no rehusar una peticion que la ofrecia excelente ocasion de ejercitar las fuerzas de su Simaquia.

El Rey Alejandro de Macedonia, que no habia ocultado sus simpatías por los griegos durante el levantamiento de los jónios en el reinado de Dario, tuvo que reconocer nuevamente la soberanía de Persia tan pronto como quedó sofocada la rebelion. Más tarde la expedicion de Mardonio y sucesos posteriores le obligaron á borrar con solícitos actos de vasallaje el recuerdo de su rebeldia. Por lo demás, no le faltaban poderosos mediadores cerca del Rey de Persia, toda vez que su hermana Gygea estaba casada con Bubares, hermano del gobernador de Babilonia Zopiro, é hijo de Megabizo, el caudillo que bajo el reinado del predecesor y padre de Alejandro, habia incorporado la Tracia y Macedonia al imperio persa. Pues bien; la familia de Megabizo era una de las siete que constituian los llamados príncipes de la sangre.

Alejandro supo aprovechar estas relaciones de familia y de vasallaje para ensanchar sus dominios. Asegúrase en las «Historias filípicas» de Trogo, cuyo autor demuestra hallarse perfectamente informado, como que bebió sus noticias en los libros de Deinon, que «Alejandro ensanchó sus dominios, no tan sólo por su inteligente gobierno, sí que tambien merced á la magnanimidad de los persas; gracias á su parentesco con Bubares pudo el príncipe macedonio mantener la paz en tiempo

(1) Tucíd. 9, 96.

de Dario, quien le perdonó su desleal proceder durante el levantamiento de los jónios, y ganar luego el favor de Jerjes de tal manera, que el Rey le invistió con la soberanía de todo el país situado entre el Olimpo y el Haemo» (1). Concuerda esto perfectamente con el papel que desempeña el citado príncipe cerca del Rey y de Mardonio durante la campaña de Jerjes.

Pero tan pronto como vislumbró, algunos dias antes de la jornada de Platea, que podia ocurrir un cambio de cosas importante, llevó en secreto á los helenos una embajada, que tanto podia interpretarse en favor de los griegos como de los persas, de la misma manera que, valiéndose de un mensaje equívoco, alejó á los primeros del paso de Temple para dejar libre la marcha á los segundos. Despues de las victorias de Platea y Micala, y de la toma de Sestos y Bizancio, tuvo por seguro el triunfo de los griegos y, sin acordarse de los grandes favores que debia á los persas, realizó un nuevo cambio de posicion. Atacó las guarniciones persas que defendian las plazas griegas de la costa macedónica, como Pidna, Methone, antigua colonia de los eretrios, y Therme y se apoderó de las ciudades y de sus defensores, asociándose de esta manera francamente al partido de los libertadores de Grecia. Con el producto de la venta de los prisioneros medos, que en gran número cayeron en sus manos, mandó erigir una estátua de oro á Júpiter olímpico y otra de sí mismo tambien de oro en Delfos, que se colocó cerca del voto ofrecido por los griegos con el producto del botin de Salamina, que representaba un hombre de bronce, de tamaño colosal, sosteniendo en la mano un espolon de nave (2).

(1) Justino 7, 4.

(2) No es fácil que Alejandro llevase sus conquistas mas á Oriente de Therme, á lo largo de la costa; Olintho pagaba el *foros* de Arístides; Tucíd. 6, 18.

Dueño ya de la costa de su país trató Alejandro de establecer su dominacion más á Oriente, en el Estrimon. Este territorio daba gran variedad de productos: en los llanos de la costa el suelo era fertil; las montañas que rodeaban el lago de Cercinitis daban excelentes maderas en abundancia; en el curso medio del rio, al Norte del lago de Prasias, habia minas de plata, y más á Oriente, no lejos de la costa, en los cerros del Pangeon, habia minas de oro que daban no escaso rendimiento; aquí establecieron los pisistratidas una estacion que les dejaba pingües rentas; Histieo fundó una ciudad en Mircino, sobre la marjen oriental del Cercinitis, donde se retiró y halló la muerte Aristágoras, y cuya posesion conservaron los edones.

*
* *

Atenas no podia ver con buenos ojos que Alejandro se la adelantase en la conquista de tan ricos territorios, siquiera fuese el príncipe *proxenos* de los atenienses (1). La liga ática, desentendiéndose en un principio de las colonias jonio-asiáticas, dirigió desde luego sus fuerzas á la costa de Tracia y se propuso apoderarse del punto donde los persas habian acumulado mayor copia de medios de defensa: el paso del Estrimon que dominaba la via comercial de los lagos y servia para mante-

(1) Sobre las estátuas véase Herod. VIII, 121, Solino p. 72 Mommsen; Ep. Ph. Demosthen. p. 164 R. No es posible que el producto del rescate de los prisioneros cogidos en un sólo punto bastase para levantar dos estátuas de oro; por tanto no cabe tomar en sentido literal la noticia de Filipo, toda vez que su objeto principal es alegar en contra de Atenas un derecho que justifique la posesion de Amfipolis por parte de los macedonios. En cambio el avance de Alejandro en direccion al Estrimon está perfectamente demostrado por el testimonio de Herodoto relativo al producto que le pagaban las minas de plata de aquel territorio. Herod. V, 17 y Plut. Cimon 14.

ner á raya las poblaciones de la costa en direccion á Oriente y á Occidente, hasta la de Estagira y la isla de Thasos: era la indicada plaza Eion, situada en la desembocadura del Estrimon. Encomendóse la direccion de la empresa al hijo más jóven del vencedor de Maraton, llamado Cimon como su abuelo.

Cimon heredó las tradiciones de su ilustre casa en circunstancias por extremo difíciles. Despues de un período de explendor y de gloria parecia haberse apagado la estrella de los filaidas con la muerte de su padre. El hermano mayor de Cimon habia caido antes en poder de los persas; y él mismo no pudo satisfacer al Estado la gruesa multa que el tribunal impuso á Milciades sino despues de casar á su hermana Elpinice con un hombre acaudalado, entrando por este medio nuevamente en el goze de sus derechos civiles (1). Al comenzar el avance de las tropas de Jerjes se declaró ferviente partidario de la política de Temístocles, defendiendo con energía la evacuacion de Atenas y la guerra por mar, lo que produjo gran efecto en la opinion pública por tratarse del hijo de Milciades, vencedor en la mayor batalla terrestre que jamás habian dado los atenienses, y muy particularmente, influyó tal actitud en la juventud de las familias nobles. Habíase ya señalado Cimon en los com-

(1) Segun Diodoro (Exc. Vatic. p 559,) fué Temístocles quien arregló la boda de la hija de Cimon con un hombre acaudalado, que puso en sus manos la suma necesaria para satisfacer la multa de su padre y llevar á los tribunales á los arcontes que le habian encarcelado. los cuales á su vez salieron condenados. Plutarco cuenta que el mismo Temístocles rehusó á un poderoso la mano de su hija para casarla con un hombre de probada inteligencia y cordura: Plut. Themist. 18: Apophthegm. Reg. p. 185. Este hombre prudente fué, á lo que parece, Nicomedes de Atenas y Sibaris la novia. Más tarde hablaremos de la familia de Cimon.

bates de Artemisio y Salamina (1), y al año siguiente le vemos acompañar á Mironides y Jantippo á Esparta, para solicitar de esta nacion el envio de tropas al Citeron á fin de cubrir la entrada de Atenas por aquel punto; en el siguiente milita á las órdenes de Arístides, en los triereos atenienses que formaron parte de la escuadra que conquistó á Chipre y Bizancio al mando de Pausanías.

Lo extraño es que Cimon se uniese con estrechos lazos á Jantippo y Arístides, el primero de los cuales habia perseguido con verdadero encarnizamiento á su padre; y es que estos dos repúblicos habian admitido en su programa la política de Milciades. Aristócrata por tradicion de familia y por conviccion, se adhirió al partido que heredó la política de Clistenes á la democracia atemperada por el censo, poniéndose de esta manera en frente del eminente repúblico que, á la cabeza de las clases marítimas, mercantiles é industriales, de la burguesía, aspiraba á poner la direccion del Estado en manos de la democracia pura. Prefiriendo el mal menor al mayor, parecióle más facil encumbrarse á las alturas del poder al lado de Arístides y Jantippo que al lado de un caudillo cuyos hechos habian eclipsado la justa fama del vencedor de Maraton.

Es de suponer que Arístides recibiese con los brazos abiertos á un marino tan entendido como Cimon, que en varios encuentros habia hecho ya honor á la escuela de su padre, y que le ofrecia ocasion de tener en su partido uno de los nombres más ilustres de Atenas, uniendo así bajo su direccion á los alcmeonidas y filaidas. Segun Plutarco, «para oponer un contrapeso á la arreba-

(1) Plut. Cimon 5.

tadora influencia y sin par audacia de Temístocles, favoreció Arístides á Cimon» (1).

El jóven repúblico estrechó con los herederos de Clistenes lazos más íntimos que los de la política; y á fin de borrar para siempre la antigua enemiga que separaba á las dos mencionadas familias, y hasta hacer desaparecer el recuerdo de la persecucion que aquella familia rival habia hecho á su padre, no se satisfizo con una simple amistad: se unió á ella con los fuertes lazos del parentesco, buscando compañera en la casa alcmeonida; Cimon se casó con Isodice, hija de Euriptolemo, que era nieto de Hipócrates, hermano de Clistenes (2).

En estas condiciones era natural que Cimon obtuviese pronto un mando independiente, viendo así colmadas sus aspiraciones; sin duda se le juzgó más capaz que á ningun otro para dirigir la expedicion de Tracia que iba á partir para el territorio del Estrimon. En efecto; cuando su padre tuvo que huir de los persas buscó asilo en dicho país y se estableció por breve tiempo en la comarca indicada. De ella procedia la madre de Cimon quien podia tener aún allí relaciones de familia; de todos modos nadie estaba en mejores condiciones que él para adquirir noticias sobre los territorios que se proponia atacar la liga. Las fuerzas que condujo Cimon en el Verano del año 476 á la desembocadura del Estrimon, se componian de triereos y tropas de Atenas y de sus aliados; por consiguiente era esta la primera expedicion militar que emprendia la liga ática.

***

Mandaba la plaza de Eion el comandante persa Bo-

---

(1) Cimon 5.

(2) Plut. Cimon 4. 16.

ges. Juzgando suficientes las tropas de la guarnicion, para hacer frente á los hoplitas que desembarcó Cimon salió al campo, pero los persas fueron derrotados y encerrados en la fortaleza. Formalizado el cerco se resistieron hasta el último extremo. Comprendiendo que no podia esperar socorro, ofreció Cimon á Boges la salida libre mediante la entrega de la plaza; mas el animoso comandante rechazó la proposicion, para que no creyera el Rey que lo habia hecho por cobardia á fin de salvar su vida. Cuando los sitiados se vieron acosados por el hambre, mandó Boges arrojar por la muralla al Estrimon todo el oro y toda la plata que habia en la ciudad, hizo levantar una gran pira, la puso fuego, y matando á sus hijos, su mujer, sus concubinas y sus esclavos, arrojó los cadáveres á las llamas y él se lanzó tras ellos á la hoguera. Segun Herodoto «Boges fué el único jefe de las plazas de Tracia y del Helesponto, tomadas por los griegos á quien Jerjes proclamó valiente, honrando sobremanera á sus descendientes, y los persas ensalzan aún hoy con justicia el acto heróico de Boges.» Los vencedores redujeron á la esclavitud á todos los habitantes y soldados que quedaron con vida. Ocurrió este hecho en el Otoño del año 476 antes de Jesucristo (1).

En efecto; Plutarco hace notar que la toma de Eion tuvo lugar estando ya organizada la liga ática, y Tucídides afirma que la toma de dicha plaza fué la primera empresa de la nueva liga y el primer hecho de armas independiente de Cimon: «Primeramente, conducidos por Cimon tomaron, prévio el asedio, la plaza de Eion, sobre el Estrimon, ocupada por los persas.»

Varios son los hechos que sirven de punto de parti-

---

(1) Tucid. 1, 98. Herod. VII, 107. Plut. Cimon 7.

da para fijar la fecha del expresado acontecimiento. En primer término el conflicto promovido en Bizancio por Pausanías y sus expediciones á la Propóntide que, segun vimos antes, no pudieron ocurrir antes del Otoño del 477, como la toma de Bizancio que tuvo lugar en el Verano del mismo; la organizacion de la liga que coincide con la Primavera del 476, despues de negar los ligados la obediencia á Dorcis en el Otoño anterior; y por último, el testimonio del escoliasta de Esquines que explica la alusion del orador (1) á las desgracias que sobrevinieron á los atenienses en el territorio de la desembocadura del Estrimon diciendo: «aconteciéronles estas desgracias: en primer lugar los tracios destrozaron á Lisistrato, Licurgo y Cratino que peleaban en Eion, sobre el Estrimon, apoderándose de la plaza en el arcontado de Fedon,» es decir, en el ejercicio de 476 á 475. Si los colonistas que se establecieron en Eion ó trataron de quitar á los tracios terreno despues de la toma de dicha plaza, perecieron hácia la primavera del 475, lo más tarde, síguese que el sitio y la toma de la plaza tuvieron lugar en el Verano y Otoño anteriores.

La noticia del mencionado escoliasta se halla confirmada por Isócrates, cuando dice que los colonos establecidos en la desembocadura del Estrimon sucumbieron cuatro ó cinco veces, ya que hay autorizados testimonios que acreditan la gran derrota de Daton y Drabesco (2). Los tracios se opusieron resueltamente al estable-

(1) Falsa legatio 31.

(2) Nepote y Plutarco confunden tambien en uno los dos asedios. El primero dice que Cimon «ejerciendo por primera vez el cargo de general en jefe,» derrotó grandes masas de tracios á orillas del Estrimon; segun Plutarco, Cimon encerró primeramente á los persas en la plaza, luego atacó y arrojó de sus territorios á los tracios: por último, somete por hambre á los persas y conquista una comar-

cimiento de colonias atenienses en aquellos territorios, como antes habian hecho la guerra á Aristágoras de Mileto.

Es verdad que Diodoro pone la toma de Eion por Cimon en el año de Demotion, ó sea en el ejercicio de 470 á 469, pero se refiere á la segunda toma en que la arrebató del poder de los tracios que la habian reconquistado á los atenienses, por más que, confundiendo ambos hechos, supone que la tomó de los persas (1).

Sea de esto lo que quiera la primera campaña emprendida por la liga ática dió un resultado brillante y el comienzo de la carrera militar de Cimon, no pudo ser más glorioso, ya que habia vencido á uno de los generales más experimentados y animosos de Persia. A la toma de Eion siguió el levantamiento de todas las ciudades helenas situadas á Occidente del Athos, hasta Olintho, de suerte que Argila, Estagira, Acantho, Escolo, Olintho y Espartolo, empezaron á pagar el *Foros* de Arístides (2).

Así como Jerjes honró á Boges segun la medida de la resistencia que opuso al enemigo, de la misma manera los atenienses apreciaron el mérito de Cimon, no por el valor de la conquista, sino por el heróico esfuerzo que tuvo que hacer para realizarla. En efecto; segun

---

ca bellísima donde los atenienses fundan Eion y Amfipolis. Pero despues de todo es evidente que la liga, una vez constituida, no podia permanecer en completa inaccion durante seis años, y los aplausos que se prodigaron á Cimon, su lucha con Temístocles en las Olimpiadas del año 472, prueban tambien que antes de esta fecha habia realizado ya importantes hechos de armas. Isocr. Filip. 5.

(1) Tucíd. 5, 18.

(2) Aeschínes in Ctesiph. 183. 184. Demosth. in Lept. 112. Plut. Cimon 7. Sobre el orden de las inscripciones y el cambio de *prôtoi* en *prôtô*, véase Kirchhoff Hermes 5, 48, y Schmidt Rhein. Museum 1881 p. 1 sigs.

Plutarco, «aunque no se cogieron muchas cosas en la poblacion, por cuanto la mayoría de los bárbaros se habia abrasado con Boges, tributáronse á Cimon honores tales como no se habian concedido ni á su padre Milciades ni á Temístócles. Cuéntase entre ellos el privilegio singularísimo de poder erigir en la galería de los Hermes, sita en el mercado, que segun parece empezó á construir el mismo Cimon, con la parte de botin que le cupo en suerte, tres héroes en señal y recuerdo de su victoria, aunque no se levantaron bajo su nombre. Las inscripciones decian: «En otro tiempo salió de esta ciudad Menesteo con los atridas á la guerra del campo troyano; alábale Homero como el mejor ordenador de batallas entre todos los danaidas de bróncea coraza; así no es impropio llamar á los atenienses hombres de ánimo varonil é inteligentes en la guerra. Porque en verdad fueron valientes los que en Eion, cerca de las aguas del Estrimon, hicieron padecer hambre abrasadora á los hijos de los medos, y vencieron, despues de reducirle al último extremo, al caudillo enemigo. Los atenienses erigieron á sus jefes por sus buenos servicios y brillantes triunfos estos hermes, en recompensa, para que su vista estimule á alguno de las generaciones venideras á ejecutar empresas difíciles en provecho de todo el pueblo.»

*
* *

En las campañas inmediatas obtuvo Cimon nuevos laureles en la costa de Tracia, por más que tuviese la guerra diferentes alternativas. Poco despues de la toma de Eion, en la primera mitad del año 475, sucumbieron los aventureros atenienses que se habian trasladado allí para colonizar la fertil campiña, bajo la direccion de Lisístrato, Licurgo y Cratino, pereciendo á manos de los

tracios que en todo tiempo se opusieron con tenez resistencia al establecimiento de los griegos en el curso inferior del Estrimon. Los bárbaros se apoderaron tambien de la plaza (1).

En cambio cayeron una tras otra en poder de los griegos todas las plazas marítimas guarnecidas por tropas persas, con la única excepcion de Dorisco, plaza situada en la desembocadura del Hebro, en que se sostuvieron los asiáticos. Era su comandante Mascames y todos los esfuerzos que se hicieron para tomarla «por más veces que se repitieron los ataques con respetables fuerzas, fueron inútiles» (2). Mas fuera de esta plaza toda la costa de Tracia bañada por el Egeo, quedó libre de la dominacion persa, de suerte que todas las plazas griegas allí situadas, las numerosas poblaciones de la Península de Calcidice, desde Enea hasta Estagira y Argila, con Olintho, en la que Artabazo habia puesto, poco tiempo antes, por gobernador á Critóbulo de Torone, y las situadas á Oriente del Estrimon hasta Aenos, entraron á formar parte de la liga ática. Tambien Methone y Aeson, ciudades de la costa macedónica, solicitaron y obtuvieron la gracia de ser admitidas en la liga á fin de sustraerse á la dominacion de Alejandro, en cuya obediencia continuaron Pidna y Therme (3).

De esta manera se agregaron á la confederacion

(1) La colonizacion de aquel territorio por atenienses, á consecuencia de la conquista de Cimon, es un hecho del que hace mencion Plutarco en dos pasajes distintos: «Cimon no cogió gran botin en Eion; pero dió á los atenienses una fértil y hermosísima campiña (Cimon 7);» y ellos colonizaron á Eion y Amfipolis (id. 8). Sin embargo, poco despues de la toma de Eion sufrieron los colonos el terrible descalabro de que hicimos mencion anteriormente, que coincidió con el mandato de Fedon, ó el ejercicio de 476 á 475.

(2) Tucíd. 1, 61. 137. 2, 29.

(3) Tucíd. 5, 18.

ateniense casi todas las ciudades de la costa de Tracia y sus islas, Thasos y Samotracia, aumentando sus fuerzas de un modo extraordinario. Arístides hubo de aplicar á los nuevos coligados la ordenanza de la confederacion, fijando los buques y tropas que cada uno debia dar para el ejército federal y la cuota foral que le correspondia; así se dice expresamente que dicho repúblico determinó el impuesto que debian satisfacer Argila, Estagira, Acantho, Escolo, Olintho y Espartolo. Con la entrada de los nuevos aliados en la liga se duplicaron los ingresos del tesoro federal y aumentó asimismo considerablemente la escuadra; por cuyo medio ascendieron los primeros á unos 200 talentos anuales, y la escuadra se componia de triereos suministrados por igual entre Atenas y los demás aliados.

No marchaban tan bien los asuntos de la liga en el Helesponto. Pausanías que, desde Bizancio, dominaba todo el Bósforo cerró á los ligados la importante vía comercial que enlazaba con el Ponto y su actitud antipatriótica puso á los persas en condiciones de apoderarse nuevamente del Helesponto; Sestos, con tanto trabajo reconquistada por Jantippo volvió á caer en sus manos, por cuyo medio tambien quedaron interrumpidas las relaciones de las ciudades de la Propóntide con la liga ática.

*
* *

Hallábanse empeñados en esta lucha de la costa de Tracia y de los estrechos cuando al comenzar el año 472, en las Leneas de Enero ó en las Dionisias de Marzo, presentó Esquilo á los atenienses, bajo la forma de un drama lírico, la gran derrota de Jerjes en las playas de Salamina (1). El gran trágico opuso ahora sus *Per-*

(1) Argum. Persarum: Epí Mênônos 473 á 472: Diodoro 11. 51.

sas á las *Fenicios* de Frínico que cuatro años antes le valieron á su autor el premio. Lo mismo que Frínico llevó el teatro de la accion al palacio real de Susa. Formando contraste con el gobierno sabio, moderado y glorioso de Dario que enaltecen en sus cantos los nobles persas, presenta el vate griego el orgullo de Jerjes que produce la ruina del imperio. En lugar de los lamentos de las mujeres fenicias que perdieron en las costas áticas á sus padres, esposos y hermanos hizo oir á los atenienses las quejas de los príncipes persas que con triste acento se lamentaban del «golpe de Salamina que habia roto el yugo de la fuerza,» y manifestaban el temor de que los pueblos no pagasen al gran Rey más tributos, de que le negasen la obediencia y la murmuracion cundiese por todas partes (1). Esquilo tuvo presentes, al poner en boca de los persas estos lamentos, la pérdida de las islas, y las recientes conquistas de Chipre y de las ciudades de Tracia y tal vez el levantamiento de Babilonia.

En el trascurso de la accion sale á la escena Atossa, hija del gran Ciro, preguntando dónde está situada Atenas y qué Rey la gobierna; aparece luego la sombra de Dario lamentándose con dolorido acento de que sus conquistas vengan á ser presa del que alargue hacia ellas la mano y anunciando á los persas que ni con ejércitos mucho mayores lograrian nada contra Grecia; por último presenta el poeta ante los ojos de los atenienses al mismo Jerjes que entra fugitivo en Susa con los vestidos desgarrados y exclama, presa de dolor profundo: «¡ojalá que yo hubiera sucumbido tambien allí; el Ares, de los yávanas, diestro en la navegacion, agitó de noche el mar!»

Establece luego el poeta paralelo entre la victoria

(1) Pers. 585 sigs. 915.

«de la lanza dórica en los campos beocios» y el triunfo de Salamina, pondera tanto el merito de Arístides por el triunfo alcanzado sobre los persas en Psyttalea, como el de Temístocles por la parte que tuvo en el éxito de dicha batalla, y de todos los actos con que puso de manifiesto sus dotes de caudillo y de hombre de gobierno sólo hace memoria de su ingeniosa embajada, con lo que da claramente á entender el autor de los Persas sus simpatías por Arístides y su afan de ensalzar á este repúblico, efecto sin duda de la influyente posicion que entonces ocupaba el organizador de la liga ática y de sus aficiones personales á la política que representaba en frente de Temístocles.

Hasta qué punto habia aumentado el prestigio de Cimon á consecuencia de sus campañas de Tracia se evidenció en las Olimpiadas del Verano inmediato. Así como en las anteriores fué Temístocles el que atrajo las miradas de todos, oscureciendo hasta los triunfos militares y atléticos de los príncipes siracusanos, sin que pudiera evitarlo el poderoso estro pindárico, del propio modo se fijaron ahora los ojos de todos en el vencedor de Eion. Ni Hieron fué capaz de disputarle esta gloria con los nuevos laureles que habia conquistado desde la última fiesta. Dos años antes habia alcanzado su escuadra brillante victoria sobre los tirrenos, librando de su dominacion á Cumas, la más antigua posesion de los griegos en la costa de Italia, y los concurrentes á la solemnidad olímpica pudieron admirar los yelmos de bronce cogidos á los tirrenos en la batalla y ofrecidos por el príncipe de Siracusa á Júpiter olímpico (1).

Así como Píndaro proclamó cuatro años antes á Teron de Agrigento el mejor de los griegos, de la misma

(1) Pind. Pyth. 1, 70 sigs.

manera tributó ahora justos elogios al vencedor de Cumas, elevando este triunfo por encima de las victorias de Salamina y de Platea y atribuyendo á Hieron la mayor gloria que jamás alcanzaron los helenos en el campo de batalla. Añádase á esto el triunfo que alcanzó la yegua Ference de Hieron y se comprenderán el entusiasmo del ilustre vate y los elogios que tributa al animal y á su dueño, á quien llama «el más noble y poderoso de todos los vivientes» (1).

Mas á pesar de todo esto la admiracion de las masas se concentró toda en el héroe que habia vencido á Boges y librado del yugo persa á los hermanos de la costa de Tracia. Segun Plutarco «los griegos encontraron muy en orden que se distinguiese en Olimpia por su magnificencia la tienda de Cimon y que su equipo, sus utensilios y su mesa fuesen brillantes; pero vituperaron á Temístocles por querer imitarle, en razon á que cuadraba bien aquel lujo en un hombre de tan distinguida casa como Cimon, mas no en Temístocles que carecia de medios para sostenerle (2).

*
* *

Yerra seguramente Plutarco al decir que el pugilato político entre Cimon y Temístocles ocurrió cuando el último «aun no habia adquirido celebridad,» ya que en aquel tiempo era Cimon un muchacho, por cuanto habiendo nacido en 510, era 15 años más jóven que Temístocles por lo menos. Por otro lado, antes del 480, no pudo Cimon hacer cuantiosos gastos, pues ni recurso, tenia para satisfacer la deuda de su padre. Téngase además, en cuenta que en las Olimpiadas del 480 ha-

(1) Olymp. 1, 102—106.

(2) Cimon tendria en Olimpia mesa abierta lo mismo que en Atenas. Plut. Temíst. 5.

llábanse ambos caudillos en la escuadra, y en las del 476 fué Temístocles el héroe de la fiesta; por el contrario, en 472 se hallaba ya ostraciado este repúblico y por tanto incapacitado para concurrir con Cimon en las Olimpiadas del 468 (1). Síguese, pues, que el pugilato sólo pudo tener lugar en las fiestas del 472, época en que habia alcalzado ya Cimon sus primeros triunfos, y que la fecha señalada por Plutarco es de todo punto insostenible, como opuesta á los más autorizados testimonios históricos.

De todos modos está por averiguar, si efectivamente se emitieron en Olimpia semejantes juícios; pero es sin duda cierto que los concurrentes á la solemnidad fijaron más su atencion en los recientes méritos de Cimon que en los servicios incomparablemente mayores de Temístocles.

Era la primera vez que fuucionaban los diez hellanodices. Alcanzó el premio del estadio Dandes de Argos, gran carrerista que habia salido vencedor quince veces en las carreras de Nemeo, tres veces en Piton y dos en el Istmo; en el Pancracio venció el ateniense Callias qne, ya entrada la noche, alcanzó el triunfo definitivo sobre el último de los grupos vencedores (2).

Como quiera que sea, las muestras de respeto y admiracion que se tributaron á Cimon en el Cladeo, no fueron del todo expontáneas. Es indudable que los es-

(1) Nótese que Plutarco une la relacion del pugilato moral entre los mencionados caudillos en Olimpia, con lo que se refiere al triunfo que alcanzó Temístocles por medio de las Fenicias en 476.

(2) Andoc. c. Aleib 32. Pausan. 5, 9, 3. Sobre los triunfos de Dandos, véase la inscripcion, que erróneamente se atribuye á Simonides: en Simonid. Fragm. 125 Bergk P. L. 4 No cabe duda que en Pausan. 2, 19, 7, debe leerse *Dándês* por *Ládas*, puesto que, además, este autor habla del lacedemonio *Ládas* en Pausanías 3, 21, 1. 8, 12, 3.

partanos harian todo lo posible por enaltecer á un hombre que no ocultaba sus simpatías por las costumbres y la disciplina lacedemonias. Y no era tan sólo la correspondencia á esta amistad, la gratitud lo que movió á los lacedemonios á procurar la exaltacion del hijo de Milciades.

«Los espartanos hacian la oposicion á Temístocles, por lo que trataron de aminorar su influencia y debilitar su prestigio en Atenas, á fin de que no pudiera dañarles.» Y segun una noticia de Teopompo conservada por Plutarco, «cuando empezaron los lacedemonios á combatir á Temístocles trataron de robustecer el prestigio de Cimon, que aún se hallaba en la flor de la juventud, procurando darle el predominio» (1). ¿Por qué causas combatian los espartanos á Temístocles? Indudablemente á fin de vengarse de los daños que, como buen ateniense, les habia hecho, desbaratando sus planes de engrandecimiento que hubieran ocasionado la decadencia de Atenas, y tal vez teniendo en cuenta sus proyectos relativos á la escuadra peloponesia de Pagasas, si alguien habia vendido su secreto. Unicamente razones de esta cuantía eran suficientes para despertar odio profundo hácia el hombre á quien antes tributó Esparta especialísimos honores.

Mas aún existian otros motivos de mayor peso para que Lacedemonia extremase la persecucion contra el héroe de Salamina; por ese medio creia poder apartar los grandes peligros que la amenazaban, capaces de hacerla olvidar hasta la pérdida de la heguemonia sobre Atenas y los jónios y otras ventajas que la habia arrebatado la perspicaz mirada de Temístocles.

---

(1) Plut. Themíst. 20; Cimon 16; Rühl. Fuentes de Plutarco en la vida de Cimon, p. 19-20.

***

Las desgracias se habian sucedido con pasmosa raridez en Esparta. Tegea, el canton más poderoso de Arcadia, rehusó la entrega de Leotiquidas, lo que dió motivo á que estallase la guerra entre las dos repúblicas, tomando parte Argos en favor de Tegea; otro hecho simultáneo dió tambien marjen á que se enfriasen las relaciones entre Elis y Lacedemonia. Hallábase esta pequeña República ocupada en cambiar su constitucion aristocrática por una forma de gobierno eminentemente democrática. En lugar de las nueve tribus antiguas de la nobleza, creáronse diez, cada una de las cuales nombraron uno de los diez hellanodices que funcionaron ya en la citada Olimpiada. Tambien en Mantinea cundió el descontento con el gobierno aristocrático y gracias á la influencia de Argos tomó tal preponderancia el movimiento democrático que se esperaba de un momento á otro el triunfo de las masas y con él la desaparicion de la preponderancia espartana. Por donde se vé que cuando Atenas organizaba una liga que consolidaba y acrecentaba su poderío, se desmoronaban los cimientos de la Simaquia espartana y esta orgullosa República aristocrática, con ribetes de monarquismo, veíase precisada á luchar por la existencia.

Pero aún habia más. Apenas podia suponerse que los escandalosos manejos de Pausanías en Bizancio, no tuviesen fatales consecuencias para Esparta; sobre todo teniendo en cuenta las negaciaciones que seguia con los persas. Si estos no habian osado aún presentarse desembozadamente en Bizancio, su actitud les dejó libre campo para emprender la reconquista del Helesponto y reanudar las relaciones con Dorisco; de suerte que por su culpa ondeaba nuevamente la bandera persa en Sestos y los helenos perdieron los estrechos.

No obstante tan manifiesta traicion aun continuaba desempeñando el alto cargo de regente de Esparta. De donde se infiere que ó el partido de Pausanías era tan poderoso, que los eforos y la Guerusia, los más altos poderes de la nacion, no osaban pronunciar la sentencia de destitucion contra su regente, ó el partido á la sazon dominante en Esparta sostenia con él inteligencia secreta á fin de estorbar, con ayuda de los persas, los progresos de los atenienses en los estrechos y de obligar á las ciudades helenas de aquella region á salir de la liga ática. Cualesquiera fuesen los motivos en que se fundaba Esparta para mantener en su puesto á Pausanías, ella era la responsable de sus actos, en tanto que desempeñase el cargo de regente y Atenas obraba con arreglo á derecho al ver un *casus belli* en el hecho de que el mencionado caudillo estuviese haciendo una oposicion sistemática y de gravísimas consecuencias á los intereses de Ática y de sus aliados. ¿Qué sucederia si el gran adversario de Esparta, Temístocles, presentaba una proposicion en dicho sentido y en su consecuencia Atenas hacia alianza con Argos y Tegea? Cortadas entonces las comunicaciones con sus antiguos aliados del Norte: Corinto, Sicyon, Fliunte, Trecena y Epidauro, por la interposicion de Argos, Tegea y Mantinea, podia resultar fatal para Esparta una guerra con Atenas.

Síguese, pues, que Esparta no hizo más que defender su propia existencia al combatir á Temístocles y apoyar la exaltacion al poder de sus adversarios Arístides y Cimon; repúblicos que, por otra parte, habian dado recientes pruebas de su aptitud para desempeñarle y más elocuentes aún de su acendrado patriotismo. Pero ambos querian la conservacion de la paz y de las buenas relaciones con Esparta, al mismo tiempo que el mantenimiento de la liga ática; Cimon particularmen-

te, que hacia consistir la fuerza de la nacion helénica en esa armonía de los dos Estados, por cuya razon defendia con energia la conveniencia de dejar á Esparta el dominio del Peloponesio, en tanto que Atenas estendia su influencia por el Egeo, viviendo ambas Repúblicas en amistoso consorcio. Por el contrario, Temístocles creia que únicamente la jefatura de Atenas seria capaz de mantener la union entre los cantones griegos. y sostenia como condicion precisa la humillacion de Lacedemonia. De acuerdo con esta opinion puso ahora especial empeño en que, aprovechando una feliz ocasion, que tal vez no volveria á presentarse, apoyase Atenas á los tegeatas y argivos en su contienda con Esparta, resolviendo de una vez la cuestion de la heguemonia en Grecia.

*
* *

Cimon habia heredado los dotes militares, la penetrante mirada y la rápida resolucion de su padre en la direccion de un ejército, y no desmereceria de aquel gran caudillo en ninguna de estas cualidades; en política, por el contrario, al tenor de los datos que tenemos para juzgarle, faltábanle la penetracion y prevision tan necesarias en esa carrera. Aristócrata de corazon, cuyo carácter no abandonó al adherirse al partido de Arístides, y soldado por temperamento, parecióle que la disciplina militar lacedemonia, la morigerada vida de campamento de los soldados espartanos, juntamente con la ausencia de todo comercio, industria, tráfico y negocio de dinero constituian el modelo de un hombre perfecto, la verdadera vida del ciudadano que todos debian imitar. De este alto concepto, de esta excesiva estimacion de las costumbres espartanas provenia su creencia política en la necesidad de una accion comun y armónica de las dos Repúblicas

en todo lo que hiciese relacion á los intereses nacionales helenos. Para mejor manifestar al exterior estas ideas y borrar, además, las huellas de la enemiga que de antiguo existia entre su casa y la de los alcmeonidas no dió á los hijos que tuvo en Isodice los nombres usuales en su casa: Teiandros, Milciades, Hippoclides, y Stesagoras, sino que al primogénito le llamó Lacedemonio; al segundo, en recuerdo de los honores que se le tributaron en Olimpia le nombró Eleo, tal vez para significar tambien sus opiniones panhelénicas; y al tercero le puso por nombre Téssalo, bien fuese para conmemorar las amistosas relaciones que desde la cuestion anficciónica y la expedicion de Leotiquidas mantenia Atenas con los príncipes de Tesalia, ó tambien para significar que debia ser tan buen ginete como excelente caballero.

El plateense Aimnesto que mandó el cuerpo de hoplitas de esta ciudad en Maraton y Platea, dió tambien á su hijo el nombre de Lacon; en Platea, se le hizo próxemo de Esparta (1).

La indicada filiacion de los hijos de Cimon se halla atestiguada asimismo por el periegete Diodoro, comensal de Alejandro (2). Sin embargo, Stesimbroto sostiene que Cimon tuvo á Lacedemonio y Téssalo en una mujer oriunda de Cleitor, y Periecles les reprocha varias veces el origen de su madre; pero el mando de Lacedemonia en 432 y la acusacion presentada por Téssalo contra Alcibiades prueban que los atenienses no encontraron nada que reprochar en dicho origen (3). El físico

(1) Tucid. 3, 52.

(2) Plut. Cimon 4, 16.

(3) Tucíd. 1, 45; Plut. Pericl. 29. Plut. Alcib. 19. 22. La segunda esposa de Cimon pudo llamarse Cleito; pero la Kleitô Kímônosgünê que se cita en una inscripcion del año 397 (Corp. I. Gr. hluns.

Arquelao, díscipulo de Anaxágoras, compuso unas elegias consolando á Cimon por la pérdida de Isodice, cuya muerte sintió en extremo.

No obstante causó no pequeña sospresa en Atenas que Cimon diera á sus hijos, en lugar de los nombres tradicionales de su familia, otros tomados de las tribus helenas; lo que seguramente halagó un poco la vanidad espartana. El cuidado y patronato de los espartanos residentes en Atenas estaba á cargo de dos familias nobles áticas: los dedujos de Eleusis, representados á la sazon por Callias é Hipponico, y los eurisacidas, que tenian por representantes á Clinias y Alcibiades; eso no obstante nombró tambien Esparta á Cimon su proxeno en Atica. Lo extraño es que, una vez rotas las relaciones entre Cimon y Pericles, por más que los alcmeonidas debian estar agradecidos á Cimon por su noble conducta, le hizo severos cargos por no haber puesto á sus hijos los nombres usuales en su familia, en razon á que los etnográficos de que habia echado mano sólo servian para evidenciar las ideas del padre (1).

Respecto del nombre de Clinias hemos visto figurar al primero entre los jefes del partido de Solon, á su hijo Alcibiades entre los desterrados de los pisistratidas, al

---

180), pertenece á un Cimon más jóven, tal vez nieto del primero; y Stesimbroto de Thasos, que odiaba en Cimon al destructor de la independencia de su isla, hizo del expresado nombre una mujer oriunda de Cleitor en Arcadia. De los seis hijos que dan á Cimon los escolios á Arístides (Aríst 3 p. 155 Dind.) no son seguros más que los tres que hemos mencionado, debiendo ponerse en tela de juicio los otros tres: Milciades, Cimon y Peisianax; en primer lugar, porque hijo y padre no llevaban nombres iguales, y luego está probado que Peisianax es el hermano de Isodice, esposa de Cimon, segun veremos despues.

(1) Plut. Pericl. 29.

frente de los nobles que regresaron con Clistenes, siendo de notar que de esta época precisamente datan las relaciones de las dos familias con Esparta; por último Clinias, hijo de Alcibiades, se dió á conocer en las jornadas de Artemisio y Salamina (1).

---

(1) Tucíd. 5, 43. 6, 89. 8, 6. Andocid. de pace 3. Es evidente que en este pasaje se ha cometido una errata material al decir: Milciades, hijo de Cimon, en lugar de Cimon, hijo de Milciades; Aesch. fals. legat. 172; Nepos Címon 3. El nombramiento de proxeno hecho en favor de Cimon debió coincidir con la ovacion que se le tributó en Olimpia, y es de todos modos anterior al año 470.

VIII.

LA REFORMA DE ARÍSTIDES.

Desde la derrota del poderoso ejército de Mardonio en los campos del Asopo habia dirigido Temístocles, con omnímoda autoridad, los negocios de Atenas. Ya conocemos los trabajos de fortificacion, las reformas y las obras de todo género que, para el engrandecimiento de Atica, se llevaron á cabo bajo su iniciativa y las acertadas medidas que adoptó para llevar al país brazos, facilitando por modo extraordinario la inmigracion extranjera. Debióse tambien á su previsora política el que fracasaran los planes de Esparta para convertir la anficionia en docil instrumento de sus ambiciosos planes, y el que Atenas pudiese constituir su liga aún á riesgo de comprometerse en una guerra con Lacedemonia. Su posicion á la cabeza del pueblo ático parecia tanto más asegurada y menos expuesta á contrariedades, cuanto que sus más temibles adversarios, Jantippo y Arístides, habíanse visto precisados á seguir los principales rasgos de su política, sin que mostrasen reparo en consagrarse con todas sus fuerzas á la ejecucion de sus proyectos marítimos.

Mas contra toda esperanza, al finar el tercer decenio de la quinta centuria encontramos á Arístides, estrechamente aliado con Cimon, subiendo en la consideracion del pueblo tanto como descendia Temístocles, en tanto que Jantippo figura ya entre los políticos de cuartel, por cuanto su nombre sólo vuelve á figurar en 475. Es verdad que Arístides prestó á su patria un servicio inapreciable desbaratando la antigua Simaquia espartana y emprendiendo con sin igual audacia la reorganizacion de la nueva liga, en la que desempeña Atenas el principal papel; la actividad que á la contínua desplegó en la organizacion administrativa de las poblaciones trácias, la equidad y desinterés que resplandecen en todos sus actos y con los que se atrae las simpatías de los nuevos aliados de Atenas, no pudieron menos de afirmar y acrecentar su prestigio en la capital de Ática (1).

Estaba á su lado el hijo del vencedor de Maraton, rodeado del explendor de sus recientes hazañas, cuya fama publicaban los versos de los hermes, y coronado con los laureles de los triunfos que acababa de alcanzar en Tracia. Y este eminente caudillo tenia la ventaja de ser tan entendido en la direccion de un ejército de tierra como en el mando de una escuadra. Si Temístocles mejoró la forma de los triereos facilitando sus movimientos, Cimon les dió mayor anchura y puso en comunicacion la popa con la proa por medio de pasillos cruzados (2).

Oriundo Cimon de una de las más nobles familias del país, que llegó á ejercer autoridad soberana en el

(1) Diodoro 11, 44, haciendo alusion al antagonismo entre Temístocles y el partido de Arístides-Jantippo. Pero este escritor confunde en este pasaje el proyecto del Pireo con el plan de Temístocles relativo á la escuadra de los peloponesios.

(2) Tucíd. 1, 14. Plut. Cimon 12.

Quersoneso, emparentado con la raza alcmeonida y ahora favorecido por Arístides, no debe maravillarnos que su actitud y sus recientes hechos de armas le conquistasen una gran popularidad. Hombre de elevada estatura y magestuosa apariencia, realizada por el cabello que en gruesos rizos le caia por la espalda; amigo de las mujeres y aficionado con moderacion al vino, sin orgullo ni altanería, era tan cariñoso y franco en el trato con sus subordinados como animoso y resuelto en el combate. Tampoco le faltaba el don de la palabra (1).

De sentimientos nobles y generosos, segun lo reconoce el mismo Critias, daba á todos franca hospitalidad en su casa de Atenas; y mientras que él vivia con sencillez extremada, al uso espartano segun él mismo decia, todo ateniense encontraba mesa puesta en la casa solariega de los filaidas, que estaba en Lakiadæ (2); las puestas de sus jardines permanecian siempre abiertas, á fin de que cualquiera pudiese recrearse con sus higos y sus vinos. Jamás negó su apoyo al necesitado, precisamente la cuantiosa porcion que le correspondió del botin cogido al enemigo en sus diferentes campañas, le puso en condiciones de poder seguir sin cortapisa los impulsos de su corazon y de adornar además la capital con suntuosos edificios.

---

(1) Ion en Plutarco, Pericl. 5. Plut. Compar. Cimon et Luculli 1. Los cómicos le achacan no pocos vicios y actos inmorales; no solamente le acusan de haber vivido maritalmente con su hermana uterina Elpinice, sí que tambien de haber cultivado, segun costumbre espartana el amor á los muchachos, cosas que atestiguan los versos de Eupolis, citados por Plutarco Cimon 15. Melanthio habia cantado antes sus cortesanos amores con Mnestra y Astería. Plut. l. c. 4. Respecto de los cargos que le hacen los cómicos por sus relaciones ilícitas con Elpinice véase Tzez. histor. 1, 590. Consúlt. Nepos Cimon 2.

(2) Blut. Cimon 10. Plut. Compar. Cimonis et Lucull. 1.

No conocia la avaricia ni era asequible el soborno; así se decia de él que habia acrecentado su fortuna con el botin del enemigo para gastarla y que la empleaba en conquistar honores. Sus mismos adversarios alababan sus buenas cualidades; los aliados le tenian por un general cortado á medida de sus deseos, que se mantenia siempre dentro de los límites de la prudencia, y el pueblo ateniense que tenia en gran estima la naturalidad de su trato, la amabilidad con que recibia aún á los más modestos y humildes y su carácter jovial y despreocupado le miraba como «el señor más cariñoso y hospitalario, á quien podia con gusto obedecerse, como un hombre verdaderamente divino, al que nadie igualaba con mucho en Grecia» (1).

*
* *

En frente de la creciente influencia de Arístides y del prestigio cada dia más alto de Cimon, empezó á decaer la estrella de Temístocles. Segun hace notar Platon los atenienses cobraron aversion á Temístocles por el fastidio que les causaban sus largos discursos, pero Ciceron opina que lo que obró ese cambio desfavorable al eminente repúblico fué la envidia, y esta es tambien la causa que da Nepote. «Los unos, dice Diodoro, temian su influencia, en tanto que los otros envidiaban su fama» Al decir de Plutarco «la envidia hizo una campaña eficaz contra Temístocles y muchos se sentian agobiados por su extraordinaria grandeza. Tambien opina el mismo escritor que los atenienses llevaron á mal que él mismo les recordase con tanta insistencia sus propios méritos, como el que su hijo Cleofanto se

(1) Plut. Cimon 10. Sobre la popularidad de Cimon véase Cratinos en los Arquílocos.

permitiese decir en varias ocasiones que los atenienses querian lo que queria Temístocles (1).

Segun parece, le hicieron igualmente cargos por haber levantado en Melite, cerca de su casa, un santuario á la Artemis Aristobule ó la mejor consejera. Pero antes de la invasion de Jerjes habia perdido Temístocles á su esposa Arjippe, hija de Lisandro de Alopeke (2). Habiéndose casado nuevamente despues de la expulsion de los persas, tuvo de este segundo matrimonio dos hijas, á la primera de los cuales puso por nombre Mnesiptolema ó sea recuerdo de la guerra y Nikomaje ó vencedora en el combate á la segunda; sin duda los atenienses interpretarian estos nombres como una prueba de vanidad y de orgullo (3).

Como quiera que sea, hay poderosas razones para creer que no faltarian á Temístocles envidiosos y enemigos en Atenas, y que otros muchos se sentirian oprimidos por su grandeza; el mismo Plutarco coloca en este número muy particularmente á Alcmeon, de origen alcmeonida segun indica su nombre, cuando dice: «combatir por mera envidia á un hombre honrado, que

(1) Platon, Gorgias p. 516. Cicero. Amicitia 12, 42. Nepos Themist. 8. Diodoro 11, 54. Plut. Themíst. 22. De educat. 2. No cabe duda que se debe leer en este pasaje Cleofanto por Diofanto.

(2) Además de cinco varones, le dió Arjippe dos hembras: Sibaris é Italia que casaron respectivamente con Nicomedes de Atenas y con Panthoedes de Chios.

(3) Plut. Them. 30. 32. Los expresados nombres prueban que las dos hijas nacieron con posterioridad á la batalla de Salamina. Mas como quiera que Temístocles consagró al sacerdocio á Mnesiptolema entre 461 y 460 no pudo nacer mucho despues del 480; la más jóven se casó con su primo Frasicles de Magnesia, despues de la muerte del padre, hallándose al cuidado de su hermano; y la tercera hija habida en la segunda mujer, nació en Magnesia y era por tanto mucho más jóven que las otras.

descuella entre todos por sus excelentes cualidades, á la manera que Alcmeon combatió á Temístocles, no es decoroso ni útil» (1).

*
* *

Pero seguramente no fueron motivos de esta índole los que llevaron á Arístides á hacer una oposicion tan intransigente en la esfera política á su rival Temístocles, despues de vivir cinco ó seis años en armonía con este repúblico. Respecto de Cimon es tambien seguro que no se inspiró más que en su arraigada conviccion política al colocarse en una actitud de oposicion aún más intransigente con relacion á Temístocles.

Por lo demás, las tradiciones harto incompletas que tenemos de este período, sólo nos dejan entrever con alguna probabilidad las causas que alimentan esa oposicion tan marcada, que en todo caso nace de la distinta manera de apreciar los rumbos de la política ateniense. Lo que con más claridad se descubre es la oposicion de la política exterior de Arístides y Cimon á la de Temístocles, aplicada especialmente en las relaciones de Atenas con Esparta. El último dió bien claramente á conocer sus principios sobre ese punto en numerosos actos que sumariamente hemos indicado en los capítulos que anteceden; en la cuestion de las fortificaciones, de la escuadra, de la Anficcionia y de la expedicion á Tesalia; y el odio que Esparta profesaba al eminente repúblico, no era más que el reflejo de la actitud hostil en que éste se habia colocado con respecto á aquella. Por eso tambien vemos á Lacedemonia apoyar con toda su influencia á Cimon, que era á la sazon el más temible rival de Temístocles.

(1) Plut. Praecepta ger. reip. 10.

Tocante á los diversos rumbos que estos repúblicos imprimieron á la política interior, sabemos que Temístocles no correspondió al apoyo que le dispensó el Areópago en los críticos dias que siguieron á la batalla de Artemisio y á la pérdida del paso de las Termópilas; y es que no pareciéndole oportuno el aumento de autoridad que habia adquirido el Areópago á consecuencia de su levantada conducta durante la guerra, trató de contrarestar ese predominio (1). Aunque con extremado laconismo, Plutarco afirma terminantemente que «Arístides y Cimon hicieron la oposicion á Temístocles que se proponia encumbrar la democrácia» (2).

La misma situacion de las cosas nos permite deducir consecuencias más precisas. Temístocles no dejaria de hacer notar la claridad con que Esparta habia manifestado sus tendencias hostiles á Atenas, de las que podia deducirse fundadamente que si la necesidad del momento la habia obligado á permitir que se constituyese la liga ática, en circunstancias más favorables podia muy bien volver sobre su acuerdo; pues era evidente que por su voluntad nunca renunciaria á la jefatura de Grecia y que aún, en el supuesto de que ella renunciase, Corinto y Egina la empujarian por distintos derroteros, á fin de conservar ellas su preponderancia marítima en frente de Atenas; y Esparta no podia dejar de atender á Corinto si no queria verse tambien expuesta á perder la heguemonia del Peloponeso.

Atenas habia ido ya demasiado lejos para detenerse á mitad del camino; la lucha decisiva era en realidad inevitable, fuese en el terreno de la política ó en el de las armas. Con su acostumbrada constancia insistiria

(1) Arist. Pol. 5, 3, 5 Argum. Isócr. Panathen Cicero Offic. 1, 22, 75.

(2) Plut. Cimon 10.

Temístocles en poner de relieve los perjuicios que Esparta habia causado á la Grecia entera, y en particular á Atenas por medio de su regente Pausanías, que al entregar traidoramente los estrechos á los persas habia cerrado aquella magnífica vía á las transacciones mercantiles de los helenos, como no dejaria de llamar la atencion hacia la inutilidad de las reclamaciones que entablara Atenas para poner coto á los vergonzosos manejos de Pausanías.

Cuando estallaron las hostilidades entre Esparta y Tegea, que tenia por aliados á los argivos, parece seguro que Temístocles, con aquella osadia y vehemencia que le eran características, trató de obligar á Atenas á unirse con estos dos cantones á fin de asestar á su rival el golpe decisivo; hecho que se deduce claramente de la excelente acogida que luego tuvo el caudillo ateniense en Argos, así como de la política que desarrolló desde aquel punto, segun veremos más tarde. Contra las apreciaciones de Temístocles pudieron hacer valer Cimon y Arístides que la ruptura de relaciones con Esparta entorpeceria los progresos de la guerra con Persia y Jerjes obtendria tales ventajas que podria impedir la liberacion de los griegos que aún gemian bajo el yugo extranjero; que era á todas luces injusto romper de improviso la paz con Esparta, en el momento mismo en que esta República otorgaba su asentimiento á la formacion de la liga ática, por lo que Atenas contraeria una gran responsabilidad rompiendo sin verdadera necesidad la unidad panhelénica y desgarrando de esta manera las fuerzas de Grecia (1). Por tanto, Atenas debia hacer todo lo posible por conservar la amistad de Esparta, y toda vez que esta nacion se habia confor-

(1) Plut. Cimon, 16.

mado con la creacion de la liga ática, la equidad demandaba que, á su vez, Atenas respetase el poder de Esparta dejándola ejercer la heguemonia del Peloponeso. De todo lo cual venian á deducir los mencionados repúblicos que lo más conveniente para Ática era una política basada en la alianza de los dos Estados, que inspirase confianza á unos y á otros; por cuya razon Atenas debia negar su concurso á los enemigos de Esparta, como único medio de procurar su propio bienestar y el de Grecia.

*
* *

Mas la penetrante mirada de Temístocles iba sin duda más lejos y al mismo tiempo que en Esparta se hallaba fija en otro punto. Segun hemos tenido ocasion de ver, su política abarcaba el Occidente al mismo tiempo que el Oriente. Nombrado en una ocasion mediador entre Corcyra y Corinto, falló el pleito en favor de la primera. Y es que aquel pais le parecia un excelente punto de apoyo para el comercio ático y un poderoso auxiliar de su política; por cuya razon, nombrado próxeno de Corcyra en Atenas, puso especial cuidado en mantener amistosas relaciones con esta isla. A fin de obligar á los corcyrenses, sin duda, combatió en Atenas los proyectos de Admeto, rey de los molassos, que pretendia estender sus dominios en direccion á la costa y para realizar este plan, que podia ocasionar perjuicios de consideracion á Corcyra se proponia, tal vez, ajustar un tratado de alianza en Ática (1). Poco antes de librarse la batalla de Salamina le vimos anunciar en un consejo de estrategos, en son de amenaza, que los atenienses se trasladarian á Occidente, á un territorio de las

(1) Tucíd. 1, 136.

orillas del Sirir que les pertenecia, por haberle colonizado los jónios; proposicion que sin duda desagradaria á muchos, en particular á los corintios.

Tal vez posteriormente ocurrieron en aquella costa sucesos que, á su juicio, aumentaron aún las ventajas que antes podia ofrecer á los atenienses; de suerte que en el caso de rehuir la lucha con Esparta pudiera encontrar Atenas una compensacion y una revancha al mismo tiempo, acrecentando sus fuerzas, en prevision de que estallara la guerra, y asestando un buen golpe al poder marítimo de Corinto, el más importante de los aliados de Esparta.

Segun parece, Temístocles conservaba vivo el recuerdo de la destruccion de Sibaris por los crotoneos, y no perdia de vista que la lucha de los partidos en las ciudades de la Baja Italia habia debilitado sus fuerzas en términos que, despues de la expulsion de los pitagoreas y del descalabro que sufrieron Region y Tarento en el Otoño del año 473, parecia hasta dudoso que pudieran sostenerse si no se les daba la mano; hé aquí por qué Temistocles creia llegado el momento oportuno de asentar el pié en aquella costa y robustecer el poder de los griegos en toda la Italia meridional. El estado que se declarase protector de estas ciudades adquiria ipso facto el derecho de jefatura sobre ellas. Es verdad que Tarento, heredera del comercio de Sibaris no veria con buenos ojos el establecimiento en aquellos parajes de una colonia que pudiera hacerla competencia, pero no se hallaba en condiciones de oponer resistencia ni de manifestar prácticamente su resentimiento, antes por el contrario se veria precisada por las circunstancias á aceptar el ofrecido apoyo; por cuyo medio se estableceria aquí entre las ciudades del golfo tarentino y Ática una relacion análoga á la que existia entre dicha Re-

pública y las islas del mar Egeo y las ciudades helenotrácias. Contando con la adhesion del Congreso, cuyos intereses la empujaban más del lado de Atenas que de su Metrópoli Corinto, podia Ática imprimir á su política esta nueva direccion que establecia un perfecto equilibrio entre sus intereses de Oriente y de Occidente.

Desde que los emigrados espartanos se establecieron en Tarento al finar el octavo siglo vivieron en constante lucha con la poblacion indígena: los yapijes de la costa. A vuelta de muchas peripecias, razzias, ataques imprevistos y mortíferos encuentros, reunieron los yapijes todas sus fuerzas para librar un combate decisivo. En la espectativa de verse atacados por más de 20.000 guerreros impetraron los torentinos el auxilio de Micitho, sucesor de Anaxilao en el gobierno de Region y Messana. Envióles este príncipe un importante socorro, á pesar del cual los tarentinos fueron completamente derrotados en las cercanías de la ciudad, quedando rota de todo punto su línea de batalla. Gran número de tarentinos quedaron tendidos en el campo, haciéndose subir á 3.000 el número de hoplitas muertos, y los yapijes les fueron tan de cerca á los alcances, que estuvieron á punto de entrar en la ciudad confundidos con los fugitivos.

Herodoto, que ha conservado la relacion de este suceso, no da el número de muertos, pero asegura que ésta es la mayor derrota de los griegos que ha llegado á su noticia (1). En aquella desgraciada jornada encontró la muerte un número tan considerable de nobles tarentinos que la aristocracia perdió el predominio y tuvo que ceder el puesto á la democracia (2).

(1) Herod. VII, 170. Diodoro 11, 52.
(2) Aristot. Polit. 5, 2, 8.

El proxeno de Corcyra insistiría en que no se dejase perder ocasion tan oportuna, pero sus adversarios objetarian que para tales empresas no bastaban las fuerzas de Atenas y de sus aliados reunidas, comprometidas como estaban en la guerra de Oriente; que por tanto, esta distraccion, á nadie seria beneficiosa más que á los persas y, por último, que tan pronto como se embarcase Atenas en aquella aventura se hacia inevitable el conflicto con Corinto y podia surgir fácilmente otro más peligroso con Hieron de Siracusa, quien no podia consentir que Atenas sentara el pié á las puertas mismas de Sicilia.

***

Esta política de Temístocles se traduce con bastante claridad de sus relaciones con los corcyrenses, de su actitud en la cuestion de Admeto, de los nombres que puso á sus hijas, de su alusion al territorio de Siris y, por último, de la enemistad que profesaba á Hieron, todo lo cual demuestra que aquel eminente repúblico tenia puestos los ojos en Occidente y queria imprimir esa direccion á la política de Atenas. Aun despues de su muerte se mantenia vivo en Atenas este recuerdo, y la renovacion de la alianza de Atenas con el príncipe de los mesapios, que coincide próximamente con la fundacion de Thurii (1), lo mismo que su tratado de amistad con Egesta hácia el 450, demuestran la realidad de esa política.

Pero no eran estas las únicas cuestiones que dividian á los partidos capitaneados por Temístocles de una parte y, por Cimon-Arístides de otra; existian otras no

(1) Tucid. VII, 33.

ménos interesantes de carácter interior, sobre las que se sostenian opiniones y tendencias opuestas.

El servicio militar obligatorio y la armada eran dos reformas importantísimas introducidas por Temístocles, á las que debia Atenas su preponderancia sobre todos los cantones de Grecia y ésta sus triunfos sobre los persas. El cuarto estado incluido en dicho servicio, con arreglo á la nueva reforma, habia cumplido á maravilla sus deberes en circunstancias por extremo difíciles: los indivíduos pendientes en la trierarjia, los desacomodados en el cargo de remeros. En vista de lo cual, no era posible negarle por más tiempo los derechos anejos á los deberes que se le imponian, ya que el Estado es propiedad de todos los que contribuyen con sus fuerzas y sus bienes á su sostenimiento y defensa, segun hace notar con mucha oportunidad Aristóteles al exponer los motivos que pueden dar origen al cambio de constitucion de un Estado (1).

Era tanto más injusto oponerse á estas pretensiones del cuarto estado cuanto más pesadas y constantes eran las cargas que se le habian impuesto desde la batalla de Salamina y más necesarios eran para lo porvenir sus servicios, si se habia de sostener con ventaja la guerra con Persia y cumplir los compromisos que Ática habia contraido al aceptar la jefatura de la nueva liga. La experiencia habia demostrado ya que Atica no podia prescindir de estos servicios sin renunciar á las venta-

---

(1) Polit. V, 3, 5: *metabállousi de kai es oligarjian kai es démon kai es politeian ek tou endokimésai é auxézénai é arjeion é mórion tés poleòs hoion en Areió págó boulé endokemésasa en tois Médikóis édoxe suntanôteran poiésai tén politeian kai pálin ho nautikós ójlos guenómenos aitios tés peri Salamina nikés kai diá táutés tés heguemonias diá tén kátá zálattan dúnamin, tén démokratian isjurotéran epoiesen.*

jas con tanto trabajo adquiridas, toda vez que el sostenimiento de la escuadra exigia, como condicion precisa, la cooperacion del cuarto estado.

Con arreglo á las leyes solonianas que habian quedado vigentes en la reforma de Clistenes, sólo tenian derecho á presentarse candidatos al arcontado, aquellos propietarios que tuviesen una renta propia de 500 celemines ó sea los indivíduos de la primera clase del censo; en el consejo, que de acuerdo con la reforma de Clistenes era el encargado de la administracion pública, sólo podian tomar asiento los propietarios con 150 celemines de renta por lo menos, en cuyo número estaban comprendidos los indivíduos de las tres primeras clases del censo. Como es natural, surgió ahora la duda de si seria oportuno abolir estas restricciones abriendo á todos los ciudadanos áticos la puerta para toda clase de empleos. Los defensores de esta medida alegaban que el arcontado, fuera del cargo de polemarjo, era una funcion meramente representativa, cuyas obligaciones se reducian á ciertas funciones religiosas, á la incoacion de procesos y al ejercicio de las tutorías; mas á esto se objetaba que, tratándose de empleos gratuitos y funciones no tan sólo improductivas, sino que solian ocasionar grandes gastos, áun en el supuesto de que se ampliase en el sentido indicado el derecho para ocuparlos, de hecho sólo podrian aspirar á ellos personas bien acomodadas; de suerte que en todo caso no podrian aspirar á dicha dignidad más que los grandes propietarios de bienes raices y ricos capitalistas de la cuarta clase, como navieros, comerciantes é industriales. En realidad de verdad no era equitativo excluir á estos ciudadanos de los más altos empleos de la nacion, despues de haberles impuesto la pesada carga de la trierarjia y de concederles, en compensacion de la misma, el mando

de la nave cuyo armamento les incumbiera y con él un puesto importante en la gobernacion del Estado.

*
* *

Aún ofreció más dificultades la admision de esta clase de ciudadanos en el Consejo de Estado, y en todo caso, á pesar de la importancia cada dia mayor que tenian los asuntos en que entendia este cuerpo quedarian excluidos de él todos aquellos que, careciendo de rentas propias, se viesen imposibilitados para desempeñar sus funciones, especialmente el cargo de pritanes, que exigia un servicio permanente, incompatible con todo negocio que requiera constantes cuidados. Síguese, pues, que la admision de la cuarta clase en el consejo sólo alcanzaria de hecho á personas de regular posicion social; como industriales, comerciantes bien ó medianamente acomodados y navieros, á todos aquellos, en fin, que pudiesen atender á las necesidades de la vida sin un esfuerzo cotidiano.

En tanto que los expresados cargos fuesen gratuitos, no podia ocurrir el inconveniente de que entrasen á ocupar puestos de tanta responsabilidad personas de las clases inferiores, sin instruccion ni experiencia; podia sin embargo oponerse á tal reforma, la objecion de que por la admision del capital movible á los altos empleos de la República, se introducia en la organizacion administrativa un cambio radical que trastornaba por completo el edificio de la constitucion de Solon, reformado por Clistenes. Precisamente para evitar este peligro Arístides y Jantippo, á la sazon jefes del gobierno, se opusieron con energía hacia más de diez años á la reforma de la constitucion militar de Ática y á su trasformacion en potencia marítima, mediante la introduccion del servicio obligatorio, á lo menos para la escua-

dra. Entonces la gobernacion del Estado se hallaba en manos de los propietarios de las tierras, con exclusion de aquellos hortelanos y jardineros, que labraban sus terrenos á mano; de suerte que únicamente los yunteros tenian derecho á los empleos públicos, de los que tambien estaban excluidos los que sólo poseian un capital movible, por grande que fuese.

Sin embargo, este privilegio de los grandes propietarios se hallaba contrapesado por el sistema electivo de todos los altos funcionarios, y por consecuencia del poder ejecutivo, en cuya provision tomaban parte todos los ciudadanos, lo mismo propietarios que personas desacomodadas, así como tambien por el hecho de que la administracion de justicia en última instancia se efectuaba por una comision en la que tambien tenian representacion todos los habitantes de la República. Una vez ampliado el derecho á la gobernacion del Estado, era evidente que la mayor parte de los empleados públicos irian á parar á manos de los capitalistas, sin excluir los cargos del arcontado y del consejo.

En efecto; dada la existencia del sufragio universal, la mayoría de los electores se componia de indivíduos del cuarto estado, algunos de los cuales, es verdad, eran campesinos y jornaleros que dependian en un todo de los grandes propietarios, pero la gran masa de electores estaba formada por navieros, constructores de buques, industriales y comerciantes, todos los cuales se hallaban en relaciones más íntimas con los capitalistas burgueses que con los grandes propietarios de las tierras. El sistema electoral soloniano, modificado por Clistenes en sentido más liberal, tenia ya la ventaja de poder elegir á aquellos candidatos que por sus trabajos en favor de los intereses del pueblo hubiesen ganado la confianza de

las masas ó que, á lo ménos, hubiesen mostrado deseos de acrecentar su bienestar.

Infiérese de aquí que desde el reinado de Clistenes encontróse el gobierno del Estado en manos de aquella fraccion de grandes propietarios que defendia los intereses del pueblo, aunque probablemente formaban la minoria de su clase; pero en virtud de la nueva reforma quedaba tambien esta minoría excluida de los altos cargos de la República, ya que los sufragios favorecian casi exclusivamente á los magnates de la capital que vivian en más inmediato contacto con el gran núcleo de los electores. Inútil es advertir que todos los perjudicados por la nueva reforma la harian enérgica oposicion, no sólo en la perspectiva de verse excluidos de la gobernacion del Estado, sí que tambien para evitar el peligro de verse sometidos en lo porvenir á la plutocracia, precisamente cuando acababan de sufrir las consecuencias de dos devastadoras invasiones que á nadie perjudicaron tanto como á ellos. Eso no quiere decir que la política siguiera siempre, bajo el régimen anterior, una marcha en todo conforme á los deseos de los grandes propietarios, pero de todos modos estarian siempre mejor atendidos los intereses de su clase.

Los efectos de la reforma electoral alcanzaban tambien al Areópago, principal apoyo de la Constitucion soloniana, al que no habia tocado Clistenes. Componíase esta respetable corporacion de grandes propietarios que hubiesen desempeñado el cargo de arcontes, y sus funciones exigian conocimiento de la tradicion y de las leyes escritas, como que les estaba encomendada la conservacion y custodia de los santuarios y de sus tesoros, la inspeccion del culto y de la moral pública, la verdadera direccion del Estado, en el terreno moral, religioso y económico, mision que habia cumplido á maravilla

durante las guerras persas. Por virtud de la reforma electoral formaríase el Areópago de capitalistas é industriales, que entrarian á desempeñar funciones para las que no tenian ni la debida preparacion ni los oportunos conocimientos; de esta manera se encargarian de dirigir las ceremonias religiosas, personas que no conocian el ritual y de aplicar el código criminal negociantes ó industriales que ignoraban por completo las «leyes tradicionales,» sobre las que descansaba el régimen de la República. Aparte de estos inconvenientes, la entrada del cuarto estado en el Areópago, llevaba cada año á aquel alto cuerpo nuevos elementos y tendencias que se apartaban cada vez más de las antiguas instituciones áticas tan íntimamente ligadas con el caracter del pueblo, que con el trascurso del tiempo conmoverian los fundamentos morales del Estado y agotarian las primitivas fuentes de su vitalidad.

Por virtud de los derechos que se otorgaban al cuarto estado era tambien inevitable el predominio del elemento burgués en el consejo de los quinientos, genuino representante del poder ejecutivo; ya que los burgueses llevarian á dicho cuerpo personas de su confianza y de su clase, y aún en el supuesto, poco probable, de que la mayoría estuviese formada de propietarios rurales y labradores, las múltiples é imprescindibles atenciones de la agricultura, les impedirian seguramente permanecer en la capital todo el tiempo que duraban las sesiones del consejo, sobre el que, desde la expresada reforma de Clistenes, pesaban los asuntos más graves de la administracion pública, harto complicada á consecuencia del extraordinario crecimiento que habia experimentado el poderío de Atenas. Este predominio del elemento burgués en el consejo era tanto más embarazoso cuanto que ya estaba en mayoría en la Heliea, y

como quiera que, por la razon expresada, habia adquirido tambien mayor importancia esta Asamblea popular, sus resoluciones eran por eso mucho más frecuentes, de donde resultaba que los labradores ó propietarios de las tierras se veian no pocas veces imposibilitados para asistir á ellas, en razon á que las faenas del campo no les dejaban tiempo para trasladarse á la ciudad durante dos ó tres dias consecutivos, y en varias épocas del año; de donde resultaba que la resolucion de los asuntos quedaba en manos de las masas burgueses.

*
* *

La trasformacion que se operó en Ática por virtud de estas reformas fué tanto más radical y más sensible cuanto que coincidieron con el cambio realizado en la constitucion externa del organismo administrativo á consecuencia de la nueva posicion que ocupó Ática al frente de la liga de su nombre, de la que resultó mayor complicacion y aumento considerable en los negocios del Estado. No se necesita gran esfuerzo para comprender que de este conjunto de circunstancias resultaba harto problemática la conveniencia de dar al traste con las tradiciones antiguas relativas á la gobernacion del Estado, al culto y sus misterios, á la agricultura y su preeminencia sobre las demás ocupaciones humanas, y de combatir inveteradas costumbres de una poblacion totalmente adicta á la agricultura y á la vida campestre en provecho de los capitalistas, marinos é industriales burgueses, entregando los destinos de la patria en manos de la nueva aristocracia del dinero.

En efecto; ¿quién garantizaba al pueblo ático que los nuevos gobernantes, atendiendo más á los intereses del comercio, de la navegacion y de la industria que á los de toda la nacion no envolveria á la República en

complicaciones cada vez más enojosas, que no echarian sobre la propiedad rural la mayor parte de las cargas del Estado y que faltos de mesura, de prevision y de experiencia no comprometerian la nave del Estado en imprudentes y peligrosas aventuras? Y luego apenas era creible que pudiera tener consistencia un estado de cosas sujeto á los constantes cambios de una política cuya direccion estaba encomendada á un consejo incapaz de moderar las impaciencias de la Asamblea popular.

Aun suponiendo que se venciesen todas estas dificultades y que el pueblo acordase llevar á cabo una revolucion tan radical, quedaba subsistente la duda de que la clase gobernante no apelase á la fuerza para estorbar el planteamiento de la reforma constitucional; de que la orgullosa aristocracia, en cuyas manos habian estado por tanto, con el poder, las principales riquezas del país, que habia ejercido decisiva influencia en todas las esferas de la administracion, lo mismo en el consejo que en la Asamblea popular, se resignase á entregar de buen grado una posicion tan ventajosa á las masas burguesas, limitándose á una resistencia puramente legal y de principios. Y si llegaba á entablarse la lucha en el terreno de las armas podia surgir el peligro aun más grave de que el jefe del partido vencedor, al apoderarse del mando, empuñara el cetro de la autoridad soberana. Y despues de todo, si la nave del Estado salia ilesa de todos estos peligros y la agitacion que habia de producir el planteamiento de la reforma no perjudicaba los intereses que Atenas se habia creado recientemente, siempre resultaria el inconveniente de dividir la nacion en dos partidos hostiles, cuya enemiga agotaria sus fuerzas, detendria sus progresos y crearia dificultades para lo porvenir.

En efecto; dados los compromisos que Ática habia

contraido y las íntimas relaciones que debia sostener con sus nuevos aliados, cualquier cambio importante que se operase en su constitucion interior, dejaria sentir su influencia más allá de las fronteras áticas; por cuya razon sus gobernantes no sólo debian atender á los intereses de la República, si que tambien á los de todos los pueblos que se habian sometido á su protectorado y aceptado su jefatura; compromiso que no podria cumplir sino haciendo una política moderada y firme, que no estuviese expuesta á los vaivenes producidos por la lucha de los partidos y á las vacilaciones de gobiernos inestables, incapaces de inspirar confianza á los aliados.

Como es natural, estos tenian derecho á exigir una administracion recta y sabia de los caudales que habian puesto en manos de Atenas, á la vez que un reparto equitativo de las cargas comunes y la mayor economía posible en los gastos. Con la formacion de la liga se habian triplicado por lo menos las cantidades cuya administracion corria á cargo del gobierno ateniense, á consecuencia de lo cual habia sido preciso aumentar el número de funcionarios. Encomendada la gestion financiera á hombres de negocios, industriales y comerciantes, podian facilmente caer en la tentacion de emplear el dinero del Tesoro público en operaciones particulares, para lo que no encontraban tantas facilidades los propietarios rurales. El considerable aumento de los ingresos podia asimismo inducir á los jefes del partido vencedor á emplear el dinero de la nacion ó de la liga en mantener el predominio de su partido; no obstante que la conservacion y prosperidad de la confederacion, dependian en primer término de la buena administracion de los fondos comunes.

*
* *

La cuestion de la reforma electoral volvió á desper-

tar la lucha entre la agricultura y la navegacion, entre la poblacion rural y la burguesia de la ciudad, lucha eterna de que ya conserva la fábula antiquísimo recuerdo en la disputa que sostienen Athena y Poseidon sobre quien habia de predominar en Atica, y que sale á la superficie cuando Temístocles propone la creacion de la escuadra.

En prevision de las consecuencias que podia traer la admision del cuarto estado al servicio militar, habiá combatido Arístides aquel proyecto, y á fin de hacer la oposicion más efectiva se vió precisado á echarse en brazos de los conservadores, actitud que le ganó ahora la amistad y el eficaz apoyo de Cimon. Sin embargo, Temístocles adoptó un término medio entre la opinion que excluia totalmente de los empleos públicos al cuarto estado y la que les abria por completo las puertas de la gobernacion de la República.

Siglo y medio hacia que se conocian prácticamente en Atenas los peligros é inconvenientes de la lucha de clases y partidos; la constitucion soloniana y la reforma de Clistenes no fueron más que paliativos con los que se suavizaron las asperezas y se acalló algun tanto la enemiga de los partidos; ambos legisladores trataron de resolver el más difícil de los problemas que ofrece el régimen republicano: establecer una autoridad permanente, imparcial, que se mantenga por encima de las clases y partidos. Solon fundó con ese objeto el Areópago al que agregó, como complemento, una comision encargada de administrar justicia en última instancia, que se componia de indivíduos elegidos á la suerte entre los candidatos que libremente aspiraban á estos puestos. Clistenes, además de aumentar las atribuciones de este tribunal de apelacion, dió mayor amplitud á la Helica, con lo que fué preciso aumentar el número de he-

liastas ó jueces populares; y para inutilizar en un momento dado las armas de los jefes de partido y desembarazar, en un momento decisivo á lo menos, la accion del poder ejecutivo, introdujo el mismo legislador el ostracismo ó el voto de los 6.000 ciudadanos por lo menos, que, á manera de soberano absoluto, cortaba de un golpe la contienda de los partidos si por acaso amenazaba romper la paz del Estado.

Arístides, inspirándose en los principios solonianos y aceptando en parte el término medio empleado por aquel legislador, estableció una especie de compromiso, que no solamente demuestra su excelente criterio y rectitud inquebrantable, sino que tambien pone de manifiesto sus cualidades de hombre de gobierno; las acertadas disposiciones que dió sobre el particular pueden muy bien equipararse á las leyes solonianas y á la reforma de Clistenes. Segun observa Plutarco, eco en este punto de la tradicion, «cuando vió Aristides que el pueblo aspiraba á dar el triunfo á la democracia y creyó que habia dado pruebas de aptitud para el gobierno, pensando al mismo tiempo que no seria fácil reprimir por la fuerza las tendencias de un pueblo que se habia mostrado animoso en la guerra y sentia la magnitud de sus triunfos, presentó una proposicion por virtud de la cual se daba á todos parte en el gobierno y se abrian á todos los atenienses las puertas del Arcontado» (1). Admitido así el cuarto estado á los altos empleos de la administracion, concedida á todos los ciudadanos áticos aptitud para el desempeño de cargos oficiales, parecia asegurado el triunfo de la democracia en Ática y con él restablecida la igualdad de derechos ante la ley. Mas al abrir al pueblo llano el camino á los empleos públicos,

(1) Plut. Arístid.

exigió Arístides á todos los ciudadanos una concesion que en algun modo restableciese el equilibrio político que se destruia por la expresada reforma: pidió la abolicion del sistema electoral para la provision de la mayoría de los cargos públicos, lo que unido á los medios que se estableciesen para suplirle facilitaria el reconocimiento del nuevo estado de cosas por parte de la destronada aristocracia.

El proyecto de Arístides ofrecia, además, la inapreciable ventaja de establecer un contrapeso que impidiese toda opresion de la poblacion rural por la burguesa y dar á la minoría, cualquiera que fuese su bandera, un medio de defensa contra las demasías ó caprichos de la mayoría.

Arístides no hizo más que aplicar el sistema soloniano del sorteo á todos los cargos públicos, sustituyendo con él la eleccion. De esta manera se dejaba á la mayoría y á sus jefes la resolucion de los asuntos en la Asamblea popular, ó sea el gobierno de la nacion en última y definitiva instancia, en tanto que el despacho de los asuntos corrientes quedaba por completo fuera de la accion de los partidos políticos, puesto que se encomendaba por partes iguales á los diferentes partidos que se disputaban la gestion de la cosa pública, de suerte que los unos eran garantía segura de la imparcialidad de los otros (1).

*
* *

Con la caida de la monarquía, al tomar en sus manos la nobleza el gobierno de los cantones y regularizar sus agremiaciones, se adoptó ya el sistema de convertir en cargos anuales los altos destinos de la Repú-

(1) Aristot. Polit. V, 2, 9.

blica; mas como luego aspirasen tambien á dichos empleos indivíduos del pueblo llano, se produjeron á las veces, por llegar á la posesion del poder supremo, luchas que provocaron crisis peligrosas. De la mitad del siglo VII datan en Atenas las luchas políticas por la provision de los arcontes; las dificultades con que, aún despues de la reforma soloniana, tenian que luchar los labradores y burgueses para triunfar en las elecciones de arcontes fué una poderosa palanca de que se valieron los pisistratidas para encaramarse en las alturas del poder. Clístenes, para suavizar la lucha electoral, disminuyó las atribuciones del arcontado, aumentó las del consejo y modificó la organizacion de las tribus, por cuyo medio hizo desaparecer en gran parte la agitacion que antes producian las elecciones. Mas, una vez admitido á los empleos el cuarto estado, era natural suponer que la sacrificada nobleza, los terratenientes apelarian á todos los medios imaginables para triunfar en la lucha con el capital y la burguesia, y no es posible calcular siquiera los males que podrian resultar de una contienda todos los años repetida, dado el apasionamiento y el carácter impresionable de este pueblo. Esta consideracion despertó en Arístides el ingenioso pensamiento de sustituir el sistema electoral por el sorteo en la provision de los empleos de la nacion, una vez estendido al cuarto estado el derecho de ocuparlos (1).

Por el sistema del sorteo no sólo se ponia coto á las influencias, al cohecho y á todos los inconvenientes del sistema electivo, sino que, además, ofrecia la ventaja de que cada partido podia presentar un número igual de candidatos pudiendo así salir equilibradas por la suerte las fuerzas de todos. Por este medio se daba á los nobles

(1) Isócrates Areopag. 21-26.

propietarios, tanto rurales como de la capital, la garantía de no verse aherrojados por la burguesia y la plutocracia, de que los nuevos derechos otorgados al cuarto estado no servirian para explotarles, único medio de reconciliarles con la reforma, ya que aun en el supuesto de que no les favoreciese la suerte y no obtuviesen mayoría ni en el arcontado ni en el consejo, ni en otras oficinas públicas, estaban seguros de alcanzar en ellas una representacion suficiente para contrarestar la influencia del partido opuesto. De este modo se obtenia asimismo en todos los ramos de la administracion la inapreciable ventaja de repartir las funciones públicas casi por igual entre los dos partidos rivales: el de la antigua nobleza y la moderna burguesía, entre la ciudad y el campo, los capitalistas y los terratenientes, de donde resultaba una garantía de estabilidad y de imparcialidad difícil de obtener por otro medio.

Reducidas y simplificadas, segun digimos antes, las funciones del arcontado por Clístenes, apenas habria hombre de posicion desahogada que tuviese inconveniente en aspirar á ocupar un puesto en tan alto cuerpo; tratábase de cargos honoríficos que, conservando todo el brillo de su autoridad antigua, y el primitivo honor de la representacion del Estado, únicamente ejercian un corto número de funciones de carácter ejecutivo, especialmente de competencia judicial con ciertos derechos en el dominio religioso. Y como, por otra parte, se mantenian las condiciones de capacidad prescritas por Solon para los aspirantes al arcontado á saber: ser de orígen ático hasta el tercer grado, pertenecer á uno de los antiguos linajes agremiados, únicos que podian tomar parte activa en el culto de Júpiter Herceo y de Apolo Patroos, probar el exacto cumplimiento de los deberes filiales y de los militares, participacion en los fu-

nerales de familia, y demostrar que se habian pagado al Estado los impuestos, en equivalencia de los 500 celemines de renta que anteriormente prescribia el censo, habia poderosos motivos para esperar que por el sistema del sorteo recaeria el nombramiento de arcontes en personas aptas y dignas. Las que resultasen ineptas podian ser destituidas por el consejo supremo y en última instancia por la Heliea, que siguieron ejerciendo el derecho de la «dokimasia» (1). Las mismas condiciones se exigian para los cargos de consejero y para los empleos inferiores, que se proveían igualmente por medio del sorteo. Aparte de una conducta intachable, de haber cumplido treinta años y de las otras condiciones antes expresadas, los pretendientes debian poner medios de subsistencia propios y la instruccion necesaria para el buen desempeño de sus respectivas funciones.

Los enemigos del nuevo sistema oponian que el sorteo podia llevar á los principales empleos de la hacienda pública hombres de dudosa probidad, y funcionarios ineptos para resolver las complejas cuestiones á que podia dar lugar el puesto importante que en la nueva liga ocupaba Ática; pero semejante objecion se rebatia con solo hacer notar que iguales inconvenientes ofrecia la eleccion hecha por personas que, en la mayoría de los casos no conocian las condiciones de los candidatos, y en todo evento los funcionarios probos que resultasen elegidos fiscalizarian á los demás. Todo bien considerado el sorteo ofrecia el medio más seguro de obtener buenos funcionarios y probos administradores de la hacienda pública, que era á la sazon el punto de mayor importancia, lo mismo para Atenas que para sus aliados; sobre todo evitaba el monopolio administrativo por un

(1) Dinarch. c. Aristog. 17: *ei ta télé telei.*

partido determinado, y como de esa manera se daba representacion en los colegios á los dos partidos opuestos, establecíase una vigilancia mútua de resultados altamente beneficiosos.

No satisfecho con estas garantías, buscó Arístides otras no menos importantes, estableciendo para los diez tesoreros de la liga y para los diez encargados de custodiar los del númen nacional Athena, en cuyo santuario se guardaba el superabit de los ingresos de Ática, la condicion de percibir por lo menos 500 celemines de renta procedente de sus bienes raices (1). Concedíase de esta manera un privilegio á la propiedad rural, en compensacion de los muchos que se la quitaban. Sin embargo, no es seguro que bajo el nombre de grandes propietarios designe la tradicion únicamente á los terratenientes, pudiendo muy bien comprender en esa denominacion á todos los indivíduos comprendidos en la clase superior del censo, fuesen propietarios de bienes muebles ó inmuebles, ya que unos y otros tenian derecho á la trierarjia.

*
* *

Inútil es advertir que no todos los empleos eran compatibles con el sistema de sorteo: la defensa y la seguridad del Estado no podian encomendarse al azaroso resultado de la suerte. Esta podia muy bien emplearse para la designacion de arcontes, mas no para el nombramiento de los estrategos, que en comun asumian todas las funciones militares ó sea cuanto hacia relacion á la defensa y seguridad del Estado, á las relaciones exteriores, al mando y direccion de las tropas confede-

(1) Poll. VIII, 97. Suidas, voc. *Tamias*. Corp. I. A. 1, 33: *Tamias de apokiiameuein* toutôn tôn jremátôn hótamper tas állas arjás, kazáper tous tôn hierôn tôn tés Azenaías.

radas, lo mismo que á su alistamiento, y cuyas obligaciones, por concucuencia, habian aumentado considerablemente despues de la creacion de la liga. Los representantes de la antigua nobleza no tenian que temer ser derrotados en estas elecciones por los capitalistas: las glorias militares de sus antepasados, la garantía de una práctica constante en los diferentes ejercicios de la milicia, les daban casi completa seguridad de ser preferidos en la eleccion; á lo sumo podria hacerles cómpetencia algun marino de la burguesia que se hubiera señalado de un modo especial en el arte de la navegacion.

Por consecuencia, la antigua aristocracia tenia la certeza de conservar en sus manos la única funcion que gozaba de autoridad propia é independiente, cuyas atribuciones se estendian á todos los cargos de la milicia, y que la ponia en condiciones de ejercer una influencia decisiva en la direccion de la cosa pública. Mediante este privilegio y la certeza de no poder ser excluidos de los demás empleos, los propietarios rurales se familiarizaron con la reforma y se resignaron á sentarse en el Areopago al lado de indivíduos que no pertenecian á sus aristocráticos linajes. En realidad tampoco se les impedia ocupar un puesto en el Arcontado, ya que si no les parecia oportuno ejercer esa funcion por sí mismos en union con burgueses capitalistas, tenian á sus ordenes un número suficiente de personas de su devocion y partido, que podian aspirar á esos puestos en los sorteos anuales, en su nombre y bajo su iniciativa.

Las reformas de Arístides dieron á una numerosa clase del pueblo ático capacidad legal para tomar parte activa en el gobierno, cuyos puestos podian ocupar, en lo porvenir, todos los propietarios sin excepcion; y el sistema del sorteo ofrecia al partido menos numeroso

garantía de no ser explotado por la mayoría. Era la nueva ordenanza una especie de compromiso ajustado entre los anteriores gobernantes y el cuarto estado. El arreglo estaba tan bien meditado; al mismo tiempo que mantenia y acentuaba el carácter democrático de la constitucion, daba á la aristocracia tan sólidas garantías de estabilidad y tal influencia en la gobernacion de la República, que apenas podia precisarse el partido qué habia ganado en el asunto, lo que demuestra la inteligente prevision de su autor; así el cuarto estado ganaba en derechos y honores lo que perdia de influencia en las elecciones. De esta manera prestó Arístides un servicio eminente á su patria librándola de disturbios y crisis peligrosas. Sus proyectos moderaban el ejercicio de la democracia, asentándola sobre sólida base (1). Tales eran los proyectos de Arístides; veamos ahora el éxito que tuvieron.

Del hecho de haberse declarado Temístocles contrario al Areópago, despues de las guerras médicas, podemos deducir que esta ilustre corporacion se opuso á sus planes políticos, interiores ó exteriores; sabemos que su política exterior propendia á romper toda coalicion con Esparta y la interior á ensanchar los derechos del cuarto estado, «de aquella muchedumbre de marinos» segun la expresion de Aristóteles, que venciendo en Salamina fundó la heguemonia de Atenas. En los esfuerzos con que, segun la tradicion, trató de ensanchar el círculo de accion de la democracia, descubrimos el empeño de Temístocles por conservar y ampliar el derecho electoral del cuarto estado. Es indudable que el Areópago se opondria con todas sus fuerzas á esta innovacion que alteraba por completo las condiciones de su existencia y

(1) Müller-Strübing, en su Aristófanes y la crítica histórica, p. 221, expone el juicio que sobre esta reforma emite Aristóteles.

que, á su vez, Temístocles trataria de vencer aquella resistencia; pues notorio es que la influencia de este hombre público en Ática se fundaba principalmente en el apoyo del cuarto estado, á quien habia encumbrado y llevado á la victoria; porque notorio es que este caudillo no se dejaba llevar de miras personales cuando estaban de por medio los intereses del Estado; y existiendo sobradas razones de carácter objetivo para defender la admision incondicionada del cuarto estado á los empleos públicos, claro es que Temístocles prestaria su apoyo á ese proyecto, sin atender á sus propios intereses ni á los planes que pudiera presentar Arístides. En el momento mismo en que se hacia ademan de reconocer los servicios hechos á la patria por el cuarto estado y de trasformar sus derechos en armonía con sus nuevos deberes, no era político cercenar sus prerogativas quitando á toda la clase más de lo que se daba á un corto número de sus indivíduos.

En concepto de Temístocles el poder del Estado, el desarrollo de la marina de guerra, la política exterior en suma, debia anteponerse á toda otra cuestion; y el crecimiento del primero exigia, como precisa condicion, en su sistema político, mayor desarrollo de los derechos del pueblo. Sin embargo, estaba convencido de que la aristocracia ó partido rural, al que tan decisiva influencia dejaban los proyectos de Arístides, por la analogía de los principios, jamás renunciaria á sus simpatías por Esparta ni, por tanto, apoyaria una política de oposicion á dicho Estado; en su consecuencia seria siempre un obstáculo al desarrollo del poder marítimo de Atenas y á los progresos de la nueva liga que tenia por base y fundamento la marina. De donde lógicamente deducia que sólo elevando al pueblo al pleno goce de su soberanía, otorgando la mayor suma posible de derechos á los

elementos dedicados á la navegacion, podria llegar la República ateniense al término de sus aspiraciones.

No fué tarea facil la que se impusieron Arístides, Cimon y Alcmeon al hacer frente á Temístocles que á su elocuente palabra y firmeza de caracter unia el apoyo de las masas del cuarto estado, cuyas tendencias representaba. Pero el prestigio personal de su competidor Arístides y el respeto que infundia el colaborador y amigo de Clistenes; los recientes servicios prestados á Atenas con la fundacion y organizacion de la liga, la omnímoda confianza que en él depositaron los confederados, unidos á la creciente popularidad y deslumbradora gloria de Cimon, pesaron más en la balanza. De su parte estaban asimismo los conservadores, hácia cuyo partido se habia inclinado Arístides, ofreciéndole cuantas garantías eran compatibles con la situacion del Estado; era todo lo que podia esperar este partido.

Es indudable que los dos grupos rivales se disputaron por mucho tiempo el triunfo al discutirse los proyectos de Arístides: pruébalo ya el hecho de que Temístocles no pudiera llevar á feliz término su proyecto de reorganizacion de la marina ática, en tanto que le hicieron la oposicion Arístides y Jantippo, obteniendo de una vez la aprobacion de sus planes, despues del ostracismo de sus rivales; por el contrario, Arístides no pudo lograr que se aprobase el sistema de sorteo para la provision de los empleos públicos, en tanto que le opuso el veto Temístocles, á pesar de hallarse ya en decadencia su prestigio, segun lo demuestran los elogios que se tributaron á Arístides en los Persas de Esquilo, representados en la primavera del 472, y las muestras de simpatía de que fué objeto Cimon en las Olimpiadas del mismo año.

***

Despues de una lucha pertinaz resolvieron los jefes del partido reinante apelar al ostracismo á fin de poner término á la contienda. En el mes de Enero del 470, durante la sexta Pritania, dirigió el consejo á la Asamblea popular, con arreglo á la ley de Clistenes, la pregunta de si habia motivo para temer una lucha de partidos peligrosa para la marcha ordenada de la política y en caso afirmativo, si convendria poner fin á la contienda alejando del país á uno de los jefes de los grupos que se disputaban el triunfo: la Asamblea respondió afirmativamente. Como es natural, cada partido haria todo lo posible para hacer recaer la sentencia sobre la cabeza del jefe contrario. Fijóse para la votacion un dia de la octava Pritania; verificado el recuento de los votos, se vió que más de 6.000 pizarras tenian escrito el nombre de Temístocles: sus enemigos habian ganado los votos de los parciales de Arístides, los del grupo recientemente formado por Cimon, y por último los de aquellos conservadores que tenian por aceptable el compromiso de Arístides ó por menos peligrosa su política que la de Temístocles, á los que se agregaron los envidiosos de este caudillo y algunos independientes.

En la primavera del año 470 tuvo que abandonar el suelo de Ática; treinta años despues de las guerras de Atenas con Calcis, Beocia y Egina, en que por primera vez se distinguió Temístocles á los veinticinco de haber empezado su brillante carrera política, á los veintitres de haber desempeñado el cargo de Arconte y de sentar la primera piedra de las fortificaciones del Pireo, diez años justos, despues de la famosa interpretacion del oráculo del muro de madera de la Tritogenia, que le puso á la cabeza de la marina ateniense.

La suerte que cupo á Arístides trece años antes,

cuando se opuso á la reforma de Temístocles, se volvió ahora contra éste. Y sin embargo, tan poderosas razones le asistian entonces para defender un sistema al que debió Ática su engrandecimiento, como ahora para oponerse al planteamiento de los proyectos de su adversario. Podia alegar en pro de su política que la alianza con Esparta propuesta por Cimon, seria altamente perjudicial á Atenas, ya que jamás consentiria aquella, sin apelar á la decision de las armas, que figurase Atenas al frente de los Estados helenos, sobre todo porque los aristócratas, que en el fondo se inclinarian siempre del lado de Esparta, habian de entorpecer y estorbar el desarrollo de toda política independiente y firme de Atenas, validos de la preponderancia que les daba el compromiso de Arístides; inconvenientes que se evitaban dando mayor participacion en el gobierno al cuarto estado, dispuesto en todo caso á arrostrar los peligros de una lucha con Esparta á la que, en realidad sólo eran opuestos los terratenientes.

Pero enfrente de esta política se hallaba Arístides, con muy diversos planes, que á todo anteponia la paz interior de la República y que aspiraba á fundar un gobierno estable sobre la base de una democracia moderada. El hecho de haber ganado Arístides á la mayoría en favor de su política de paz y moderacion, demuestra el sentido práctico y sano juicio de la mayoría de los propietarios de Ática y prueba la energía con que los partidarios de Arístides apoyaron su reforma.

El ostracismo de Temístocles resolvió por algun tiempo las cuestiones que durante muchos años habian mantenido uná peligrosa agitacion en Ática. Segun parece, todos los proyectos de su reforma entraron en vigor inmediatamente despues del destierro de Temístocles, en el trascurso del año 470, siendo elegidos ya por sorteo

los funcionarios públicos, tanto el Arcontado como el consejo, que debian entrar en ejercicio en el mes de Munijion del referido 470.

Respecto de las fechas existen entre los historiadores algunas divergencias que trataremos de aclarar. Diodoro pone el destierro de Temístocles en el ejercicio de Praxiergo, ó sea de 471 á 470, fecha que conviene con la de Eusebio, que da la Olimpiada 77, 2 que coincide con el expresado ejercicio, en el que pretende, sin embargo, que huyó á Persia y no á Argos, segun creen otros; Eusebio sólo indica el año de su muerte, que coloca en la Olimpiada 78, 3 ó 466 á 465. Como quiera que Arístides, segun Plutarco, aun vivia cuando se representó la Edipodia de Esquilo en 467, durante el mandato de Teagenides, viene á confirmar esto tambien la expresada fecha del año 470 (1).

El mismo Diodoro pretende que antes de su ostracismo presentó ya Esparta contra Temístocles la acusacion de complicidad en la traicion de Pausanías; pero se contradice al poner dicho destierro en el año 470 y en 466 la caida de Pausanías, ya que no era razonable acusar de complicidad á Temístocles el 470 en un hecho sobre el que no se tenian aún pruebas seguras en Esparta.

Plutarco supone que Arístides presentó su psefisma, otorgando á todos los atenienses el derecho á formar parte del arcontado, inmediatamente despues de la batalla de Platea; pero nada dice respecto de su admision á los cargos del consejo ni de la introduccion del sorteo.

Si hay contradicciones tan palmarias en la exposicion de los hechos, claro está que no debemos exigir gran precision en la cronología; pero al decir Aristóte-

(1) Plut. Aríst. 3. Franz, Didascalia sobre Esquilo.

les que despues de la expulsion de los persas creció el prestigio del Areópago, y sabemos que Temístocles combatió ese aumento de autoridad, está evidenciado que trascurrieron algunos años para que el uno pudiera acrecentar su influencia y combatirla el otro; de todo lo cual se infiere que la ejecucion de la reforma de Arístides coincide con el año 470 (1).

(1) Müller-Strübing en sus Aristófanes y la crítica histórica; p. 256 sigs. es el primero que ha sostenido que el ostracismo de Temístocles coincide con el planteamiento de dicha reforma; á cuya opinion me adhiero por las razones anteriormente indicadas.

IX.

SITUACION APURADA DE ESPARTA.

Esparta parecia tener asegurada en sus manos la direccion de los asuntos helenos que habia ejercido por espacio de 70 años, despues de los triunfos alcanzados por sus generales en las guerras médicas. Mas por un giro inesperado de los sucesos acaeció todo lo contrario; paso á paso fué perdiendo esta República todo su prestigio y en poco tiempo sufrió tantos descalabros como empresas acometiera, fracasando lo mismo sus esfuerzos para humillar á Atenas que sus ensayos para acrecentar su predominio en el Norte, por la alianza con la nobleza tesaliota; y en tanto que la conducta de su regente Pausanías la quitaba amigos y aliados que se pasaban al partido de Atenas, el representante de la otra casa reinante vendia en Tesalia los intereses de su patria á precio mucho más mezquino. De esta manera se vió reducida á la impotencia y precisada á reconocer los hechos que elevaron á Atenas al puesto que ella ocupara anteriormente; coincidiendo su decadencia en el Peloponeso con los triunfos de Atenas en la costa de Tracia

y con el acto de recusar la jefatura espartana. Doce años despues de la batalla de Platea se vió precipitada Esparta al borde de un abismo y obligada á echar mano de todos sus recursos para no perder su autonomía, y cuatro años despues tuvo que apelar á esfuerzos supremos para no sucumbir en la lucha por la existencia.

Despues de los rudos golpes que Cleomenes, valiéndose de los reprobados medios que ya conocemos, asestó al primer canton peloponesio, Argos, en 495, no quedaron los argivos en disposicion de poner sérios obstáculos á los planes y á la política de Esparta, y la conducta que observó aquel pequeño Estado durante las campañas de Jerjes en Grecia, parecia dar motivo y ocasion á Esparta para llevar á cabo lo que no pudo realizar Cleomenes en el asedio de su capital. Este pensamiento era tanto más simpático á los políticos espartanos cuanto que, despues de la expresada expedicion de Cleomenes, y como consecuencia de la misma, se modificó en sentido democrático la constitucion argiva, predominando en la política de aquel canton principios diametralmente opuestos á los que imperaban en Esparta, cuyo triunfo habia impedido, por la misma razon, en otros cantones como Corinto, Megara y Sicyon, y que ahora podian progagarse desde Argos á todo el Peloponeso.

En sustitucion de los nobles, en tan gran número degollados por Cleomenes en el sagrado bosque de Argos, habíase dado carta de ciudadanía á los orneatas, nombre que se daba en este canton á los perioicos aqueos. Fué preciso hacer aún más. La consecuencia más trascendental de la expedicion de Cleomenes y que aseguraba el éxito de su empresa, fué la emancipacion de las ciudades aqueas Micena y Tirinto de la soberanía de Argos. De esta manera no tan sólo se levantaron á las mismas puertas de esta capital dos avanzadas que,

con el eficaz apoyo de Esparta, podian estorbar todo movimiento independiente de los argivos, sino que ofrecia asilo á los esclavos que se les evadian y tal vez daban carta de ciudadanos libres á los perioicos aqueos que allí se refugiaban. Así lo da á entender Herodoto al llamar á los tirintianos «esclavos prófugos,» y un hecho análogo ocurrió con ocasion del establecimiento de los peloponesios en Decelea, que costó á los atenienses más de 20.000 esclavos (1). Por cuya razon, á fin de retener en Argos á los aqueos residentes en su territorio, no quedaba otro recurso que conceder los derechos de ciudadanos á los perioicos de dicha tribu, á cuyo hecho alude sin duda Pausanías cuando dice que los argivos, para precaver ataques exteriores de que constantemente se hallaban amenazados y aumentar la poblacion de su capital, destruyeron varios pueblos de la Argólide (2).

Como quiera que sea, en este tiempo se reformó en sentido democrático la constitucion aristocrática de Argos, por más que se conservó el nombre de la monarquía tradicional, dejando á sus representantes algunas funciones sagradas y distintivos meramente honoríficos (3). Este cambio acrecentó las fuerzas del país y sus medios de defensa, á pesar de lo cual Tirinto continuó cortando á los argivos las comunicaciones con el mar y Micena les cerraba el camino á Cleonea y Nemea, con los demás territorios del Norte, sin que les fuese dado atacar á dichas ciudades, por cuanto la agresion más insignificante hubiera provocado una intervencion armada de Lacedemonia, que hubiera podido ser mortal para Argos.

(1) Herod. VI, 83.

(2) Pausan. II, 25, 3. VIII. 27, 5.

(3) Aristót. Pol. 5. 2, 8, con las noticias de Pausanías relativas al Synoecismo de Argos.

El nuevo gobierno trató de recabar el apoyo de Egina, pero sin resultado; y á la invitacion que les hicieron Atenas y Esparta de adherirse á la liga nacional anti-médica, respondieron los argivos exigiendo de Esparta el compromiso de no atacarles en el trascurso de treinta años, además del mando de la mitad de las fuerzas confederadas para su Rey, en su calidad de heredero y descendiente de Temenos. Pero fueron rechazadas ambas proposiciones, la primera de las cuales hubiera entregado á Micena y Tirinto en poder de los argivos.

Lo esencial para estos era encontrar un motivo para abstenerse de tomar parte en la guerra, ó una compensacion de los sacrificios que esta les impusiera; cual era la posesion de Micena y Tirinto; así se explica tambien el entusiasmo con que estas dos ciudades abrazaron la causa helena y la de Esparta. Ambas dieron soldados á Leonidas y á Pausanías, si bien por temor á un ataque de los argivos al Norte del Istmo, retuvieron en su recinto la mayor parte de sus fuerzas: Micena dió á Leotiquidas 80 hoplitas, y en Platea combatieron 400 de ambas ciudades, que las conquistaron la gloria de que sus nombres figurasen en los votos ofrecidos por aquel triunfo en Olimpia y Delfos y la ventaja positiva del apoyo de los confederados en pro de su independencia (1).

Por el contrario, una vez terminada la guerra, los argivos tenian motivos sobrados para esperar que Esparta les deparase la misma suerte que á los tebanos; pues en tanto que los hoplitas de Micena y Tirinto peleaban en el Oeta y el Asopo, sostenian ellos secretas negociaciones con Persia y, aun suponiendo que no sea verdadera la promesa que se pretende hicieron á Mar-

(1) Herod. VII, 202. IX, 28.

donio de impedir la marcha de los espartanos al teatro de la guerra, es indudable que despacharon mensajes al cuartel enemigo y que mediaron negociaciones; los mismos argivos aludieron á ellas treinta años despues en un mensaje á Artajerjes (1); lo que no está probado es si hicieron á Mardonio la expresada promesa, y en caso afirmativo, si no la cumplieron por haberles parecido más conveniente esperar el resultado de los acontecimientos, que comprometerse con prematuros ofrecimientos; pero, en todo caso, la negativa á entrar en la liga helena y su actitud sospechosa durante las invasiones de los persas, fueron ya motivos suficientes para que los espartanos intentasen castigar á los argivos y les dieron pretexto para completar la obra de Cleomenes. Dificilmente dejarian perder Micena y Tirinto la ocasion de apoyar los planes que se fraguaban á orillas del Eurotas, sobre todo la primera que aspiraba á arrebatar á los argivos la direccion del sacrificio panhelénico de Nemea, que era el único resto que les quedaba de su anterior preponderancia (2).

*
* *

Como era natural, en la proposicion presentada por Esparta pidiendo la exclusion de la anficcionia de todos los cantones que no hubiesen peleado contra los persas, vieron los argivos un ataque dirigido muy particularmente contra ellos, tal vez el propósito de una guerra de esterminio. Amenazados por una lucha de cuyo resultado dependia su existencia ó su ruina, ocurrió la intervencion de la política ateniense en favor de los persófilos, tanto más grata para los argivos cuanto que fué más inesperada, que tuvo por primera consecuencia la

(1) Herod. VII, 121.
(2) Diodoro 11, 65.

desaprobacion del proyecto espartano y puso de manifiesto á los argivos que podian contar con un valioso apoyo del otro lado del Istmo, que seria tanto más firme cuanto mayores fuesen las diferencias que separasen á los dos Estados rurales, profundamente enemistados por la formacion de la liga ática. Disipadas de esta manera las nubes que amenazaban descargar sobre Argos, surgió poco despues una peligrosa escision en el seno de la antigua Simaquía espartana, que hizo concebir á los argivos nuevas esperanzas y hasta les puso en camino de recobrar su anterior preponderancia en el Peloponeso.

Ya vimos antes cómo se perturbaron las buenas relaciones de Esparta con los cantones de Arcadia, en particular con Tegea, que despues de la guerra persa mostró su enemiga de una manera tan ostensible, que hizo concibir al traidor Leotiquidas la esperanza de encontrar allí favorable recibimiento. Segun vimos tambien, Demarato, destituido por suponérsele oriundo de ilegítimo nacimiento, buscó asilo en Olimpia y los espartanos, encontrando peligrosa la presencia en aquel punto del príncipe destronado, alcanzaron su expulsion de Elis primero y de Zacintho más tarde. Cómo habrian consentido ahora los espartanos que un príncipe educado en la escuela de Cleomenes, á quien la accion de Micala habia dado fama y renombre entre los griegos, que acababa de causar graves perjuicios á la patria vendiéndola por un puñado de oro, estableciera su residencia cerca de la frontera, en un canton que diez años antes habia estado en lucha abierta con Esparta? Leotiquidas conocia perfectamente el plan de Cleomenes, por el que trató de levantar en armas toda la Arcadia contra Esparta, obligando por ese medio á los lacedemonios á firmar un convenio vergonzoso que puso de nue-

vo aquel Estado bajo su duro cetro; hubieran cerrado manifiestamente los ojos para no ver un peligro tan grave como el que resultaba de la presencia de Leotiquidas en Tegea.

Sin embargo, Pausanías pretende que los espartanos llevaron hasta ese punto su respeto al asilo de la Athena Alea, no solamente con Leotiquidas, sí que tambien con Pausanías II. Es indudable que Pleistoanacs, condenado á forzoso destierro por no haber podido pagar la multa de 15 talentos á que fué condenado por el éxito desgraciado de la campaña del año 446, pudo residir tranquilamente durande diez y nueve años en el santuario de Júpiter Liceo, enclavado en los dominios de de la pequeña tribu de los parrasios, y al cabo de dicho tiempo fué nuevamente elevado al trono (1); pero hay gran diferencia entre los parrasios y los tegeatas, como la hay entre Pleistoanacs y Leotiquidas.

Cuando Pausanías II, hombre sin importancia como Pleistoanacs, huyó á Tegea para evitar las consecuencias de la acusacion que se presentó contra él, por los desaciertos que cometió en la campaña del año 394, vivia dicha ciudad en buena armonía con Esparta; por consiguiente, el haber consentido la permanencia de Pleistoanacs y de Pausanías II en los puntos indicados, no era motivo para que se tuviese igual condescendencia con Leotiquidas; aparte del procedimiento seguido con Demarato, su conducta con Pausanías I y el hecho del Tenaron, demuestran que las autoridades espartanas no respetaban los santuarios cuando mediaban razones de Estado.

Si no fué la negativa de Tegea á entregar á Leotiquidas lo que produjo el rompimiento entre este canton

(1) Pausan. III, 5, 6.

y Esparta, pudo buscar esta pretexto para la guerra en la alianza que ajustó la primera con Argos; parece indicarlo así la observacion que hace Herodoto de haber sido el combate contra Argos y Tegea el primero que se dió en el Peloponeso y tambien el primero que sostuvo Esparta despues de la batalla de Platea (1). Y como, por otra parte, la fuga de Leotiquidas á Tegea y su muerte en esta ciudad, son hechos sobre los que no cabe duda, tenemos aquí otro motivo para creer que esta guerra está relacionada con la peticion de su entrega.

Tampoco nos faltan del todo los puntos de partida para fijar la fecha en que tuvo lugar la ruptura de hostilidades. Toda vez que su fuga ocurre del 476 al 475 y su muerte acaece en el ejercicio de 469 á 468, la guerra tuvo que estallar antes del último año expresado; por otra parte el synoecismo de Elide, tan contrario á los intereses de Esparta que ocurre en el de 471 á 470, sin que esta República se oponga á su realizacion, nos hace creer que la lucha estalla antes del año 471 (2). Hay más; con esta guerra está relacionada la de Tegea-Argos con Tirinto y Micena, que termina en 468 á 467 con la conquista de estas dos ciudades por las primeras; lo cual, unido al testimonio de Herodoto (3), nos induce á poner el comienzo de la guerra de Esparta con Tegea-Argos en el Otoño del 475, en cuya primavera se trasladó Leotiquidas á Tegea, ó sea en el cuarto ó quinto año del sacerdocio de Chrisis en el templo de Juno (4).

Sea que los argivos influyesen antes ó despues en Tegea á fin de apartarla de Esparta, es seguro que fomentarian esa rivalidad, mirando en ella un poderoso

(1) Herod. IX, 35. Pausan. 3, 11, 7.
(2) Diodoro. 11, 54.
(3) Herod. VI, 83.
(4) Tucíd. 2, 1.

auxiliar para sus planes, y fuesen cualesquiera los motivos que provocaron la guerra, no cabe dudar que se apresurarian á trabar amistad y alianza con Tegea para emprender juntas la lucha contra Esparta, ya que no habia para los argivos mejor aliado que Tegea, dueña del camino que ponia en comunicacion á Esparta con Argos y por consecuencia en disposicion de contener á los espartanos, si aquella República se proponia atacar á Micena y Tirinto. Tales fueron sin duda las consideraciones que movieron á Argos á renovar la antigua alianza que subsistia en los dias de su rey Acues, al librarse la batalla de Hysiea, el más glorioso triunfo que jamás alcanzó sobre Esparta.

Los espartanos obraron cuerdamente al rehuir la lucha con Atenas y su liga, puesto que, poco despues de su rompimiento con Tegea, se vieron atacados por los ejércitos reunidos de argivos y tegeatas. Era el Otoño del año 475; los espartanos lograron penetrar en el territorio de Tegea y derrotar al ejército aliado (1). La capital de los tegeatas se creyó un momento perdida, pero sus defensores rechazaron el ataque; segun se deduce de esta inscripcion sepulcral atribuida á Simónides: «el valor de estos hombres impidió que subiese al Eter el humo del incendio de la espaciosa Tegea; quisieron dejar á sus hijos la ciudad, floreciente por la libertad, y morir ellos mismos peleando en primera fila» (2).

Como quiera que sea, está probado que Esparta no lo-

---

(1) Herod. IX, 35. Pausan. III. 11, 3.

(2) Simonid. fragm. 102. Bergk P. L. 4 O. Müller, los dorios, 1, 188. El epígrama que sigue (l. c. 103) en el sepulcro de los hombres «que murieron defendiendo á Tegea, rica en ganado lanar, los lanceros que sucumbieron por su ciudad,» podria referirse tambien á esta guerra, pero algunos creen que proviene del monumento sepulcral erigido á los tegeatas que cayeron en Platea. Herod. IX, 25.

gró con su victoria ni la entrega de Leotiquidas ni la disolucion de la alianza argivo-tegeata, puesto que esta subsistia aun ocho años despues de la fuga de Leotiquidas, á pesar de haber tomado las armas contra Argos, Tirinto y Micena, á instigacion de Esparta (1).

Pero todas estas ventajas no fueron parte á impedir la defeccion de otros cantones peloponesios de la Simaquía espartana. En el tercer decenio de la sexta centuria sofocaron los eleos, con ayuda de los espartanos, el levantamiento de los pisates, caucones y minyos, que habitaban la parte Oeste del Peloponeso, conquistaron el territorio del curso medio del Alfeo, cuya posesion habia valido á los pisates un puesto en la direccion de la solemnidad olímpica, expulsando de él ó reduciendo á la esclavitud á sus dueños; sometieron tambien el país comprendido entre el bajo Alfeo y el Neda, fuera de la comarca de Lepreon y reduciendo á la condicion de perioicos á sus moradores, los caucones, minyos y paroreates. Desde esta época volvió á nombrar Elide sola los dos hellanodices para los juegos olímpicos, que á partir del año 580 se elegian por suerte entre los nobles del país, y sus ocho distritos designaban, sin otra intervencion, las diez y seis damas que ofrecian el sacrificio á la Juno olímpica. Con el botin de estas guerras levantaron el gran templo de Júpiter en Olimpia.

A los mencionados hechos se refiere el historiador halicarnasiense cuando dice: «una vez que los siervos se apoderaron de Tirinto, es decir que los aqueos tirintianos alcanzaron la libertad por mediacion de Cleomenes, se restableció la paz entre dicha ciudad y Argos.»

(1) De la época de esta alianza proviene el epigrama compuesto al vencedor de Olimpia que llevaba pescados desde Argos á Tegea «con la parihuela á la espalda.» Simonid. fragm. 163 Bergk P. L. 4. Compár. Herod. IX, 35. Pausan. 3, 11, 7.

Mas tan pronto como se presentó á ellos el adivino Cleandro, procedente de Arcadia, les instigó á tomar nuevamente las armas contra los argivos, prolongándose por mucho tiempo la lucha hasta que, con gran esfuerzo, lograron los argivos sobreponerse. Como era natural, Micena y Tirinto, que debian á Esparta su independencia y sólo mediante su apoyo podian conservar su autonomía, empuñaron tambien las armas, tan pronto como Argos declaró la guerra á Esparta; hay quien supone que los mismos espartanos enviaron á Cleandro para promover la rebelion de los tirintianos.

***

Despues de la abolicion de la monarquía y destronamiento de los oxilidas, figuran al frente del gobierno de Elide los nobles, descendientes de los etolios que vencieron á los epeos en la época de las emigraciones, apoderándose de las mejores praderas y campos del bajo Peneo, en el país apellidado «Elide la profunda;» los cuales no desplegaron gran celo para ayudar á sus hermanos en la guerra contra los persas. A pesar de sus íntimas relaciones con Esparta, de la fiesta panhelénica que en su territorio se celebraba y de nombrar de su seno los hellanodices que presidian los juegos no entró en la liga nacional antí-médica; en cambio, para la olimpiada que coincidió con la entrada de Jerjes por Tesalia en direccion al Oeta, elevaron á nueve el número de dichos jueces á fin de que pudieran participar de aquel honor todos los linajes de su nobleza: «tres para presidir y calificar el pentathlo, tres para la direccion de las carreras de caballos, y los tres restantes para presidir los demás juegos y repartir los premios á los vencedores (1).

(1) Aristóteles y Aristodemo de Elide en Harpocratio: Hellano-

Ejercia el supremo poder ejecutivo del país la *guerusia*, compuesta de noventa diputados ó sea diez representantes de cada linaje, cuyas funciones eran vitalicias. Este cuerpo necesitó un año entero para resolverse á enviar al Citeron las fuerzas cantonales; pero tal fué la parsimonía con que obraron sus jefes que, á pesar del tiempo perdido por Mardonio y Pausanías, dominados tambien mucho tiempo por la vacilacion y la duda, las tropas de Elide penetraron en Beocia despues de la batalla de Platea; y en lugar de emprender la persecucion del enemigo, á semejanza de los mantineos que tambien llegaron tarde, por lo menos hasta las fronteras de Tesalia, regresaron á sus casas sin disparar una flecha. Como era natural la responsabilidad de un hecho que manchaba la honra del patriotismo heleno y empañaba la gloria de Platea cayó toda sobre el gobierno y los jefes de las tropas. No tardó en manifestarse el descontento del pueblo contra los estrategos que cometieron tan punibles torpezas, y á estos motivos de disgusto se añadieron muy luego otros que despertaron una oposicion enérgica contra el gobierno de la nobleza (1). Indudablemente con objeto de acallar esta enemiga del pueblo eleo y mantener en el poder á la aristocracia, mandaron los espartanos grabar su nombre en los votos levantados con el botin de Platea al lado del de los cantones que tomaron parte en aquella jornada,

díkai; Hellanic. fragm. 90 M. Pausanías 5, 9, 5. En lugar de *pémpté dé Olümpiádi kaí eikosté*, debe leerse: *pémpté kaí hedomekosté*, toda vez que en la segunda Olimpiada despues de esta funcionan diez jueces, cambio que anuló la representacion de los nueve linajes nobles y aparece relacionada con el *synoecismo* que, segun Diodoro, coincide con el mandato de Praxiergo, ó sea con el ejercicio del 471 á 470. Consúlt. Pausan. l. c. Pindari Odae 2. 1, 95; Schol. Pindar. Olymp. 3, 22 y las observaciones de Böckh á este pasaje.

(1) Herod. IX, 77.

lo mismo que en el pedestal de la estátua erigida á Júpiter en Olimpia. Pero esta oficiosidad fué de todo punto estéril en resultados; porque, segun hace notar Aristóteles las oligarquías se derrumban tan pronto como dentro de su seno surge la desunion ó bien se forma una constitucion que establezca un acuerdo entre los descendientes de los que en tiempos antiguos conquistaron el país y una parte por lo menos de los vencidos, viviendo así todos unidos al amparo de las mismas leyes y con iguales derechos. En el caso presente, este convenio, sin embargo, no se hizo estensivo á la poblacicn de la montaña que cierra el valle superior del Peneo y del Ladon, al país de los pisates antes sometidos, á los pueblos de Trifilia, que obedecian á los eleos; todos los cuales quedaron como anteriormente bajo la condicion de perioicos, sumisos á las leyes y autoridades eleas (1).

El cambio operado en la constitucion y régimen de Elide, cuyo gobierno quedó encomendado á un numeroso consejo, rompió la estrecha amistad que existia entre esta República y la espartana, fundada en la analogía de sus instituciones y en el modo de ser muy semejante de ambos pueblos, formados por una clase aristocrática y conquistadora que mantenia en sujecion y obediencia á una poblacion más numerosa y vencida, en la simpatía del régimen aristocrático que imperaba lo mismo en el Eurotas que en el Peneo; amistad que se conservó desde los dias del rey Fedon de Argos, hacía más de 250 años, con ventaja para los unos y los otros, segun tuvieron ocasion de verlo los espartanos en el levantamiento de los mesenios, y que sirvió de apoyo muy principal á Esparta para mantener su predo-

(1) Busolt, obr. cit.

minio en el Peloponeso. La separacion anterior de los tegeatas hizo más sensible la pérdida de este aliado.

Pero no terminó aquí la defeccion de los amigos de Esparta. Al Norte de la meseta ocupada por los tegeatas álzase una segunda planicie bastante elevada que formaba el canton de los mantineos. Vivian estos repartidos en cinco villas y en la region septentrional de la meseta habian levantado sobre empinada eminencia una fortaleza, llamada Ptolis en la que se refugiaban en caso de peligro. En cada uno de los cinco distritos ejercian el mando supremo los nobles ó sea los grandes propietarios rurales que tenian sus bienes en el respectivo distrito (1).

*
* *

Tampoco se mostraron solícitos los mantineos en acudir al llamamiento que los espartanos dirigieron á los griegos en 479, pidiendo el concurso de todos para rechazar la invasion persa, y sus tropas llegaron asimismo demasiado tarde á Beocia; no obstante soldados mantineos pelearon en las Termópilas y persiguieron tambien á los persas en su retirada hasta Tesalia, á pesar de lo cual los lacedemonios les rehusaron el honor de que su nombre figurase en los monumentos levantados en Delfos y Olimpia con el producto del botin cogido en Platea, en los que aparece, con menos razon tal vez, el de los eleos.

Estos y parecidos agravios indujeron á los mantineos á buscar la alianza de Argos; y del testimonio de Estrabon: «los argivos reunieron los cinco municipios de Mantinea,» parece deducirse con perfecta claridad que, mediante la iniciativa y el apoyo de Argos, forma-

(1) Xenoph. Hellen. V, 2, 7.

ron una comunion política los cincos municipios ó distritos de dicho canton, concentrándose su poblacion en una ciudad que se levantó cerca de la mencionada fortaleza, á orillas del Ofis. En su mercado se erigió un templo á Júpiter, que fué el principal santuario de la nueva villa (1).

Este cambio de residencia llevó consigo una trasformacion del régimen aristocrático en sentido más democrático; desde su instalacion en la nueva ciudad pasó la autoridad soberana á manos del pueblo, quien encomendó á un consejo electivo la gestion administrativa, designó demiurgos que ejerciesen el poder ejecutivo y polemarjos encargados de la direccion de los asuntos militares (2).

Dividióse la poblacion en cinco tribus correspondientes á los cinco distritos antiguos: la enyalia, la posoedlia, la anacisia, la epalea y la hoplodmia, nombres tomados, segun parece, de las divinidades que aceptaron dichas tribus por especiales patronos (3). La democracia que entonces empuñó las riendas del gobierno en Mantinea, era moderada. Segun Aristóteles «debe tambien calificarse de democrática aquella constitucion con arreglo á la cual no toma todo el pueblo parte en la eleccion de los empleados sino solamente cierto número de ciudadanos, como ocurria en Mantinea» (1). La constitucion mantinea era reputada por una de las mejores

(1) Estrabon p. 337. Tucíd. 5. 47. Pausan. 8. 9, 1.

(2) Tucíd. 5, 47.

(3) Bullet. hellenique 1, 5 y 60 sigs. Pausanías (8. 9. 2) hace mencion del templo de los dióscoros, de los anaces de Mantinea, y en otro lugar (8. 27, 2) cita á los hopleis como «oikistas» ó avecindados de los mantineos al verificarse la fundacion de Megalópolis; Bursian, en su Geografía. 2. 2[illegible], dedica un recuerdo á la Juno hoplosmia.

(4) Aristot. Pol. 6. 2 2.

ordenadas y de las más sabias de Grecia. Lo cierto es que esta democracia moderada echó tan hondas raices, que noventa años despues de su exaltacion no encontraron los espartanos otro medio para debilitarla que el de restablecer la antigua division en cinco distritos autónomos. Contando con el apoyo de los argivos, el nuevo gobierno de Mantinea resolvió separar el canton de la Simaquía espartana. Ahora como antes, la analogía de su constitucion, y la necesidad comun de poner su independencia á cubierto de las ambiciones de Esparta, fueron los lazos que mantuvieron unidos á mantineos y argivos (1).

Respecto de la fecha en que estos cambios ocurren el citado testimonio de Estrabon nos da la clave para determinarla, al decir que los argivos organizaron á los mantineos (2), antes que ajustasen el pacto de alianza con los eleos y hereos, ó sea despues de la guerra persa. Por otra parte es evidente que Argos no estableceria en Mantinea un gobierno democrático antes de adoptar ella misma ese régimen, ó sea con posterioridad al año 495 antes de Jesucristo, ni hacer que los mantineos rompiesen con Esparta antes de separarse ella misma de la Simaquía espartana, cosa que tuvo lugar en 474. Actos tan ostensibles de hostilidad á Laconia no pudieron ejecutarse sino despues que Argos se unió á Tegea para combatir á Esparta.

El sinoecismo de los mantineos apenas duró una centuria, quedando roto entre 385 y 384, en que Agesípolis y los espartanos se apoderaron de la capital, imponiéndoles la obligacion de restablecer la antigua division territorial en cinco distritos y de repartir la

(1) Polib. 6, 43, 1. Tucid. 5, 29. Xenoph. Hellen. 6, 5, 5.
(2) Estrab. p. 337.

poblacion en las mencionadas cinco villas, por cuyo medio, segun hace notar Jenofonte «quedaron libres de los demagogos y sicofantes;» y esta facilidad con que se desbarató el sinoecismo prueba que no llegó á consolidarse (1).

La union de Mantinea y Argos robusteció de una manera notable el partido peloponesio de oposicion á Esparta. Contando con el valioso apoyo de Tegea y Mantinea y con la alianza condicional de Elide, podia Argos oponerse francamente á las pretensiones de los espartanos; y este antagonismo no era solo de intereses sí que tambien de principios políticos, toda vez que la democracia que acababa de subir al poder en dichos cantones, disputaba el predominio en el Peloponeso á la aristocracia espartana. De aquí surgieron para esta otros peligros de gravedad suma. La comunidad de principios y aún de intereses podia dar por resultado la union de los mencionados cantones con Atenas, en tanto que la nueva liga de Tegea, Mantinea y Argos cortaba las comunicaciones de Esparta con sus aliados del Norte: Megara, Corinto, Sicyon, Fliunte, Epidauro y Trecena. Por otra parte la defeccion de Tegea y Mantinea hacia poco menos que imposible mantener á los demás cantones arcadios en la dependencia de Esparta,

(1) El restablecimiento de la antigua division de Mantinea por los espartanos, está confirmado por Eforo (fragm. 138) por Diodoro (15, 5 y 12) y aun por Jenefonte (Helen. 5, 2, 7), que si bien habla solo de cuatro divisiones, es porque, segun parece, la villa situada cerca de la fortaleza de Ptolis, sirvió de fundamento para edificar la capital, y no llegó á despoblarse, como lo da á entender tambien Pausanías, 8, 8, 9. Isócrates hace asimismo mencion de la disolucion del sinoecismo (Panegir. 126. De pace 99), hecho confirmado por Polibio (4, 27. 4, 23, y 2, 56) donde refuta la opinion de Filojoro, segun el cual, Mantinea era la ciudad más antigua y más importante de Arcadia.

y el menor ensayo que se realizase para obligar á los mencionados cantones de la costa septentrional del Peloponeso á combatir la liga argivo-mantinea podia producir un resultado contraproducente, decidiendo al nuevo gobierno de Elide á unirse á la coalicion contra Esparta.

*
* *

En medio de este horizonte por demás tenebroso que rodeaba á la orgullosa República del Eurotas, surgió de pronto un rayo de luz, al llegar á Esparta la noticia del triunfo alcanzado por Arístides y Cimon sobre Temístocles y del destierro de este eminente repúblico por diez años; cuyo triunfo quitaba á los espartanos todo temor de que Ática llegara á unirse á la coalicion tegeata-mantineo-argiva. Sin embargo, á esta favorable noticia sucedió la desagradable nueva de haber establecido el ostraciado Temístocles su residencia en Argos, decision harto significativa en aquellos momentos; dados sus principios políticos ningun otro punto le ofrecia tan favorable coyuntura para proseguir su campaña contra Esparta y defender los intereses de Atenas como la República que acababa de declarar la guerra á los lacedemonios. Inútil es advertir que Argos recibió con agrado al nuevo huésped, honrando en él al verdadero libertador de tantos cantones helenos que se vieron amenazados por la absorbente política espartana, al que con sus acertadas disposiciones emancipó el Ática de la tutela de esta República, y, por último, al reorganizador de la anficcionia. Nepote atestigua, con su acostumbrada concision, la accion influyente de este caudillo, cuando afirma que «Temístocles gozaba de gran prestigio entre los argivos, á causa de sus eminentes cualidades,» y Tucídides á pesar de la circunspeccion que le

imponian sus relaciones con Esparta, dice con perfecta claridad que la influencia de Temístocles no se limitaba á Argos, puesto que si bien «tenia su residencia en Argos, desde aquí visitaba otras comarcas del Peloponeso» (1).

Nadie más que él, sin duda, impulsó á los argivos á no desperdiciar la coyuntura, que tal vez no volveria á presentárseles, de expulsar de su territorio á los micenios y tirintianos, vasallos de Esparta; y no dejaria de influir en ciertos cantones arcadios para que, siguiendo el ejemplo de los tegeatas y mantineos, se emancipasen de la tutela espartana; de esta manera realizaba su política, que consistia principalmente en quitar á los lacedemonios todo predominio en el Peloponeso. Que Esparta conocia sus planes lo demostró en el empeño con que trató de alejarle de Argos y de perderle, y se deduce además de la conducta de Alcibiades, continuador en este punto de la política de Temístocles.

Imposible seria precisar hasta qué punto llegaria la influencia de Temístocles en estos asuntos; sólo sabemos que se realizaron todos los temores que surgieron en Esparta con motivo de la defeccion de tegeatas y mantineos, de su union con Argos y de la residencia de Temístocles en esta República. De los dos mencionados cantones, que formaban la parte oriental de Arcadia, se estendió el movimiento por la region occidental del país. Aun no habia trascurrido un año desde que Temístocles fijó su residencia en Argos cuando en el verano del 469 tomaron las armas contra Esparta todos los cantones de Arcadia. Diez y ocho años antes los habia reunido Cleomenes con un fin semejante; pero esta vez no tenia Esparta el recurso de ofrecer á Cleomenes nue-

(1) Nepos Themístocl. 8. Tucídid. 1, 135.

vamente el trono para conjurar la tormenta; era preciso aceptar una lucha en que iba á jugar su propia existencia (1).

Tocante á la fecha en que acaecen estos hechos, Diodoro pone la defeccion de los mesenios é hilotas en la Olimpiada 77, 4 ó el año 469 á 468 en que tuvo lugar, segun él, un gran terremoto, que coincide con el arcontado de Apsefion (2); no obstante sabemos que el terremoto ocurrió en el ejercicio de 464 á 463, como lo da á entender claramente Tucídides al decir que ocurrió durante el levantamiento de los thasios, que no comenzó antes del 464 (3); sin embargo, Plutarco le pone en el año cuarto del reinado de Archidamo, que tuvo principio en el ejercicio de 469 á 468, puesto que murió en él de 427 á 426 despues de un reinado de 42 años (4); mas Pausanías afirma de una manera positiva que el terremoto de Esparta y el levantamiento de los mesenios acaecieron en la Olimpiada 79, 2, bajo el arcontado de Arjidemides ó sea en el ejercicio de 464 á 463. Segun eso habria que suponer que Diodoro incurrió en un error palpable al establecer la fecha de 469 á 468, lo que parece seguro toda vez que él mismo da al levantamiento una duracion de diez años y pone su término en el de 456 á 455, por donde se ve que no pudo estallar antes de 465 (5).

(1) Segun la expresion del mismo Tucídides 6, 16.

(2) De que es una forma errónea *Faisôn* segun se deduce de los Márm. parios ep. 56, de la Crónica de Apolodoro en Diógenes Laercio, 2, 44 y de Plut. Cimon 8.

(3) Tucíd. 1, 101, 102.

(4) Plut. Cimon 16, 26.

(5) Por lo demás, no es difícil señalar la causa del expresado error. Diodoro encontró indicada la toma de Micena por los argivos en el año de Teagenides ó del 468 al 467, «en un tiempo en que los espartanos estaban ocupados con guerras propias,» que no eran

Y en esta hora de peligro se hallaba vacante el trono de Esparta, faltándole al ejército la direccion de los heraclidas: Pleistarjo, hijo de Leonidas, era todavia menor de edad, aunque ya habian trascurrido once años despues de la muerte de su padre, y su primo Pausanías, representante de la familia proclida, se encontraba en territorio persa, del otro lado de los mares, sin cuidarse de los apuros de la patria, en tanto que Leotiquidas, representante de los agidas, vivia como desterrado ó fugitivo en Tegea. El hijo del vencedor de Micala, Zeuxidamos, habia dejado de existir hacia mucho tiempo, y aunque Arjidamo, hijo de éste, habia cumplido ya los treinta años, y pasado por consecuencia de la mayor edad asignada á los reyes de Esparta, no se le habia dado posesion del trono de Leotiquidas, sin duda por temor de que llegase á ponerse en inteligencia con su abuelo. Mas en aquel crítico momento falleció éste en Tegea y los espartanos colocaron en el trono á Arjidamo. Era este el hombre que entonces necesitaba Esparta, rodeada por todas partes de peligros. Partidario de la antigua disciplina laconia, era Arjidamo animoso en el combate, prudente y moderado en el consejo á la vez que resuelto en el momento del peligro (1).

otras que las guerras con los arcadios; y puesto que Diodoro no hace mencion de esta guerra ni de la batalla de Dipea, parece seguro que la ha confundido con la guerra de los mesenios; de aquí ha nacido el error por el que este escritor ha adelantado en algunos años el levantamiento de los mesenios y el expresado terremoto. Diodoro tuvo que colocar en 469 á 468 la defeccion de los arcadios, en razon á que los argivos y tegeatas no podian apoderarse de Micena y Tirinto antes del levantamiento de los arcadios que les cubrian la espalda. De todo lo cual se infiere, con entera seguridad, que el principio de la guerra arcadia coincide con el ejercicio de 469 á 468.

(1) Tucíd. 4, 81. Plut. Ages. 1.

*
* *

No lejos de Dipea, lugar situado, segun parece, en la vertiente occidental de la montaña de Maenalon, en el curso superior del Helison, por consecuencia en el territorio de los maenalios, vecinos por occidente de los mantineos, habíanse reunido las fuerzas de todos los valles de Arcadia, á escepcion de los hoplitas mantineos (1). Por el número eran muy superiores á los espartanos, haciéndose subir á más de 20.000 el de los hoplitas solamente.

Al decir de Plutarco, en la noche que precedió á la batalla, para levantar el ánimo algo abatido de sus guerreros, erigió Arjidamo secretamente un altar, adornóle con brillantes trofeos, é hizo que dos caballos diesen vueltas al rededor del monumento. Cuando llegó el dia y vieron los lojagos y taxiarjos aquellas refulgentes armas y las huellas de dos corceles con un altar que nadie habia levantado, anunciaron á las tropas que los dioscoros habian descendido á pelear en union con los espartanos. Al oir tal cosa, llenáronse de valor y de entusiasmo las tropas que, peleando con singular denuedo, vencieron á los arcadios (2). Tambien Isócrates afirma que los espartanos triunfaron tras ruda pelea, no obstante que la superioridad numérica del enemigo les obligó á pelear formados en un sólo cuerpo (3).

Admitida la version de Polieno, que sin duda proviene de Sosibio ó de Aristócrates, hay que convenir en que Arjidamo escogió un medio muy propio para enar-

---

(1) Pausan. 3, 11, 7. Bursian, Geografía, 2, 228.

(2) Polieno 1, 41. Lo que dice en los números 1 y 3, se refiere seguramente al segundo Arjidamo, en tanto que el sitio de Corinto, la toma de Caria y la herida son hechos que corresponden al tercer príncipe de este nombre.

(3) Isocrat. de pace 99.

decer el ánimo de los guerreros espartanos, sí es que no fué exclusivo autor de tal estratajema el adivino Tisameno, hijo de Antioco, yamida de Elide que habia prometido tambien la victoria á los espartanos en Platea y Tegea, por los augurios que pretendió ver en las víctimas de los sacrificios. Los lacedemonios habian elegido por hermanos de armas á los dioscoros de Therapne, despues de la toma de Amiclæ, atribuyéndoles sus triunfos sobre Aristomenes y sobre los rebeldes mesenios, como ahora les cedieron el honor de la victoria alcanzada sobre los arcadios.

Este brillante hecho de armas debido solamente á la severa disciplina y al valor de las tropas lacedemonias fué el único triunfo de importancia que en ocho años de desgracia y descalabros alcanzó la orgullosa aristocracia espartana, fuera de la victoria por completo estéril que obtuvo sobre los argivos y tegeatas. Ignóranse los motivos que tuvieron los mantineos para no acudir aquel dia en auxilio de sus compatriotas; no obstante la enemiga que enciende luego encarnizada guerra entre Mantinea y Tegea y las lleva á ajustar opuestas alianzas, lo mismo que el empeño con que la primera persigue el propósito de imponer su dominacion á los pequeños cantones vecinos, dan á entender que su neutralidad en la ocasion presente obedeció á razones de esta naturaleza. De la circunstancia de haber conservado Mantinea su constitucion democrática y su unidad política, despues del triunfo que devolvió á Esparta su anterior predominio, parece deducirse que esta República compró la neutralidad de Mantinea á cambio de la formal promesa de respetar una y otra. No fué esta la única vez que los mantineos abandonaron á sus aliados en momentos críticos, para unirse á los espartanos, aun hallándose en abierta hostilidad con ellos.

En cuanto á la fecha en que tuvo lugar el expresado hecho de armas, desde luego podemos asegurar que es posterior á la toma de Micena y Tirinto. En efecto; Diodoro nos dice que cuando los argivos sitiaron aquellas ciudades se hallaba Esparta en un estado de postracion y decadencia, y envuelta además en «propias luchas,» que la impidieron prestar auxilio á Micena; por otra parte es evidente que nunca habria abandonado Esparta á Micena y Tirinto, estrechamente asediadas por los argivos, si hubiese estado en situacion de evitarlo. Y puesto que el triunfo de Dipea la puso de nuevo en tal situacion, la caida de Micena es anterior á la batalla de Dipea y esta no pudo ocurrir antes del año 467. Tampoco pudo ser posterior, segun se deduce de varios hechos, como el establecimiento de Micitho en Tegea.

*
* *

La firmeza de carácter y severa disciplina de su nobleza, habian no sólo salvado á Esparta de un gran peligro si que tambien la devolvieron su anterior predominio sobre infieles aliados que, como Mantinea, Tegea, Orchomenes y Maenalo vuelven á figurar en su Simaquia. Segun todas las apariencias, los espartanos hicieron un uso moderado y prudente del triunfo de Dipea, ofreciendo á los arcadios toda clase de facilidades para ingresar de nuevo en su confederacion, ya que ni con la adhesion de los arcadios á la Simaquia, podian recobrar su anterior predominio en el Peloponeso. Los argivos habian rehecho sus fuerzas disputándoles esa preponderancia con actos tan importantes como la sumision de Micena y Tirinto, realizada antes de la jornada de Dipea.

El levantamiento de Arcadia contra Esparta ofrecia

á los argivos excelente ocasion de resarcir los daños causados al canton por Cleomenes, imponiendo de una manera decisiva su voluntad á los aqueos, como lo hizo en otra ocasion el rey Erato contra los dryopes de Asine que en tiempo de Fedon se pasaron al partido de Esparta, ó el príncipe Damocratidas con los aqueos de Nauplia, que un siglo despues se unieron tambien á los lacedemonios. Como quiera que sea, Herodoto dice explícitamente que «los argivos vencieron con gran trabajo á los tirintianos, que fueron antes sus siervos;» y no eran otros que los aqueos (1). Y al decir de Estrabon «algun tiempo despues de la batalla de Salamina, los argivos, aliados con los cleoneos y tegeatas, salieron contra Micena y, destruyendo la ciudad hasta no dejar de ella rastro alguno, se repartieron el país... Los argivos destruyeron á Tirinto y expulsaron á los tirintianos en castigo de su desobediencia; una parte de los cuales huyó á Epidauro y otra á Halieis, lugar perteneciente á Hermione» (2), en la punta meridional de la península argiva.

Todos estos hechos están confirmados por el testimonio de Diodoro, segun el cual, «hácia el ejercicio de 468 á 467, siendo Teagenides primer arconte de Atenas, estalló la guerra entre los argivos y micenios que no querian someterse á los primeros como los demás pueblos de Argólide. Hacia mucho tiempo que los argivos, mal avenidos con la independencia de Micena buscaban ocasion y medio de destruir esta ciudad, aprovechando para ello el momento en que los lacedemonios abatidos por sus desgracias se hallaban imposibilitados para prestar auxilio á sus aliados los micenios. Con esta mira reunieron los argivos un numeroso ejército com-

(1) Herod. 2. 63.
(2) Estrab. p. 372. 373.

puesto de tropas propias y de los cantones aliados con el que atacaron á los soldados micenios, los vencieron y los encerraron en la capital, á la que pusieron sitio. Resistiéronse los sitiados durante algun tiempo con valor; pero agotadas sus fuerzas por el combate, sin esperanza de recibir auxilio de los lacedemonios, que se hallaban complicados entonces en intestinas luchas, y no teniendo otros aliados, tuvieron que rendirse. Los argivos redujeron á los micenios á la esclavitud y ofrecido el producto del diezmo de su venta al númen, arrasaron la ciudad. Tal fin tuvo esta poblacion, floreciente en tiempos antiguos, que habia sido cuna de hombres ilustres y realizado gloriosos hechos; hasta el presente dia permanece despoblada» (1). Por último, Pausanías confirma y completa estas noticias diciendo: «despues de las guerras persas expulsaron los argivos á los micenios y tirintianos. No pudieron aquellos derribar las fuertes murallas de Micena, levantadas como las de Tirinto por los cíclopes; pero el hambre obligó á sus defensores á salir de la ciudad, que entonces fué destruida por los argivos» (2).

Las guerras á que aluden los testimonios que anteceden, no son otras que las promovidas por las tendencias separatistas de los cantones arcadios, con antelacion á la batalla de Dipea, toda vez que despues de este hecho de armas, los tegeatas no quedaron en disposi-

(1) Los motivos que Diodoro (11, 65) presenta como causas de la guerra, guardan relacion con la situacion de Micena antes de la emigracion dórica y con sus aspiraciones á raiz de los acontecimientos de Platea. La alianza de Argos y Tegea envolvia un grave peligro para Micena, que sobre todo, despues del rompimiento de los arcadios con Esparta, tuvo que dejar á los argivos la direccion del sacrificio nemeo y no pudo disputarles el predominio en la Argólide.

(2) Pausan. 5, 23, 3; 7, 25, 6. 8, 33, 2.

cion de prestar auxilio á los argivos en su contienda con Micena. Al abrigo de sus fuertes murallas es natural que los micenios y tirintianos se defendiesen obstinadamente; y Esparta, no pudiendo acudir por sí misma al socorro de sus antiguos aliados, hubo de lograr que los corintios hiciesen una demostracion en favor de los micenios, si es que no la hicieron ellos expontáneamente, recelosos del poder creciente de la democracia argiva. Así vemos que se les echa en cara el haber atacado la ciudad de Cleonea, en medio de la paz, con el propósito manifiesto de impedir que los cleoneos prestasen auxilio á los argivos en la guerra contra Micena y Tirinto (1).

Las dos ciudades mencionadas cayeron en poder de los argivos en el Otoño del año 468; pero en ambas se salvaron sus habitantes, no habiendo ningun testimonio autorizado que abone la suposicion de que los micenios fueron reducidos á la condicion de esclavos; y puesto que continuan figurando en la historia griega los aqueos de Micena y Tirinto, establecidos en otros puntos, debemos suponer con Pausanías que unos y otros, obligados por el hambre, compraron la retirada con la entrega de las murallas. En apoyo de esta version viene Eforo, por quien sabemos que los tirintianos, expulsados de su ciudad, preguntaron al númen dónde buscarian una nueva residencia, recibiendo esta contestacion: «sea cualquiera el lugar que busques, donde quiera que te establezcas y fijes tu residencia, siempre te llamarán buen navegante;» oido lo cual se

(1) Plut. Cimon. 17. Sobre cuyo hecho no cabe duda, puesto que la acusacion proviene del mismo Cimon, que en 461 rebate con ella el reproche que le dirigen los corintios de haber atravesado su territorio con los hoplitas de Atenas, sin prévio aviso; por tanto, se trataba de un hecho reciente, poco anterior al 461.

trasladaron á Halieis, si es que no fundaron esta poblacion de nueva planta. Herodoto lo da á entender así, y Estrabon no contradice esta version, cuando afirma que huyeron parte al territorio de Epidauro y parte al de Hermiona (1).

Los argivos trasportaron algunos objetos religiosos respetables por su antigüedad y por la veneracion en que se les tenia, desde Tirinto al templo de su númen tutelar; la Juno del Monte de Eubea, cuyas sacerdotisas servian de punto de partida para contar los años del calendario argivo; el mismo en que ofreció el sacrificio Cleomenes para implorar de los dioses ayuda para poder tomar á Argos. Segun Pausanías, se colocó allí la antiquísima estátua de Juno, llevada de Tirinto, al lado de la antigua imagen de la diosa que se alzaba sobre una columna. Describiendo el Hereo, dice el escritor mencionado: «yo mismo ví la estátua; es de tamaño regular y está hecha de madera de peral silvestre» (2).

Este historiador asegura que «más de la mitad de los micenios encontraron asilo en los dominios del rey Alejandro de Macedonia, en tanto que el resto se retiró entre los aqueos de Cerinea, ciudad que tomó gran importancia y adquirió mayor poderío con este refuerzo de poblacion (3). Tambien Alejandro recibiria con agrado á los fugitivos que reforzaron la poblacion de sus ciuda-

(1) Eforo en Steph. Biz. *Halieis* y *Tiryns*. Herod. 7, 137. La hazaña de Aneristo de Halieis, citada por Herodoto, es de la época de la primera guerra del Peloponeso, en que Argos y Atenas pelearon juntas contra Esparta.

(2) Pausan. 2, 17, 5.

(3) Pausan. 7, 25, 5. 8, 33, 2. Puesto que Pausanías supone que algunos micenios se refugiaron en Cleonea, algo especial debe haber ocurrido con ellos, toda vez que los cleoneos tomaron parte en el asedío de Micena.

des, mucho más siendo aliados de Esparta, por efecto de las relaciones tirantes que mantenia con Atenas, desde que esta República se puso al frente de la confederacion de las ciudades greco-trácias.

Si Esparta habia salido de un gran peligro, al vencer á los arcadios en Dipea, si á consecuencia de este hecho habia reanudado amistosas relaciones con varios cantones, en particular con Tegea, Argos habia borrado tambien las enojosas consecuencias de la guerra de Cleomenes, y árbitro de sus destinos, podia oponer su voluntad libre y autónoma á las pretensiones de Esparta. Entre tanto, Elide se mantenia en una posicion espectante y fria con relacion á esta República, que se veria amenazada por nuevos levantamientos de los arcadios y coaliciones hostiles en el Peloponeso, en tanto que Temístocles tuviese su residencia en Argos y dirigiese la política de este canton.

XI.

PROGRESOS DE LA LIGA DÉLICA.

No obstante la adhesion de las ciudades trácias á la liga jónio-ateniense, no hizo esta tan rápidos progresos como sus felices comienzos anunciaban. Los atenienses, despues de apoderarse de Eion, guarnecida por tropas persas, cuando se disponian á completar su conquista con la anexion de una parte de su territorio y á enviar allí nuevos colonos, fueron derrotados por los trácios que, á su vez, se hicieron dueños de la expresada plaza; tambien fracasaron los esfuerzos que hicieron para someter á los persas de Dorisco donde ejercia el cargo de gobernador Maskames (1). Aún presentaban peor cariz los asuntos de los Estrechos. Bizancio continuaba en poder de Pausanías ó de su lugarteniente Gongilo, á quien habia confiado sus planes, defendida por los medos y egipcios que el traidor tomara á sueldo, á cuyo lugarteniente confió el mando de la plaza cuando fué llamado á Esparta. De regreso en Bizancio se apresuró

(1) Herod. VII, 106.

á manifestar á los atenienses y sus aliados que no tenia la intencion de ceder á nadie aquella conquista, por más que la habia realizado con su concurso y el de los griegos isleños y helespontios, antes bien era su propósito conservar para si una plaza que dominaba los Estrechos y castigar á los que se habian revelado contra su autoridad. En suma; Pausanías ejercia en Bizancio el mando soberano de una manera harto cruel y tiránica.

Cuéntase que persiguiendo con demasiada insistencia á la hija de Coronides, hombre distinguido de la ciudad, los padres cediendo al miedo y á la violencia, le entregaron su hija. Cleonice, que éste era su nombre, pidió á los guardias apostados á la entrada del cuarto de dormir de Pausanías, que apagasen la luz tan pronto como este se hubiese acostado; y como ella penetrase luego en la habitacion en medio de la oscuridad, tropezó en el candelero y le derribó al suelo. Sobresaltado Pausanías al oir aquel ruido y creyéndose acometido por enemigos, cogió la espada que tenia al lado hiriendo á la joven, que falleció de resultas de la herida. Apareciósele en sueños su sombra y le dijo: «marcha en pos de la desgracia; porque el crimen lleva á los hombres á la perdicion;» y esta alucinacion le persiguió de tal manera que en vano trató Pausanías de aplacar su alma por medio de sacrificios y conjuros (1).

Nada podia contrariar más á los atenienses que ver

---

(1) Pausan. 3, 17, 9 sigs. Plut. Sera Vindicta 10; Cimon 6. Está probado que el lugar de la conjuracion de los muertos, Heraclea, se halla en el Ponto: seguro es tambien que la aventura de Cleonice tuvo lugar despues que Pausanías regresó de Esparta, como claramente se deduce de la observacion que añade Plutarco al relato del expresado suceso: «irritados tambien con esto los aliados, junta-

en poder de enemigos una plaza de tanta importancia, llave de la via del Ponto; sostenida, además, con el apoyo de Persia y por cuyo medio no solamente se les quitaron algunas de las ciudades helenas de la comarca que se habian adherido á la liga, sí que tambien se impidieron otras adhesiones á la misma. Ignórase si Pausanías, despues de su regreso hizo públicas sus relaciones con los persas ó si continuó jugando con cartas ocultas; sólo sabemos que Jerjes nombró gobernador de Frigia á Artabazo con orden de seguir las negociaciones y poner á su disposicion recursos y tropas. El general persa fijó su residencia en Dascileo, plaza situada enfrente de Bizancio. Tucídides descubre un poco el velo de esta historia, aunque con su acostumbrada reserva, cuando dice «segun todas las apariencias, Pausanías continuaba en el Helesponto los mismos manejos que habian motivado su llamada á Esparta» (2), aludiendo sin duda á su tiránico proceder y á sus relaciones con Persia.

Como quiera que sea, era ya de bastante importancia el servicio que prestó á los persas cerrando á los atenienses y á sus aliados el camino del Bósforo. La liga sufrió luego otra pérdida de gran consideracion: la plaza de Sestos, con tanto trabajo conquistada por Jantippo, llave á su vez del Helesponto, volvió á caer en poder de los persas, no se sabe si con el auxilio de Pausanías. Los asiáticos pusieron en ella una fuerte guarnicion de tropas persas escogidas que defendia á la vez el mencionado Estrecho. Esta conquista puso en manos de los persas el Quersoneso, con el principado fundado por Milciades, en gran parte ocupado por colonias áticas;

mente con Cimon, le pusieron cerco,» con lo que se da á entender claramente que la liga délica con Cimon á la cabeza, atacó á Bizancio. Cimon 6.

(2) Tucíd. I, 128. 131.

por cuyo medio no sólo se cerró á las ciudades de la Propontide el camino para ingresar en la liga délica, sí que tambien se les cortaron las comunicaciones con ella. No se ocultaba á los atenienses que los persas defenderian hasta el último extremo su conquista, no tan sólo por la importancia intrínseca de aquel Estrecho, sino tambien para mantener expeditas las comunicaciones con Dorisco.

Apenas es creible que Atenas dejase de dirigir reclamaciones á Esparta sobre la antigua conducta y los manejos de Pausanías; pero si presentó tales reclamaciones no fueron atendidas; Esparta no retiró el mando ni la regencia á un hombre que, olvidando y aún menospreciando sus deberes de regente del Estado, habia regresado á Bizancio contra el mandato esplícito de la suprema autoridad de la nacion, ejercia un poder tiránico en dicha plaza y no se recataba de trabajar en favor de los persas. Semejante proceder por parte de los lacedemonios sólo se comprende suponiendo que el partido que defendia la conducta de Pausanías, como si fuese altamente beneficiosa para Esparta, aplaudia todos sus actos con tal que tuviesen por objeto contener lor progresos de Atenas en Oriente y mantener el predominio de Lacedemonia en Grecia, tan quebrantada en los últimos años, aun cuando para ello fuese necesario hacer causa comun con el enemigo de los griegos. Tal vez opusieron tambien los espartanos á las reclamaciones de Atenas que aquellos sucesos eran necesaria consecuencia de la excitacion que ella habia operado en la Simaquía lacedemonia, efecto de la cual Esparta no tenia poder ni medios de atajar los pasos de Pausanías, porque Atenas misma la habia arrebatado la influencia que pudiera haber ejercido en el Bósforo y en el Helesponto.

***

Con objeto de salir de aquella situacion inaguantable, especialmente para Atenas que no podia hacer sus acopios de granos en Oriente, de poner fin á los innobles manejos de Pausanías y arrancar de nuevo á los persas el Helesponto y el Bósforo, libertando al mismo tiempo de su yugo las ciudades de la Propontide, se dió á la vela poco despues del ostracismo de Temístocles, en la Primavera del año 470, una poderosa escuadra Ática al mando de Cimon, á la que se agregaron luego otros tantos triereos de los aliados. Su primer intento era franquear la via del Helesponto con la reconquista de Sestos. La empresa fué coronada con éxito completo á pesar de la fuerte guarnicion persa que la defendia, cayendo en poder de los griegos muchos persas de distinguida alcurnia. Hecho esto llevó Cimon su escuadra por la Propontide á las playas de Bizancio.

Formalizado el asedio defendió enérgicamente la plaza Pausanías con ayuda de su confidente Gongilo, del hermano de éste, Gorgion, y de sus asaliarados persas (1); por cuya razon se prolongó el sitio no sólo durante el Otoño, sí que tambien hasta la conclusion del invierno. Casi cincuenta años despues estaba vivo en Atenas el recuerdo de las penalidades y sufrimientos que este sitio ocasionó á los griegos, del frio y del hambre que las tropas áticas habian sufrido delante de los muros de Bizancio en esta ocasion. En las Avispas de Aristófanes, que se representaron el año 422, canta el coro esta estrofa: «salgan adelante los que aun sobreviven de aquella juventud que estuvo reunida delante de los muros de Bizancio, cuando tu y yo, hallándonos de centinelas al pie de la muralla, recorriendo luego los

(1) Los dos hermanos obtuvieron despues colocacion en Persia.

alrededores por la noche, quitamos á la buhonera su artesa á fin de poder cocer con ella algunas yerbas silvestres» (1).

Por fin tuvieron que rendirse los sitiados y la guarnicion cayó en poder de los griegos. Sin embargo, Pausanías, Gongilo y Gorgion no se hallaban entre los prisioneros, por lo que se supone que salieron antes de la ciudad y buscaron asilo al lado de Artabazo. Los escritores griegos están contestes en considerar este como uno de los hechos más gloriosos de Cimon (2); no obstante las pérdidas de su ejército fueron harto sensibles como lo acredita la unánime tradicion helena, ya que á este hecho se refieren tambien estos versos que compuso Simonides en elogio de los atenienses: «cuantos hombres, animosos como Ares, cayèron al rededor de Bizancio para obtener la libertad de aquel país, rico en pescados» (3).

Antes de continuar la narracion, debemos aclarar varios puntos oscuros relativos á los hechos que acabamos de exponer. Los dos sitios de Sestos son hechos históricos tan seguros como los de Bizancio. Segun el testimonio unánime de Herodoto y Tucídides una vez la tomó Jantippo *eklipóntôn tôn barbárôn* y la segunda cae en poder de Cimon que coje en ella gran número de prisioneros persas, de noble alcurnia.

La dominacion de Pausanías en Bizancio duró siete

(1) Avispas 236 sigs. Claro está que Aristófanes no puede referirse al primer sitio que tuvo lugar siete años antes, y en el que los atenienses sólo presentaron 30 triereos. Segun hace notar Tucídides, la mayor parte del ejército de Pausanías se componia del *plézos tòn summájón* (I, 94). Las cosas estaban muy de otro modo en el segundo sitio de Cimon, que fué uno de sus «hechos más gloriosos» y de las mayores hazañas de los atenienses en esta época.

(2) Plut. Cimon 9.

(3) Aeli. Arístid. 2 . 511 ed. Dindorf.

años. Acredítalo, entre otros, el testimonio de Trogo que al exponer en el libro IX de su obra los orígenes de Bizancio y el asedio que la puso el rey Filipo, hace también memoria de la dominacion de Pausanías (1). Y Justino, que tal vez no hizo más que atenerse al testimonio de Trogo, dice explícitamente que «esta ciudad de Bizancio fué primeramente tomada por Pausanías, rey de los espartanos, quien la poseyó durante siete años» (2). Tucídides se contenta con decir que «Pausanías fué arrojado de Bizancio por los atenienses por la fuerza de las armas.»

En realidad de verdad, los atenienses tenian sobrados motivos para desalojar al regente espartano de aquella posicion importante. Su presencia en dicho punto era un obstáculo para los progresos de la liga jónica en los Estrechos, debido principalmente al apoyo que le prestaban los persas y á la proximidad de las tropas de Artabazo, su protector y confidente, que disponia de las fuerzas militares de la satrapia más estensa de aquel reino (3).

La relacion de Plutarco está en un todo conteste con los historiadores que acabamos de citar, tanto en la exposicion de las causas que motivan el rompimiento de

---

(1) Trogo siguió en su relato de la primitiva historia de esta ciudad á Leon de Bizancio, historiador de la misma, que merece entero crédito. Vid. Suidas v. *Leôn*. Plut. Phocion 14.

(2) Algunos leen «condita primo,» por «capta primo,» pero tal version es imposible y no da sentido alguno. Algo más de medio siglo despues el espartano Cleandridas, sometió por la fuerza á los bizantinos, rechazó á los atenienses y lo mismo que Pausanías se declaró soberano de la ciudad, manteniéndose en ella algunos años, hasta que derrotado en un encuentro cerca de Selembria, tuvo que huir por mar á Persia, Jenof. Anabasis, 2, 6, 2-4. Diodoro 12, 14. Este hecho ofrece palpable analogía con el de Pausanías.

(3) Tucid. I, 129, 131.

los jónios con el general espartano (1), como en el relato de la aventura de Cleonice, cuya muerte enciende más la cólera de los griegos, que acaban por desalojar al criminal de sus usurpados dominios y obligarle á buscar asilo en Asia, y en todos los detalles relativos á la toma de Sestos y Bizancio por Cimon á los bárbaros que cayeron en sus manos. Dícenos tambien el general ateniense que al hacer el reparto del botin separó la mitad para su patria, lo que prueba que Atenas, segun indicamos antes, aportó á la empresa la mitad de la escuadra; y por último refiere que los prisioneros fueron rescatados por sus parientes y amigos de Frigia y Lidia que pagaron fuertes sumas de dinero por su rescate. Ya se ve claramente que este relato no puede referirse al asedio de Bizancio que dirigió Pausanías en el verano del año 477, en el que mandaba Arístides el contingente de Atenas y tomaron parte todos los confederados griegos; en este sitio no ejerció mando alguno Cimon ni pudo hacer el reparto del botin y el canje de prisioneros, que fueron enviados por Pausanias á Sardes, como una muestra de simpatía hácia el rey de Persia.

El número de prisioneros que cayeron en poder de Cimon debió ser muy considerable y entre ellos los habia de importancia, en razon á que los persas habian puesto guarniciones escogidas y numerosas en aquellas plazas, resueltos á defender posiciones tan preciosas é indispensables para la ejecucion de sus planes en Occidente.

Habiendo reinado Pausanías siete años en Bizancio, Cimon le obligó á desalojar la plaza el 470, despues de una série de operaciones que duraron más de cuatro

(1) Plut. Arístid. 23. Cimon 6.

meses. Segun Diodoro se pone este caudillo al frente de la armada en el ejercicio de 470 á 469, para conducirla de Bizancio contra Eion y Sciros, desde cuyo punto la llevó al Pireo en Abril del 468, bajo el mandato de Apsefion, con lo que está conforme Plinio (1). De donde se infiere que el segundo sitio de Eion tuvo lugar en el verano del 469 y la toma de Sciros en los primeros meses del 468, lo que viene á confirmar que la de Bizancio ocurrió á fines del 470 ó principios del 469.

*
* *

Con Sestos y Bizancio cayeron en poder de los griegos todas las ciudades de los estrechos y un rico botin. De este hizo Cimon dos partes: una compuesta solamente de los prisioneros y la otra de sus bienes y adornos. Los aliados manifestaron que las partes eran harto desiguales; mas Cimon les dejó en libertad de tomar la que más les agradase, dándose los atenienses por satisfechos con la que ellos no quisieran. Por insinuacion de Herofito, estratego de los samios, tomaron los aliados los bienes y preciosidades de los prisioneros quedando estos para los atenienses. Todos acusaban á Cimon de torpeza por haber dado á los aliados las cadenas de oro, brazaletes y vestidos de púrpura, á cambio de unos hombres que ni para el trabajo servian. Pero no tardó en demostrarse que los atenienses habian escogido la mejor parte; porque los parientes y amigos de los nobles prisioneros persas, vinieron de Frigia y de Lidia y les dieron por su rescate tan fuertes sumas, que con ellas pudo Cimon sostener sus tropas durante cuatro meses y entregar aun una cantidad respetable para el Tesoro de su patria (2).

(1) Plut. Cimon 8. Plin. H. N. 18, 12.
(2) Así lo dijo el mismo Cimon en el convite de Laomedonte, al

Despues de estos brillantes hechos de armas que tan grandes bienes reportaron á la Metrópoli, estaba claramente indicado Cimon para la continuacion del mando de aquel ejército. Desde luego surgió el proyecto de expulsar á los persas de Dorisco, dejar expedita la desembocadura del Estrimon al mismo tiempo que la importante vía comercial que iba á los lagos de Cercinitis y Prasias, y los caminos que conducian á las minas de plata del curso medio del expresado rio y á las de oro del Pangeo; por último, formaba parte de este plan la reconquista de Eion que seis años antes habia tomado Cimon á los persas y que los tracios arrebataron luego á los colonos atenienses. Despues de haber derrotado grandes masas de tracios en las orilias del Estrimon, puso sitio á la plaza y, viendo la tenaz resistencia de los sitiados, desvió el curso del rio que, precipitándose contra los muros de ladrillo de la plaza, los derribaron. Por segunda vez fué poblada Eion con colonos áticos, y sea que los tracios quedasen por completo quebrantados á consecuencia de las derrotas que les hizo sufrir Cimon ó que la nueva colonia fuese más numerosa que la primera, es lo cierto que los atenienses no volvieron á ser desalojados de aquel punto, cuya conquista puso en sus manos una posicion de excepcional importancia en la costa de Tracia.

Los historiadores griegos no están contestes en la exposicion de los hechos que acabamos de narrar; pero el silencio de Tucídides respecto del segundo sitio de Eion, nada prueba en contra de su existencia, por cuanto tampoco hace mencion del segundo asedio de Bizancio. Pero Diodoro dice explícitamente que Cimon llevó

---

que asistió Ion de Chios que ha trasmitido la noticia. Plut. Cimon 9. Tambien se lee este dato en Polieno I, 34.

desde Bizancio la flota á Eion el año 470 á 469 y Pausanías habla del medio de que se valió Cimon para derribar la muralla (1); y puesto que Herodoto y el Hermes del pórtico de los Hermeos consignan que la guarnicion persa al mando de Boges fué sometida por el hambre, es evidente que el desvio del rio debe referirse al segundo sitio. Sábese, además, que los colonos áticos de Eion fueron derrotados por los tracios en la Primavera del 475, y como quiera que no podian establecerse allí los griegos sin desalojar antes al comandante y guarnicion persas de que repetidas veces hace mencion Herodoto, fuerza es admitir un sitio para expulsar de la plaza á los orientales y otro para desalojar á los tracios: el primero que tuvo lugar en 476 y en 469 el segundo (2).

Bajo el arcontado de Fedon, en 476 á 475 antes de Jesucristo, estalló una peste en Atenas y, habiendo ido á consultar al oráculo sobre los medios de contener sus estragos, hubo de decirles la Pitonisa que «recogiesen los restos de Teseo y los depositasen en Ática cual convenia á su rango, tributándole los honores de los héroes.» Mas, ¿dónde se encontraban aquellos restos?

---

(1) Diodoro 11, 60. Pausanías 8, 8, 9.

(2) No es la primera vez que los historiadores griegos confunden dos hechos análogos en uno, como lo hacen aquí Nepote y Plutarco; Diodoro supone erróneamente que en 470 á 469, Eion estaba aun en poder de los persas, en tanto que Nepote afirma que en este tiempo derrotó Cimon «por primera vez nombrado general,» grandes masas de tracios. En Plutarco se ve más clara la confusion de los dos hechos, puesto que el caudillo ateniense desaloja primero á los persas, vence luego á los tracios que se hallaban apartados del otro lado del rio algo más arriba incautándose de una parte del país, rinde á los persas por hambre y de esta manera pone á los atenienses en posesion de una comarca feracísima y rica, donde fundaron Eion y Anfipolis. Cimon 7, 8.

Ocupaban á la sazon la isla de Scyros los dolopes, que eran una rama de una tribu antigua de Tesalia establecida en las montañas que se estienden á Occidente de los phtiotas; el déficit que dejaba todos los años la escasa produccion de su isla, compuesta en su mayor parte de masas roquizas, suplíanle, segun antiquísima costumbre, con el producto de la pirateria. Al decir de Plutarco fueron desvalijados y presos por estos piratas unos comerciantes tésalos, que lograron escapar de la prision y presentaron á los anficciones una queja formal contra la isla de Scyros. Los anficciones á peticion de los damnificados tésalos condenaron á los habitantes de Scyros al pago de una indemnizacion de daños y perjuicios; pero el municipio de la isla, á su vez, impuso esa carga á los que habian cometido el robo. Irritados de esta medida invitaron á Cimon á presentarse en la isla, ofreciéndole entregarla en sus manos. Hízolo así el caudillo ateniense, y una vez dueño de Scyros empezó á hacer pesquisas en averiguacion del paradero de los restos de Teseo. Como los encargados de esta mision viesen un águila que con pico y garras escarbaba la tierra de una colina, cabaron en aquel sitio y encontraron un gran ataud que encerraba el cuerpo de un hombre de gigantesca estatura y á su lado la punta de una lanza de bronce y una espada.

Dedúcese con bastante claridad del relato de Plutarco que Cimon, realizada ya la conquista de Eion, emprendió una expedicion contra Scyros á fin de reprimir la pirateria de sus moradores, de que no sólo serian víctimas los navegantes tesalios. Atenas habia menester más que nunca de expeditas comunicaciones marítimas, en todo el mar Egeo, donde tenia numerosos aliados, lo mismo en las costas de la península de Chalcidice, que en las de Tracia, que en las islas; en su ca-

lidad de jefe de la liga, correspondíale velar por la seguridad del comercio en aquellos parajes, en los que tuvo que ejercer una especie de policía. La expedicion á Scyros no fué más que uno de los actos originados de de esa posicion preeminente. Por lo demás no es creible que Cimon tuviese inteligencias con los piratas de Scyros, ya que en tal caso no hubiera empleado en la conquista de la isla el invierno del año 469 y parte de la Primavera del 468.

Como quiera que sea los dolopes fueron reducidos á esclavitud y la isla fué ocupada por colonistas áticos. Respecto de los huesos de Teseo no se tuvo la menor duda de que fuesen los encontrados en el lugar señalado por el águila. Este nuevo triunfo de las armas áticas dió por resultado la adhesion de las inmediatas islas de Sciathos, Peparethos, é Ikos á la liga Délica (1). Coronado con los laureles del triunfo y llevando en la nave almirante, soberbiamente engalanada, los restos de Teseo, entró Cimon en el Pireo en Marzo del 468, precisamente en el momento en que Atenas se hallaba entregada á los regocijos de las grandes Dionisias (2).

---

(1) Kirchhoff, Hermes 11 p. 19.

(2) Plut. Thes. 36. Schol. Aristoph. Plut. 627. Ael. Aristid. 3, 241, y los Escolios 3, 688 Dindorf. Pausanías pretende que la guerra de Cimon contra Scyros tuvo por objeto castigar el asesinato de Teseo, cometido por Licomedes en la misma isla, y su conquista se hizo con el propósito de buscar los restos de dicho caudillo. Paus. 3, 3, 7. 1, 17, 6. En nuestro sentir no hay motivo para maravillarse de que, segun Plutarco, se diese el oráculo bajo el arcontado de Fedon y la traslacion de los huesos tuviese lugar bajo el de Apsefion, de 469 á 468, ó sea seis años más tarde; ya que dicho escritor no hizo más que añadir en la vida de Teseo la fecha de la expedicion del oráculo y el hallazgo de los restos, para completar los datos que sobre este asunto habia expuesto en la vida de Cimon; pero es evidente que algun tiempo trascurriria desde que se dió el mandato de buscar los restos y su hallazgo; tambien los lacedemonios emplea-

Fueron recibidos en Atenas con extraordinarios honores y muestras de regocijo, tanto el caudillo como las tropas que con sus triunfos habian dado gloria á la patria y la devolvian los restos del que echó los cimientos del Estado ático. Celebrándose á la sazon las grandes Dionisias, Cimon se dirigió con los estrategos al Leneo á presentar al númen sus ofrendas, al mismo tiempo que Apsefion, á quien como primer Arconte correspondia la direccion de la fiesta, disponia que no se eligiesen, segun costumbre, diez jueces de las tribus para emitir dictámen sobre los dramas líricos de la solemnidad, sino que fuesen los caudillos vencedores los que ejerciesen dichas funciones, toda vez que tambien representaban á las diez tribus (1). Por primera vez osaba disputar la palma á los coros del aplaudido Esquilo un poeta joven, Sófocles que presentó en escena un asunto muy propio para conmover las fibras del corazon de los atenienses. Segun se vé por los escasos fragmentos que han llegado á nosotros, presenta el

---

ron largo tiempo para encontrar los huesos de Orestes; Plutarco mismo hace alusion al espacio de tiempo trascurrido entre dicho mandato y su ejecucion, puesto que en la vida de Teseo dice que el hallazgo era difícil á causa de la maldad y enemiga de los dolopes; y en la de Cimon hace notar que, una vez tomada la isla, se puso este caudillo á buscar el expresado sepulcro; «porque tenian los atenienses un oráculo sobre que trajeran á la ciudad los restos de Teseo y los venerasen debidamente como á un héroe; pero ignoraban donde yacia, porque los escirenses ni lo manifestaban ni permitian que se averiguase.» Parece más natural suponer que el pensamiento de buscar los huesos de Teseo fuese consecuencia de la conquista de la isla.

(1) Marm. par. ep. 56. Plut. Thes. 36; Cimon 8. No vemos razon alguna para poner en duda el relato de Plutarco sobre la trasmision de las funciones de juez á Cimon y sus estrategos; despues de todo, segun ha demostrado Rühl, Fuentes de Plutarco en la vida de Cimon, p. 36, la noticia proviene de Ion de Chios.

poeta á Céres entregando á Triptolemo las espigas y enseñándole el arte de cultivar la tierra, con cuyo motivo le exhorta á «escribir sus palabras en las tablas de su corazon,» y le ordena que lleve tambien los frutos que le ha dado á los demás valles de Grecia y á las comarcas de allende los mares; dícele que vaya á Yapigia y á Sicilia; «entonces le estrecharán la diestra Oenotria, el golfo de los tirrenos y el país de los lígures;» allí «siembra de trigo blanco» la feliz Italia (1), que dará el mejor de todos los granos. De aquí se trasladará al pais de los ilirios y cerca de «Jarnabon, que á la sazon reinaba sobre los getas.» Por último descubre el númen á Triptolemo los misterios de Eleusis y, entonces el poema proclama tres veces dichosos á aquellos que bajan al Hades despues de haber contemplado estas cosas, pues únicamente estos tienen allí felicidad y los demás desventuras solamente» (2).

Un poema que presentaba á Ática como cuna de la agricultura, donde propiamente tuvo origen la «casa de labor,» donde se rodeó de prestigio el matrimonio y todo tendia á arraigar las costumbres dulces y apacibles, que se alababan en la obra, no podia menos de llamar poderosamente la atencion del auditorio. Los estrategos adjudicaron el premio á Sófocles, proclamándole así héroe de la paz y de la moralidad.

Esquilo quedó indemnizado de este contratiempo en la Primavera próxima, obteniendo la palma con su Laios, su Edipo, los Siete delante de Tebas y el drama talerico Esfinje. Cuando el mensajero, en los Siete delante de Tebas haciendo á Eteocles la descripcion de los caudillos enemigos que amenazaban dar el asalto á las

(1) Schol. Pind. Olymp. 10, 1. Dionys. Halic. 1, 12. Plin. Hist. nat. 18, 12.

(2) Plut. de aud. poet. 4.

siete puertas de la plaza, alaba las cualidades de Anfiarao, que se disponia á atacar la puerta de su nombre, diciendo: «ningun emblema ostenta en su redondo escudo de bronce, pues no se contenta con aparecer justo, si no que quiere serlo; por su sabiduría recoje copioso fruto de profundo surco y de ella brota siempre saludable consejo;» todas las miradas se fijaron en Arístides, dando á entender que era el hombre en quien concurrian aquellas cualidades (1).

De todas las ciudades de Eubea, Caristos, situada en la costa meridional, y habitada por Dryopes, era la única que no pertenecia á la liga ática ó que, por lo menos se colocó en una actitud rebelde con respecto á su cabeza. Así como opuso resistencia á Datis, cuando este desembarcó en Eubea al frente de las tropas de Dario, del propio modo negó luego su concurso á la confederacion helena, y aun despues de la batalla de Salamina rehusó pagar el subsidio para los gastos de la guerra.

Para obligar á los caristios á entrar en la liga ó reducirlos á la obediencia, les declaró Atenas la guerra hácia el año 468 (2). En las playas de la gran bahia que se abre entre las elevadas rocas de Leuke Akte y Geraestos, al Sur de Eubea, no lejos de Cyrnos (3), se trabó el combate entre los hoplitas atenienses y los caristios. La lucha fué reñida quedando en el campo el caudillo ateniense Hermolyco, hijo de Euthyno, que ganó

---

(1) Sobre la fecha de la representacion: Fram. Didaskalie zu Aeschyl. Plut. Arístid. 3. Siete contra Teb. 5.0-594.

(2) Puesto que Tucídides, I, 98, pone la guerra contra Caristos inmediatamente despues de la toma de Scyros que tuvo lugar de 468 á 468, aquella debió estallar en el Verano del 468. Segun Aelio Arístides, Caristos se habia adherido ya á la liga y se rebeló contra Atenas; I, 25, 1 Dind.

(3) Caristos estaba situada á una hora de la playa.

el premio del triunfo en la batalla de Micala y se habia distinguido varias veces en el certámen del Pancracio. Fué sepultado en el mismo campo de batalla, cerca del promontorio de Geraestos; en tiempo de Pausanías subsistia aún su estátua en la Acrópolis de Atenas (1). La guerra terminó ccn un tratado en virtud del cual Caristos quedó obligada á prestar obediencia á Atenas. Segun todas las probabilidades se adhirió tambien entonces á la liga délica la isla de Andros, que como Caristos habia rehusado todo subsidio para los gastos de la guerra despues de la batalla de Salamina (2).

*
* *

Aunque por segunda vez arrojados de los Estrechos, no abandonaron los persas la esperanza de recuperar tan importantes posiciones. Con este propósito premiaron generosamente los servicios de sus aliados Pausanías, Gongilo y Gorgion, dando á cada uno un principado en las provincias marítimas. Con esto no hizo Persia más que seguir su política habitual de dar á los griegos de reputacion y prestigio que se pasaban á sus filas una colocacion brillante en las comarcas fronterizas, á fin de atraerse por ese medio nuevos prófugos, con el ejemplo de la fortuna que sus compatriotas alcanzaban y de que pudiesen mantener útiles relaciones del otro lado de las fronteras. Dario premió tambien á los pisistratidas con el principado de Sigeo y á Demarato con el de Pergamo, Teutrania y Halisarna; ahora dió Jerjes á Pausanías el territorio de la costa troyana que se estiende al rededor de Colonea, en frente de Tenedos, á Gongilo los de Gambreo y Palaegambreo y á Gorgion los de Mi-

(1) Herod. 9, 105. Paus. 1, 23, 10.

(2) Kirchhoff, Hermes, 11, p. 20.

rina y Grineo (1); de suerte que los dominios de príncipes griegos pasados á los persas se estendian á lo largo de la costa, desde Colonea hasta Cumas. Al dar á Pausanías el dominio más próximo al Helesponto, se propuso sin duda Jerjes poner en sus manos todos los medios de que hubiese menester para molestar á los atenienses allí establecidos y para ejercer presion en los Estrechos á fin de allanar el camino para tomar de nuevo la ofensiva, lo que seria relativamente fácil con el auxilio de las guarniciones persas que aún se mantenian en el Quersoneso y á Oriente de Dorisco (2).

Tambien trataron los persas de entablar relaciones con las tribus tracias que residian en las fronteras del citado Quersoneso, á fin de alzarlas en armas contra las ciudades helenas de la costa y de la expresada provincia. Pero la absoluta carencia de escuadra ponia á los persas en muy difíciles condiciones, tanto para la defensa como para el ataque; á lo sumo podian disponer de los pequeños contingentes de las ciudades de la costa Occidental que no se atrevian á armar por temor de que se pasaran tambien al enemigo; pero la flota fenicia, que constituia el núcleo de las fuerzas marítimas de los persas no podia abandonar sus propias costas, en tanto que no se sometiesen de nuevo á la dominacion persa las ciudades helenas de Chipre.

Para mantener las comunicaciones con la otra costa, se apostaron en aquellas aguas triereos helenos, segun parece procedentes de Heraclea y de las ciudades

(1) Xenoph. Hellen. 3, 1, 6.

(2) La investidura de príncipes dada por los persas á los tres mencionados caudillos helenos es un hecho sobre el que no cabe la menor duda; ¿cómo hubieran podido los espartanos declarar la guerra á Pausanías si este no hubiese ejercido la autoridad soberana en Colonea? Plut. Cimon, 14.

del Ponto (1). Entonces Cimon, enviado de nuevo á los Estrechos para completar la conquista del Quersoneso, con una pequeña escuadra, se vió amenazado por numerosas hordas de tracios que invadieron esta comarca y por los triereos enemigos apostados en el Helesponto. Pero su energía y resolucion suplieron á la inferioridad de sus fuerzas, y en uno de los encuentros que tuvo con el enemigo apresó con solas cuatro naves áticas trece triereos persas. Tambien fueron derrotados los tracios y sometidas las últimas guarniciones asiáticas, incluso la de Cardia. De esta manera el hijo de Milciades tuvo la inmensa satisfaccion de terminar la reconquista del principado de sus mayores y ofrecer á su patria tan valiosos dominios. Era el año 467 segun todas las probabilidades (2).

Aun debemos atribuir á Cimon un triunfo importante en estas regiones. Los ataques de los persas al Helesponto y Quersoneso coinciden con la presencia de Pausanías en la troyana costa: arrojado del Bósforo trató este caudillo de expulsar del Helesponto á los atenienses; por cuya razon comprendieron estos que su seguridad en aquellos parajes era incompatible con la

(1) Plutarco, Cimon 6, hace mencion de la visita de Pausanias á Heraclea y Trogo (Justino 16, 3) da testimonio de la fidelidad que guardó dicha poblacion á los persas. Al frente de las fuerzas de Persia estaban Artabazo, satrapa de Frigia, y Pausanías.

(2) Plutarco expone los hechos de esta campaña de Cimon despues de dar la relacion de la batalla del Eurymedon; y como pone esta inmediatamente antes del levantamiento de Thasos, y Atenas una vez en posesion de Bizancio y Sestos, desde el 470, tenia particular interés en asegurar el dominio de los Estrechos y del Quersoneso, poniéndolos á cubierto de todo ataque de los persas, creemos que no puede fijarse otra fecha que la del 467, toda vez que, además, estos hechos de Cimon coinciden con la separacion de Pausanías del mando de Colonea.

presencia del regente espartano en Colonea. Esparta habia visto sin la menor inquietud, durante diez años, los manejos de Pausanías en Bizancio y en el Helesponto, sin privarle siquiera de la regencia. Pero Atenas no podia permitir que continuase aquella guerra de zapa, ya que los atenienses y sus aliados no tanto tenian que temer el poder de sus armas, como sus manejos, las relaciones que podia entablar en las ciudades helenas y los sobornos y otros medios ilícitos de que podia valerse para enredar los hilos de su trama. En realidad Atenas hubiera estado en su perfecto derecho echando sobre Esparta toda la responsabilidad de la guerra que la hacia su regente y rompiendo con ella toda relacion amistosa; pero Cimon pidió primeramente la separacion de su regente, amenazando á Laconia, en caso contrario, con una formal declaracion de guerra.

Por Plutarco sabemos que los espartanos hicieron lo posible por acrecentar el prestigio de Cimon en Atenas á fin de que su influencia pudiese contrarestar la de Temístocles. Por lo demás, la amistad de los espartanos con Cimon fué de gran provecho para los atenienses, ya que el favor de que gozaba su caudillo en Laconia, fué causa de que esta República no se opusiera directamente á la organizacion de la liga ática (1); lo cierto es que despues del ostracismo de Temístocles lleva Cimon las riendas del poder en Atenas con autoridad omnímoda; y es que Cimon, siguiendo una política de todo punto contraria á la de Temístocles, defendió la necesidad de conceder iguales derechos y atribuciones á Esparta que á Atenas y buscaba en su concierto armónico la salvacion de Grecia. Motivos eran estos más que su-

(1) Plut. Themistocl. 20; Cimon 16. Rühl, Fuentes de Plutarco p. 19. 20.

ficientes para que los espartanos defendiesen á toda costa la política y el mando de Cimon; por lo demás no fué su amistad con el hijo de Milciades, sino la situacion angustiosa de la República lo que les obligó á mirar con aparente indiferencia la formacion y progresos de la liga ática. Aún despues del ostracismo de Temístocles fué necesario toda la influencia de Cimon en Atenas para conjurar los peligros que les suscitó aquel eminente repúblico desde su retiro de Argos, y que no hizo desaparecer por completo la batalla de Dipea.

No se necesita mucho esfuerzo de imaginacion para comprender que á lo menos una gran parte del pueblo espartano veia con buenos ojos los manejos de Pausanías, quien de esta manera entorpecia los progresos de Atenas sin comprometer á Esparta ni romper la paz entre las dos repúblicas. Muy otra tenia que ser la situacion de las cosas si los adversarios de Cimon lograban desenmascarar aquella pérfida conducta de Lacedomonia y encumbrar por ese medio al poder al partido de Temístocles, que llevaba por lema de su bandera la guerra con Esparta; si en una palabra, Atenas declaraba á su rival solidaria y responsable de los actos de su regente. Síguese, pues, que Esparta tenia especialísimo interés en mantener á Cimon al frente de los negocios de Atenas, único medio de evitar la guerra con esta República que, aún despues de la batalla de Dipea hubiera podido ponerle en grave peligro, sobre todo si, uniéndose con Argos, arrastraba á su partido á los vencidos arcadios.

Tales fueron sin duda las consideraciones que movieron á los espartanos á alejar á Pausanías del Helesponto, tan pronto como el triunfo de Dipea les dejó respirar con alguna libertad. No bastaba retirarle los poderes de la regencia, para desvanecer toda sospecha de

una inteligencia entre la República y su regente; por cuya razon las autoridades espartanas enviaron á Pausanías la orden expresa de regresar á Lacedemonia. Y aunque la faltaban los medios necesarios para hacer que sus mandatos se cumpliesen en Colonea y Tenedos, acompañó su orden con la amenaza de romper con él toda relacion amistosa si no la obedecia inmediatamente.

Ni Cimon ni los atenienses podian exigir más de Esparta; si Pausanías desobedecia la orden del Eforado, quedaban por lo menos cubiertas las apariencias. Pero mucho más comprometida era la situacion de Esparta si Pausanías cumplia el expresado mandato: los éforos sabian perfectamente con quien tenian que habérselas, y buscaron tambien el apoyo de Cimon para alejar aquel peligro. Tres años hacia que ejercia Pausanías el mando soberano en Colonea, á nombre del Rey de Persia, cuando en la Primavera del 466 recibió del Eforado la orden de presentarse en Esparta.



Fueron dias gloriosos para Atenas aquellos en que regresó Cimon de los Estrechos, con los laureles de importantísimos triunfos alcanzados en Bizancio y Sestos, en Eion y Esciros, en Sigeo y en todo el Quersoneso, cuya posesion era de incomparable importancia para Atenas. Bizancio y todas las ciudades del Helesponto, que, despues de pasarse al partido de la liga ática, cayeron de nuevo en poder de los persas, volvieron ahora á ingresar en dicha confederacion, de la que formaban á la sazon parte todas las poblaciones de los Estrechos lo mismo de la costa asiática que de la europea: en esta desde Eleo á Bizancio, en aquella Sigeo y Lamponea, Abidos y Lampsaco, Parion y Cizico: el mismo Dasci-

leo, antes residencia del sátrapa Artabazo, y Calcedonia, situada enfrente de Bizancio, fueron arrebatadas del poder persa é incorporadas á la liga délica. Si fué Arístides el encargado de arreglar la organizacion de los nuevos aliados, como antes arregló los asuntos de las islas y de las ciudades tracias, en su relacion con la liga, es cosa que no podemos afirmar, ya que su viaje al Ponto y la negativa de Heraclea á entrar en la confederacion son hechos que tuvieron lugar en época distinta; lo que está probado es que con la adhesion de los nuevos aliados tuvieron los ingresos de la caja federal un aumento de 50 talentos por año (1).

(1) Plut. Aristid. 26. Justin. 16, 3. Kirchhoff, Hermes 11 p. 31.

XII.

REGRESO Y ACUSACION DE PAUSANÍAS.

«Por confidencias llegó á los lacedemonios la nueva de que Pausanías sostenia negociaciones con los bárbaros en su residencia de Colonea, donde se habia establecido con aviesos propósitos. Entonces, no pudiendo ya contenerse los éforos, le despacharon un heraldo con la orden de ponerse en camino con el mensajero, si no queria que le delarasen la guerra. Deseando alejar de sí toda sospecha y en la esperanza de poder contrarestar la acusacion con el soborno, regresó por segunda vez á Esparta» (1).

En realidad de verdad no habian menester los espartamos de confidencias ni anuncios para saber lo que hacia diez años venia tramando Pausanías en las orillas del Bósforo y del Helesponto, ya que seguramente habria llegado á ellos la noticia del sitio de Bizancio y no podian ignorar la posicion que ocupaba en Colonea; pero á todo habian hecho oidos de mercader; por consecuencia, si ahora se agotó su paciencia fué por virtud de las

(1) Tucíd. 1, 131.

reclamaciones que les dirigió Atenas para que hiciesen ver ostensiblemente que no se hacian solidarios de los actos de Pausanías.

¿Qué pudo mover á éste á someterse á la intimacion de los éforos? No fué seguramente la declaracion de guerra con que se le amenazaba, ya que el poder de Esparta no llegaba á Colonea, máxime hallándose en territorio persa, bajo la proteccion de los persas y teniendo á su disposicion las fuerzas militares de las satrapias de Lidia y Frigia. Ni la opinion que pudiera tenerse de él en Esparta, ni el dictado de sospechoso, eran cosas que pudiesen infundirle cuidado en Colonea; otras eran sin duda sus miras y sus fines al regresar á Esparta. Segun hace notar Aristóteles: «se originan tambien cambios en las constituciones mediante la supresion de una magistratura, á la manera que en Lacedemonia se atribuye al rey Pausanías el propósito de haber querido derribar el Eforado; «no es digno de alabanza aquel legislador que acostumbra á sus ciudadanos á triunfos sobre sus vecinos, pues evidentemente tratará de encaramarse en el poder aquel que tenga medios para ello, que es precisamente lo que los lacedemonios echan en cara al Rey Pausanías» (1).

Un siglo hacia que Jilon estableció el Eforado, alta magistratura compuesta de cinco indivíduos de la aristocracia, para que vigilasen todos los actos de los príncipes; nadie podia aspirar á la autoridad soberana en Esparta sin deshacerse antes del Eforado, que ejercia dicha autoridad sobre los mismos Reyes; de donde se sigue que Pausanías llevó á Esparta el firme propósito de derribar el Eforado y echar por tierra la constitucion lacona, para erigirse en soberano absoluto del pais.

Tucídides confirma plenamente las indicaciones de

(1) Aríst. Pol. 5, 1, 5. 7, 13, 13.

Aristóteles cuando dice que «Pausanías prometió á los hilotas la libertad y los derechos de ciudadania si se alzaban con él y le ayudaban á realizar todos sus planes;» por donde claramente se ve que con ayuda de la antigua poblacion del pais, de los vencidos y esclavizados mesenios, cuya sumision era el principal objeto de la severa constitucion espartana, se proponia hacerse tirano de Esparta el que lo habia sido de Bizancio. Los hilotas se hallaban siempre dispuestos á arrojarse en brazos de todo el que, con alguna probabilidad de éxito, les prometiese una existencia más tolerable, alguna libertad y el goce de los derechos de ciudadania; y nadie podia inspirarles más confianza que un heraclida y regente de Esparta. Además del apoyo de los hilotas contaba Pausanías, para salir airoso en su empresa, con el valioso auxilio del oro de los persas. Tales fueron las causas y los propósitos que hicieron tomar á Pausanías la resolucion de obedecer el mandato de los éforos.

Aun podemos aventurar otra conjetura más arriesgada sobre los motivos que determinaron esa resolucion de Pausanías. Desde sus primeros pasos para entablar relaciones con los persas le vemos pedir la mano de la hija de Jerjes como premio de sus servicios, aspirando así á elevarse al nivel del mismo Rey de Persia. Pero los triunfos de Cimon le quitaron hasta la posibilidad de mantenerse en los Estrechos y el papel de gobernador de Colonea no tenia grandes atractivos para el regente de Esparta. Tal era su situacion al recibir la intimacion de los éforos; y asi como su primer llamamiento tuvo por objeto tranquilizar á los atenienses y jónios, este segundo se hizo para evitar un rompimiento con Atenas. Pausanías no debia ignorar esto y la necesidad misma del momento le sugirió sin duda la idea de hacerse dueño absoluto de Esparta y desde su nueva posi-

cion dar la mano á los persas y hacer al mismo tiempo la guerra á los atenienses en Occidente, con objeto de obligarles á abandonar sus brillantes conquistas de Oriente.

*
* *

La opinion pública en Esparta era hostil á los atenienses; pruébalo la indiferencia con que se miraron los manejos que contra ellos ideó Pausanías en el espacio de diez años; en todo caso contaba con el incondicionado apoyo de los hilotas que le seguirian á todas partes. De acuerdo con esto, dos años despues encontramos á Esparta preparada para la guerra con Atenas; y más tarde se presenta en aquella capital un mensajero del Rey, provisto de cuantiosos recursos para decidir á Esparta á declarar la guerra á su rival (1).

Entretanto ocurrió un suceso que favoreció notablemente los planes de Pausanías: Chipre volvió á caer en manos de los persas, con cuyo motivo quedaron disponibles para hacer la guerra á los griegos los triereos fenicios, cilicios y chipriotas, y Jerjes se dispuso á tomar de nuevo la ofensiva. Sin duda contaba con el apoyo de Esparta, puesto que Pausanías regresó á ella de acuerdo con el Rey y bien provisto de recursos que le suministró Artabazo; por tanto, existió el propósito de auxiliarse mútuamente, lo que está plenamente confirmado por el testimonio de Justino (2) que encierra al mismo tiempo el de otros escritores como Trogo y Deinon. Pero las cosas no salieron tan á gusto de Pausanías como él esperaba.

---

(1) Tucíd. 1, 109. Diodoro 11, 74.

(2) Justino 2, 15. Dicha inteligencia está demostrada tambien por la coincidencia del regreso de Pausanías con los armamentos del Rey y por los frecuentes mensajes que le despachó Pausanías, que no tenian razon de ser si no existia ese acuerdo.

«De regreso en Esparta, Pausanías fué encerrado en prision por los éforos, de una manera inesperada. Estos magistrados tenian facultades para hacer eso con los Reyes. Mas poco despues alcanzó la libertad y citó á juicio á todos cuantos habian atestiguado contra él. Es verdad que no existian pruebas inconcusas por las que pudiera imponerse un castigo determinado á un indivíduo de la familia real heraclida, investido además de la dignidad de regente, durante la minoría de Pleistarjo; pero los éforos tenian fundados motivos para creer que habia tratado de derrocar el órden de cosas existente, despreciado las leyes y los usos nacionales para adoptar los de los bárbaros y no dejaria de presentarse entre los cargos la inscripcion que mandó grabar en el trípode erigido en Delfos por los griegos con el botin cogido á los medos, cuyo contenido estaba en perfecta armonia con sus actos posteriores. Tuvieron, además, conocimiento de que andaba en tratos con los hilotas, y así era en efecto, puesto que les ofreció la libertad y los derechos de ciudadano si se alzaban con él en armas y le ayudaban á realizar aquella empresa. Pero ni estos datos ni el testimonio de los mismos hilotas acabaron de decidirles á proceder contra Pausanías, siguiendo en esto su habitual costumbre de no proceder de ligero contra un espartano y, sin tener pruebas incontestables, no hacer nada que no pudiera corregirse luego» (1).

Al decir de Tucídides no existian datos seguros que probasen la culpabilidad de Pausanías; cómo, pues, pudo encerrársele en una prision inmediatamente despues de su desembarco? Habria que suponer aquí una lijereza incompatible con la mesura y circunspeccion que dicho

(1) Tucid. 1, 132.

escritor alaba en los lacedemonios, sobre todo, tratándose de un indivíduo de sangre régia. Por lo demás, si como afirma el mismo historiador, durante su mando en el Bósforo trocó las costumbres y el género de vida de Esparta por los usos de los medos y cometió las demasias de que hicimos mencion anteriormente, hasta el punto de rodearse de asalariados egipcios y medos con objeto de realizar más á mansalva sus tenebrosas maquinaciones, no era menester más para probar la culpabilidad del traidor, suficientemente demostrada por las ilícitas negociaciones que sostenia con los persas. Delitos de esta naturaleza, perfectamente probados, que de tan notable manera perjudicaron el poderío de Esparta y que esta República no dejaba impunes en sus mismos reyes, eran más que suficiente motivo para adoptar alguna disposicion enérgica contra su regente.

Posteriormente acumuló Pausanías nuevos motivos de acusacion á los que se presentaron contra él en un principio. En efecto; declarándose en abierta rebeldía contra la autoridad suprema que le privó del mando de los Estrechos, abandonó Esparta, y se trasladó á Bizancio para continuar ejecutando los mismos actos que habian motivado su relevo; declaró la guerra á los atenienses suscitando con tal motivo un grave conflicto á su patria que pudo acarrearla funestos resultados; arrojado de Bizancio por los mismos atenienses, se estableció en territorio persa, lo que vino á probar más y más su inteligencia con el comun enemigo, por lo que se llevó á los espartanos la noticia de «que sostenia negociaciones con los bárbaros y residia entre ellos con aviesas intenciones;» hechos todos ellos de gravedad suma, que evidenciaban, además, los traidores designios y planes antipatrióticos de tal manera, que hubiera sido menester estar sordo y ciego para no oir los clamores de la

opinion ó las noticias que llegaban de Oriente y no ver las consecuencias de los manejos que allí tramó el regente espartano en el trascurso de diez años, hasta declararse vasallo y resuelto auxiliar de Jerjes.

Pero á qué buscar delitos de fecha lejana cuando los tenian tan recientes? Los mismos espartanos cogieron los hilos de la conspiracion que tramó con los hilotas, sobre la que recibieron declaraciones precisas de los comprometidos, algunos de los cuales se refugiaron, para evitar sus fatales consecuencias, en el Santuario de Neptuno, donde, sin respetar el sagrado recinto, fueron degollados. A pesar de tan inequívocas pruebas, el Rey Arjidamo y los éforos persisten, con admirable constancia, en atenerse al principio antiguo de no proceder contra un espartano sin tener pruebas infalibles de su culpabilidad; y teniéndolas seguras de una conjuracion que podia llevar al Estado al borde del abismo y dar en tierra con el régimen vigente, dejan seguir su curso á la conjuracion y no hacen nada para evitar un golpe de mano que parecia inminente.

Así continuaron las cosas hasta que recibieron los espartanos una importante declaracion del correo que debia llevar á Artabazo el último escrito de Pausanías para el Rey, que era oriundo de Argilos y fué antes íntimo amigo y favorito de Pausanias. Ocurriósele á este mensajero que ninguno de los portadores de aquellas cartas habia regresado; y concibiendo sospechas rompió el sello con gran cuidado, á fin de que nada pudiera saberse en el caso de que sus sospechas no fuesen fundadas ó que Pausanías quisiera añadir aún algo al escrito; abrió la carta y halló la prueba de sus temores: se le condenaba á muerte. Mostró la carta á los éforos que todavia quisieron oir la declaracion de Pausanías antes de tomar una resolucion. Acordóse que el mensajero

se trasladase, como suplicante, á Tenaron y allí levantase una choza con doble muro á fin de que pudiesen ocultarse detrás algunos de los éforos. Advertido Pausanías de la detencion de su enviado, fué á Tenaron é informarse de la causa que le obligaba á buscar aquel asilo; el mensajero le echó en cara su perfidia y le contó punto por punto lo ocurrido; díjole que en premio de lo que habia hecho para facilitar sus negociaciones secretas con el Rey ahora le condenaba á muerte, como lo habia hecho con la mayor parte de sus mensajeros; Pausanías confesó la verdad de todo aquello, suplicándole que no se enojase por lo ocurrido, que saliese del templo y se pusiera sin pérdida de tiempo en camino, no sin darle garantía de que nada se haria contra la seguridad de su persona. Los éforos que lo habian escuchado todo, tomaron sus medidas para cogerle preso tan pronto como se presentase en la ciudad. Mas cuando iban á apoderarse de su persona, reconoció en la cara de uno de los éforos lo que contra él se fraguaba, y á una señal que le hizo otro para librarle, echó á correr y se refugió en el próximo Santuario de Jalkiokos, ocultándose en un edificio situado en el recinto sagrado, para no verse expuesto á la inclemencia del tiempo. Por el momento habia salvado la vida; mas los éforos, derribaron el techo de la casa, taparon la puerta y poniendo guardias que vigilasen los alrededores le vencieron por hambre.»

Vemos que los éforos llevan hasta la exajeracion su respeto á las tradiciones patrias y no proceden contra Pausanías sino despues de oir de sus labios la confesion explícita de sus traidores manejos, aunque en aquella dilacion iba comprometida la seguridad de la patria, ya que la fuga del argilo al Tenaron, sin duda por temor al regente cuyos mandatos desobedeciera, la construccion

de la choza de refugio, el traslado de Pausanías á dicho punto, que distaba 12 millas de Esparta y su conferencia con el mensajero, á quien tuvo que convencer que era imprescindible llevar al Rey el escrito en que se hallaba consignada su sentencia de muerte, son cosas que debieron exigir mucho tiempo; siendo favorable á los proyectos de Pausanías el resultado de aquella conferencia, pues de lo contrario no hubiera regresado á Esparta.

Tampoco se nos alcanzan los motivos que pudieron tener los espartanos para no proceder á su captura en el mismo Tenaron, donde no habia peligro de que produjese una sublevacion de sus partidarios los hilotas; cosa que sorprendió ya á Diodoro, puesto que al relatar el hecho añade que «los éforos juzgaron conveniente proceder á la captura en la capital misma,» y luego es no menos extraño que se proceda á la prision del regente de Esparta, no en el silencio de la noche, sino en pleno dia y en medio de la calle, siendo así que se tenia conocimiento del numeroso partido que le apoyaba; y son precisamente dos éforos los que, con una indicacion secreta, le salvaron, cuyos guiños indudablemente no hubieran podido percibirse en la oscuridad de la noche.

Todo lo cual nos da claramente á entender que Esparta ni esperaba ni deseaba que su regente acudiese al llamamiento de los éforos, que sólo se le habia dirigido por dar una satisfaccion á Cimon y á los atenienses; y cuando se vió aquella República defraudada en sus esperanzas, hizo todo lo posible para neutralizar el mandato de la suprema autoridad de la República. Durante diez años habia mirado ésta con entera indiferencia los manejos de su caudillo, sin enviarle una amonestacion ni dirigirle una advertencia; sin privarle de sus digni-

dades ni del mando del ejército siquiera, lo que prueba que fué cómplice de todos sus proyectos que tendian á neutralizar los esfuerzos de los atenienses, y que lo del llamamiento y de la prision no fué más que una hipócrita maniobra de la política lacedemonia. Pausanías en el territorio espartano era un compromiso para la República; y el más miope tenia que interpretar de esta manera la presencia de un hombre que tales actos acababa de realizar en Oriente; sus propósitos al presentarse en Esparta no podian ser otros que: ó levantar á Laconia en armas contra Atenas, de acuerdo con los compromisos que tenia como agente de Jerjes, ó implantar en Esparta un régimen parecido al que fundara en Bizancio ó tal vez ambos á un mismo tiempo.

La division de pareceres que reina entre los éforos en el asunto de Pausanías, prueba que esa diversidad de opiniones tenia tambien divididos á sus electores, y que los últimos sucesos apenas habian debilitado el partido de Pausanías, que no podia ignorar los peligros que este caudillo habia traido sobre su patria y que conocia su alianza con los hilotas.

El llamamiento de Pausanías fué sin duda obra del partido que sostenia la conveniencia de mantener amistosas relaciones con Atenas á fin de evitar la alianza de este país con Argos, por más que no dejase de reconocer un servicio á la patria en la oposicion que hiciera dicho caudillo al engrandecimiento del poder ateniense, servicio que apreciaba en más alto grado el partido contrario que no aprobaba en manera alguna la renuncia voluntaria á la heguemonia del pueblo heleno y defendia la necesidad de vengar el agravio hecho por los atenienses al separarse de la Simaquía espartana, y que para lograr este objeto no hallaria reparo en contraer alianza con los mismos persas. Y cuando despues de la

batalla de Dipea creyó este partido llegado el momento de la revancha, era natural que tratase de asegurarse el concurso del único hombre capaz de atraer á los persas del lado de los espartanos. Dos años más tarde empuñó este partido, hostil á los atenienses, las riendas del gobierno en Lacedemonia.

*
* *

Síguese, pues, que ni uno ni otro partido estaban en el caso, dadas las circunstancias por que atravesaba el país, de culpar á Pausanías por la alianza que habia hecho con Persia; sin embargo, era preciso alejarle de la política ó deshacerse de él, y este sin duda fué el propósito de los éforos al llamarle de Oriente y al ordenar su prision, de la que, por lo demás, podia evadirse, sino preferia imitar á Cleomenes, atentando contra su vida. Segun todas las apariencias no fueron amigos personales del caudillo los que procuraron su libertad, sino todos cuantos deseaban llegar á un rompimiento con Atenas. Respecto de esta República se cubrieron las apariencias, haciéndola comprender que no existian pruebas inequívocas contra Pausanías, segun afirma Tucídides. Una vez libre de sus perseguidores Pausanías, con el descaro y la osadia de que tantas pruebas dió desde la batalla de Platea, declaró hallarse pronto á responder ante los tribunales de los cargos que quisieran hacérsele.

Pero las cosas tomaron distinto rumbo en cuanto se adquirió la certeza de que el vencedor de Platea habia intentado derribar el régimen aristocrático; despues de las pruebas que tan palmariamente demostraban este propósito y de oir las declaraciones de los hilotas que depusieron contra él, ni el mismo partido que con más

tenacidad le habia defendido podia consentir su permanencia en Esparta. La conducta de las autoridades da bien claramente á entender que sólo se quiso darle tiempo para que huyese de Esparta, á cuyo objeto se le enviaron avisos que le allanaban el camino.

Pero la tenacidad de Paüsanías desbarata estos planes y la acusacion del argilio no hace más que acumular cargos contra él, evidenciando más y más sus proyectos de conspiracion con Persia. No obstante aun se le dejaron francas las puertas para la fuga, facilitándole la visita hecha al Tenaron, desde donde pudo embarcarse para el Helesponto á fin de llevar él mismo el mensaje que su confidente habia descubierto.

Lo que desde luego llama la atencion en este asunto, es que se dejase pasar desapercibida la cuestion más importante y de mayor trascendencia para la República: la conjuracion tramada con los hilotas, en tanto que se pone empeño en buscar pruebas sobre un asunto acerca del que no habia la menor duda y sobre el que versa únicamente la conferencia del argilio con Pausanías. Y todas las circunstancias que acompañan á este procedimiento, demuestran que las autoridades espartanas buscaban algo más que pruebas en contra de Paüsanías; querian á todo trance buscar ó inventar pruebas que demostrasen la complicidad de otro caudillo, más ilustre por sus hechos que el regente de Esparta, para que ambos cayesen envueltos en la misma acusacion. Temístocles seguia trabajando desde Argos en contra de Esparta, á la que despues de su destierro causó tantos daños como cuando llevaba las riendas del gobierno en Atenas; los éforos, que no desconocian sus pasos, pretenden haber oido de boca de Pausanías ciertas revelaciones que comprometian á Temístocles y de las que podian servirse sus adversarios de Atenas para

perderle; muerto aquel caudillo no temian que hubiese quien osara contradecir sus asertos.

No se comprende cómo los éforos acudieron al medio, vulgar por extremo, de hacer morir de hambre á Pausanías, profanando la santidad de un templo, cuando tan facil les hubiera sido aplicar ese mismo procedimiento en una cárcel. De esta manera acabó sus dias Pausanías en el Santuario de Jalkioekos, hácia el Otoño del año 466. Los papeles que revelaban su traicion cayeron en poder de los éforos y Tucídides adquirió noticias precisas acerca de tan importantes documentos. Ignórase si tuvo cómplices en la misma nobleza ó entre los perioicos; y en cuanto á los hilotas, al tener noticia de la suerte de Pausanías, comprendiendo que peligraba su vida, se refugiaron los más comprometidos en el expresado Santuario de Neptuno en el Tenaron. Pero no se respetó aquel asilo, antes bien, segun algunos, fueron degollados todos por orden de los éforos, al pie del mismo altar; segun otros bajo la formal promesa de que serian respetadas sus vidas, abandonaron el Santuario, siendo bárbaramente asesinados. El número de víctimas debió ser respetable, por cuanto no tan sólo hizo profunda impresion en los hilotas espartanos, sí que tambien en todos los demás griegos.

*
* *

Antes de pasar adelante en nuestra narracion, procede aclarar algunos puntos relativos al hecho importante que acabamos de exponer. Puesto que, segun digimos antes, Pausanías no salió de Bizancio hasta el 470 en que estableció su residencia en Colonea, claró está que su llamamiento es posterior y que hasta su muerte debieron mediar algunos años; sólo así se explica que los éforos tuviesen que hacer un esfuerzo de memoria

para relacionar los hechos que sirven de base a la acusacion de Pausanías con la inscripcion puesta por este caudillo al trípode délfico en otro tiempo *(poté)*; de suerte que si suponemos que trascurren diez años entre su colocacion hácia el 477 y el proceso, resulta la expresada fecha de 466, en que tuvo lugar su muerte.

Aún tenemos para obtener este resultado una indicacion más precisa que hace Trogo en el libro segundo de su obra, que como sabemos alcanza hasta la muerte de Jerjes, y su indicacion es muy digna de tener en cuenta, ya que Trogo se muestra siempre bien informado de los asuntos persas, por haber tomado sus datos de fuentes tan puras como las *Persiká* de Dimon, de quien Nepote mismo dice (1) que es muy veraz en todo lo que relata de las cosas de Persia.

Justino, despues de exponer en dos palabras la condenacion de Pausanías, añade que, al ver Jerjes divulgada la traicion de aquel caudillo, declaró *por completo* la guerra, con cuya expresion *ex íntegro* quiere significar el paso de la defensiva á la ofensiva, que efectivamente se disponia á tomar Persia en el último año de su reinado; lo que no hubiera sido posible antes de la sumision de las ciudades chipriotas, que aprontaban el principal contingente de la escuadra. Los atenienses encomiendan la defensa de su causa á Cimon, que triunfa del enemigo por mar y tierra. De lo cual se infiere que la ruina de Pausanías es posterior al Otoño del 470 y anterior á la batalla del Eurymedon (2).

---

(1) Nep. Conon 6. Trogo trascribe por *Kométês* el nombre Gaumata y por Bagabuksha (Bagabasus) el de Megabizo.

(2) La fecha en que tiene lugar ésta, se determina por los siguientes datos. Segun vimos antes, la conquista de Scyros tuvo lugar en el invierno del 469 al 468; despues de este acontecimiento se expone en el Sumario de Tucídides la guerra contra Carystos que, por tanto, coincide con el año 468; á este sigue el levantamiento de Naxos, y por último la batalla del Eurymedon.

Obligado Temístocles á huir del Admeto, se dirigió por Pydna á Efeso (1), donde se detuvo algun tiempo, y á cuyo punto se le remitieron los objetos que habia dejado en Argos y lo que sus amigos pudieron salvar de la confiscacion en Atenas. Plutarco (2), recogiendo los testimonios de Eforo, Deinon, Klitarjo y Heraclides asegura que Temístocles se trasladó á Persia en vida de Jerjes en tanto que Tucídides y Jaron ponen este viaje en el reinado de Artajerjes, por más que el primero sólo afirma que «despues de su llegada, dirigió un escrito á Artajerjes que acababa de subir al trono, y esta duda prueba de una manera inconcusa que su llegada á Persia tuvo lugar en la divisoria de los dos reinados, llegando á Efeso cuando aún no habia sucumbido Jerjes al mortífero acero de Artabano y á Susa despues de la exaltacion de Artajerjes (3).

(1) Esto prueba que Efeso no se habia adherido aún á la liga délica, pues de lo contrario no le hubieran dado los efesios un asilo que le negaron los corcyrenses y molossos, pueblos libres, tan sólo por temor de atraerse la enemistad de Esparta y de Atenas. Por el relato de Tucídides se ve que residian á la sazon algunos persas en Efeso, toda vez que indivíduo de esta nacion fué el que le condujo á Susa. Síguese, pues, que aún no se habia dado la batalla del Eurymedon á causa de la cual se unieron á la expresada liga las ciudades jónicas y carianas de la costa, cuando Temístocles se detuvo en Efeso.

(2) Temíst. 27.

(3) Tucíd. I, 137. Segun Africano y Eusebio reina Jerjes 21 años; segun Diodoro sobre 20 años (11, 69); el Canon astronómico, que cuenta como enteros las fracciones de año, le da 21 y pone su muerte en 465 antes de Jesucristo; y puesto que subió al trono en la primavera del 485, cuando se disponia Dario á emprender la campaña contra los griegos y los egipcios, debió vivir hasta la mitad del verano del 465, cuya fecha coincide con el cálculo de Diodoro. La relacion de los años del Canon con los correspondientes julianos en Clinton, Fastos helénicos, Apend. p. 324 ed. de Krüger.

La influencia del regicida Artabano sobre Artajerjes fué en un principio tan absoluta, que los cronistas de la época cuentan aquellos siete meses como un reinado intermedio de dicho personaje; por consecuencia era natural que Temístocles se valiese del mismo para tener entrada cerca de Artajerjes (1).



La traicion de Pausanías no acarreó perjuicio alguno á su familia; ni siquiera se pensó en demoler su casa como se hizo con la de Leotiquidas. Poco despues apare-

(1) Plut. Temíst. 27. Segun Tucídides el levantamiento de Naxos es anterior á la llegada de Temístocles á Efeso; por consecuencia aquel suceso debió ocurrir á principios del 465 en cuya primavera estaba ya cercada la isla por la escuadra ateniense, con la que tropezó el buque mercante que condujo á dicho caudillo desde Pydna á Efeso. De donde se sigue que estando aún esta ciudad bajo la soberanía de Persia en el estio del 465, la batalla del Eurymedon no se dió hasta el Otoño del mismo, hecho comprobado por el voto ofrecido en Delfos por los atenienses con el producto del botin cogido en dicha jornada. Consistia este en una palma de bronce cargada de frutos maduros; el arbol significaba el lugar del suceso y el fruto la época del año en que se dió la batalla (Pausan. 10, 15, 3-5). El hecho no pudo ocurrir despues, toda vez que en 464 tuvo lugar la derrota de Drabescos y el subsiguiente levantamiento de Thasos en los inmediatos, segun veremos más tarde. Ahora bien; puesto que Temístocles se vió precisado á detenerse en Corcyra el tiempo necesario para que llegasen allí su esposa é hijos, precisa suponer que su paso por las montañas de los molossos á Pydna ocurrió durante el invierno del 466 á 465; y si este cálculo es exacto la sentencia condenando á Temístocles *epí prodosias* debió dictarse en el Otoño del 466; y como quiera que los espartanos tenian particular interés en alejar cuanto antes á Temístocles de Argos, y el mismo Tucídides expone la pretension de los espartanos, de que se le condenase á muerte, á continuacien del relato de la muerte de Pausanías, podemos poner el regreso del último de Colonca á Esparta en el estío del 466.

ce desempeñando la regencia su hermano Nicomedes; su hijo Pleistranax, una vez llegado á la mayor edad, sube al trono sin dificultad alguna y cuando vemos que no vuelven á figurar los nombres de Demarato y de Leotiquidas en la serie de reyes espartanos de la raza proclida, Pleistoanax dió á su hijo el nombre de Pausanías, demostrando que no tenia motivos para avergonzarse de su abuelo. El oráculo délfico ordenó á los espartanos que enterrasen á Pausanías en el lugar donde ocurrió su muerte; á consecuencia de lo cual se le dió sepultura en el átrio del templo de Jalkioekos; segun Tucídides «las inscripciones de la piedra sepulcral prueban que allí yace.» Por indicacion del oráculo, á fin de satisfacer al númen por la profanacion que se cometió en su Santuario dando allí muerte á Pausanías, ofrecieron dos estátuas del mismo que se colocaron en el templo de Athena. Diez años despues de su muerte se trasladaron allí tambien las cenizas del heróico defensor de las Termópilas, y desde entonces se celebraban todos los años juegos cerca de los dos sepulcros, en honor de los caudillos que allí descansaban. El periegeta Pausanías vió todavia las tumbas de los dos generales espartanos y las estátuas del vencedor de Platea sobre el altar de Athena en la casa de bronce (1).

Respecto de los hilotas que se refugiaron en el Tenaron está demostrada su identidad con los cómplices de Pausanías, aunque no lo diga esplícitamente Tucídides, ni lo exprese así Pausanías por desconocerlo (2).

---

(1) Tucíd. I, 134 Paus. 3, 14. 2, 3. 17, 7.

(1) Tucíd. I, 128. Paus. 4. 24. 5. 6. Lo mismo Eliano, Var. H. 6, 7, que sigue á Tucídides: Schol. Aristoph. Acharn. 509. 510, y Suidas «Tainarion kakón.» En realidad no pudieron ser otros los hilotas que buscaron allí asilo dos años antes del terremoto de que hicimos mencion anteriormente.

XIII.

TEMÍSTOCLES CONDENADO Á MUERTE.

Así como Pausanías salió al encuentro á los atenienses para estorbar sus proyectos y detener sus progresos en el Bósforo y Helesponto, del propio modo hizo Temístocles constante oposicion á los ambiciosos planes de Esparta, desde Argos, á donde le llevó la sentencia de ostracismo. Pero aquel habia salido voluntariamente de Esparta para hacer política personal, pasándose con armas y bagajes al campo enemigo, á ciencia y paciencia de su patria; el segundo, muy al contrario, salió de su país por obedecer las leyes y la política que hizo fuera de Atenas era una política patriótica, puramente helena, contraria á los enemigos de la patria. Ática podia hacer suya esta política y enaltecer la memoria del que la hiciera; Esparta al sancionar con su silencio los actos de Pausanías echó un borron en su historia, por lo que fué tambien consecuente al perseguir á Temístocles, que tan mal les pagaba los honores que le tributaron despues de la jornada de Salamina. Habíales dado fiasco en la cuestion de las fortificaciones de Atenas y

en la reconstitucion de la anficcionia que privó á Esparta del predominio en el Norte de Grecia; en Pagasas estuvo á punto de poner fuego á la escuadra peloponesia, y bajo su iniciativa habian recobrado los argivos su antigua preponderancia, despues de someter á los micenios y tirintianos. En Esparta se le atribuia la parte más principal en el levantamiento de los arcadios, segun parecia deducirse de sus frecuentes viajes por el Peloponeso (1).

Los lacedemonios tenian, pues, motivos para temer que, una vez trascurrido el plazo de su ostracismo, realizaria la alianza entre Atenas y Argos, de que podrian resultar incalculables perjuicios para Esparta, y de aquí el que se procurase perderle antes que espirase dicho plazo. La presencia de este caudillo en Argos era un peligro para la paz del Peloponeso y un obstáculo para que Esparta recogiese los frutos de la batalla de Dipea; era natural que el partido que defendia la necesidad de la guerra contra Atenas aspirase á debilitar sus fuerzas inutilizando al primero de sus caudillos; y luego Atenas no podia desatender una reclamacion perfectamente análoga á la que ella acababa de plantear en el asunto de Pausanías.

El éxito de esta maniobra era seguro si se demostraba, á lo ménos en apariencia, que Pausanías habia dado conocimiento de sus planes á Temístocles con el que estuvo en connivencia para realizar sus proyectos. El resto lo harian en Atenas sus envidiosos enemigos, todos los que temian ser eclipsados por sus brillantes dotes personales, su agudeza de ingenio, su resolucion inquebrantable y su incomparable talento político.

En realidad de verdad no faltaban engañosos indi-

(1) Tucíd. I, 135.

cios de que se podia echar mano para despertar recelos contra el patriotismo de Temístocles: sus secretas misivas á Jerjes antes y despues de la batalla de Salamina, su defensa de los helenos persófilos, de los dinastas tesalios y de los argivos, su residencia en Argos, país amigo de los asiáticos, eran señales aparentes de su complicidad en los manejos de Pausanías. Su propio destierro, por lo mismo que era injusto, pudo despertar sospechas de que tratara de vengarse, en cuyo caso nadie se hallaba en mejores condiciones de suministrarle recursos y medios que Persia. Todos estos indicios tomaron cuerpo desde el momento que los lacedemonios presentaron en Atenas la acusacion de que Temístocles habia sido cómplice en la traicion de Pausanías.

Tan pronto como dejó de existir este caudillo partió una embajada lacedemonia para Atenas, con objeto de exigir su inmediato castigo, para lo cual ambas repúblicas pedirian su extradicion á los argivos. Los lacedemonios no dieron á conocer las pruebas que encontraron ó pretendieron haber encontrado contra Temístocles, ni manifestaron las medidas que á su juicio deberian adoptarse contra el repúblico ateniense: exígese desde luego, por medio de una embajada especial, la muerte del caudillo; de esta manera se lograria por lo ménos alejarle de Argos y esto era ya un triunfo para la política espartana. Inútil es advertir que Argos no podia oponerse impunemente á una reclamacion comun de Esparta y Atenas.

Oigamos sobre esto el testimonio de uno de los más eminentes historiadores antiguos. «A consecuencia de la traicion que cometió su general Pausanías veian los lacedemonios que Esparta habia caido en descrédito, mientras que los atenienses gozaban cada vez de más crédito, por cuanto ninguno de sus ciudadanos pudo ser acusado de

semejante delito. Entonces se propusieron echar sobre Atenas esa mancha, y acusaron de traicion á Temístocles, que gozaba de gran prestigio en Atenas y habia adquirido notoriedad y nombradia por sus hechos, diciendo que habia sido el principal amigo de Pausanías y trabajaron ambos de comun acuerdo para entregar la Grecia toda en manos de Jerjes. Hé aquí de qué manera instruyeron á los adversarios de Temístocles en Atenas para que presentaran y sostuvieran la acusacion mencionada. Dijéronles que Pausanías comunicó á dicho caudillo su proyecto de hacer traicion á los griegos, excitándole á tomar parte en la empresa; es verdad que Temístocles no aceptó la proposicion, pero no quiso descubrir á un hombre con quien le unian lazos de amistad. Como quiera que sea Temístocles fué absuelto de semejante acusacion y subió más en la estimacion de los atenienses, pues los ciudadanos le amaban á causa de sus grandes hechos; pero desde entonces todos los que temian su predominio y envidiaban su fama, sin tener en cuenta sus méritos, trataron de destruir su prestigio y de aniquilar su influencia. Primeramente le obligaron á salir de la ciudad, haciendo recaer sobre él la sentencia de ostracismo que fué la causa de que fijase su residencia en Argos. Cuando supieron esto los lacedemonios, juzgaron llegado el momento de atacarle y enviaron á Atenas por segunda vez embajadores que le acusaron de complicidad en la traicion de Pausanías, exigiendo que la causa fuese fallada por el consejo general de los helenos que á la sazon solia reunirse en Esparta, en razon á que el pretendido delito afectaba á toda Grecia. Como Temístocles comprendiera que los espartanos se proponian humillar á Atenas y manchar su nombre, por más que, en su entender los atenienses rechazarian semejante proposicion, vió que sometido al

consejo nacional de los helenos, en el que predominaba la influencia espartana, no seria juzgado conforme á justicia, segun aconteció al adjudicarse el premio del valor que á él sólo correspondia y se otorgó á los eginetas por hacer la oposicion á Atenas; hé aquí, por qué no creyó oportuno esperar la resolucion del consejo.

La misma defensa que antes hizo de sí Temístocles, sirvió á los lacedemonios de base para fundar su segunda acusacion; porque habiendo confesado el caudillo ateniense que Pausanías le habia invitado por escrito á tomar parte en sus traidores planes, sus enemigos hicieron presente que éste no le habria comunicado secretos de tal importancia si no hubiese tenido esperanzas de ser atendido. Visto el giro que tomaban las cosas salió Temístocles de Argos» (1).

Próximamente lo mismo viene á decir Plutarco: «Residiendo Temístocles en Argos, despues de haber sido desterrado de la ciudad, lo ocurrido con Pausanías dió á sus adversarios motivo para atacarle. Aquel ocultó en un principio á Temístocles sus traidores proyectos, á pesar de la amistad que los unia; mas cuando le vió condenado al ostracismo y exacerbado por su desgracia, tomó la resolucion de invitarle á coadyuvar á su empresa, mostrándole las cartas del Rey y su contraste con la negra ingratitud de los griegos. Mas Temístocles rechazó la proposicion de Pausanías y se negó resueltamente á tomar parte en la traicion; sin embargo, á nadie comunicó aquellas revelaciones, ya porque esperase que Pausanías desistiera de sus propósitos ó que se descubriesen por otros medios aquellos descabellados planes, comenzados sin premeditacion ni buen juicio.

(1) Diodoro 11, 54, 55. Las últimas frases están algo confusas pero creemos haber dado su verdadero sentido.

Cuando hubo acabado sus dias Pausanías algunas cartas y escritos hallados entre sus efectos, relativos á dichos asuntos, hicieron recaer sospechas sobre Temístocles: los lacedemonios armaron gran ruido y unieron sus acusaciones á las de aquellos de sus conciudadanos que le profesaban envidia. Hallándose ausente de la ciudad se defendió por escrito, especialmente de las anteriores acusaciones. Acusado por sus enemigos se dirigió á sus conciudadanos diciéndoles que «siempre habia aspirado á ejercer el mando; pero que sin tener carácter ni voluntad para obedecer, jamás se le habia ocurrido siquiera la idea de entregarse á sí y á Grecia á los bárbaros, sus enemigos. Sin embargo, el pueblo se dejó convencer por sus acusadores y envió emisarios con la orden de cogerle y presentarle ante el tribunal de los helenos» (1). Plutarco resume en otro lugar estos hechos diciendo: «Pausanías hizo caer sospechas de traicion sobre Temístocles, que ningun delito habia cometido, por haberle tratado como amigo, escribiéndole repetidas veces y enviándole diferentes mensajes» (2).

De las fuentes y testimonios que tuvo á la vista, saca el retórico Aelio Arístides la relacion siguiente: «Los lacedemonios se opusieron á que los atenienses llamasen á Temístocles al trascurrir el tiempo legal de su destierro, ó sea los diez años de ostracismo. Al ver lo que habia ocurrido con Pausanías cayeron en gran desaliento y quisieron arrastrar á los atenienses en su desgracia, tanto para no hallarse aislados en aquella ignominia, como por el temor de que si se reconciliban los atenienses con Temístocles, tendrian siempre en este caudillo un temible adversario, á quien por otra parte

(1) Plut. Themist. 23.

(2) Plut. Inimicorum Utilitas, c. 6.

querian recompensar la mistificacion con que les habia engañado en la cuestion de las murallas. Por lo cual acusaron al caudillo ausente, y exigieron á los atenienses que se uniesen á ellos para perseguirle, presentando como testimonio de su delito la accion vergonzosa de Pausanías. Esta persecucion de los espartanos, y la imprudencia y ligereza de los atenienses fueron motivos suficientes para que Temístocles emprendiese la fuga» (1).

*
* *

El autor de la malignidad de Herodoto, hablando del método que siguen los historiadores cuando se hallan en presencia de dos distintas versiones dice: «El historiador que expone siempre la más perjudicial, sólo prueba con eso falta de juicio imparcial; obrará con recto criterio si dice lo que tiene por verdadero, y en cuanto á los sucesos oscuros hará bien en aceptar como tal lo mejor antes que lo más malo. Hay muchos que hacen caso omiso de lo malo, como Eforo al decir de Temístocles que, si bien tuvo conocimiento de la traicion de Pausanías, no se dejó seducir y no se adhirió á sus proyectos ni aprobó sus planes, en tanto que Tucidides, desecha este relato por estar demostrada su falsedad» (2). Este pasaje demuestra que tanto la version de Diodoro como la del mismo Plutarco están tomadas de Eforo, á quien se deben las noticias que tenemos acerca del propósito de obligar á Temístocles á comparecer ante el tribunal de los helemos, de que hace tambien mencion Plutarco. Sin embargo, este consejo ó tribunal comun es una creacion del mismo Eforo, nacida del hecho de haberse constituido en el Istmo un tri-

(1) Ael. Arístid. 2; 318. Dind.
(2) Plut. Malign. Herod. 5.

bunal competente de los aliados helenos para juzgar á los cabecillas del partido tebano-persófilo, y tal vez del hecho de haber procedido en comun Esparta y Atenas contra el mismo Temístocles.

Diodoro pone la acusacion en el año mismo de su ostracismo, segun su costumbre de colocar los sucesos en alguna época notable por acontecimientos importantes. Respecto de la primera acusacion surje la duda de que no es posible que los espartanos acusaran á Temístocles de participacion en los crímenes de Pausanías antes de condenar á éste, en el Otoño del 466. El error cronológico pudo provenír de otras acusaciones presentadas por Esparta contra Temístocles antes de su ostracismo, sobre todo con ocasion de la defensa que hizo ante los anficciones de los Estados que pelearon por los medos.

En los datos de Plutarco encontramos diversas contradicciones: habla de «anteriores acusaciones» que no ha mencionado; le supone citado á comparecer ante el «tribunal de los helenos,» y sin embargo dice que el juicio se verifica en Atenas á donde remitió su defensa por escrito, en la imposibilidad de presentarse allí personalmente durante el ostracismo. Diodoro supone que Temístocles no quiso revelar los secretos que le comunica Pausanías por no hacer traicion á un amigo; en tanto que Plutarco pretende que no lo hizo en la confianza de que su amigo Pausanías desistiria de tan descabellado propósito, si este no se desbarataba por sí mismo.

Los atenienses sabian perfectamente que Temístocles era incapaz de fraguar nada contra su patria y que no habia apoyado ni poco ni mucho los planes de Pausanías en el Bósforo ó en el Helesponto. Todo lo que dice Tucidides sobre el asunto, es que los embajadores lacedemonios, despues de la muerte de Pausanías, le

acusaron de complicidad «segun aparecia de las pruebas presentadas contra Pausanías;» pero no hace la menor revelacion sobre estas pruebas, aunque reproduce dos piezas de la correspondencia de Pausanías con Jerjes y no obstante la necesidad de conocerlas para justificar la conducta de Cimon, antepasado del mismo Tucídides, lo que hace dudar de su existencia; de otro modo no hubiera dejado de mencionar siquiera la pretendida correspondencia entre Pausanías y Temístocles.

Aun es más lacónico Tucídides en la continuacion de su relato: «los atenienses se dejaron persuadir...; Temístocles fué condenado por traidor á la patria» (1). Y Platon dice en el Gorgias: «despues que los atenienses ostraciaron por diez años á Temístocles, le condenaron aun al destierro (2). Y al decir de Nepote: «luego que Temístocles fué condenado por la votacion popular al ostracismo y se estableció en Argos, despacharon los lacedemonios embajadores á Atenas, para acusar al ausente de haberse aliado con el Monarca de Persia á fin de oprimir la Grecia; y hallándose ausente fué condenado por el delito de traicion á la patria» (3).

*
* *

Segun parece, el acusador de Temístocles fué un alcmeonida, envidioso de los brillantes dotes del caudillo ateniense, á quien ya en otra ocasion combatió con apasionamiento. Segun Cratero, «Leobotes, hijo de Alcmeon, natural de Agryle, presentó la acusacion de alta traicion contra Temístocles,» «pero todos los lacedemonios tomaron parte en la acusacion,» añade Plutarco.

(1) Tucid. I, 135. 138.
(2) Plat. Gorg. 516.
(3) Nepos Themistocl. 8.

Por lo que hace á Arístides «dió en esta ocasion una nueva prueba de su amor á la justicia. Aunque adversario político de Temístocles quien le habia acarreado el ostracismo, cuando este se vió acusado de traicion á la patria, pudiendo tomar venganza no se acordó de lo pasado, y en tanto que Alcmeon, Cimon y otros muchos presentaban acusaciones y excitaban contra él los ánimos, Arístides nada hizo en su daño ni se alegró de la desgracia del adversario, como tampoco le tuvo envidia en los dias de la fortuna» (1), palabras que con seguridad no aluden al ostracismo de Temístocles, en el que no hubo acusacion. Plutarco se hace eco de la opinion pública cuando dice: «nadie se halla animado de tan bajos sentimientos que hubiese preferido ser el acusador Leobotes antes que el desterrado Temístocles» (2); pero podemos cercenar una parte de sus alabanzas á Arístides en esta ocasion por cuanto la verdadera hidalguía parecia exigir algo más que una simple abstencion; tales elogios serian merecidos si Arístides se hubiera opuesto á los manejos de sus correligionarios.

Arístides vivia aun á principios del año 466, puesto que él fué quien arregló los tributos de los helespontios. Nepote pone su muerte unos cuatro años despues de la expatriacion de Temístocles, ó sea del 466 al 465, si por expatriacion se entiende el ostracismo (3).

---

(4) Plut. Themistocl. 24. Arístid. 25.

(5) Plut. Praecept. gerend. reip.

(3) Pericles llevó las riendas del gobierno de Atenas 40 años consecutivos, á contar desde la expulsion de Temístocles, lo que entendido al pie de la letra, nos llevaria al año del ostracismo de Tucídides 470, más no al de la muerte de Arístides. Plut. Pericl. 7, 16. Plutarco dice (c. 7) solamente que á la muerte de Arístides tomó Pericles la direccion del Demos, de suerte que esos 40 años representan todo el tiempo que vivió consagrado á la política.

Respecto de la marcha del proceso sabemos solamente que Leotiquidas presentó la acusacion en forma de denuncia, sobre la que el consejo de los quinientos debia consultar al pueblo si procedia ó no atenderla. Si este respondia afirmativamente, el pueblo fallaba el proceso por sí ó por un tribunal compuesto de heliastas. Existiendo, además de la denuncia, una reclamacion formal de Esparta, pronunciaria la sentencia el pueblo mismo, segun lo hizo con Milciades, y lo dan á entender las palabras de Tucídides: «Los atenienses se dejaron convencer.» No se dice si se citó á Temístocles, prévio levantamiento del ostracismo, por cuanto no está probada la autenticidad de la defensa que, segun Plutarco, envió el acusado á Atenas desde Argos: «he aspirado al mando, pero no tengo inclinacion ni voluntad de obedecer; por tanto no he podido tener el pensamiento de entregarme á mi y á Grecia en manos de los bárbaros,» palabras que más bien parecen pronunciadas por algunos de sus amigos, difendiéndole ante la Asamblea del pueblo (1).

Con arreglo á la legislacion ateniense, todo el que resultaba convicto de traicion á la patria incurria en la pena de muerte, sus bienes eran confiscados, quedaban incapacitados para recibir sepultura en Ática y sus hijos quedaban deshonrados y privados de todo derecho. Por un proceso análogo que se siguió en Atenas cincuenta y cinco años más tarde, conocemos el texto del esta clase de sentencias y de la acusacion que las precedia. En dicho proceso el acuerdo del consejo se funda en una denuncia presentada por los estrategos y es de tenor siguiente: «se procederá á la captura de los acusados, que comparecerán ante el tribunal para recibir

(1) Crater. fragm. 5. M.

su merecido; los fiscales de oficio *(siinégoroi)*, los estrategos y todo el que quiera, probarán la acusacion, y una vez que el tribunal haya pronunciado el «culpable,» se hará lo que determina la ley sobre los traidores.»

La sentencia fallada en el mismo proceso es como sigue: «Han resultado reos de traicion: Arjeptolemo, hijo de Hippodamo de Agryle, y Antifon, hijo de Sofilo de Rhamno, ambos presentes en el juicio. Han sido condenados á ser entregados á los once; se confiscarán sus bienes y el diezmo se ofrecerá á la Diosa; sus casas serán demolidas y en los solares de las mismas se fijarán unas tablas con la siguiente inscripcion: «el traidor Arjeptolemo» ó «Antifon.» Los demarjos de Agryle y de Rhamno respectivamente, publicarán el anuncio de las casas, y no será lícito dar sepultura á Arjeptolemo ni á Antifon en Atenas ó en alguno de sus dominios. Y Arjeptolemo y Antifon serán privados de sus derechos y honores, y toda su descendencia, sean hijos legítimos ó ilegítimos, y todo el que adopte á uno de su familia, será despojado de sus derechos y honores. Esto se esculpirá en una columna de bronce que se colocará en el lugar donde están los acuerdos sobre Frínico» (1).

*
* *

Segun vimos antes, el proceso de Temístocles se falló estando ausente el acusado; de modo que los atenienses no tuvieron reparo en condenar á muerte al hombre que tan inmensos beneficios acababa de hacerles; al que Grecia debia su existencia como pueblo independiente, sin escucharle; confiscados sus bienes, quedaron reducidos á mendicidad su esposa y sus hijos; y éstos privados del derecho de ciudadanos: al vencedor

(1) Vitt. decem orr. Antiphon. 23.

de Salamina se negó sepultura en Ática (1). Es verdad que se respetó su casa y que no se colocó en ella la ignominiosa columna, sobre cuyos puntos sólo sabemos que mucho tiempo despues subsistia aquella en Melite, pero sus adversarios se dieron prisa á cumplimentar la sentencia de muerte. Inmediatamente salieron comisarios de Esparta y Atenas á gestionar, en Argos ó en el punto donde se encontrase, la entrega del reo; dándose el caso por demás extraño de que estas dos repúblicas rivales se uniesen para hacer morir como criminal al hombre á quien los griegos debian su independencia. Sucedia esto en el Otoño del año 466.

Esparta habia logrado sus designios, con la eficaz cooperacion de Cimon y de Alcmeon y gracias á la actitud impasible del justo y equitativo Arístides. No se necesitaba ser un lince para comprender, aun sin haberse fijado poco ni mucho en la marcha de los sucesos en el Peloponeso, que Esparta no habia tenido en este desgraciado asunto otro móvil que sus propios intereses, por lo que apenas puede comprenderse cómo Atenas cayó en un lazo tan burdo. Esparta exije que se cumpla en Temístocles la misma sentencia que en Pausanías, sin previo juicio, ni fallo, ni siquiera algun procedimiento que cubriese las apariencias; habla de pruebas que son un mito, de cuya existencia nada se sabe, y así pudo perder á este gran hombre por la estólida condescendencia de Atenas ó la envidia de sus conciudadanos, falsificando los hechos á su antojo, ya que la correspondencia de Pausanías con Jerjes podia comprometer al regente de Esparta, mas no contenia un sólo motivo de acusacion contra Temístocles, lo que prueba que no existian otros documentos, puesto que los hubiera publicado Tucídides.

(1) Tucíd. VI, 61. I, 138.

Tampoco se nos alcanza para qué empresas podia prestar Temístocles auxilio á Pausanías, ya que no podemos suponer que éste quisiera dividir con el caudillo ateniense sus conquistas de Oriente, ni mucho menos pedirle ayuda para rechazar el ataque de Cimon á Bizancio, ó combatir á los atenienses en el Helesponto. Desde Argos no se comprende qué traicion pudiera hacer Temístocles á la patria helena, sino la de facilitar una nueva invasion de los persas en Grecia; pero no cabe suponer siquiera que Jerjes prestase fé á las promesas del más encarnizado de sus enemigos, cuando tenia que mantenerse á la defensiva.

Ninguna dificultad hay en creer que Temístocles mantuviese anteriormente relaciones personales con Pausanías, toda vez que el primero vivió dos veces en Esparta, la segunda bajo la regencia de Pausanías, y al trazarse el plan de la campaña contra Chipre y Bizancio pudieron haber trabado amistad. Mas desde aquella época habian seguido rumbos muy diferentes; y como quiera que Plutarco supone que Pausanías dirigió su proposiciones á Temístocles cuando este vivia en Argos, las relaciones entre ambos personajes no pudieron tener lugar sino durante la permanencia de Pausanías en Esparta, la segunda vez que fué llamado por los éforos.

Aun entonces seguian los dos caudillos rumbos opuestos. Como es notorio el ateniense no se ocupaba en otra cosa que en hacer de su patria el primer poder marítimo del Egeo, á fin de contrarestar el de los persas por un lado y el de Esparta por otro, fines que se lograban de esa manera á un mismo tiempo, segun lo comprendió Temístocles, con la perspicaz mirada que le distinguia. Ocupado en estos proyectos, cuya realizacion persiguió durante su permanencia en Argos, con la misma perseverancia que cuando llevaba las riendas del

gobierno en Atenas, no se comprende que descendiese á secundar los planes antipatrióticos de un hombre que hacia todo el daño posible á su patria, y trataba de arruinarla con el auxilio de Persia. Ni aun podia sospechar Pausanías que el caudillo ateniense abrigase el propósito de vengarse del ostracismo á que se le condenaba, ya que sus trabajos en Argos le indicaban claramente lo contrario; y no cabe suponer que pretendiese inducir á Argos á conspirar con Esparta contra Atenas.

Síguese de aquí que Pausanías no tenia motivo alguno para esperar la cooperacion de Temístocles en sus traidores planes y que este no podia sino alegrarse de que estallase la conjuracion de los ilotas, auxiliares de Pausanías que habia de traer consigo excisiones, confusion y anarquía. Por lo demás se comprende que los adversarios de Temístocles, como Cimon, no perderian cualquier ocasion de perjudicarle, pero estos eran á la vez amigos de Esparta y Pausanías no le pondria en guardia contra los proyectos que pudieran fraguar en contra suya.

No obstante habia otros puntos sobre los que pudo Pausanías entablar negociaciones con Temístocles. Por orden de Jerjes se estaba armando á la sazon una escuadra en los puertos de Fenicia, destinada tal vez á secundar los proyectos de Esparta y, por consecuencia, los planes de su regente. Si esta armada lograba vencer la flota jónio-ateniense de la liga délica, ó á lo menos llegar á las costas de Grecia, la bahía de Argos ofrecia ventajas sobre la de Esparta como punto de resguardo y anclaje. Para lograr el asentimiento de los argivos, cuyas tendencias persófilas eran conocidas, pudo Pausanías haber buscado la mediacion de Temístocles. ¿Pero cuál fué la recompensa que le ofreció por este servicio?

Desterrado de Atenas y obligado á huir tambien de Argos, á causa de las reclamaciones de aquella República y de Esparta, no le quedaba otro recurso que trasponer el Egeo y buscar asilo en las costas de Persia, donde los servicios prestados al Rey, en connivencia con Pausanías, le hubieran abierto las puertas de Susa, y no se hubiera visto precisado á mantenerse oculto en territorio persa y á mendigar la vida, del Monarca á quien antes habia combatido. Mas sucede todo lo contrario; penetra en Persia como quien tiene que temerlo todo del resentimiento de un Rey ofendido; para aplacarle da una interpretacion favorable á Persia á cierto aviso que quince años antes enviara á Jerjes con propósito bien distinto del que ahora le atribuye, no sin añadir un dato de todo punto falso para salvar mejor la vida; el mismo Herodoto no descubre el menor indicio de la pretendida participacion de Temístocles en los planes de Pausanías ni en los círculos alcmeonidas que, como autores de la acusacion, tenian sobrados motivos para justificar su villana conducta, y sólo escucha como rumor de sobremesa la interpretacion que da el proscrito al mencionado aviso; todo lo cual, unido al silencio de Tucídides, demuestra de una manera evidente, que los espartanos no presentaron prueba alguna de la complicidad de Temístocles en la traicion de Pausanías, limitándose á señalar conjeturas puramente gratuitas, segun he demostrado en otro lugar con mayor copia de datos (1).

*
* *

Esparta se habia deshecho de Pausanías; la mayoría del pueblo ático habia condenado á muerte ignominiosa

(1) La pretendida traicion de Temístocles en las Memorias de la Academia de Berlin 1882 p. 377 sigs.

á Temístocles; pero Esparta no atentó á los derechos de la familia de su innoble regente ni aun eliminó del trono á su hijo ó de la regencia á su hermano; en tanto que Atenas confiscó la fortuna de su mejor repúblico, consistente en 80 á 100 talentos, desheredó y desterró tambien á sus hijos y á su esposa, reduciéndolos á la mayor miseria (1). Y sin embargo, Esparta se habia deshecho de un lobo que invadió su rebaño para destrozarle, mientras que Atenas habia dado el golpe de muerte á su mejor caudillo y más temible enemigo de Esparta, destruyendo así la mejor arma que teniapara combatir á este adversario. Y no satisfecha con esto, aventaja á la misma Esparta en el celo con que trata de aplicar la muerte del criminal al fundador de su poderío, al que la salvó de la ruina. Jamás partido alguno ha cometido un acto tan ignominioso de venganza en un repúblico eminente, ni la ceguedad y la locura de un pueblo han realizado un hecho más vituperable y más deshonroso que la sentencia, por la que una mayo-

(1) Teofrasto hace subir á 80 talentos la fortuna de Temístocles y á 100 Teopompo, como Eliano y Critias. Plut. Themist. 25. Ael. V. H. 10, 17. A esta suma precisa agregar lo que dejó depositado en Argos y lo que sus amigos pudieron salvar de la confiscacion. Como quiera que no habia heredado de su padre Neocles más que 3 ó 5 talentos (Plut. Compar. Arístid. c. Catone 1), esta diferencia tan considerable y los versos de Timocreonte de Rodas (7. 308) dieron orígen á los rumores y leyendas que despues corrieron sobre la avaricia y las exacciones del caudillo ateniense. Lo que en todo esto hay de cierto es que Temístocles comprendia la necesidad de poseer una fortuna importante para acrecentar su influencia como hombre de estado y supo en ocasiones emplear el dinero; mas nadie ha probado que usara medios ilícitos para acrecentarla; más de la mitad del botin de Salamina correspondió á los atenienses, de la que se dió á su caudillo el diezmo, que bastaba para fundar una fortuna respetable.

ría insensata condenó al vencedor de Salamina, deshonrando y aniquilando su casa, no pudiendo comprenderse cómo Atenas descendió á enviar comisarios para que, con los de Esparta, reclamasen la entrega del reo á fin de ejecutar en él la injusta sentencia.

La responsabilidad de esta recae en primer término sobre Cimon, que careciendo de la previsora mirada de su padre, sacrifica á tan preclaro repúblico en aras de su ciega predileccion por el militarismo de Esparta y de su incomprensible propósito de llegar á una inteligencia entre esta República y Atenas; en segundo lugar á Alcmeon y Leobotes á quienes hacia sombra un hombre de tanta valia, y en último término á la mayoría que se dejó seducir por los jefes de partido.

Entre los que se entregan á públicas muestras de regocijo por la desgracia de Temístocles figura muy particularmente aquel Timocreonte de Rodas que llevó tan á mal el que Temístocles no condujese á esta isla la escuadra despues de la jornada de Salamina, á fin de allanarle el camino para regresar á su ciudad natal Yaliso, de la que le expulsó el partido persófilo que á la sazon llevaba las riendas del gobierno. Viendo que sus opiniones patrióticas, verdaderas ó fingidas, no le acarreaban beneficio alguno, se pasó á los medos, aunque tampoco por este medio obtuvo lo que apetecia. Al recibir la noticia de la sentencia que condenaba á Temístocles, exclamó en tono de triunfo: «¡Musa, da á este canto, segun es justicia, fama entre los helenos! Ya no es Timocreonte solo el que se pasa á los medos; acompáñanle otros bellacos. No es á mí solo á quien se ha cortado la cola; se ha hecho lo propio con otras zorras» (1).

(1) Fragm. de Timocr. en Plut. Thmist. 21.

***

Temístocles habia podido preveer en parte al menos estos hechos y conoció sin duda lo que le esperaba al ver que se admitia la acusacion de Leobotes, puesto que los mismos que ordenaban la incoacion del proceso eran los encargados de sustanciarle. Pero entre la acusacion y la sentencia medió tan poco tiempo que ni aun le tuvo suficiente para llevar consigo en la fuga las sumas que tenia en Argos. Es por demás extraño que el cómplice de Pausanías no se dirigiese desde luego y por el camino más corto á Persia, para recibir allí el premio de los servicios prestados á esta nacion en connivencia con el regente de Esparta; muy al contrario toma el camino opuesto.

Unos veinte años hacia que Temístocles dió un bando arbitral favorable á Corcyra en el pleito que ésta sostenia con Corinto por Leucas; en su lugar digimos de qué manera habian correspondido los corcirenses á tan señalado beneficio, por lo que con razon creyó Temístocles que allí encontraria asilo y que la persecucion de sus enemigos no llegaria tan lejos. Los corcirenses le recibieron amigablemente, mas no bien fué conocida su presencia, aparecieron en la isla los comisarios de Esparta y Atenas, al decir de Diodoro «los hombres más distinguidos de Esparta,» pidiendo la entrega del reo. Los corcirenses le manifestaron la imposibilidad en que se hallaban de oponerse abiertamente á la voluntad explícita de dichas repúblicas, pero le hicieron conducir sano y salvo á la inmediata costa del Epiro; siguiéronle allí sus perseguidores obligándole á buscar asilo cerca de un príncipe enemigo.

Habitaban en frente de Corcyra, en la costa de los montes ceráunicos hasta la embocadura del Thyamis, los jaones; y al Sur de este rio se estendia el territorio

de los thesprotes, desde el monte Tomaros hasta la costa. Los primeros habian abolido la Monarquía, instituyendo en su lugar un gobierno á la cabeza del cual figuran dos indivíduos de la antigua familia real descendiente del adivino Helenos, cuya eleccion se hacia todos los años (1).

Los molosos, que habitaban al Norte del Tomaros, conservaban, con una gran sencillez de costumbres, la prímitiva Monarquía, y sus reyes al empuñar las riendas del gobierno, juraban, junto al altar de Júpiter Areios ó el guerrero, reinar con arreglo á la tradicion, despues de lo cual prestaba el pueblo el juramento de mantener la Monarquía, acto que terminaba ofreciendo el Rey presentes á los nobles y estos al primero, entre los que se hace mencion especial del buey destinado al yugo (2). Descendia esta familia de los pirridas, como toda la tribu, de Neoptolemo, hijo de Aquiles y fundador del pequeño Estado, los cuales habian llevado sus conquistas hacia el país de los thesprotes, á los que arrebataron el famoso santuario dodoneo, llevando sus dominios hasta la costa, en la que tambien les conquistaron pequeños territorios (3).

Era á la sazon Admeto rey de los molosos, quien antes habia entablado negociaciones para entrar en relacion directa con Atenas, precisamente cuando dirigia Temístocles los destinos de esta República, entre el 478 y 473. Admeto hizo proposiciones para un tratado de

(1) Justin. 17 3. Virg. En. 3, 294 sigs. Tucid. 2, 80.

(2) Aristot. Polit. 5, 9, 1; Plut. Pyrrh. 1. 5. Justino 17, 3. Livio 40, 26. 32.

(3) Pindar. Nem. 4, 51. 7, 38-39. Eurip. Androm. 1242 sigs. Segun hace notar aquel poeta en la Oda 4 de las Nem., escrita antes del 460, los molosos habitaban entre Dodona y el mar jónico. Herod. 2, 56. 8, 47. Scyl. Peripl. 31. 32. Estrab. p. 324. 328.

alianza, que fueron rechazadas por Temístocles (1). Como representante de Corcyra en Atenas, comprendió la conveniencia de mantener la buena inteligencia entre las dos repúblicas, único modo de que Corcyra pudiera mantener expeditas sus relaciones con Sicilia y la Baja Italia. Por otra parte era evidente que los intereses de Corcyra en la costa del Epiro no podian estar de acuerdo con los de un Estado monárquico más fuerte, que aspiraba á ensanchar sus dominios por aquel punto.

Pues bien; la inminencia del peligro obligó ahora á Temístocles á pedir asilo al príncipe cuyas proposiciones habia combatido antes en Atenas. Cuando el perseguido caudillo penetró en la casa de Admeto se hallaba este ausente, por lo que aquel dirigió su peticion á la esposa del príncipe, llamada Phthia, nombre que ocurre con frecuencia en la familia de los pirridas. Mandóle esta tomar á su hijo en los brazos y sentarse con él sobre el hogar en calidad de suplicante (2), por ser esta la actitud más poderosa para dirigir una súplica pidiendo asilo: el extranjero que llegaba á sentarse sobre el hogar quedaba ipso facto bajo la proteccion de los dioses lares; de Hestia y de Vulcano principalmente, númenes del hogar; y en el caso presente podia implorar

(1) Schol. Thucyd. 1, 138. Schol. Ael. Arístid. 3, 680. Dind.

(2) Este niño fué probablemente el padre ó tio de Taripas, único vástago que luego quedó de la familia de los pirridas (Justino 17 3) que figura en 429 como Rey de los molosos, bajo la regencia de Sabilinto: Tucid. 2, 80. Taripas fué educado en Atenas, cuya civilizacion dió á conocer á su pueblo, al que dió tambien una constitucion, segun el doble testimonio de Justino y Plutarco. Antes de la exaltacion de Taripas gozaban los monarcas de escaso prestigio y las costumbres del pueblo eran muy rudas; dicho príncipe las suavizó por medio de leyes adecuadas y llevando la cultura que aprendió en Atenas. Plut. Pyrrh. 1.

asilo jurando por la cabeza del hijo que tenia en los brazos.

No tardó en presentarse Admeto. Diósele á conocer Temístocles, suplicándole que no vengase en el fugitivo la oposicion que como jefe de gobierno habia hecho á sus proyectos de alianza con Atenas; en su estado indefenso podia imponerle cualquier castigo, mas la nobleza aconseja atacar al enemigo cuando dispone de igual fuerza y se encuentra en la misma situacion que el adversario. Díjole que por su parte jamás pensó hacerle un daño personal, le expuso las causas porque se le perseguia y quiénes eran sus perseguidores: si le entregaba á sus verdugos no le quedaba ya medio alguno de salvar la vida.

Admeto mandó á Temístocles levantarse con el niño, concediéndole el asilo que buscaba. Poco despues tuvo el placer de estrechar en sus brazos á su mujer y sus hijos: Epicrates de Acarnae los sacó secretamente de Atenas poniéndolos en salvo del otro lado de la frontera. Segun Estesimbroto de Tasos, Cimon hizo que se condenase á muerte á este fiel amigo de la infortunada familia, reducida á la miseria por odios inconcebibles; pero el testimonio de este escritor, siempre sospechoso, es muy poco fidedigno tratándose de Cimon que venció y causó grandes daños á su patria (1). Podemos, pues, poner en tela de juicio esta noticia tan deshonrosa para este repúblico, por más que la lucha y el encono de los partidos políticos arrastraron á los caudillos griegos á cometer actos bochornosos y venganzas horribles; y sabido es que Cimon no se mostró generoso con Temístocles.

No tardaron los perseguidores de este en descubrir

(1) Plut. Themístocl. 24.

su nuevo asilo, y Admeto se vió precisado á ceder en parte ante las amenazas con que se le pidió la entrega No creyendo oportuno hacer frente á dos repúblicas tan poderosas, mandó conducir al fugitivo á la frontera de Macedonia, segun los deseos manifestados por él mismo para el caso en que tuviese que salir del país. Su primer pensamiento fué dirigirse á Pydna, capital de Alejandro. Aquel viaje á través de comarcas montañosas, en medio del invierno del 466 á 65, fué sin duda penoso y lleno de peligros, sobre todo al cruzar el Boion para entrar en la meseta de Haliacmon ó de Erigon (1).

Temístocles tuvo antes fijas sus miradas en Occidente pero ya no le ofrecian aquellas colonias griegas seguridad de encontrar en ellas asilo. Es verdad que ya no existia Hieron en Siracusa, con quien tuvo enemistad el caudillo ateniense, que la obra del orgulloso Gelon se estaba desmoronando; Siracusa se encontraba empeñada en ruda contienda con Trasibulo, hermano y sucesor de Hieron, por su propia independencia, y las ciudades se emancipaban del pesado yugo de los tiranos; pero dominaba la raza dórica que seguramente no hubiera dado asilo al fugitivo condenado por Atenas y Esparta (2).

El desgraciado proscrito llegó felizmente á Pydna,

(1) Atenas mantiene despues amistosas relaciones con los molosos, segun se deduce de la dedicatoria del botin cogido á los peloponesios en 459 (I. G. A. 3) y la educacion del nieto de Admeto, Taripas, en Atenas, que por una de sus nietas trabó parentesco con Alejandro Magno. Diodoro ha exornado la fuga de Temístocles, suponiendo que se evadió al abrigo de la oscuridad de la noche. que le sirvieron de guias dos lincestios y que las marchas se hicieron principalmente de noche. Diodoro 11, 56.

(2) Está condenada por sí misma la estupenda noticia de Estesimbroto, segun el cual se embarca Temístocles para Sicilia y pide la mano de la hija de Hieron, á quien promete en cambio la sumision de todos los griegos bajo su cetro; refútala Tucídides y es cronológicamente imposible Hieron muere en 467; la sentencia de Temístocles se da en el Otoño del 466.

mas luego se convenció de que Alejandro cometeria la villanía de entregarle á sus perseguidores tan pronto como adquiriese la certeza de que, por ese medio, se granjeaba la benevolencia de espartanos y atenienses. Ya no le quedaba más que un camino: pedir asilo al pueblo de quien se habia declarado mortal enemigo, al que habia hecho guerra implacable para salvar la Grecia. Aquí como allí no veia más que enemigos implacables; la muerte le amenazaba en todas partes. Verdad es que en Persia no le perseguiria el odio mezquino de los partidos políticos, pero en cambio iba á encontrarse frente á frente con el enojo de un Monarca orgulloso cuyos pasos habia atajado por vez primera el caudillo ateniense; parecia natural suponer que se pensara en dar su merecido al autor de las mayores derrotas que jamás habia sufrido un imperio, si es que antes, algun gobernador oficioso no trataba de granjearse la estimacion del gran Rey, enviándole la cabeza del vencedor de Salamina.

Como quiera que sea, los griegos, en particular los atenienses deben agradecer á Temístocles que, al tomar esta resolucion, les ahorrase la gran vergüenza de haber quitado la vida, ya que no la de haber condenado, al salvador de Grecia. La historia tendria menos reparo en atribuir la muerte del eminente caudillo á los persas que á sus conciudadanos, que no le debian más que favores. Sin darse á conocer se embarcó Temístocles en un buque mercante que zarpaba de Pydna para Efeso, en la Primavera del año 465. Si lograba burlar la vigilancia de las naves áticas que en todas direcciones cruzaban el Egeo, esperábanle nuevos peligros en las playas asiáticas.

XIV.

MUERTE DE JERJES.

A pesar de los reveses y contra tiempos que sufrió en diversas épocas y lugares el imperio fundado por Ciro sobre las ruinas del reino medo, habia continuado en constante y progresivo desarrollo. Es verdad que las tribus del Yaxartes, de los desiertos del Sudan, de las estepas del Pruth y del Dnyester opusieron una barrera insuperable á la marcha de Ciro, de Cambises y de Dario; pero la utilidad de estas expediciones era harto problemática, y el imperio tuvo fuerzas suficientes para vencer las crisis que siguieron á esos fracasos, más aparentes que reales.

Mas en el reinado de Jerjes sufren las armas persas verdaderos descalabros, á pesar de haberse puesto á contribucion todos los recursos del imperio, y no tan sólo se paralizan sus conquistas, sino tambien se ve mermada su estension por la frontera de Occidente. Si la invasion es por sí sola peligrosa á los imperios formados por la fuerza de las armas, descalabros que de pronto despojan á sus armas del fascinador prestigio de invencibles, pueden conmover sus cimientos.

Las infructuosas campañas de Jerjes y derrotas de sus ejércitos no dejaron de producir sus naturales efectos en los heterogéneos pueblos de que se componia el Imperio, influyendo tambien, sin duda, en los sentimientos de la nacion persa respecto de su soberano, por lo que Jerjes no tuvo el prestigio de sus predecesores. No obstante, la excelente organizacion que dió Dario á la administracion pública, especialmente á la gestion financiera por un lado, por otro las creencias religiosas y los usos nacionales elevados á la categoría de principios de gobierno, fueron aun suficientes para mantener la integridad del Estado, á pesar de las violentas conmociones que ahora le agitan. Jerjes no abandona los grandes pensamientos en que se funda la política de sus predecesores, ni pierde un sólo momento la esperanza de recuperar las pérdidas que sufren sus armas en Occidente, y Herodoto da testimonio del respeto que aun infunde su imperio bajo sus inmediatos sucesores.

No hay motivo alguno para dudar que la noticia de las derrotas de Jerjes en Grecia y de las pérdidas que sufrió el imperio en Macedonia, Tracia, los Estrechos, Chipre y el Asia Menor, así como tambien de la presencia de la escuadra helena en las playas asiáticas, llegase hasta las márjenes del Eufrates y diese orígen á un levantamiento de los babilonios, que ahora conciben el pensamiento de restablecer su antiguo imperio.

Hallábase al frente de la plaza Zopiro, cuñado de Alejandro de Macedonia, que cuarenta años antes prestó su eficaz concurso á Dario en la toma de Babilonia y que, desde entonces, habia gobernado con mano fuerte tan importante plaza; los babilonios vengaron con su muerte los males que les habia causado (1). Era la cuar-

(1) Ctesias Pers. 22.

ta vez que se imponia á los persas la difícil operacion de reconquistar la antigua capital de los Sumir y Akkad, de Ismidagon y Amar-Sin, de Merodaj-Baladan y Nabucodonosor, rodeado de fortísimo anillo de murallas.

Envióse inmediatamente un ejército al mando de Megabizo (Bagabuksha), nieto del caudillo del mismo nombre que acompañó á Dario en Çikatauvatis; de hábitos militares como su padre y abuelo, dotado de extraordinaria energía y resuelto en esta ocasion á vengar la muerte de su padre. Como era natural encontró tenaz resistencia, pero no tardó en someter la plaza: hácia el 470 quedó Babilonia reducida á la obediencia del Rey, despues de sufrir duro castigo, que se hizo estensivo á toda la provincia (1).

Megabizo recibió en premio de este notable servicio la mano de la hija de Jerjes, de cuyo matrimonio nace Zopiro II que, tras una vida accidentada, muere hácia el año 438 (2).

Al decir de Plutarco, Jerjes impuso por castigo á todos los babilonios la prohibicion absoluta de llevar armas, lo que sin duda debe interpretarse en el sentido de un desarme general de toda la provincia. Segun Herodoto se llevaron los persas una estátua de Belo, hecha de oro macizo, que estaba asentada sobre la gran torre del mismo nombre (3); Ctesias denuncia el hecho de haberse profanado ó abierto la tumba del antiguo Belo, á lo que alude tambien Estrabon cuando dice que «Jerjes hubo de demoler la pirámide cuadrada, que existia en Babilonia, hecha de ladrillo cocido, que media

(1) Esquilo menciona en los persas levantamientos que ocurren en las provincias hácia el año 472.

(2) De donde se infiere que su nacimiento no pudo ser posterior al año 470.

(3) Plut. Regum Apophthegm. Xerxes. Herod. I. 183.

un estadío de lado y otro de altura, y servia de sepultura á Belo» (1). Por donde claramente se ve que se trata del templo del ídolo de Merodaj, el santuario principal de la ciudad, la elevada torre de Belo, el Bit-Saggatu que terminó Nabucodonosor y repararon Ciro y Cambises con ladrillos de Senkereh. Fundándose en el testimonio de personas que acompañaron á Alejandro de Macedonia, confirma Arriano la destruccion de los templos de Babilonia por Jerjes, en particular del Santuario de Belo, el ídolo favorito de los babilonios, que le habian levantado el templo más espacioso de la capital.

Terrible fué el castigo que se impuso á la rebelde ciudad de Belo; no obstante dejósela en libertad de restaurar el templo de su patrono, y de restañar todas las heridas que recibió á consecuencia de este levantamiento. Herodoto, que visitó la ciudad unos veinte años despues de haber sido tomada por Zapiro, hace mencion únicamente de la sustraccion de la estátua de oro por los persas, pero atestigua tambien que la comarca se encontraba en estado floreciente.

Despues de sofocado el levantamiento se encargó del gobierno de la provincia Megapano, que mandaba la division de los hircanios en la campaña de Grecia, sucediéndole Tritantaejmes, hijo de Artabazo, el que condujo al Asia los restos del ejército de Platea y gobernó la Satrapia de Frigia, recibiendo del Rey el encargo de seguir las negociaciones con Pausanías. Cuando Herodoto visitó Babilonia, era Tritantaejmes gobernador de la provincia (2).

---

(1) Ctes. Pers. 22: con más copia de datos que en Focio ha trasmitido la relacion de Ctesias Eliano en V. H. 13, 3. Estrab. p. 738.

(2) Herod. I, 192. VII, 62. El año 448 estaba al frente de la Satrapia de Babilonia Artaric: Ctes. Pers. 38.

Megabizo recibió recompensas proporcionadas á sus grandes servicios. No solamente obtuvo el molino de oro, que era el regalo más apreciado que hacian los Monarcas persas y cuyo peso ascendia á 300 libras de oro, sino que le dió en matrimonio á su hija Amytis, habida en su legítima esposa Amestris, que llevaba el título de Reina (1). Descendiente de una de las más nobles familias del reino, coronado con los laureles del triunfc, comensal y yerno del Rey, ocupaba Megabizo el primer puesto entre los magnates de Persia.

La estima en que tenía el Monarca á tan preclaro personaje, justa recompensa de sus servicios, la demostró en la severidad con que castigó una ofensa inferida á la familia de Megabizo. Dario casó á una de sus hermanas, tia por consecuencia de Jerjes, con Teaspis, príncipe de la familia aquemenida, de cuyo matrimonio nacieron dos hijos: Farandates y Sataspes, el primero de los cuales mandaba la division de los colcos en la expedicion á Grecia (2). Pues bien, Sataspes cobró aficion á la hermana de Megabizo, y como la joven no escuchase sus proposiciones la hizo violencia: un príncipe de la familia reinante, primo del Monarca, habia inferido terrible afrenta á la hermana del primer procer del reino.

La sangre que corria por sus venas no le libró del castigo y Sataspes fué condenado á ser empalado. Pero la tia del Rey, hermana de Dario el Grande, imploró la clemencia del Soberano por su hijo, pidiéndole que permutase la infamante pena por alguna arriesgada empresa en la que encontrase su ruina. Jerjes accedió á los ruegos de la madre y ordenó á Sataspes que, partiendo de las bocas del Nilo en direccion á Occidente, recorrie-

(1) Ctes. l. c. 22. 41.
(2) Herod. VII. 79. IX. 76.

se la costa Septentrional africana, y trasponiendo las columnas de Hércules, recorriese las costas de Libia para regresar al punto de partida por el golfo arábigo.

Habiendo obtenido naves y marineros en Egipto, emprendió su arriesgada expedicion: atravesó las costas mediterráneas, traspuso las columnas y, navegando con rumbo al Mediodia, llegó al cabo Soloeis, probablemente el Cantin de la Geografía moderna, á la altura de la isla de Madera; aun «anduvo un largo trecho empleando en esta segunda parte del viaje varios meses. Mas viendo que le restaba un trayecto mucho más largo que el recorrido, cambió de rumbo y regresó á Egipto.» En mal hora tomó esta resolucion: porque encontrando el Rey que no habia cumplido la mision que se le habia encomendado, ordenó que se ejecutase en él la primera sentencia (1).

*
* *

Este ensayo para encontrar la vía marítima al rededor del Africa demuestra que Jerjes no habia abandonado los grandes pensamientos que alimentaron Ciro y Cambises, ni los vastos proyectos que tuvo Dario al emprender la construccion del gran canal que ponia en comunicacion el golfo arábigo con el Nilo. Los descalabros que sufren sus armas en Occidente no hacen decaer su espíritu ni le impiden rivalizar con su padre en las grandes construcciones, que se distinguen tanto por la magnificencia de la obra como por la ejecucion artística del pensamiento. Bajo su reinado se levantan, en Persépolis, sobre el borde occidental de la terraza que sostenia los palacios de la vasta ciudadela del monte Rajmed, el gran pórtico que se abre detrás de la puerta

(1) Herod. IV, 43.

del muro de circunvalacion, al que se subia por la grandiosa escalera, los caballos de 18 pies de largo que se hallaban á la entrada del mismo pórtico y los soberbios toros con cabeza de hombre que median veinte pies de longitud, destinados á guardar, por Oriente, la salida del pórtico. La inscripcion de los pilares de las puertas dice: «Khshayarsha (en la version babilónica Hisiarsi, en la turania Ikserissa), el gran Rey, el Rey de los reyes, hijo de Darayavus, Rey, el Aquemenida.» Detrás de este pórtico, delante de la pequeña columnata de su padre, levantó Jerjes la soberbia «casa de los distritos» ó «casa de las regiones» (1).

Otra de las grandiosas construcciones de Jerjes es la vasta sala que se alza sobre una inmensa plataforma sostenida por muros de piedra labrada; sostienen su techumbre columnas de mármol negro de 36 y 67 piés de altura; tres pórticos rodeaban los costados Norte, Sur y Oeste de este edificio. En los lados exteriores de las dos escaleras que se unen en el centro del frente anterior de la plataforma, sobre la que descansa todo el edificio, para subir unidas ó en un solo tramo á la misma, se ve en cada costado un caballo con cuernos, acometido por un leon; y en el frente del descansillo ó punto de confluencia de las dos escaleras se ven, lanza en mano, los siete príncipes de las tríbus persas, representantes de las siete grandes familias del reino y guardianes de la Monarquia. Todo el muro de la plataforma, con las dos escaleras, se halla cubierto, en el frente anterior, de bajos relieves, en una estension de más de doscientos piés. En el costado oriental de las escaleras se hallan representados en los relieves el séquito y la guardia

(1) Schrader, Las inscripciones cuneiformes p. 364. Oppert, Le peuple des Mèdes p. 220. El vocable *viçadah yaus* tiene las dos significaciones arriba indicadas.

personal del Rey; en el occidental, las veinte satrapías del reino en secciones bien marcadas, estando cada una representada por seis figuras, excepto una que lo está por ocho, y viéndose además muestras de los tributos que ofrecen al Rey. En este salon se reunian los comisionados de las provincias encargados de presentar al Monarca sus tributos, que se colocaban allí en el órden preestablecido antes de penetrar en el gran salon de audiencias construido por Dario, ó la sala de cien columnas situado á Oriente del anterior, donde eran recibidos por el Rey.

La inscripcion principal del salon de Jerjes es del tenor siguiente: «Un gran Dios es Auramazda, que creó esta tierra, que creó este cielo, que dió á los hombres lo bueno, que hizo Rey á Jerjes, único entre muchos reyes, Soberano entre muchos soberanos. Yo soy Jerjes, el gran Rey, el Rey de los reyes, el Monarca de los pueblos que hablan muchas lenguas, el Rey de la anchurosa tierra, hijo del rey Dario. Hé aquí lo que dice Jerjes el gran Rey: Con la proteccion de Auramazda he levantado esta casa de los distritos juntamente con otros muchos hermosos edificios en Persia, y mi padre edificó tambien varios. Lo que hemos hecho mi padre y yo, lo hemos realizado con ayuda de Auramazda. Esto dice Jerjes, el Rey: que Auramazda me proteja á mí y á mi reino, y que El mismo proteja lo que hemos realizado yo y mi padre» (1).

Bajo el reinado de Jerjes se levantó asimismo un gran edificio sostenido por 48 columnas en el ángulo Sudoeste de la ciudadela de Persépolis. Una inscripcion grabada en las rocas del monte Elvend, cerca de Ekbatana habla de construcciones realizadas allí por órden de

(1) Spiegel, Las inscripciones cuneiformes p. 56. Schrader, Inscripciones cuneiformes p. 363. Oppert, Peuple des Mèdes p. 222.

este Monarca, y otra inscripcion hallada en unas rocas próximas á Van, en Armenia, al lado de monumentos epigráficos de los príncipes armenios Argistes, Bagredur, Isbiunis y Minuas, atestigua que Jerjes dió cima á un monumento empezado en aquel sitio por su padre. Hé aquí el texto de dicha inscripcion: «Un gran Dios es Ahuramazda, el mayor de los dioses, que ha creado esta tierra, que creó el cielo, que ha creado á los hombres y les ha dado lo bueno; que elevó á Jerjes á la dignidad de Rey, único Rey de los reyes, único soberano de muchos príncipes. Esto dice Jerjes, el Rey: mi padre Dario, hizo muchas cosas magníficas con la proteccion de Ahuramazda y mandó grabar en esta montaña una figura y una lámina, pero no añadió ninguna inscripcion; hé aquí por qué he mandado grabar la inscripcion; en la lámina. Que Ahuramazda, juntamente con los otros dioses me proteja, y mi reinado y todo lo que yo he hecho» (1).

***

Sofocada la rebelion de los babilonios, gracias á la energía y prudencia de Megabizo, faltó poco para que, por culpa del mismo Soberano, se produjese un levantamiento análogo en las comarcas orientales del imperio. Antes de levantar el campamento de Sardes, á raiz de la retirada de Ática, verificóse la boda de Dario, el hijo mayor del Rey habido en Amestris, con Artaynte, hija de su hermano Masistes, el mismo que, con Tigranes, mandó las tropas persas en Micala. Sintió Jerjes desordenada pasion por la esposa de Masistes, que resistió á las sujestiones del Monarca. Siguiendo la costumbre establecida por sus predecesores, dió Jerjes la

(2) Spiegel, l. c. p. 63; Schrader, l. c. p. 368. Oppert, l. c. p. 224.

Satrapia de Bactriana á Masistes y hallándose este en su gobierno se mudó la pasíon del Rey, pasando de la madre á la hija, la esposa de Dario. Artaynte no fué tan fiel á sus deberes como su madre.

Llevaba en una ocasion el Rey un precioso cinturon, del que se prendó la infiel princesa, y para lograr su posesion, arrancó al Monarca el juramento de darla lo que pidiese; acto contínuo le exigió el cinturon. Resistióse el Rey, porque era un regalo de la reina Amestris, trabajado por ella misma; pero de tal manera insistió Artaynte que alcanzó sus deseos, haciendo gala de su triunfo con la vana ostentacion de la joya. La ofendida Amestris atribuyó la culpa de aquel agravio á la madre de Artaynte y esposa de Masistes.

Celebrábase un gran banquete de gala el santo del Rey, que era dia de fiesta y regocijo en toda el Asia, en el que, segun antigua costumbre persa, el Monarca no podia negar ninguna peticion. Amestris tuvo la horrible idea de pedirle la mujer de su hermano Masistes; desde luego comprendió Jerjes el objeto de tan extraña súplica, pero la costumbre era ley y, aparte de eso, temia que si rehusaba caerian sobre él las sospechas de la irritada reina. En su consecuencia hizo gestiones cerca de su hermano para moverle á desprenderse de su esposa, ofreciéndole en cambio la mano de su propia hija Rhodogune, habida, como Amytis, en la mencionada Amestris. Pero Masistes se negó resueltamente á tal pretension y fué necesario apelar á la astucia y á la violencia. La cruel Amestris, para vengar en la esposa de Masistes los amores del Rey con Artaynte, de que la creia culpable, y turbar, al mismo tiempo, aquellas criminales relaciones, la mandó cortar las orejas, los labios, la lengua y los pechos.

Dominado por el dolor y la sed de venganza, ante

tan incalificable ofensa, llamó Masistes á sus tres hijos, que lo eran tambien de la mutilada princesa, á la vez que hermanos de Artaynte, reunió á sus parciales y amigos y partió con ellos á su provincia de la Bactriana con el propósito de levantar en armas á los bactrios y sacos y vengar en el tirano Monarca la horrible afrenta inferida á su familia. Mas las tropas enviadas por Jerjes en su persecucion, dieron alcance á los fugitivos antes que llegasen á la Bactriana, y todos fueron bárbaramente degollados (1).

Tal fué el trágico fin de los románticos amores de Jerjes; quien, cediendo sin duda á la influencia de su cruel esposa, entregó el mando de la Bactriana á Histaspes, el menor de los tres hijos que habia tenido en ella (2).

*
* *

En Occidente no se habian cumplido las promesas que hiciera el vencedor de Platea. Habíanse perdido Macedonia y Tracia; despues de una resistencia heróica habia sucumbido Boges en Eion, de suerte, que en aquella region únicamente se mantenia Mascarnes en Dorisco. Es verdad que Pausanías puso de nuevo en manos de los persas las importantes plazas de Bizancio y Sestos, que dominaban por completo los estrechos, cuya posesion llevaba consigo el dominio sobre las ciudades de la Propontide; pero el año sexto despues de la pérdida de Eion volvieron todas estas posesiones y plazas á poder de los griegos, entrando á formar parte de la liga délica en el Verano y Otoño del 470 antes de Jesucristo. Ya indicamos anteriormente el premio que

(1) Herod. IX, 113.

(2) Diodoro, 11, 69.

recibieron Pausanías, Gongylo y Gorgion por los servicios que en esta ocasion prestaron á los persas.

Causante de todos estos descalabros fué la armada, inferior por todos conceptos á la griega. Manteníanse aun en la obediencia de Persia las ciudades griegas del Asia Menor, pero no podia echar mano de sus naves; y aun en el último extremo, despues que Samos, Chíos y Lesbos hicieron causa comun con los hermanos de la Metrópoli, todos los triereos que podian aprontar las ciudades marítimas eran á todas luces insuficientes para hacer frente á la escuadra helena. Tampoco era prudente poner estas naves enfrente de la escuadra de la liga jónica, por el peligro inminente de que se pasaran al campo enemigo, ó á lo menos de que se negasen á pelear contra sus hermanos. Igualmente fracasó el ensayo que hizo Persia para recuperar la posicion del Quersoneso y del Helesponto, á pesar de haberse armado triereos de las poblaciones pónticas, á fin de establecer mejor las relaciones con la costa de enfrente. Y es que las naves fenicias, que como es notorio constituian el núcleo principal de la escuadra persa, no podian moverse de las inmediaciones de Chipre, por temor de que la rebelion de esta isla se propagase á las inmediatas comarcas del Asia Menor.

Por fin, aunque con grandes esfuerzos, logró Persia someter esta isla, quedando la armada fenicia en disposicion de hacer frente á los triereos de la liga délfica. Ignóranse los hechos que inmediatamente precedieron á dicha sumision; no sabemos tampoco si tomó parte en la campaña aquel Xenagoras de Halicarnaso nombrado por Jerjes sátrapa de Cilicia, pero el hecho está perfectamente probado. La sumision de Chipre tuvo lugar, segun todas las apariencias, cuatro años despues de la toma de Babilonia por Megabizo, tres despues de la

pérdida de Bizancio y á los once de haber sacudido el yugo persa con ayuda de las tropas helenas mandadas por Pausanías. En efecto; segun Eforo ó Diodoro la escuadra persa se concentra en 466 y sus restos van á refugiarse en los puertos de Chipre, lo que prueba que esta isla formaba ya parte de los dominios del Rey (1); hecho atestiguado tambien por Plutarco, que toma la noticia de Theopompo, al decir que Chipre envia á la escuadra real un refuerzo de 80 naves (2).

Inmediatamente se expiden las órdenes para el armamento de una escuadra numerosa en los puertos de Cilicia, Fenicia y Chipre, y el año 466 habia dispuestas 350 galeras, con un poderoso cuerpo de ejército que se concentró en Cilicia; con tal rapidez se hicieron estas operaciones que en el Verano del 465 pudo ya apostarse la flota en las playas de Pamfilia.

Con estos hechos coincidia la marcha de Pausanías á Esparta obedeciendo, en apariencia á lo menos, el mandato de los éforos. La actitud de Persia, tomando nuevamente la ofensiva contra los griegos, á fin de arrebatar á los atenienses el dominio del Egeo, y la resolucion de Pausanías que se dispone á tomar en Esparta las riendas del gobierno con el propósito de secundar eficazmente la belicosa accion de los persas en contra de Atenas, con el poderoso concurso de la nueva escuadra asiática, son hechos harto significativos, que parecen estar íntimamente relacionados. Inútil es advertir que Pausanías, habia contraido la obligacion de mantener constantes relaciones con Artabazo, sátrapa de Frigia y de tenerle al corriente de la marcha de los sucesos.

Como en otras ocasiones, se concentraron las tropas

(1) Diodoro, 11, 60. 61.

(2) Plut. Cim. 12. Consúlt. Rühl, Quellen Plutarchs, p. 15 sigs.

en la hermosa y fertil llanura que se estiende en las cercanías de Tarsos, en cuyas playas, que bañaban la Cilicia, se reuniria tambien la escuadra, para marchar combinadas ambas fuerzas en direccion á la costa Occidental del Asia Menor. Dióse el mando del ejército de tierra á Farandates, sobrino del Rey y hermano del Sataspes que murió ajusticiado; el de la escuadra se confirió á Tithraustes, hijo natural de Jerjes (1). Pero los antipatriócticos proyectos de Pausanías cayeron por tierra y su autor sucumbió de la manera que vimos anteriormente, sobreviviéndole su protector Jerjes (2). Por consecuencia, los persas tuvieron que renunciar inesperadamente al valioso concurso del Peloponeso; no obstante, ejército y escuadra emprendieron la marcha en el Verano del año 465 antes de Jesucristo.

No tuvo Jerjes la suerte de ver el resultado de la campaña por él preparada; la muerte le sorprendió, cuando gozaba de todo el vigor de la vida. Sin embargo, su prematuro y desastroso fin no fué consecuencia de sus vicios, de sus grandes desaciertos, de su criminal condescendencia con su cruel esposa, de sus incestuosas relaciones con la mujer de su propio hijo ó del brutal tratamiento dado á la de su hermano, sino efecto de la magnánima confianza depositada en un ambicioso.

Habíase distinguido en el servicio de Dario Artasyras, oriundo de Hircania, quien dejó un hijo llamado Artabano que tambien gozó de gran privanza cerca de Jerjes. Con gran rapidez fué subiendo en su carrera hasta que por fin el Rey depositó en sus manos la seguridad de su propia persona, confiriéndole el mando de

(1) Plut. Cimon 12. Diodoro (11, 61) llama á Farandates *adelfidûs* del Rey, lo que concuerda con el parentesco que le da Herodoto al decir que era hijo de la hermana de Dario (VII, 79. IX. 76. IV, 43).

(2) Segun lo atestigua Justino 2, 15.

su guardia noble, compuesta de mil indivíduos escogidos, que llevaban por distintivo de su preeminencia sobre las demás tropas, una manzana de oro cerca de la punta de la lanza. Artabano fué un miserable que no tuvo reparo en faltar al más sagrado de los deberes que le imponia el cargo de confianza que se le encomendara y, deslumbrado al verse colocado en tan elevado puesto, dió oidos á la ambicion que le incitaba á subir más alto (1).

Lo que habia intentado el mago Gaumata, cubriéndose con la máscara del hermano de Cambises para derribar del trono á los aquemenidas, pensó Artabano que podria realizarlo con la cara descubierta, conquistando para sí y sus descendientes el trono de Ciro. Al efecto concibió y ejecutó el plan más infernal que puede caber en cabeza humana, preparando las cosas de manera que los mísmos indivíduos de la familia real se destruyesen unos á otros. Resolvió asesinar por su propia mano al infeliz Monarca y acusar de tan criminal atentado á su hijo mayor Dario, á fin de que el segundo hijo vengase en el hermano la muerte del padre. La injuria recibida del Rey en su propia esposa, daba ciertos visos de verdad al hecho ó á lo menos le haria creible. Una vez logrado esto no le seria difícil inducir al inexperto Monarca á deshacerse de su hermano más jóven, y él mismo se encargaria de dar buena cuenta del crédulo Artajerjes.

Cómplices de este proyecto, que revela en su autor

(1) Segun Ctesias, Pers. 29, «tenia gran valimiento cerca de Jerjes;» Eforo dice por boca de Diodoro que Artabano era el jefe de los que llevaban lanzas de oro (11, 69) y Justino le da el nombre de Prefecto del Rey (3, 1); tambien Janias asegura (en Plutarco Temist. 27) que gozaba de gran privanza cerca del Rey y le llama *jiliarjos* ó jefe de los mil.

tanta maldad como astucia, fueron los hijos de Artabano y el ayuda de cámara del Rey, Aspamitres, ligado por lazos de amistad y parentesco con el regicida. Respecto de la guardia no la tocaba más que obedecer ciegamente las órdenes de su jefe. De los tres hijos de Jerjes, los dos mayores: Dario y Artajerjes vivian en la capital, el tercero, Histaspes, se encontraba en su satrapia de Bactriana (1).

El complot tuvo, en su primera parte el éxito más completo. Segun lo convenido, en la noche determinada franqueó el ayuda de cámara el cuarto de dormir del Rey á Artabano y á sus hijos, que asesinan impunemente al infeliz monarca. En la misma noche se presenta el regicida á Artajerjes acusando á su hermano Dario de haber asesinado al Rey, con el propósito de ceñirse la corona y haciéndole ver que el más sagrado de los deberes de un hijo es vengar la muerte del padre; al mismo tiempo le insinúa que su guardia está dispuesta á cumplir las órdenes del nuevo Soberano. Aspamitres se presentó luego, apoyando en todas sus partes el testimonio de Artabano y Artajerjes dió fé á estos dos hombres que, por su cargo le inspiraban completa confianza.

Los guardias de Artabano se apoderan de Dario y le conducen á la ciudadela real, que estaba ya en poder de Artajerjes. En vano protesta de su inocencia; por orden de su hermano se le da muerte en el acto y allí mismo es proclamado Artajerjes Rey de los reyes, en el Verano del año 465 antes de Jesucristo.

Despues de un reinado de veinte años y algunos meses pereció el hijo de Dario el Grande á manos de uno de sus primeros favoritos. Al decir de Plutarco,

(1) Ctes. Pers. 30. Eforo por boca de Diodoro 11. 69: este escritor da á Aspamitres el nombre de Mitridates, que era más corriente entre los griegos.

cuando el Rey Alejandro penetró en la capital de Persia, agolpose la muchedumbre á las puertas de los palacios reales y en el tumulto cayó al suelo una estátua de Jerjes. Al pasar Alejandro vió la estátua por tierra, y parándose á mirarla díjola como si estuviese viva: «te dejaremos en tierra en memoria de tu campaña contra los griegos, ó te haremos levantar de nuevo en consideracion á tus elevados sentimientos y á tu gran inteligencia?» Despues de estarla contemplando por algun tiempo, pasó de largo sin pronunciar una palabra (1). Pausanías hace notar asimismo que de todos los reyes que gobernaron la Persia despues de Jerjes, ninguno le aventaja por la elevacion de pensamientos (2); y en la lista de príncipes trasmitida por Africano lleva Jerjes el calificativo de Grande.

*
* *

Si Artajerjes fué desde luego reconocido Soberano, el matador de su padre llevaba de hecho las riendas del gobierno. El primer cuidado del malvado fué dar cima á su proyecto deshaciéndose de Histaspes. Ignóranse los medios de que se valió para lograrlo; pero todo hace suponer que echaria mano de la calumnia y de la intriga, haciendo creer al Rey que el jóven príncipe no reconoceria la autoridad del matador de su hermano, antes por el contrario, trataria de vengar su muerte, lo que necesariamente habia de ocasionar disturbios y revolu-

---

(1) Plut. Alexand. 37. No indica el historiador en cual de las capitales tuvo lugar el hecho; pero de las noticias que da acerca de los inmensos tesoros allí encontrados, se deduce que se refiere á Pasargada y no á Persépolis, ya que tambien Arriano (3, 18) sostiene que el Monarca macedonio encontró en aquella capital los tesoros de Ciro, como digimos anteriormente.

(2) Pausan III, 4, 8.

ciones en el reino, especialmente en las provincias orientales que hasta corrian riesgo de perderse. Como quiera que sea parece indudable que Artabano vió coronados sus innobles propósitos, por cuanto luego vemos al frente de la Bactriana á uno de sus más fieles amigos, y en las luchas intestinas que despues se desarrollan en el imperio, no vuelve á hacerse mencion del príncipe Histaspes (1). Por otro parte vemos que Artabano ejerce una influencia tan absoluta en el gobierno, que los cronógrafos colocan entre los reinados de Jerjes y Artajerjes el de Artabano.

Érale necesario, para llegar al logro de sus aspiraciones, poner al frente de las provincias hombres de su devocion y confianza, como ya lo habia hecho en la Bactriana; pero esta empresa ofrecia en casi todas serias dificultades, insuperables en algunas, con lo que tal vez no habia contado el ambicioso. Y si era difícil, realmente imposible separar de su mando á Aquemenes hermano de Jerjes, que hacia casi veinte años se hallaba al frente de Egipto, no ofrecia menos inconvenientes el reconocimiento de un Monarca que, no descendiendo de los Aquemenidas, habia de ser combatido sin tregua ni descanso por los príncipes de la sangre. Compréndese desde luego que los cómplices de Artabano, en la realizacion de sus planes, tenian que declararse tambien partidarios del Monarca que, de una ú otra manera, escalase el trono de Artajerjes; hé aquí por qué dirigió ahora sus esfuerzos á ganar para sus ambiciosos proyectos á los personajes más poderosos, entre los que ocupaba lugar preferente Megabizo, primer magnate del reino y jefe de la familia más próxima al Monarca reinante.

(1) Justino 3. 1. Ctesias Pers. 3. Quince años despues encontramos al frente de la Satrapia de Sardes á Pissuthnes, hijo de Histaspes, gobernador de la Bactriana. Consúlt. Tucíd. 1, 115.

No era un misterio para los que conocian los secretos de la corte persa que el yerno de Jerjes tenia motivos para no estar satisfecho de la conducta de su esposa, la hermana de Artajerjes (1); esto debió alentar al ambicioso pretendiente para hacer á Megabizo algunas confidencias sobre sus futuros planes. Megabizo aparentó entrar en sus miras, pero secretamente dió al Rey noticia de los tenebrosos planes de Artabano. La cuestion era compleja, por las dificultades que podia ofrecer el apoderarse de un hombre que habia sabido captarse las simpatías de la guardia real y tenia ya numeroso partido entre los magnates del reino y algunos gobernadores de las provincias.

Las diferentes versiones que han llegado á nosotros acerca de este hecho interesante de la historia de Persia, tan íntimamente relacionado con la de los griegos, de la que puede considerarse como un episodio ó paréntesis intercalado en sus luchas con el imperio asiático, arrancan de las revelaciones hechas por Megabizo á su cuñado Artajerjes. Figura en primer término el relato de Ctesias, en el que se afirma que «Artabano pereció por los mismos procedimientos que él habia tramado para asesinar á Artajerjes.» Eforo es más explícito y dice «que Artabano acometió al Rey con la espada en la mano y le produjo una herida, pero este rechazó el ataque y acabó con el malvado.» En lo esencial concuerda con esta la version de Trogo, que bebió sus noticias en Deinon: «Artajerjes mandó celebrar una revista de tropas y hallándose formadas estas, invitó el Monarca á Artabano á cambiar con él la coraza; y al despojarse de ella al traidor le hundió el Rey la espada en el pecho.» Los fragmentos de Ctesias completan este relato diciendo que «despues de la caida de Artabano se

(1) Ctes. Per. 28.

encendió la guerra entre sus hijos y secuaces y los que permanecieron fieles á los aquemenidas.» Aquellos pelearian á la desesperada, convencidos de que jugaban la vida. Pero «Artajerjes y Megabizo con los persas que permanecieron adictos á su Monarca, vencieron á los rebeldes en ruda pelea, de la que el mismo Megabizo sacó una herida grave, y en la que sucumbieron tambien los tres hijos de Artabano.» Murió este en la Primavera del año 464 antes de Jesucristo, habiendo gobernado la Persia, bajo el nombre de Artajerjes, los siete meses que mediaron entre su muerte y la de Jerjes (1).

Como se vé los tres historiadores mencionados convienen en todos los puntos esenciales de este sangriento episodio de la historia de Persia y sus divergencias tienen fácil explicacion. Los siete hijos que Trogo da á Artabano aluden sin duda al hecho de Çikathauvatis y á los siete príncipes persas (2), y es digno de atencion que este escritor ha reproducido en *Bagabazo* por Megabizo con gran exactitud la antigua forma persa, como lo hace casi siempre: *Bagabuksha* que se lee en las inscripciones cuneiformes, trasformada por otros escritores griegos en la más usual y conocida Megabizo. A su vez Eforo calla la parte que tuvo este personaje en el desenlace, por fijar toda su atencion en el hecho más culminante; pero tanto en la version de Eforo como en la de Trogo está consignado el encuentro personal de los dos rivales y la muerte del traidor á manos de Artajerjes (3). No cabe dudar que en este punto merece

(1) Ctes. Pers. 31. Diodoro 11, 69. Plut. Temíst. 27. Plut. Artax. 16. Los siete meses aparecen tambien consignados en el canon de Maneton, conservado por Africano. Fragm. 68 Müller.

(2) Justino 3, 1.

(3) Focio no indica la clase de muerte que sufrió Artabano.

fé la relacion de Ctesias, por las extraordinarias facilidades que tuvo para adquirir exactas noticias de estos hechos, ya que fué poco menos que testigo de los mismos.

Por último, haremos punto á estas aclaraciones citando un pasaje de Aristóteles en que de pasada se alude al trágico fin de Jerjes: «lo mismo en las monarquías que en los Estados constitucionales ocurren asesinatos y emboscadas, que nacen del temor; así Artabano, dió muerte á Jerjes, temeroso de ser acusado de haber ahorcado á Dario, sin orden explícita del Rey, aunque en la creencia de obtener el perdon, por cuanto Jerjes pudo haber olvidado el mandato comunicado durante el banquete.»

FIN DEL TOMO XII Y ÚLTIMO DE LA OBRA.

INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO

I.

LA BATALLA DE MICALA.

II.

GUERRAS DE SICILIA.

III.

LOS RESULTADOS DE LA GUERRA.

IV.

DISENSIONES DE LOS GRIEGOS. CONTINUACION DE LA GUERRA

V.

EL CAMPAMENTO DE SARDES Y LA DISOLUCION DE LA LIGA HELENA.

VI.

ESPARTA RENUNCIA SUS DERECHOS.

VII

PRIMERAS CAMPAÑAS DE LA LIGA ÁTICA.

VIII.

LA REFORMA DE ARÍSTIDES.

XI.
REGRESO Y ACUSACIÓN DE PAUSANÍAS.

XII.
TEMÍSTOCLES CONDENADO Á MUERTE.

XIII.
MUERTE DE JERJES.